

¿PUEDE UNA BRUJA VIAJAR EN EL TIEMPO?



*La rebelión
de las brujas*

Hechiceras I

M^ª Jesús Estepa

Lectulandia

La clarividencia de Angie Holbein no es suficiente para esclarecer el misterioso pasado que la persigue. El destino le tiene preparado una revelación de antaño, que dejará en entredicho el papel de la Santa Iglesia. Tras un ritual de magia, su cuerpo viaja a través de un portal a la Alemania del siglo xv donde descubrirá, en sus propias carnes, la falta de escrúpulos de una sociedad dominada por la religión. Sus vivencias, en un siglo que no le corresponde, la arrastrarán a desafiar a los mismísimos caballeros de una orden sagrada.

Alfred de Moncraf está destinado a proclamar las nuevas leyes de la Iglesia. En su cometido conocerá a una enigmática mujer que le hará temblar los cimientos de sus creencias. El amor que nace entre ambos luchará con la impactante verdad que mortifica a gente inocente. La pasión que envuelve a la pareja desatará el odio y la furia de la Santa Inquisición por acabar con sus vidas...

Lectulandia

M^a Jesús Estepa

La rebelión de las brujas

Hechiceras - 1

ePub r1.0

Titivillus 23.03.2019

Título original: *La rebelión de las brujas*
Mª Jesús Estepa, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com



Que las brujas tienen costumbre de suprimir los miembros viriles no tanto despojando de ellos realmente a los cuerpos humanos, sino haciéndolos desaparecer por medio de algunos encantos.

**MALLEUS MALEFICARUM (1486 Año del Señor)
El Martillo de las Brujas (FACSIMIL Traducido)**

CAPÍTULO 1

Estrasburgo, S. XXI

—Sra. Rose, solo le sugiero que tenga especial cuidado con ese hombre. No es un caballero como lo fue su marido. Las cartas son muy precisas —dijo Angie volviendo a recoger la baraja; sus manos se movían con una extraña agilidad, hasta la Sra. Rose le costaba fijar su vista en ellas—. ¿Qué más desea saber?

—Oh, cielo, no sé si sería conveniente preguntar sobre... —La mujer comenzó a dudar si debía o no seguir con la frase. No sabía si la pregunta que rondaba por su cabeza sería la adecuada para exponerla en ese preciso momento.

—Vamos, Sra. Rose, ¿es sobre la herencia del Sr. Hoffman?

Los expectantes ojos de la mujer confirmaron la pregunta. Angie sonrió interiormente, había dado en el clavo; gracias a su don podía comprobar las incertidumbres de sus clientas. Aunque a veces, por guiarse de sus instintos, había metido la pata en más de una ocasión. Pero desde la última vez que se equivocó, nunca más confirmó verbalmente sus suposiciones hasta verificarlo con sus propias cartas.

—Quemaré un poco la baraja y así la limpiaremos espiritualmente de la pregunta anterior —susurró Angie. Elevó sus preciadas niñas, como nombraba a sus cartas del tarot, y las cruzó a través de la llama de la vela—. Listas, a punto para la siguiente pregunta.

—Me gustaría saber si... George dejó algún documento a mi nombre. —Las indecisas palabras de la Sra. Rose no ayudaban a Angie. Necesitaba que concretara más la pregunta.

—Sra. Rose. Necesito saber si la casa donde usted habita es de su propiedad, es importante conocerlo —instó.

—Sí.

—Entonces, lo que quiere saber es si hay más inmuebles del Sr. Hoffman puestos a su nombre, ¿verdad?

—Sí, sí, Angie —respondió esta. Observó como la joven comenzaba a barajar todas las cartas.

El olor a incienso comenzó a flotar por todo el ambiente. Esa mezcla, que Angie encendió momentos antes de la consulta, era la perfecta armonía para su sesión: el dulzor a canela con la frescura del eucalipto incitaba a la relajación, a la inspiración, a la calma espiritual. La Sra. Rose cerró los ojos y dejó que su estado la transportase al sabio inconsciente.

Angie necesitaba concentrarse; su mente encendió el motor de la percepción, repitiendo en silencio, la pregunta deseada por su clienta. Rozó los dedos por unas pequeñas piedras de cuarzo blanco que tenía sobre la mesa: eran los talismanes más queridos por ella. En ellos se podía reflejar el magnetismo que irradiaba su aura. Al final de unos segundos, el movimiento de sus manos se detuvo y la baraja consigo. La intensa mirada de Angie se quedó fija en el tapete de terciopelo azul que cubría toda la mesa. Empezó soltando siete cartas, en fila y boca abajo; luego, lentamente, les dio la vuelta, una a una, y las colocó boca arriba.

—Sra. Rose... —dijo esta levantando la vista y observando a la impaciente consultante—, su fallecido marido tuvo problemas con algunos documentos —dictó señalando una de las cartas, en concreto el “as” de espadas —tocó con el dedo la carta—. Aquí confirma que él firmó algún documento donde se refleja su nombre. —A continuación indicó la carta que precedía al as de espadas. Era una sota de copas—. Esta figura... es usted.

—¡Lo sabía! —clamó la señora irguiéndose, pero al instante volvió a sentarse más inquieta aún—. Angie, ¿cómo puedo averiguar dónde se encuentra ese documento? Es de vital importancia. Tengo a mis hijos todos los días en mi hogar presionándome. —El nerviosismo se apoderó de la mujer—. Dios mío... —miró al techo del local unos segundos, negando con la cabeza y cerrando los ojos—. ¿Por qué, George, por qué me lo ocultaste? —reclamó para sí en voz alta.

Angie se levantó y se acercó a ella con sigilo. No pretendía que la mujer se inquietara más.

—Tranquila, Sra. Rose, tiene que haber alguna causa por la cual su esposo no le entregó esos papeles —indicó acariciándole el brazo—, de alguna forma lo averiguaremos, no se preocupe.

De repente, el corazón de Angie comenzó a palpar más rápido de lo normal, acelerándose, parecían taquicardias; sus oídos oyeron un fuerte zumbido que casi la hace caer. Respiró profundamente para relajarse, llenando sus pulmones y soltando el aire muy lentamente, intentando

calmarse, pero de nada le sirvió. El dulce olor a incienso que había en el ambiente se transformó en un horripilante hedor a quemado, su local parecía hallarse en otro sitio, la luz que iluminaba el pequeño saloncito iba desapareciendo por segundos, una oscura capa de niebla se interpuso entre su clienta y ella; ya apenas notaba la voz de la Sr. Rose, sino... ¡Ay, Dios!, gritó en su interior, desconsolada al ver que todo el entorno estaba cubierto con un velo negro. ¿Qué era aquello? ¿Qué estaba sucediendo? Parecía haber entrado en un túnel, sin luz, en el cual no encontraba ninguna salida. *Ayudadme, Ángeles.* Angie usó sus poderes de relajación urgentemente. *Respira, respira hondo, vamos, cálmate, solo es estrés...* , se decía para sus adentros. *Uno, dos, tres...* Sin embargo, su estado no mejoraba, sino que empeoró y con él un suceso que la dejó de piedra. Su mirada se quedó fija en un punto negro, que pronto comenzó a aclararse, la espesa niebla que la rodeaba también comenzó a disiparse, dejando a su paso una horripilante imagen, tan aterradora que casi le hace desfallecer. Angie gritó y se tapó la boca, sus ojos se movían de arriba abajo, contemplando el cuerpo de una mujer maniatada y quemada en una pira de madera y paja. El rostro de la mujer miraba al cielo con los ojos abiertos con desmesura, con el horrendo dolor plasmado en su carbonizada cara: la boca de la mujer, agrietada y reseca, se hallaba entreabierta, como intentando gritar o suplicar por su vida; aquella piel no dejaba de soltar humo... ¡¡No, no, no!!

—¡Angie, Angie! —Los gritos de la Sra. Rose consiguieron que esta volviera en sí. —Angie, por Dios, ¿qué te sucede?

—No puede... ser —murmuró con voz apagada, apenas audible—. Es solo una mala visión, imposible, imposible... —se repetía en voz alta; su cuerpo temblaba con desesperación. Se abrazó a sí misma para calmarse.

Aturdida y destrozada por la imagen que acababa de observar, Angie consiguió sentarse, apoyó los codos en la mesa y se frotó las sienes con las manos. Tragó saliva y dejó que pasase unos minutos para poder continuar con su trabajo, concretamente con la averiguación que necesitaba su clienta. Pero en aquellos mismos instantes le era imposible. ¿Dónde había estado? ¿Qué diantre había visto y por qué? Docenas de preguntas la atropellaban como una estampida de búfalos en plena huida. Sin embargo, no podía olvidar esa visión por mucha que quisiera. ¿Por qué estaba aquella mujer en una pira ardiendo? ¡Todo era una locura! Angie se atragantó con su saliva y comenzó a toser descontroladamente. La Sr. Rose se levantó con rapidez y llenó un vaso con agua.

—Toma, Angie, bebe —le ofreció preocupada—. ¿Qué ha pasado? Estás muy pálida y en pocos segundos has permanecido de pie mirando la pared como si hubieras visto un espectro, luego te has sentado y ni siquiera te has dado cuenta.

Angie recapacitó unos segundos antes de hablar.

—Créame, Sra. Rose, esto es imposible de explicar —ni ella misma podía juzgar aquello.

—Será mejor que sigamos otro día —le comentó la mujer recogiendo su bolso y sacando su monedero para pagar la consulta.

Angie levantó la vista y observó a la mujer.

—¡Oh, no! no, lo siento, la visita de hoy no se la cobraré. El próximo día le aseguro que podremos averiguar más cosas sobre su fallecido marido —insistió Angie. No consentiría que su clienta pagara por solo quince minutos de sesión.

—Cielo, por favor, acéptalo. Te debo mucho.

—No, Sra. Rose —volvió a recalcar—. No podría consentirlo. La próxima vez. No entiendo cómo ha sucedido esto, en medio de nuestra sección... me tiene usted que disculpar —seguía aturdida por la visión.

—Querida, nos conocemos desde hace cinco años. No le tengo que disculpar nada. Al contrario, le debo mucho. Niña, has acertado tantos acontecimientos que te estoy enormemente agradecida, y todo gracias a tu humildad, sinceridad y a esas ágiles manos que contienen grandes dones —miró las cartas y a continuación las manos de Angie—. A veces pienso que debes entrar en un estado hipnótico donde consumes mucha energía mental —sugirió observándola con curiosidad—. Creo que la semana que viene estarás más relajada. Llevas el día entero trabajando y puede que hoy estés demasiado estresada.

Angie contempló a la Sra. Rose con nobleza y reflexionando sus palabras.

—La gente te admira, jovencita —le sonrió la mujer con ternura—. Bueno, me marchó, nos vemos dentro de unos días, cuídate mucho y sobre todo descansa.

—Gracias, Sra. Rose.

Angie condujo a su clienta hasta la puerta y se despidió de ella; esperó a que desapareciera de su vista para cerrar la puerta con llave. Se dio la vuelta y se quedó mirando, desde el umbral de la puerta, todo el entorno de su local. Contempló la iluminación de varias velas de color amarillo que decoraban un pequeño altar con algunas imágenes de los arcángeles; Gabriel la miraba sosteniendo una rama en flor en la mano y con las alas abiertas, como

queriéndole decir alguna noticia que cambiaría su vida; luego estaba Miguel, su ángel guardián, ofreciéndole protección y portando una espada preparada para luchar en cualquier momento. A Angie se le ocurrió pensar en la *apocalipsis* y en el fin del mundo, el futuro que posiblemente le esperaba a la humanidad si seguía así, destruyendo el mundo de la manera más salvaje que existía: las bombas nucleares, las armas químicas, los virus de laboratorios... Angie se mordió la lengua ante aquellos pensamientos. *¿Pero qué demonios estoy pensando esto?*, se preguntó así misma mientras detenía su mirada en la vela blanca que residía en la mesa de trabajo; no dejaba de parpadear con exigencia, parecía augurar alguna presencia, pero Angie no estaba dispuesta a comunicarse con nadie más. Esa jornada de trabajo ya había acabado para ella. Estaba agotada, cansada y asustada después de lo que había visto en medio de la consulta con la Sra. Rose; una terrorífica visión, un mal augurio, una horripilante consecuencia...

"*Cálmate, cálmate*", se exigió en su interior.

Giró la cabeza y captó la estantería de inciensos y aguas rituales que se hallaba en perfecto estado y organizado desde el primer hasta el último estante; por fragancias exóticas, afrutadas, místicas. Las velas, bañadas con aceites, se encontraban en el estante de al lado, estaban a disposición de cualquier cliente que la necesitase; los jabones con esencias a ruda, romero y mirra se hallaban envueltos en papel en otra vitrina para que sus olores no decayesen; los rosarios, benjumerios y estampitas las tenía sobre un pequeño mostrador cerca del altar... Todo en perfecto orden, sin embargo, notaba algo en su local que le era indescriptible, y no era exactamente ninguna presencia intangible. El silencio se había vuelto inquietante.

Angie se acercó a la mesa y tocó uno de sus talismanes de cuarzo para apaciguar ese nerviosismo. Confirmó que no se trataba de ningún espíritu, no, no lo era, estaba absolutamente segura. *Qué extraño*, pensó. *No me gusta este silencio*. La terrible visión que había tenido de una persona amarrada a una pira volvió a su mente de un mazazo, como queriendo que la recordara, y la terminó de paralizar por completo; el olor a quemado acentuó su perplejidad, y para empeorar aquella visión, la imagen de la mujer mirando al cielo le produjo un tremendo dolor en las entrañas que necesitó respirar hondo para apaciguarlo.

Anduvo con lentitud hasta el interruptor de la luz de una estantería donde guardaba los polvos esotéricos y jabones, la encendió para buscar una de sus psicólogas particulares, otras amigas aparte de sus cartas, claro. Necesitaba averiguar con urgencia un hecho que ni siquiera conocía, unos angustiosos

momentos que había vivido su mente en menos de cinco segundos. No obstante, su propio instinto le pedía a gritos indagar, averiguar todo lo que pudiera de esa visión. Y no dudó ni un segundo. Buscó en el estante una bolsita de polvos místicos con olor a sándalo. Luego, rebuscó en uno de los cajones de una mesita de estilo Isabelina, que le regaló su padre hacía unos años, sus preciadas runas célticas. Ya casi estaba lista para aclararla. Sí, al fin podría quitarse esa nefasta visión de su cabeza... Y, en ese preciso momento, el móvil comenzó a sonar con estridencia. Angie se sobresaltó.

—¡Joder, qué susto! —exclamó nerviosa. Caminó hasta el teléfono móvil y lo cogió—. ¿Sí?

—Mi amor, ¿aún estás en la consulta? —La agradable voz de su padre la tranquilizó.

—Hola papá. Sí, pero ya he acabado por hoy —contestó cerrando el cajón donde guardaba las runas. Caminó hasta las velas encendidas, cogió el apagador de velas que había a su lado, y las apagó. Al momento las llamas se extinguieron.

—Angie, no me gusta que andes sola a estas horas por el local. Es muy tarde. —La preocupación de Gerard se notó al momento; la inquietud lo devoraba.

—Papá —le cortó la frase—, llamaré a Linda, no te preocupes. Ella suele acabar su jornada de trabajo a estas horas.

—¿Quieres que vaya a buscarte y cenas conmigo esta noche?

—No, déjalo. Estoy muy cansada, necesito darme una buena ducha y sentarme a ver la tele —le dijo colocando los polvos que anteriormente había cogido de la estantería en su sitio. Ya no tenía ganas de seguir con su ardua revelación.

—Está bien, como quieras, pero mañana iremos a comer. Tengo que comentarte algunos acontecimientos que son muy importantes. —La voz de su padre cambió por completo. Angie notó como una risita nerviosa se apoderaba de su padre.

—¿Papá?

—Sí, mi amor.

—¿Hay algo que no me hayas contado?

Gerard comenzó a sonreír y suspirar. Por todo el oro del mundo, ¡su hija era clarividente! ¿Cómo podía esconderle lo inevitable, y menos a ella?, se dijo. Su hija oyó ese suspiro por teléfono y lo comprendió todo.

—Supongo que ya lo sabrás... —soltó Gerard a media voz.

Angie sonrió. Sabía muy bien que su padre estaba saliendo con una mujer y él necesitaba hablarle de ella y de su vida. Era imposible que ambos tuvieran secretos.

—Bueno, será mejor que mañana me lo cuentes, con pelos y señales —le sugirió ella colocándose el abrigo de lana que tenía sobre el perchero.

—Sí, cariño, mañana hablaremos sin falta. No tardes en cerrar. Un beso. —Se despidió cariñosamente.

—Hasta mañana, papá. —Y colgó el teléfono. «*Hombres*».

Angie volvió a descolgar el teléfono y marcó el número de su amiga. Mientras hacía la llamada, se colocó el bolso y se alisó el largo y ondulado cabello negro; era una tortura cuando se le encrespaba. Mientras esperaba a que su querida Linda cogiera la llamada, ojeó su rostro en un pequeño espejo de forja que colgaba en la pared de la entrada. Angie dio un grito ahogado al verse la cara... *¡Por todos los Santos! ¿Qué diantres me sucede en la cara?* No podía ser... Se acercó un poco más al espejo y volvió a repasar su rostro; la piel le resplandecía como si de una estrella se tratara, sus mejillas estaban rojizas como cerezas maduras, parecía que había corrido toda una maratón; sus pecas habían cambiado de tonalidad, ahora se hallaban más oscuras; el color azul de sus ojos resplandecía de otro color más extraño... *¡Tenía los ojos tan dorados como dos soles!* Angie parpadeó varias veces para comprobar que seguía allí mirándose al espejo. *¿Qué tenía dentro de los ojos? ¿Cómo se habían tornado de aquel dorado color?*

—¿Hello? Aquí la gatita en celo dispuesta a mover el rabito. —La voz a través del teléfono la desorientó.

—¿Linda o... gatita? —preguntó Angie, alejándose del espejo y frunciendo el ceño. *¿Gatita?*

—¡Angie! soy yo, la gatita fru-fru, ¿qué tal estás, cariño? Por un momento creí que eras uno de mis ligues —soltó una carcajada.

—¡Ah! Así que uno de tus ligues, ¿eh? No, mi amor, soy tu querida y comprensible amiga, la loca que echa las cartas, la vidente con cara de bruja —contestó ahora más alegre—. Nena, me preguntaba si te gustaría cenar conmigo antes de comenzar con mi ritual de las noches, ya sabes... —Respiró larga y profundamente, luego continuó hablando, pero en voz más baja, como si alguien la estuviera vigilando—. Lin, estoy un poco rara, no sé qué demonios me pasa. Necesito que vengas a mi apartamento. Y no acepto un no como respuesta.

—¿Otra vez te han usado esos amigos invisibles tuyos? —curioseó Linda sabiendo que, cada vez que Angie intentaba canalizar a los espíritus, le

ocurría aquello y se sentía fatal.

—Oh, no. Es solo que no estoy bien, no me encuentro en mi mejor momento.

—¿Te ha venido la regla?

—Vaya, que directa eres. No, aún no —le contestó, haciendo cuentas mentalmente.

—Cariño, sé que no soy tu madre, pero no me gusta que juegues con fuego. Sabes muy bien que ese tipo, el que deambula por tu local con cara de heiperman, no es de fiar ¡Joder, no lo conoces, Angie y mira la que formáis los dos cada vez que entra en el local!

Angie comenzó a reír, sonrojándose. Su estado mental cambió por completo al recordar el cuerpazo del tío que la había desafiado sexualmente allí mismo, delante de sus cartas, de su altar, de todo cuanto la rodeaba. Ella sabía de sobra que ese tipo era un hombre peligroso e incluso ni siquiera sabía si era de la ciudad, por su extraño acento, pero, ¡copulaba como un animal en celo!

—Tomé precauciones, si eso es a lo que te refieres, nena —apuntó—, aunque tengo que confesar que el chico... ¡Es una maravilla cuando...!

—¡Ya, ya! No hace falta que des más detalles —Linda rompió en carcajadas. El sonido estridente de su risa inundó el oído de Angie y le produjo una buena sensación. Un cosquilleo comenzó a recorrerle el cuerpo desde los talones hasta la nuca, y solo de pensar en aquel macizo, vestido de cuero, peligroso pero atrayente, e incluso más delicioso que el mejor bizcocho del *Starbucks*; la hacía delirar cada vez que entraba en su local, e incluso temblar. Él la seducía en la misma consulta... *Qué vergüenza*, ¡hasta la había poseído en lo alto de la mesa de trabajo! A Angie se le aceleró algo más que el pulso.

—¡Eres una maldita ninfómana, Srta. Holbein! —gritó su amiga sin dejar de reír—. Saldré dentro de diez minutos. Esta conversación mejorará con un par de cervezas y un buen bocado de pizza cuatro quesos. —Y colgó el teléfono.

* * *

Angie salió de su local, echó el cerrojo doble de la puerta y se encaminó en busca de Linda. No le gustaba aquella avenida a esas horas de la tarde. A pesar de que estaban en pleno verano, la ocho y media de la tarde prometía una oscuridad palpable. Los comercios ya habían recogido sus lonas, escaparates y demás enseres para cerrar. Las cafeterías seguían aún abiertas y

los restaurantes también seguirían abiertos, pero por lo demás, ya todo estaba casi cerrado. De día la ciudad era exquisitamente transitada, burbujeante, apasionada, sin embargo, de noche, concretamente en ese barrio, escaseaba el gentío, los visitantes, y hasta los perros.

Se cruzó el bolso, estilo bandolera, y agarró bien fuerte su maletín. Caminó un poco desorientada sin dejar de pensar en lo que le había sucedido, nuevamente. Era escalofriante. Deseaba llegar a casa lo antes posible, aunque aún le quedaba un buen rato de charla con Linda. Sería su mejor medicina para ello.

Un presentimiento extraño la embargó. Eso la atormentó de nuevo. Le era difícil entender por qué había acabado contemplando la horrible imagen, en la cual, había una mujer quemándose y mirando al cielo, sin parpadear, el fuerte olor ha quemado que desprendía...

“Angie, Angie, Angie”.

La interpelada se detuvo asustada.

—¿Quién me ha llamado? —El nerviosismo se apoderó de su cuerpo y de su mente. Las manos comenzaron a temblarle, un hormigueo en la nuca le produjo fuertes escalofríos; sus ojos buscaban con frenesí a alguien que estuviera a su alrededor llamándola. No, no había nadie, o eso parecía—. ¿Quién es? —volvió a repetir. Nada, no encontró a nadie próximo a ella. La poca gente que había en la avenida caminaba por la acera contraria y los coches circulaban con normalidad. Observó los bajos tejados de las casas antiguas, desconfiada, se podía reflejar su abandono desde antaño; hogares más antiguos que el hambre, casas que apenas durarían diez años más en pie. Angie agarró uno de sus amuletos que pendía de una fina cadena de oro en su cuello. Lo tocó para tranquilizarse, si, eso la tranquilizaría... De repente, sintió un maullido.

—¡Arghh! —a Angie por poco se le salen las cuerdas vocales, gritando aterrada—. ¡Por todos los Santos! ¡Joder! —respiró varias veces para apaciguar los fuertes latidos de su corazón, puesto que si seguía así le daría un infarto. Ojeó al culpable animal del dichoso susto y casi lo funde con la mirada.

—Estúpido minino —maldijo—. Vamos, vete a asustar a otra persona. Pufff, vaya susto —soltó ahora más tranquila—. Venga, nena, relájate, solo es un animalucho callejero que no hace daño, pero también puede ser un espíritu que me ronda —se dijo, reanudando la marcha. No obstante, su cerebro no aminoraba los pensamientos del misterio que se cernía a ella.

—“Que el alma que flote a mi alrededor, descansa en paz y con Dios” — murmuró suavemente. Esa frase siempre la tenía presente en su vida. Gracias a su don podía canalizar mejor las almas que estaban a su lado y así llevarlas por el camino correcto, hacia la luz. En numerosas ocasiones había tenido que recitarla debido a las intensas sesiones de energía espiritual. A través de esas sesiones, las almas perdidas atravesaban el portal del más allá y se apegaban a la persona que más sensibilidad y recepción tuviera. En ese caso, a ella misma.

Introdujo la mano en su bolso y sacó el móvil. Observó la hora. Las ocho y cuarenta y cinco. Linda ya estaría saliendo de su despacho, se dijo cruzando la avenida y dirigiéndose hacia un gran edificio de cristales tintados. Ya se encontraba mejor, el simple roce de su amuleto la había tranquilizado. Gracias a Dios que siempre llevaba algún mineral de cuarzo con ella.

El monumental edificio donde Linda trabajaba era el bufé de abogados más grande del suroeste de Estrasburgo. Un lugar donde se concentraba el mayor número de mentirosos, embaucadores y estafadores, por metro cuadrado. Múltiples adjetivos para una clase de gente insensible. Sin embargo, también albergaba a personas con principios fidedignos, justos y humanos. Angie suspiró ante su ideología, un concepto propio de lo que pensaba sobre el trabajo de un abogado. A ella jamás se le pasó por la cabeza estudiar una carrera como aquella, imposible, no podría hacerlo y tampoco ejercitarla. No obstante, la respetaba, pero no compartía el compromiso. Ayudar a los demás sí la motivaba, aconsejar, sugerir, conducir a la gente por el buen camino la enorgullecía, pero defender a un traidor, un asesino o a un violador... era otro cantar.

Angie respetaba esa carrera como también la de teología, pero no compartía su ideología.

—¡Srta. Holbein! ¡Srta. Holbein!

Angie giró la cabeza buscando los escandalosos gritos de su amiga. *Dios, si no la conociera diría que se trataba de una loca*, pensó.

—Ya te escuché, gatita loca —le dijo a Linda cuando llegó hasta ella.

Linda terminaba de colocarse una fina chaqueta de algodón. Aunque estaban en pleno verano, las tardes y noches en la ciudad, no eran precisamente muy cálidas para lucir brazos y piernas descubiertas, a no ser que quisieras coger un buen catarro. Solo una semana en la estación podías permitirte. Pero esa noche, no.

Angie sonrió cuando vio a su amiga sacar, de su enorme bolso, una pequeña bolsa negra de Women’s Secret. El pícaro rostro de Linda la previno,

sus ojazos, tan azules como el mar, la incitaron a que cogiera lo que ella le ofrecía.

—Sí, sí, vamos, que no muerde... Adelante. Ahora, eso sí, me debes —comenzó a decir su amiga enarcando una ceja—, dos cervezas, dos sesiones de péndulo, una tirada de cartas, uno de esos brebajes de los que haces para atraer a los machotes tan tercos, otro de los que los pones de...

—¡Detente! —expresó levantando las manos—, ¿cuántas cosas te debo? Si no fuera porque te conozco y sé que lo dices de boca para fuera, estaría toda mi vida debiéndote favores. —Se acercó a ella le quitó la bolsa y le dio un beso en la mejilla—. ¿Qué es? ¿qué es? —la sorpresa la entusiasmó y la hizo sonreír.

—Es algo que deberías estrenar con ese, ya sabes —Linda carraspeó sin dejar de sonreír—, animal salvaje o como quieras llamarle.

Ambas rompieron en carcajadas.

—Oh, gatita, eres muy perversa y me pervertirás. Anda, vámonos a mi apartamento, pediremos una pizza —sugirió Angie abriendo la bolsa un poco para ver que contenía el interior—. Por cierto, nena, necesito contarte un par de cosas, y no es precisamente de don salvaje —le instó cogiéndola de la mano y saliendo de aquel sitio. Su sonrisa se marchó por completo.

* * *

—Nena, ¿tienes cervezas negras en el refrigerador? son más suaves que las rubias —preguntó su amiga soltando el bolso sobre la mesa. Guardó las llaves y se encaminó hacia la cocina.

—Sí, ayer mismo hice la compra. También hay vino y algunos refrescos sin gas —contestó mientras marcaba el número de la pizzería. Tapó con los dedos la parte baja del teléfono—. ¿De qué la quieres, de queso o de beicon?

—Ya sabes, de queso pero con salsa picante —gritó su amiga desde la cocina. Abrió el frigorífico y sacó un par de latas de cervezas. Luego rebuscó en la despensa algunos frutos secos para picar, mientras esperaban la cena. Anduvo hasta el salón con las bebidas y una bolsa de almendras y se sentó en el mullido sofá. Alcanzó el mando a distancia y encendió el televisor.

Angie terminó de hacer su pedido y se unió a su amiga. Se sentó frente a ella, en un sillón de piel. Con los dedos jugueteó con alguno de sus anillos. Se sentía extremadamente inquieta, nerviosa, alterada...

El silencio de la interpelada alarmó a Linda. Ojeó con detenimiento el rostro de su amiga. Había algo extraño en él, pensó de inmediato. Se fijó en su cabello, estaba igual que todos los días, suelto y brillante; el color del

maquillaje era el que siempre utilizaba, con tonos suaves. Llevaba puesto un fino jersey de hilo color beis y unos vaqueros de pitillo que moldeaban perfectamente sus curvas tan pronunciadas, un hecho que hacía babear a los hombres que detenían sus miradas en ella. Pero había algo más en la susodicha que no encajaba en su escrutinio. Acercó su cara más para verla mejor y... ¿Qué demonios brillaba en sus ojos? ¿Lentillas doradas?

—¡Angie! ¿Por qué no me lo habías dicho? Eres una caja de sorpresas. ¿Dónde las has comprado? Son estupendas.

Angie puso los ojos como platos. No respondió, se quedó sin habla. Simplemente cogió el mando del televisor y pulsó el interruptor de apagado. El silencio aclaró la respuesta a su amiga.

—Oh, oh. A mi brujita la han, ¿engañado, pisoteado, hundido? ¡Dímelo! porque si es ese hijo puta que te ronda me lo cargo... —a Linda le cambió el tono de voz. Aquello no le gustaba ni un pelo. Algo iba mal.

—Tranquila, nena, no, no es nada de eso. No me han engañado, ni me han hundido —le contestó cogiendo la lata de cerveza y dando un sorbo—, es otro hecho que me ha dejado K.O.

—Dios, ¡pues no me dejes con la intriga! ¡Lánzalo ya! —cogió la lata y bebió un trago largo.

Angie se levantó y comenzó a andar alrededor del sofá. Las palmas de las manos le sudaban y también le temblaban, una circunstancia que le había sucedido anteriormente. El hormigueo en la nuca apareció también, el bello del cuerpo aún no se le había elevado, pero estaba demasiado sensible a la alta temperatura de su apartamento.

Linda la notó demasiado nerviosa. No quería preguntarle de nuevo que es lo que le estaba ocurriendo. Ella misma se lo diría de un momento a otro. Solo era cuestión de tiempo y relax. La conocía bastante bien como para saber qué era lo que haría a continuación. Más de una vez intentó sonsacarle qué estaba pensando, pero Angie se guardaba sus problemas para que nadie se preocupara por ella. Así que la decisión de no interrumpirla era la adecuada.

—Esta tarde —comenzó a decir lentamente y ojeando el retrato que había en la mesita de centro. Richelle, su madre, la estrechaba entre sus brazos y miraba a la cámara con mucha felicidad—, mientras estaba en plena sesión con una de mis clientas, tuve una horrible visión —el cuerpo de Angie entró en calor. Su temperatura corporal aumentó de manera exagerada. Ella lo notó y respiró profundamente antes de seguir. Sabía que su percepción estaba en contacto con algo. Las mejillas se incendiaron de bochorno.

—¿Qué visión, nena? ¿La recuerdas bien? —le preguntó Linda ocultando su intranquilidad. Entendía que si le mostraba su preocupación, no le contaría nada del asunto. Cogió la lata de cerveza como si no ocurriera nada y le dio otro sorbo.

—Lin —Angie se acercó a su amiga sentándose a su lado. El miedo se reflejó en las tremendas ojeras que aparecieron en su rostro—. Contemplé con nitidez a una mujer de antaño —se detuvo por un momento antes de seguir, aspiró con dificultad. La terrible visión volvía a su mente como un golpe mortal—, y la pobre estaba mirando al cielo con terror, sus ojos... no dejaban de contemplar la luna... y... estaba quemándose... ¡viva! —en ese instante rompió a llorar desesperadamente.

Linda la abrazó con fuerza. *Joder, ¿qué era lo que había visto su amiga? ¡Una imagen espantosa!*

—Vamos, Angie, tranquilízate. Es solo una visión. Solo una imagen, no es real —intentó consolarla.

—No, no era simplemente una visión —sacó de su bolsillo un pañuelo y se sonó la nariz. Una punzada de angustia se implantó en su pecho—. Podía sentir, en el fondo de mi ser, el dolor de aquella mujer, Lin, y te aseguro que era insoportable. —La voz de Angie se quebró de nuevo, pero intentó retomar la conversación. Quería despojarse de esa imagen contándosela a Linda—. No entiendo cómo es que esa escalofriante imagen ha sido tan real, tan vívida, y me ha marcado como si yo fuera la que estaba allí, quemándose en una pira ardiente.

Linda la volvió a abrazar.

—Hay algo, sí, lo sé. Alguien me está reclamando, lo presiento, Linda —pronunció con la voz entristecida.

—Sabes muy bien que puedes salir de dudas, cariño —le propuso esta estudiando su estado. El brillo de sus ojos seguía refulgiendo como si de una estrella se tratase. "*Angie posee un don que a veces es una maldición y otras veces una bendición*", afirmó así mismo, sin dejar de observarla.

—Sí, lo sé y quiero hacerlo ahora mismo. No puedo seguir esperando.

*Sus crímenes son tan grandes que
superan los pecados de los malos
Ángeles. Si ello es así a nivel de la falta,
¿Por qué no ha de ser así por lo que
hace al castigo infernal?*

MALLEUS MALEFICARUM (1486 Año del Señor)
El Martillo de las Brujas (FACSIMIL Traducido pag. 185)

CAPÍTULO 2

El tapete de terciopelo negro, con finos relieves bordados de color dorado, cubría una pequeña mesa redonda. Finas líneas geométricas atravesaban la superficie del tejido plasmando un simple mapa; imágenes de los arcángeles dibujados en los extremos del paño prometían a Angie la fe que necesitaba.

Un par de velas de diferentes colores fueron encendidas para aumentar la sensibilidad y la premonición que ella necesitaba. Los teléfonos móviles se desconectaron, junto al televisor y el receptor de canales. Algunos talismanes de piedras preciosas se colocaron en un lateral de la mesa; todo estaba preparado para comenzar la anhelada sesión.

Angie sacó, de una caja de madera, un par de varillas de incienso. Necesitaba el olor a la dulce mirra, la fragancia que la relajaba y la transportaba a la meditación, a la calma; un olor de antaño y que siempre lo usaba para sus sesiones. Las encendió con unas cerillas y las colocó dentro de un incensario mientras que su amiga acercaba dos sillas a la mesa. Angie se quitó los anillos, pendientes, collares y dos pulseras que llevaba consigo, los dispuso lejos y dentro de un recipiente de cerámica. Linda hizo lo mismo. Soltó todo el metal que poseía para que no hubiera ninguna interferencia que pudiera neutralizar el movimiento y la sensibilidad sensorial.

—Cariño, ¿estás preparada? —le preguntó Linda, expectante. Ojeó el rostro de su amiga; sus finas ojeras se oscurecieron más que antes, el color rosado de la piel también se había esfumado, reapareciendo un tono pálido. A pesar de lo hermosa que era, la blancura que ahora denotaba se reflejaba incluso de lejos. *Angie siente algo demasiado fuerte*, pensó esta preocupada.

—Sí, estoy lista. —le contestó sacando de una menuda bolsa de felpa, un precioso péndulo de cuarzo rosa, pendido de una cadena dorada. Se aproximó a la silla y se sentó.

—Es divino —expresó su amiga, contemplándolo—, ¿es nuevo? Solo recuerdo el de color blanco, el que siempre usamos.

—Sí, es nuevo, estamos de estreno. Lo he guardado durante mucho tiempo y hoy será su primera vez. —Concretó, tocándolo con suavidad. Con

la yema de sus dedos recorrió todo el artilugio hasta pararse en la punta—. Puedo notar la fría superficie del cristal. Está preparado para la sesión.

—¿Quieres que te traiga un vaso de agua antes de empezar? —Le preguntó Linda sentándose frente a ella.

—No te preocupes, no hace falta —Angie movió su mano derecha y la situó en suspensión sobre el centro de la mesa, sosteniendo la cadena de donde pendía el mineral de cuarzo.

Linda no dejaba de observar lo que su amiga hacía. En ese momento comenzaba el ritual del péndulo; unos instantes que siempre la hechizaba, la envolvía en un mágico halo místico que le hacía olvidar en el mundo que se encontraba, sin embargo, también respetaba mucho la sesión. Le gustaba ver todo lo que Angie realizaba, era un hecho insólito, un don del que ella misma carecía, y aunque lo tuviera no podría tener la fuerza con la que su amiga lo afrontaba. El simple hecho de ser una clarividente no era por fortuna, ni por suerte, era un don de nacimiento, poseer la intuición necesaria para canalizar las energías, ya fueran positivas o negativas... y ella carecía de ese regalo o cualidad, según como lo entendiesen. Solo Dios podía proporcionar dicha habilidad.

Angie abrió lentamente la palma de su mano suspendida sobre el tapete. Con los dedos índice y pulgar sostuvo la fina cadena; giró la mano y el cuarzo quedó pendiendo en el aire sin tocar la superficie de la mesa. Apoyó su codo en el filo de la mesa para tener mayor precisión. El péndulo ya estaba listo para iniciar la sesión de preguntas. Levantó su mirada, ojeó a su amiga y movió la cabeza afirmando su comienzo.

—Péndulo, ¿quieres contestarme? —la primera pregunta sonó sencilla y sutil.

Silencio. El péndulo no se movió.

Linda fijó su mirada en el artilugio, quería ver como iniciaba el movimiento. Era increíble ver un artilugio de cristal moviéndose al libre albedrío, fiel sirviente de una clarividente y gracias a la virtud de esta para sentirlo y canalizar la energía que le transmitía en movimiento.

El mineral comenzó a oscilar muy despacio, lento, con un tacto suave. El vaivén aumentó su ritmo hasta confirmar la pregunta de Angie. Su respuesta fue positiva; apuntó sobre la línea que marcaba el tapete con el “sí”.

—Gracias, péndulo, ahora... detente —exigió Angie. El mineral cesó su oscilación.

Linda estaba alucinada. Para ser la primera vez que Angie utilizaba el nuevo péndulo estaba bastante preciso a su pregunta.

—Péndulo —la interpelada siguió su sesión. Sentía una extraña conexión, su mente estaba entrando en un estado abstracción que ya nada le importaba, solo quería averiguar lo que tanto necesitaba. El Otro Lado estaba a tan solo un paso su conciencia. Siguió con su cometido—, la visión que he tenido sobre la mujer quemada... ¿era una vivencia del pasado? ¿Ha sido real en tiempos remotos?

El cuarzo no dudó en responder; cogió un fuerte ritmo y confirmó claramente la pregunta.

A Angie por poco se le detiene el corazón.

—Gracias, péndulo, detente —dijo a media voz.

Angie suspiró y desvió sus ojos hasta su amiga y esta tragó saliva lentamente. ¡Era cierto! La visión acerca de la imagen fue real, aquella pobre mujer quemándose fue algo que ocurrió en el pasado. Y lo peor de todo es que podía aún sentir ese dolor tan grande, ese olor al maldito fuego. Sí, fue cierto, existió. Angie necesitó recomponer la compostura para poder seguir con su sesión. Qué difícil serían las siguientes preguntas, pero necesitaba con urgencia averiguarlo todo. *¡Dios mío! ¡Es posible que me esté sucediendo esto!*, se gritó a sí misma. Y ahora, ¿qué paso debía realizar? Se tragó aquel nudo amargo que tenía en la garganta y esperó a que su mente volviera a concentrarse. Debía continuar.

—Cariño, ¿cómo es posible? —Linda se había quedado estupefacta ante aquella afirmación.

—No lo sé —murmuró Angie—, pero siento dentro de mi alma que alguien quiere transmitirme un mensaje importante, lo sé, es como si yo perteneciera al pasado, a las raíces familiares de la mujer que había quemándose viva... Esa visión no ha sido por casualidad, y créeme, lo sé. Lo voy a averiguar, cueste lo que cueste —en ese momento el calor de su cuerpo aumentó nuevamente, las mejillas volvían a enrojecérseles, igual que si se hubiera zampado dos botellas de vino tinto—. Oh, nena... estoy notando otra vez ese ardor en mi cuerpo, qué bochorno... —su voz aumentó de volumen—. Qué extraño.

—Angie Holbein, si-gue pre-gun-tan-do —le instó entrecortadamente su amiga con el corazón en un puño. El pavor la consumía.

—Péndulo, ¿me están invocando desde El Otro Lado, tal y como lo presiento? —En ese instante notó que un nudo en su estómago le revolvía la poca cerveza que momentos antes había ingerido, pero ella siguió con su cometido a pesar de todo.

El artilugio no vaciló y volvió a afirmar la pregunta. Esta vez rápidamente.

—Gracias, péndulo, detente. —Dictó, luego descansó un poco el brazo y espero unos segundos antes de seguir. Estaba aturdida, acongojada, intrigada. No podía creer todas las aclaraciones que estaba confirmándole el nuevo péndulo.

—Me estás asustando, cielo. Nunca había tenido miedo a estos chismes, pero hoy no sé, es como si nos estuvieran observando desde una tribuna de un teatro repleto de fantasmas.

—Por una vez lo has notado, Linda. Ahora comprenderás lo que percibo cuando realizo esta clase de sesiones. Y lo que sientes no es malo, al contrario, es algo usual en el mundo esotérico. La percepción y la sensibilidad son esenciales para captar los fenómenos espirituales. Con esto no quiero que te asustes. Nadie nos hará daño, cariño, solo son espíritus y almas que nos acompañan. Mi hogar está limpio de todo mal, no habrá energías malignas.

—Sí, sí, claro, pero tu sigue, que me estás acongojando más. ¿Quieres que te diga algo? No me gustaría estar, ahora mismo, en tu pellejo —los brazos de Linda se apartaron del tapete; estaba realmente inquieta.

—No te preocupes. La fuerza, que en estos instantes nos envuelve, es positiva; tenlo en mente —la reconfortó. Su amiga le musitó un agradecimiento en voz baja y volvió a mirar el péndulo.

Angie continuó con la sesión.

—Péndulo, ¿la persona o personas que intentan comunicarse conmigo siguen con vida o son almas retenidas en el plano espiritual?

Linda la volvió a mirar con los ojos desorbitados. Se estaba poniendo muy nerviosa. La sesión comenzaba a entrar en una etapa más profunda.

La preciosa piedra inició su marcha. Esta vez el movimiento fue giratorio. Realmente no respondía con claridad a esa pregunta; el giro iba en el mismo sentido que las agujas del reloj y aumentó su velocidad. Angie intuyó la respuesta y reformuló la pregunta mentalmente. *Péndulo, ¿la persona que quiere contactar está viva?* Y como si el cuarzo la hubiera escuchado en voz alta, cambió el sentido del movimiento y concluyó señalando la afirmación a su pregunta mental.

El mundo pareció pararse bajo sus pies. *Es obvio que alguien del pasado me está invocando*, pensó intrigada, ¿pero quién? Ella jamás había experimentado aquello; su trabajo era la adivinación, los buenos hechizos, la magia blanca para ayudar a la gente a salir de los hoyos emocionales o e incluso de salud, para transmitir algún mensaje al otro mundo con la clara

intención de no infringir las leyes del oráculo... pero de ahí a lo que acababa de descubrir, había un gran abismo. ¿Cómo podían reclamarla desde un lugar, espacio o diferente tiempo, alguien que supiera de su existencia?

—Cariño, si sigo en este estado me mearé encima. ¿Qué corre por tu cabeza ahora mismo? Vamos, escupe ya —Linda se retorció con el dedo un rizo que caía por debajo de su nuca. Si seguía así se lo arrancaría de un momento a otro.

—Seguiremos adelante, estamos con el portal abierto, hemos dado con un resquicio del pasado. —Le contestó Angie volviendo a posicionar el codo en la mesa.

—Si es conveniente... espera que me arranque el cabello para tranquilizarme —le instó Linda a punto de saltar aterrada.

—No, relájate, estamos demasiado nerviosas, aunque... es para estarlo, ¿no crees?

Angie soltó una carcajada nerviosa.

—¡Joder! ¡No me sobrecojas más! Nunca he estado de esta forma —apostilló su amiga—. Sabes que hemos hecho esto cientos de veces, por no decir miles, pero siempre ha sido por el bien de nuestro futuro laboral y por el anhelante amor que nunca llega, pero... ¡Chica! me tienes demasiado asustada.

Angie tocó el hombro de su amiga para reconfortarla, aunque a ella también la deberían de reconfortar. Después de la inquietante sesión, una pequeña sonrisa no le vendría nada más para su amiga, y así suavizaría el tenso ambiente sensorial.

—¿Seguimos? —La expectante voz de la clarividente consiguió que su amiga se relajara un poco, solo un poquito.

—Continúa... —le dijo.

—Péndulo, ¿la persona que quiere comunicarse es alguien que ha tenido algún vínculo con la mujer... de la visión?

SILENCIO SEPULCRAL.

El artilugio no se movía. Qué extraño...

—Péndulo —volvió a requerir, ahora realizaría una pregunta más concreta, una en la que ella iría involucrada—, ¿la persona que me invoca es un familiar antepasado mío?

Ahora sí que había realizado la pregunta correcta. El mineral comenzó a coger ritmo y agilidad, esta vez aclaró sus dudas. El péndulo verificó el resultado apuntando hacia el “sí”.

—Gracias, péndulo, detente.

Ahora ella sí que necesitaba respirar hondo. Soltó un jadeo ante aquella revelación. Sus antepasados, ¡sus antepasados! ¡Dios mío!, estaban intentando localizarla por algún motivo importante, demasiado importante como para comunicarse con ella, dedujo inmediatamente. Y todo desde que había visto la horrenda imagen. Angie se tapó la boca rápidamente. No quería pensar, no, no podía. Aquella mujer...

—Nena, ¿qué sucede? ¿es lo que yo pienso? —preguntó seriamente Linda sin dejar de observar a la clarividente, que no dejaba de mover la cabeza negando; ahora se destapó la boca para hablar.

Angie solo pudo asentir con la cabeza. Estaba tan aturdida que no se atrevía ni a respirar. El pasado la requería de algún modo e ignoraba cómo podía comunicarse con esas personas. A no ser que usara la famosa tabla *Ouija* para hablar con los espíritus, pero no, eso jamás lo haría. Ya tuvo muy mala experiencia una vez y no volvería a tocarla.

Se llevó una mano a sus cervicales y se las masajeó con suavidad. Estaba tan tensa que sus músculos se quedarían engarrotados de un momento a otro; le dolían a rabiar, y no era para menos, tantas revelaciones en menos de cuatro horas la iban a fatigar. Angie precisaba descansar un par de semanas, sobre todo tu mente. Pero aunque quisiera no podía debido a su trabajo, aunque lo necesitaba con urgencia. El largo día de sesiones había bloqueado demasiado su cabeza. Si seguía esclareciendo aquella visión, su físico seguramente no aguantaría más.

—Debes parar, cariño. Date por satisfecha con lo que has averiguado, has descubierto a una persona que quiere comunicarse contigo —le aconsejó Linda dándole un beso en la mejilla—. Mañana será otro día. Hazme caso, enfermarás con tantas sesiones.

Angie tocó por última vez el péndulo y suspiró. Le dio las gracias acariciándolo.

—Tienes razón. Es mejor que sigamos mañana.

—¿Sigamos? —Su amiga frunció el ceño y la miró intensamente—. ¿Acaso crees que mañana estaré aquí acongojada de nuevo? —Al instante, su boca dibujó una sonrisa para consolarla—. ¡Pues claro que sí! ¿Crees que dejaría a mi brujita sola? Ni lo sueñes. Ahora, eso sí, mañana me traeré algunas infusiones de relajación y una foto de Brad Pitt con el culo al aire. Así podré mirarlo cuando esté acongojada y al momento se me quitará esa sensación —y soltó una carcajada—. No quiero volver a sentir ese repelús, por Dios. —Se levantó de la silla—. Cariño, será mejor que descanses. —Anduvo hasta su bolso y recogió el abrigo.

Angie sonrió débilmente. Miró su hermoso artilugio y volvió a darle las gracias por su esmerado resultado; lo recogió y lo guardó en la bolsita de felpa.

—Mañana será otro día —murmuró.

—Duerme, te hace falta —le instó Linda abriendo la puerta del apartamento—. ¡Ah! recuerda, el jueves tienes pendiente la invitación de Don Salvaje. Si fuera yo, no iría, deja la invitación para otro día. Estás demasiado cansada. Necesitas irte de vacaciones al sur de Europa, a esas playas de España. Nena, no te entretengo más, me voy ya, y sin comer. La pizza tendrá que esperar a mañana. Guárdala en el refrigerador, aguanta tres días —y con una sonrisa cariñosa, salió de allí cerrando la puerta.

Oh, Dios mío, no recordaba ni la pizza ni la cita que tenía con Don Salvaje...

—Don salvaje, tendrás que dejar nuestro encuentro para más adelante —susurró en voz baja, apagando todas las velas.

* * *

El fuerte olor a quemado penetró en su nariz como el mismo oxígeno, despertándola enseguida. Los gritos y lamentos de la gente, la aterrorizaron. Pegó un salto del jergón, acongojada por los tremendos alaridos. “Dios mío, ¿qué está sucediendo?”. Su corazón casi se desboca al escuchar un potente estruendo que casi parte los cristales del aposento. Corrió como una gacela hacia una vieja lumbreira para ver qué era lo que estaba sucediendo... y entonces se le heló la sangre.

A lo lejos, contempló horrorizada, las enormes llamaradas de fuego que rodeaban una antigua muralla, y frente a ella, una enorme pira humeante. Rápidamente miró al cielo y abrió los ojos de par en par; el oscuro humo formaba sobre una pequeña torre una auténtica nube lóbrega; los aldeanos corrían sin cesar con cubos colmados con agua hacia ese sitio; las mujeres gritaban y buscaban a sus hijos descontroladamente; las bestias estaban asustadas y vagabundeaban por la aldea perturbadas por semejante suceso... Angie se tapó la boca para no gritar. “Por todos los Ángeles” murmuró sin aliento. El cuerpo se le tensó como las cuerdas de un laúd, los brazos y piernas se engarrotaron impidiendo su movilización, su mente estaba a punto de sufrir un colapso ante esa visión que jamás olvidaría.

—¡Mi amor! —alguien comenzó a gritar desde el exterior de lo que parecía ser una habitación. La grave voz penetró en su cabeza revelando de

quién se trataba. Esas palabras la reconfortaron, y no supo por qué, pero rápidamente su mente le dictó el nombre de esa persona, era su... ¿esposo?

Angie tragó saliva al percibir el mensaje que le dictaba el cerebro. Agachó la cabeza y ojeó los ropajes que llevaba y entonces... se quedó pasmada. ¿Dónde se hallaba? ¿Estaba en una pesadilla? Una larga camisola blanca la cubría desde los hombros hasta los tobillos. La suave y cálida textura de la tela resaltaba el contorno de su silueta. Sus mangas, anchas y fruncidas, cubrían todo el brazo hasta la muñeca... “¡No puede ser, estoy en otra época!”. Entonces todo su entorno se volvió pequeño en su campo de visión. La oscuridad la invadió por completo, tragándose la.

—¡Angie, Angie, despertad! —La desesperación de Alfred por espabilarla era inquietante—. ¡Mi amor! —La cogió en brazos y la volvió a recostar sobre el jergón. Le tocó el cuello para sentir el latido de su corazón. “Gracias a Dios que solo es un desmayo”, pensó acariciándole la piel. Sus dedos le apartaron los hermosos cabellos del rostro. Necesitaba que su amada volviera en sí, inmediatamente. Sus hombres aguardaban nerviosos para cubrir la aldea. Ya había enviado a un grupo de aldeanos con bestias cargadas con recipientes de agua para intentar apaciguar el fuego; su hermano también iría ya en camino para protegerlos en caso que tuvieran que huir de inmediato hacia el refugio.

—¿Dónde estoy? —Angie comenzó a arrastrar las palabras, parecía que se había tragado un montón de pastillas. Abrió los ojos para vislumbrar nuevamente la pesadilla, por si se había esfumado, pero entonces se sorprendió ante la persona que sus ojos captaron enseguida.

El sobresalto que dio casi la hace caer del colchón al suelo.

—¡Angie! ¿Estáis bien? —Alfred la cogió con rapidez y la estrechó entre sus brazos. Buscó su rostro y le dio varios besos en las mejillas, desorientándola por completo.

—¿Alfred? ¿Qué Alfred? —preguntó ella sin saber cómo demonios había dicho ese nombre.

—Sí, estoy aquí, preciosa, a vuestro lado. —Agarró el rostro de su amada y la besó intensamente en los labios. Luego, lo separó—. Ha vuelto a pasar, Angie. Necesito que os repongáis. Louis y Adam me esperan —le dijo contemplándola a los ojos—, han entrado en la aldea y han prendido fuego alrededor del muro y muy cerca de las cabañas —le informó inquieto.

A Angie se le encogió el corazón. El tremendo dolor que sintió cuando Alfred pronunció la palabra “aldea” fue insoportable. «**Tu gente está allí**», le indicó su conciencia. Jadeó al conjeturar aquello. Quiso gritar en su

interior, pero no pudo; no entendía nada de lo que le estaba sucediendo. ¡Nada!

Angie clavó su mirada en el imponente hombre que la escrutaba con una pasión irrevocable. Le había dicho que era su amor. ¡Oh, Dios mío! empezaba a recordar retazos de momentos antepasados. ¡Sí, sí, ya lo recordaba! ¡Era su esposo! La mente de Angie emprendió una marcha reveladora. Millones de imágenes le invadieron la cabeza, como si se tratase de una colonización de hormigas. Todo iba encajando en cada resquicio de su cerebro, todo hasta que... ocurrió lo que tuvo que ocurrir.

—¡Alfred! —Angie se despertó gritando como una loca y empapada de sudor. Miró rápidamente su entorno por si seguía en esa época, en ese sueño, pero no, estaba en su dormitorio. ¡En su mundo!, gritó así misma aliviada. Se inspeccionó su cuerpo con rapidez, sacudiéndose incontrolablemente. Notó su piel pegajosa. ¡Qué asco! Tocó su cuello, la garganta, los hombros... y soltó una maldición. Estaba bañada de los pies a la cabeza de su propio jugo sudoríparo. El pijama rosa de algodón que llevaba puesto estaba humedecido, los calcetines de ositos también, hasta las sábanas de algodón.

Hizo un rápido barrido visual para asegurarse que seguía en su apartamento: su habitación estaba tal y como siempre, "su" mundo estaba en perfecto estado. Ojeó el interior del dormitorio: había ropa negra colgada en los percheros, velas de diferentes colores seguían alineadas sobre la cómoda, los portarretratos continuaban arqueados y colgados en la pared, las dos cajitas de madera sobre la mesilla seguían allí, su péndulo nuevo fuera de... ¡Santa Virgen! ¿Qué hacía el péndulo de cuarzo reposando fuera y sobre la bolsita de felpa? Angie podía jurar que lo introdujo dentro y cerró las cuerdas de la bolsa antes de acostarse. Y *a posteriori*, lo colocó sobre la mesilla de noche. Qué extraño. Entrecerró los ojos y se dispuso a pensar. Buscaba un recuerdo, una respuesta a ese misterio, y entonces recordó que antes de irse a la cama, volvió a coger el péndulo y lo observó en un corto espacio de tiempo, mirando sus ranuras, sus vértices y la punta. Pero ella juraría que lo guardó dentro de la bolsa.

La pesadilla que había tenido parecía tan real que le daba escalofríos. Podía rememorar a aquel hombre besándola como si fuera su auténtico esposo... *Qué fuerte, es imposible.* ¡Mierda! sí, sí que era posible, lo sentía en su propio corazón; era su esposo en el sueño o quizás en su vida pasada... Angie tragó saliva, y se alteró de nuevo al pensar en ese tal Alfred. Tuvo de aceptar que el cuerpo del tipo estaba demasiado potente para estar presente en una pesadilla, y su rostro era, ¿cómo lo diría? ¿Seductor, atractivo o quizás

varonil? ¿Acaso echaba de menos el roce de los dedos encallecidos de su "esposo"? Resopló, igual que una burra. ¡Estás loca, Angie! se amonestó a sí misma.

—¿Pero que estoy diciendo? —inquirió sentada sobre la cama—. Angie, Angie, ¿qué te está sucediendo? ¿Has perdido el juicio? —miró el péndulo de nuevo; brillaba de una forma extraña; el fulgor penetró en la retina de sus ojos. Acercó la cabeza para seguir admirándolo y se concentró tanto que dejó que su mente vagabundeara al libre albedrío. Angie buscó mentalmente algún indicio que delatara la procedencia de dicha pesadilla y de lo que había sucedido en ella. Se negaba a creer que solo se trataba de un mal sueño, porque no podía echar de menos algo que no existía, como el cuerpo y el calor de... *No sigas por ahí, se regañó.*

Angie se acomodó mejor en la cama e intentó recordar de nuevo el sueño. En el subconsciente recordaba el fuego, una muralla, el tal "Alfred", un aposento antiguo pero lujoso, una ventana extraña, el ropaje que llevaba puesto... entonces consiguió hallar un hecho que le heló la sangre. La pesadilla había sobre del pasado, un pasado bastante lejano, unos siglos atrás. ¡Y ella misma estaba allí, recordando y viviendo el momento infernal en primera persona! Jadeó ante la deducción, abrió los ojos de par en par dada las circunstancias. ¡Aquello era imposible que ocurriera!, solo era un mal sueño, de esos de los que no se olvidan, pero no desechó esa idea ya que aún podía oler la fragancia que desprendía el hombre que la besó mientras le dedicaba caricias para espabilarla. Angie se bloqueó mentalmente. ¡*Qué fuerte!* ¿Acaso había viajado en sueños a su antepasada vida? ¿A una vida en común con un esposo? No, se dijo enseguida. Pretendió calmarse y relajar la tensión que tenía acumulada bajo el cuello y sus hombros. Era necesario. *Respira, respira hondo, es difícil lo que estás intuyendo, pero puede ser verdad,* se repetía para serenar su estado.

Giró la cabeza para ver qué hora marcaba el reloj: las cinco de la mañana. Aún era temprano para levantarse, pero ya le era imposible volver a conciliar el sueño y mucho menos volver a dormirse, impregnada de sudor.

Se levantó dirigiéndose hacia el baño; una buena ducha le aclararía cualquier incertidumbre y además... apestaba como una cerda.

Después de ducharse e impregnarse con las nuevas fragancias de su set de jabones de aceite, se envolvió en una toalla y se cepilló los dientes. Sus pies pedían a gritos las zapatillas de guata que adquirió en el centro comercial, que por cierto, debería de haberse comprado tres pares más de ellas, en vez de uno. Jamás encontraría unas calderas iguales que aquella para calentar sus

pies. Con otra toalla se secó el cabello lo mejor que pudo y se encaminó hasta la cocina.

Mientras que la mente de Angie manejaba algunas especulaciones sobre el sueño, su cuerpo funcionaba como un autómata. El ritual del desayuno era el más importante para ella en el día y, a pesar de tener la cabeza en otro lado, sus manos eran pura concordancia. Volvió a recordar la pesadilla. Era una pesada masoquista, pero si tan solo hubiera profundizado un poco en él quizás, hubiera dado con la clave de todo o incluso sabría el motivo por el cual querían contactar con ella, tanto en la visión como en el sueño... Angie estaba sumida en un auténtico enigma.

Encendió la cafetera e introdujo una taza debajo del conducto del dispensador de café. Sacó un poco de pan del congelador y lo colocó en el microondas. El ritual seguía, solo que había una cosa que no se ajustaba al momento. Su cabeza. Angie se paró en medio de la cocina; necesitaba urgentemente quitarse esa incertidumbre como fuera.

—Mis niñas, sí, es la única solución —dijo reanudando la marcha. El café salió de la cafetera y llenó la taza. Saltó el temporizador del microondas para avisar de que el pan estaba caliente; la mantequilla ya estaba preparada sobre la encimera para untarse en el pan. Lo preparó en una bandeja y se lo llevó todo hasta el salón. Sacó sus cartas del maletín y las dispuso sobre el tapete. Antes de comenzar, dio varios sorbos al café y un par de mordiscos al pan. Luego, encendió la vela blanca, que le aportaba concentración, y comenzó a barajar las cartas.

—Vamos, vamos, necesito que me ayudéis. Hay que averiguar el significado del sueño y la visión —le susurró a las cartas. Cerró los ojos por un instante y se concentró en el tema. Abrió los párpados y se detuvo; respiró hondo un par de veces. Luego comenzó a soltar, una por una, las cartas sobre el tapete. Requería la tirada del pasado, la cual le descifraría lo suficiente para entender el sueño.

Angie ojeó la mesa expectante y...

—¡Joder! —se tapó la boca asustada. Su mirada empezó a recorrer cada fila de naipes; el destino estaba claramente expuesto delante de sus narices.

A Angie se le nublaron los ojos. Había captado el mensaje a la primera. La tristeza la embargó de arriba abajo, pero también le animó para que siguiera investigando. Descubrió, en su sesión, una revelación histórica; contrastó la información que le proporcionaron las cartas con la docena de libros que había leído acerca de la verdadera y penosa “Historia” del mundo. Angie chirrió los dientes, apretó los puños de frustración. ¿Cómo podía ser la

gente tan cruel?, ¿cómo? La preguntó se instaló dentro de su mente al igual que el significado de las cartas.

Angie halló su pasado y también su destino; ahora su futuro estaba en el mismo pasado. El origen de su clarividencia estaba al descubierto.

* * *

Desde que averiguó su designación, Angie cambió su chip mental. Se vistió con ropa ligera, llamó por teléfono a su padre para desearle los buenos días; cogió su coche y se encaminó hacia el centro de la ciudad. Condujo lentamente, debido al tráfico de esas horas. La aglomeración de automóviles, colapsando todas las vías de acceso hacia el centro, era caótico. *Qué barbaridad, menos mal que no he quedado con nadie*, apostilló así misma. El día había amanecido soleado, el frescor de la mañana parecía congelar la agilidad de los conductores, sí, toda esa gente parecía muñequitos de plásticos sobre rueda, dado que nadie hacía por moverse. ¡Joder!, todos los días el mismo atasco en las vías. ¿Para qué servían los dichosos semáforos? ¿Y los agentes del orden? Maldijo mientras esperaba en una larga cola; los nervios estaban apoderándose de ella. Angie nunca había deseado tanto llegar a la biblioteca pública como en esos momentos. Le urgía recorrer las calles de estantes con libros de historia para buscar algo que ni siquiera ella misma entendía, ni sabía. ¿Por dónde empezaría?

El sonido estridente de las bocinas era demasiado. *Anda, por fin han movido un dedo los automovilistas*. Angie bajó la ventanilla y sacó la cabeza para ver qué diantre pasaba. El frío viento colisionó en su rostro endureciéndole la piel. Volvió a maldecir; ni porque era verano desaparecía el insistente frescor.

Un agente del orden detenía a todos los automóviles y les comentaba algo. Luego, los saludaba y les daba vía libre para continuar, a continuación volvía a dirigirse a otro más y así hasta que llegó al de ella. Angie ojeó, de arriba abajo, al hombre que le dio los buenos días. Sus ojos repasaron el torso del agente y se detuvieron más abajo de la cintura. ¿De dónde habían sacado a aquel policía? ¿De la portada de una revista de modelos? Dios Santo.

—Buenos días.

—Hola, buenos días, ¿sucede algo, agente? —Angie intentó ocultar una risita tonta que le brotó de la garganta.

—Señorita, me temo que tendrá que dar la vuelta si pretende usted ir hacia el centro. Ha habido un accidente y hemos tenido que cortar el acceso.

Angie se mordió el labio. Le encantaba la voz tan grave de aquel guaperas... *Ya estás comprometida.*

De repente, Angie abrió los ojos como platos. ¿Quién había hablado? ¿Su conciencia? Pero al momento pegó un saltó de su asiento de un susto, debido al sonido estridente de su móvil; rebusco como una loca el teléfono para silenciarlo.

—Señora, ¿está usted bien? —Le preguntó el agente frunciendo el ceño.

—Oh, sí, es solo que el móvil está sonando y no quiero que me moleste mientras conduzco... —contestó ella con el pulso alterado. Elevó la cabeza y volvió a mirar al agente. Sin embargo, su mente ya no seguía allí, en el coche, junto al policía, y detenida en medio de aquel caos. El engranaje de su cerebro se había puesto en marcha y sentía qué alguien o algo querían contactar con ella; eso la descolocó aún más.

—Ok, señorita. No debe coger el teléfono mientras conduce, es la ley. Le recomiendo que dé la vuelta; circule por la avenida de La Paz hasta llegar al cruce del Palacio de Rhin. Luego, coja usted la avenida Victor Schoelcher y ya le conducirá hasta el centro.

Ella le dio las gracias y el policía la saludó, asintiendo. Luego le guiñó un ojo y se fue hacia otro vehículo. Angie quedó pensativa, aquel agente estaba para hacerle algunos favorcitos... ¿Qué edad tendría? ¿Treinta? Pero, en ese instante, como si su conciencia quisiera fastidiarla, las ideas impuras que estaba teniendo desaparecieron de un plumazo, dejándole un solo pensamiento: el lugar a donde debía ir. ¡Joder! Tenía que hacer lo correcto, parecía una estúpida adolescente.

Angie ojeó por el retrovisor y esperó su oportunidad para reincorporarse a la avenida. Encendió el radio para escuchar un poco de música. Su cabeza estaba demasiado cargada y necesitaba un poco de marcha. *Tanta intuición y concentración me volverá loca un día de estos*, se dijo observando cómo dos tíos en un porche se detenían en el semáforo junto a ella. Pero, ¿qué día es hoy? ¿El día de los modelos masculinos? Por todos los Santos, ella solo quería ir a la biblioteca, BIBLIOTECA, y buscar lo inexplicable. Deseaba tanto encontrar pruebas de sus inquietudes, que incluso si se interpusiera algún macizo como aquellos delante de sus narices para pasar un buen rato, le daría calabazas. *¡Angie, Angie! Las hormonas están revueltas y debes controlarlas.* Pues sí, se exigió.

La biblioteca central llegó a su campo de visión sin apenas ser consciente de ello. Entre pensamientos, pensamientos y más pensamientos, no se había dado cuenta de que la avenida le había llevado hasta el lugar deseado.

La biblioteca pública era uno de los edificios más emblemáticos del centro de Estrasburgo, era impresionante. La estructura era bastante sosa, pero contaba con cuatro plantas, tan espaciosas que podrían ser hangares de un aeropuerto. Parte del edificio estaba destinado a biblioteca, donde la gente no tenía problema al acceder. Pero la otra parte, estaba destinada a la documentación histórica; en ese sitio se podía encontrar cualquier clase de documentación que estuvieras buscando, desde códigos manuscritos, hasta diccionarios en lenguas muertas. El ala de documentación albergaba tres grandes salas. Cada una de ellas tenía su público, por así llamarlo: la de los funcionarios; la sala de los "políticos" y la sala de los estudiantes universitarios y escritores documentalistas. Ella no sabía en qué categoría entraba, si es que entraba en alguna, claro, pero tenía una forma de acceder suavemente. Ya lo había hecho en alguna ocasión. Angie conocía al administrativo de la entrada. Tenía que reconocer que numerosas veces había entrado en la sala de funcionarios para indagar algunas historias que le ayudaban en su trabajo, y Trez le había dado campo libre para hacerlo.

—Hola, Angie —saludó Trez. Su sonrisa se ensanchó al verla. Se levantó de la silla y rodeó la mesa para ir a saludarla.

—Hola, Trez. ¿Qué tal te va? —le respondió ella, dándole un beso en la cara y guiñándole un ojo. Era la estrategia perfecta para que la dejara echar un vistazo en la sala más comprometida; necesitaba entrar como fuera. Allí se encontraría todo lo que necesita, aunque aún ni siquiera sabía dónde indagar y el porqué de ello. Sin embargo, tenía que hacer algo al respecto. Seguro que Trez le ayudaría.

—Bien, muy bien... ¿Cuánto hace que no nos vemos, preciosa? ¿Un mes? —Le preguntó este inquieto al ver lo guapa que estaba—. Estás preciosa, Angie.

Ella se quedó muda. Inmediatamente su boca dibujó una sonrisa. El rubor se le subió acompañado de algo más. Demonios, no se acordaba de los enormes ojazos de Trez y de su cuerpo atlético.

—Gracias. Sí, hace ya un mes que no nos vemos... por cierto —le indicó cambiando su tono de voz—, en la sala esa de tus amigos, la de la derecha, ¿hay códigos de los que a mí me gustarían? ya sabes, de la antigua magia o del mundo esotérico; manuales de espiritismo o cosas así. Verás, necesito averiguar algunas cosillas, es de vital importancia.

Trez comenzó a reírse.

—Angie, Angie, pequeña pecadora. No puedo dejarte ojear nada, ahí. Necesitas un permiso. Lo sabes. —La voz de Trez se enronqueció.

Angie notó el aturdimiento del administrativo y siguió con su estrategia. Sabía que, tarde o temprano, se rendiría; le venía bien tener un poquito de escarceo...

—Vamos, Trez, no me hagas esto, será treinta minutos, nada más. Además, no veo a mucha gente hoy aquí, está todo casi vacío —le suplicó aleteando las pestañas y mordiéndose el labio inferior—. Solo quiero inspeccionar algunos libros. Es por un sueño que he tenido nuevamente, nada más —soltó—. Sabes muy bien que todo el tiempo estarás observándome, y si quieres me coloco guantes de látex para no impregnar mis huellas...

—Vaya, vaya, ¿quieres que te infiltre en un lugar vedado para muchos? —expuso este con expectación. En ese instante, cruzó las piernas por pura intuición. Joder, su miembro se había puesto más firme que un soldado del ejército soviético. Aquella preciosidad lo estaba machacando sensualmente; su mirada, tan sensual y perversa, lo estaba descolocando. Angie era una pecadora muy apasionada. Tenía que reconocer que cada vez que aparecía por las puertas de su trabajo, lo aturdiría.

—Haremos un trato, ¿ok? —Los ojos de él refulgieron de entusiasmo—. Primero ojearé en el ordenador central lo que realmente necesitas buscar. Luego, si encontramos lo que necesitas, te indicaré la sección en la que se encuentre el libro, código o lo que sea, y por último... me debes una cena, ¡ah! —Le tapó la boca antes de que ella respondiera—, y esta noche.

Conseguido. Angie sonrió igual que una dulce gatita. Ese tío era increíblemente interesante. Solo había puesto el anzuelo y él solito había picado sin más contemplaciones. Vaya tela, se estaba comportando como una niña, pero le gustaba y también le gustaba llevarse a la cama a un guaperas como ese.

—Bueno, si acepto la oferta, ¿dónde me llevarás? —Le susurró entrecerrando los ojos.

La erección de Trez reventaría su pantalón de un momento a otro.

—Al Dumon, t.

—¿Qué? No puedo aceptar, Trez... ese restaurante es carísimo —a Angie se le abrieron los ojos de par en par. Ella negó con la cabeza. No lo dejaría que la llevara a un sitio tan costoso. ¡Por Dios!, si allí se reunía la flor y nata de Estrasburgo—, no puedo aprobar tal invitación, es demasiado.

—Joder, Angie. Te mereces una noche mágica.

Angie parpadeó varias veces. ¿Qué es lo que pensaba Trez acerca de ella? ¿Qué demonios estaba sucediendo entre Trez y ella? La cabeza estaba a punto de sufrirle un colapso.

—Creo que deberíamos ir a un lugar más normalito, como a un italiano o un chino —le contestó ella con la intención de que él recapacitara su invitación a lo grande.

Angie no se le escaparía esta vez, pensó él rápidamente. Desde hacía mucho tiempo le atraía mucho, la deseaba. La última vez que estuvo con ella, hacía más de tres meses, llegaron a acostarse y él rozó algo más que su satisfacción. Esa pequeña diablesa tenía un misterioso hechizo a su alrededor que lo enardecía cada vez que él posaba sus ojos en ella. Angie era la droga que él necesitaba, el sexo con ella era escandalosamente bueno; sus encuentros esporádicos eran auténticas gozadas y con mucha química. Ninguna mujer había llegado a enganchar sus sentimientos como lo estaba haciendo Angie...

—Miraremos el ordenador y luego, ya se verá —le insinuó Trez quitándole profundidad al asunto.

—Sí, mejor —contestó ella, caminó con él hasta el mostrador y se sentó en una silla a su lado.

—A ver... por dónde comenzamos —le instó Trez tecleando una clave en el ordenador e introduciéndose en los archivos de esa sala.

Angie cerró los ojos. Necesitaba concentrarse y repasar la pesadilla desde el principio. Menos mal que era una de las muchas personas que tenía la capacidad de retener información en su memoria. La gente cuando sueña no recuerdan nada cuando despiertan o quizás algunos retazos débiles. Pero Angie utilizaba la auto ejercitación; el entrenamiento de la mente era una de las mejores pautas para llegar a la abstracción y meditación.

Inesperadamente su cerebro entabló la marcha de sus recuerdos; apareció aquella muralla de piedra media construida, una torre sin acabar, el fuego, la gente gritando, los animales enloquecidos, el hombre que la despertó, ella misma, la habitación, la conversación... ¡Ay Dios!

—Busca en algún apartado si hay libros o manuscritos de magia o de hechicería.

Trez giró la cabeza haciendo una mueca.

—¿Magia, Angie? Ya sabes bastante de eso.

—Búscalos, Trez. Sé que te resultará extraño, viniendo de mi trabajo, pero me harías un favor enorme —le respondió ella inquieta; retorció un hilo del jersey que se había sacado por culpa de los nervios.

—Nena, sabes que los libros de magia están en otra sala, en otra estantería.

—Bús-ca-lo, por favor —le insistió ella mirándolo fijamente—, me huele que debe haber algo más profundo y prohibido en esa sala que tenga que ver con lo que he dicho.

Trez elevó una ceja. ¡Joder! otra vez le estaba poniendo ese rostro tan angelical, pensó así mismo.

—Está bien, está bien —tecleó varias palabras en el buscador: magia, brujería, espiritismo...—, esperemos que nos aparezca algo relacionado.

El ordenador inició la búsqueda. Ella tragó saliva; su instinto iba por buen camino, pensó. Si sus antepasados querían contactar con ella sería por algo, quizás en la época donde ellos vivían estuviera pasando algo horrible u oculto. Por Dios, estaba demasiado alterada.

El ordenador abrió una página, dentro de la del buscador. Ambas miradas se concentraron en la pantalla. En ella aparecía una serie de nombres de manuscritos y facsímiles de varios siglos. La gran mayoría de las obras databan de la época medieval; hacían referencia a la masonería, a distintas religiones paganas, a la alquimia, a la magia póstuma... Angie estaba atónita con el material que contenía aquella sala y eso que solo había buscado algunas palabras relacionadas.

Su percepción acerca de la Edad Media, la sedujo. Debía ser sobre esa época, pensó rápidamente. Sí, sí, tendría que ser. Por el tipo de ropaje que llevaban y el lugar donde se despertó en el sueño, juzgaría que sí.

—Trez, pincha ahí —le señaló ella con el dedo sobre la pantalla.

Él hizo lo que le indicó. Se abrió otra nueva página que apuntaba:

ALTA EDAD MEDIA

INDICE DE LIBROS PROHIBIDOS: Por orden alfabético:

A-B-C-D-E-F-G-H-I-J-K-L-M-N-Ñ-O-P-Q-R-S-T-U-V-W-X-Y-Z

AUTORES MASONES: Por orden alfabético:

A-B-C-D-E-F-G-H-I-J-K-L-M-N-Ñ-O-P-Q-R-S-T-U-V-W-X-Y-Z

LIBROS Y MANUSCRITOS DESTERRADOS

MANUALES DE LA INQUISICIÓN:

Malleus Maleficarum (Facsimil de 1486) El Martillo de las Brujas.

Los Cátaros (S. X-XIII).

La Santa inquisición: Autores por orden alfabético:

A-B-C-D-E-F-G-H-I-J-K-L-M-N-Ñ-O-P-Q-R-S-T-U-V-W-X-Y-Z

Angie dejó de leer, apartó la mirada y respiró profundamente. Su corazón le dio un vuelco. Había encontrado algo que le hizo erizar todo el vello de su cuerpo. Sí, era el libro que buscaba.

—Trez, has dado con lo que creo que busco.

Él la miró desconcertado. La voz de Angie sonaba fría y distante. Parecía que había entrado un huracán de viento gélido en la sala y la había enfermado.

—Angie... ¿te encuentras bien? —Trez se preocupó al punto. La diablesa que momentos antes coqueteaba con él, ya no estaba, se había ido.

—Sí, estoy bien. Me gustaría... ojear ese libro —le indicó ella señalando la obra que apuntaba:

Malleus Maleficarum (*El Martillo de las brujas*).

Existen catorce especies de supersticiones en los tres géneros de adivinación: El primero se ejerce con invocación primera del demonio; el segundo únicamente por una consideración tácita de la disposición y el movimiento de algo; y por último, por la consideración de algún acto humano con la intención de descubrir en él alguna cosa oculta.

**MALLEUS MALEFICARUM (1486 Año del Señor)
El Martillo de las Brujas (FACSIMIL Traducido pag. 179)**

CAPÍTULO 3

Angie tocaba el memorable facsímil *Malleus Maleficarum* con delicado tacto. Las hojas, finas y amarillentas, decían por sí solas que los años no pasaban en balde por ellas; la reedición de aquel manual era del siglo xx, siendo para ella uno de los originales traducidos al inglés. Por un momento se hallaba irreconocible; dudosa de sí misma, intrigada, encrespada, juiciosa... ¿Qué más adjetivos la calificarían? posiblemente ninguno. La situación para ella estaba más inclinada en la balanza del pasado en vez del presente. Se sentía fuera de lugar, allí mismo, en aquella época. Un hecho que no le sorprendió.

—Preciosa, te tengo que dejar, hay gente que espera que los atienda. Ahora vuelvo —le comentó Trez saliendo por la puerta.

Angie asintió sin mirar al bibliotecario; su cabeza se hallaba en otro mundo, en otro sitio. No sabía por dónde comenzar a leer aquella obra, si por el principio o por el primer capítulo, saltándose la introducción y los agradecimientos del traductor. El asunto pintaba dudoso. Ese manual, de pequeñas letras y despectivas frases, con dibujos escandalosamente manipulados por los verdaderos autores, podría ser la clave de su intuición. Angie percibía que su alma estaba inquieta, que ya apenas reconocía la sociedad en la que se movía; por unos instantes creyó que pertenecía a la Antigua Edad Media, dado el manual que tenía en las manos, al mundo de los malditos inquisidores que habían descrito, con tanta bajeza y repugnancia, a los *paganos*. Sí, una bajeza degradante hacia personas humanas. Angie aspiró una bocanada de aire para calmarse, sin embargo, no podía. Echó un vistazo a la frase que se dictaba en la portada del libro: El martillo de las Brujas. Una expresión que tenía un significado crucial para la oscura casta inquisitoria, como “machacar a una bruja”, dedujo esta con la adrenalina bullendo dentro de su ser.

Se sentó en una silla que había junto a una mesa, cercana a uno de los estantes de pared. La sala albergaba una decoración totalmente diferente a las demás. Allí se notaba la diferencia entre el pobre y el rico, el inteligente y el analfabeto, según la clase alta, vamos. Las estanterías, cargadas de libros,

eran de madera de roble, labrada por los costeros y con relieves hasta el mismo borde. Las mesas y sillas conjuntaban con el mismo color de muebles; una línea de pequeñas lámparas de mesa iluminaba el lugar de estudio, innumerables herramientas para trabajar se alojaban en todas las mesas... y eso la fastidió mucho. El sitio era propiamente dicho: un salón de alta categoría, para gente de gran posición. En ese sitio nunca entraría una persona normal, ni su amiga Linda, ni su padre, ni siquiera ella debería estar allí; solo tenía acceso porque se había camelado al guaperas del bibliotecario, sino tampoco.

—Angie, solo dispones de una hora. —Le susurró Trez al llegar hasta ella; le proporcionó unas hojas de papel y un lápiz, por si le hacía falta—. Toma, lo necesitaras. Apunta lo que creas conveniente. Me parece que, en una hora, no te empaparás en tu cabeza seiscientas páginas.

—Gracias —le contestó ella, recogióndolas; se concentró en lo que tenía delante de sus narices: el enigmático manual.

* * *

La ley divina en muchos lugares manda no solo huir de las hechiceras, sino también matarlas. No impondrían pena si no provocasen, por su contacto con el demonio, heridas y efectos reales. (Pag.38)

Se llamaba pitonisas a las personas en las que el demonio realiza cosas admirables. Por este pecado cayó enfermo Ocozías, murió Saúl. (Pag.38)

Pruébese aquí la proposición por cuatro horribles actos realizados sobre niños que todavía se encontraban en el seno de sus madres o que habían nacido ya. Puesto que las mujeres son preferidas por los demonios para asociarlas a sus acciones y no ocurre así con los varones, por ello el ángel homicida procura asociarse más con las mujeres que con los hombres. Los canonistas, en gran parte, dicen que no solamente hay maleficio para que alguno sea incapaz de cumplir el acto carnal; sino también para que la mujer no conciba, o, si ha concebido para que aborte. Añaden una tercera o cuarta manera de actuar las brujas: cuando no triunfan en el aborto, o bien devoran al niño o le convierten en ofrenda al demonio. (Pag. 147)

Angie alucinaba cada vez más, su desconcierto con todo lo que estaba apuntando la tenía cabreada, cabreadísima. Su rabia aumentaba con cada frase que leía y luego escribía en el papel, hasta tal punto que explotaría de un momento a otro. ¡Joder! ¿Cómo coño se tragaba la gente los cuentos tan macabros que narraban los monjes? ¡Qué barbaridad! ¡Qué espanto!, refunfuñaba para sí. Fragmentos enteros que hablaban de demonios y brujas como una maldad que parecía real, como si existiera en el mundo. Vamos, que lo único que hacía falta era escribir otro manual detallando que los mismos dioses del Olimpo bajaban del cielo y caminan entre nosotros, apostilló. ¿Hacia donde querían llegar esos insulsos? Esa pregunta tuvo una

respuesta rápida y deducible: seguramente a una gran masa de aldeanos de analfabetos y sin cultura. Estos monjes se verían tan despoblados de su religión, que no sabían cómo acaparar a la gente y se les ocurrirían la brillante idea de celebrar una fiesta con mujeres “impuras”, por así decirlo, para mancillar los nombres de ellas y las de sus familias. Conclusión a esto: la quema de brujas. Angie soltó una maldición a la vez que rompió el lápiz por la mitad, dada su ira. *¡Qué brillantez de religión! ¿Acaso no querían dar ejemplo?, pues vaya ejemplo.* A esta casi le da un colapso.

Las conclusiones a las que Angie estaba llegando reventarían la vena de su carótida de un momento a otro. Necesitó apartarse un instante del libro para respirar pausadamente. Cuánto dinero daría ella por estar en esa época y cortarle la lengua a cualquier imbécil que se le ocurriera decir que una mujer era débil y atraída por el demonio. La lengua y alguna que otra parte. *¡Malditos machistas cabrones!*

—Nena, ha pasado la hora —la voz de Trez la sacó de su tremendo lío mental.

—Un momento, Trez, ya estoy acabando —le dijo, recogiendo todas las anotaciones que había escrito y copiado del manual. Se levantó y colocó la maldita obra en su lugar. *Corruptos...*, murmuró para sí.

Salió de la sala con las hojas bajo su brazo.

—Angie, deberías verte... Te ha cambiado la cara. Estás muy demacrada —la preocupación de Trez le resbaló.

Para no estarlo, pensó. Si el simple hecho de leer aquello la había horrorizado. Si Trez hubiera visto y leído lo mismo que ella seguramente su sangre se hubiera alterado, el rostro oscurecido y hasta la piel se le hubiera puesto de gallina.

—Bueno, solo estoy un poco inquieta, eso es todo. He leído cosas escalofriantes.

—¿Has encontrado algo referente a tu sueño?

Mucho, demasiado, pensó ella.

—Sí, hallé parte de lo que buscaba. Creo que este manual ha querido que lo encontrara —su voz, aún fría y distante, se negaba a relajarse.

—Angie, creo que sería mejor posponer la cita, me parece que no estás bien. Mírate —le indicó él con el dedo hacia un espejo, luego, bajó la cabeza y se quedó callado.

—Oh, no, no —dijo mirándose al espejo. Sus ojeras oscuras ya le cogían media cara—. ¿Es porque estoy así?

—Sí. No quiero forzarte a nada.

El silencio se instaló entre ambos. Angie estaba actuando mal, muy mal. Trez la había dejado entrar a pesar de que no podía hacerlo. Su puesto de trabajo corría peligro cada vez que ella pisaba aquel sitio, puesto que no tenía acreditación ni autorización para ello, sin embargo, a él no le importaba.

—No me estás forzando a nada. Simplemente he tenido un mal sueño y ahora me molesta un poco la cabeza —mintió—. Nos veremos esta noche y no acepto un “no” por mi preocupación —Angie se alegró al verle levantar el labio superior y sonreír. ¡Joder! esa enigmática sonrisa la estaba descolocando, empezaba a recobrar su estado anímico.

—Brujita, brujita —le susurró acercándose a ella—. No sabes lo que este hombre te ha esperado.

A ella se le abrieron los ojos de par en par. Dios... ¡Trez estaba totalmente colado por ella! Necesitó tragar saliva para digerirlo. Un pequeño ardor se instaló entre sus muslos, junto a un cosquilleo provocador. *¿Cuándo fue la última vez que había tenido sexo?* ¡Ah, sí!, recordó al instante. *Hace una semana... Don salvaje estuvo en una consulta*, pensaba mordiéndose el labio.

—¿A las ocho en Mamma mía? —le insinuó Angie para cortar un poco su arduo pensamiento.

—Allí estaré. —Le contestó él guiñándole un ojo.

* * *

—Joder, nena, me volverás loco... ¡No puedo aguantar más esta tortura! —jadeó Trez saboreando la dulce piel de Angie; sus pechos, tan blancos y redondos, bamboleaban al compás de las embestidas que él le proporcionaba. La excitación de ambos, por alcanzar la cúspide del placer, era arrolladora.

—¡Oh!, sigue Trez, no te pares ahora... —Los gritos de la brujita consiguieron que él conjurara una maldición. Si seguía exprimiéndolo de aquella manera se correría de un momento a otro. Su miembro estaba a punto de explotar y ella no dejaba de mortificarlo dulcemente. Era tan hermosa, tan esplendorosa, tan especial... Tenía millones de adjetivos para describirla. Si él seguía así, acabaría enamorado como un becerro. ¿O ya lo estaba?

Angie gritó descontrolada, su orgasmo llegó a la cumbre, transportándola a una plácida liberación. Él se unió a ella sin más preámbulos.

—¡Guau! —gritó este sellando la unión con un beso en los labios.

Angie se deslizó con lentitud desde el torso de Trez, se recostó a un lado del colchón. Su respiración estaba entrecortada, demasiado; hiperventiló dado su estado. *Algo va mal*, se dijo incorporándose. Se sentó en el borde de la cama para calmarse. Se sintió el corazón demasiado galopante, las manos

sudorosas, el cuerpo frío, las sienes habían empezado a palparles... ¡Mierda! ¿Qué le estaba pasando? Acababa de echar un buen polvo, debería estar en las nubes. Seguramente sería debido a lo enardecida que estuvo, era la única razón que conocía, pero... ¿Seguro? Trez era su amigo, un buen tío con unos buenos pectorales y un culo de escándalo, unos ojazos que quitaban el sentido, sin embargo, ella notaba que su buen estado anímico se había esfumado, volado, muerto. Se sentía contrariada, frustrada.

Angie se tocó la muñeca para controlar su pulso: seguía acelerado.

—¿Estás bien? —le preguntó Trez aproximándose a ella, le acarició el brazo con suavidad.

Angie giró la cabeza.

—Creo que no —fue sincera.

—¿No te ha gustado?

—Oh, sí que me ha gustado —respondió, tocándole la barbilla—, pero creo que el problema viene desde que me levanté esta mañana —murmuró cerrando los párpados.

—Me lo puedes contar —Trez le acarició su rostro. Ella abrió los ojos y parpadeó rápidamente al ver la mirada de él. Sus penetrantes ojos lo delataron; Trez sentía algo más que una simple amistad por ella.

Angie se apartó.

—Es difícil que entiendas mi vida, solo unos cuantos la entienden —se levantó y se dirigió al baño.

Él se quedó absorto. Angie estaba mal y no pretendía agobiarla con sus preguntas. Pensó que lo mejor sería marcharse de allí. Seguramente ella necesitaría espacio. Trez no entendía que demonio le estaba sucediendo referente a la brujita que tenía a su lado, estaba preocupado por ella. *Cualquier día, su trabajo le dará algún que otro susto*, se dijo. Estaba claro que la distancia entre ellos dos aumentaba cada minuto que pasara allí mismo. Se irguió, abandonó la cama y comenzó a vestirse.

Ella salió del baño muy seria. Llevaba puesto un albornoz de algodón, de color blanco, unas zapatillas a juego y el cabello suelto; su mirada se quedó fija en el hombre que la esperaba sentado en su sillón favorito.

—No quieres contármelo, ¿verdad? —soltó él con gesto sobrio.

—Es difícil explicar... lo inexplicable, Trez —la respuesta no lo sacó de su incertidumbre.

—Puedo ayudarte. Solo tienes que decirme qué te pasa, y...

—No puedes, es algo que tiene que ver con mi vida y mi trabajo —se le escapó.

Angie bajó la cabeza y anduvo hasta su mesita de noche. Cogió una bolsita de felpa, la abrió y sacó el péndulo de cuarzo.

—¿Ves esto? —le indicó, tocando y acariciando con los dedos su preciada piedra de cuarzo.

—Sí —contestó él, frunciendo el ceño.

—Es el motivo por el cual estoy inquieta.

Trez se quedó mudo ante la respuesta de Angie; terminó de colocarse la camisa y el pantalón. Luego, caminó hasta plantarse frente a ella, le cogió la mano en donde posaba el péndulo y se la acarició.

—Si quieres, esperaré —la sincera voz de él dejó a Angie en un mar de raras sensaciones. Esta apenas pudo pensar ante aquella frase. Sabía que Trez le gustaba estar a su lado, que la apoyaba en muchas ocasiones, que se introduciría en una relación de pareja si ella lo admitiera en su vida... menos en su trabajo, en su vida como clarividente. Y ella no podía aceptar a un hombre que no compartiera su verdadera pasión. Trez era la clase de chico que apostaba todo lo que tenía por conseguir lo que deseaba. Sin embargo, Angie no podría abandonar sus sueños, su mundo paranormal por estar al lado de él. La clarividencia era una pasión para ella, aparte de su trabajo, era todo cuanto amaba... Vivía en un mundo que englobaba dos grandes universos: el terrenal y el celestial; al igual que dos portales: El de los vivos y el de los espíritus. Y por supuesto, tampoco estaba dispuesta a introducir a Trez en ese mundo, aunque él cambiara de opinión al respecto. Angie no quería que él sufriera respecto al trabajo que ella eligió y tampoco involucrarlo en sus decisiones acerca de su forma de actuar y, mucho menos, que la detuviera cuando ejerciera de médium. Angie se frotó las sienes para apaciguar una pequeña punzada que no dejaba de molestarla. Trez merecía amar a otra mujer.

* * *

—¡No, mis hijas no! —los lamentos de Mathilda eran sobrecogedores. Sus dos hijas iban detenidas por cuatro soldados de la Orden, ambas arrastrándose y suplicando su inocencia.

—¡No os resistáis niña endemoniada! Sois una vergüenza para el pueblo. —Apostilló el soldado que agarraba a Anette y tiraba de ella sin piedad.

—¡No, no! —Mathilda no dejaba de gritar para que aquellos inmundos dejaran a sus tesoros. No tenían derecho, no tenían humildad, ni siquiera un poco de fe en su Dios; eran sucios hombres que juraban lealtad a alguien sin escrúpulos que ordenaba matar a mujeres curanderas, a niñas hermosas con

dones especiales; jóvenes de gran belleza que ayudaban a desenmascarar el mal de las personas...—. Moriréis por ello, ¡lo juro!

Los soldados se detuvieron y observaron a la esposa del granjero; sus miradas destilaban odio hacia ella. Mathilda se llevó la mano al cuello enseguida, presintió en su corazón lo que vendría a continuación. ¡Estaban dispuestos a llevársela también a ella!

—Si no os calláis, mujer impúdica...

—No, Ryan, creo que ya está bien —intervino su compañero—. Este lugar está maldito, ¿no lo veis? No creo que debamos llevarnos a más herejes por hoy —sentenció.

Mathilda cayó de rodillas, devastada de llorar. Sus hijas siguieron gritando y pataleando sin cesar, pero de nada les sirvió: iban a ser quemadas en un lugar maldito por “ellos”, un sitio donde los hombres tenían estipulado matar a las mujeres que no compartieran su fe ni su cama. Ellos creían que eran brujas, hijas del demonio y que cometían atrocidades contra otras personas...

—¡Vendrá, madre, vendrá! ¿Me oís? ¡Y nos ayudará! —el llanto de Anette penetró dentro del corazón de Mathilda, como si le hubieran clavado una flecha envenenada.

Marlenne, su otra hija, no dijo nada; no podía. Sus fuerzas habían desaparecido. Tenía la cabeza adormecida del dolor, a causa de los tirones de cabellos que le estaban dando esos cerdos y, sobre todo, por ver a su prometido sangrando, debido a una paliza que le habían dado los hijos de perra. Francis, su futuro esposo, se había interpuesto entre los malditos caballeros inquisidores para proteger a su familia, para defender con su propio cuerpo a los aldeanos, y por ello acabó medio muerto y lleno de heridas, desfallecido sobre un montículo de paja. Marlenne se tragó el nudo que tenía en la garganta. “Diosa Madre, haced que mi padre aún no regrese. Que no vea lo que está sucediéndonos...”, imploró en silencio. No soportaría que también apresaran y amordazaran a su padre por luchar y salvar a su familia contra aquella sarta de animales inquisidores.

Angie gimió, se retorció en la cama como una serpiente. Las lágrimas empezaron a recorrerle por su cara hasta llegar al cubre almohada. Los músculos de su abdomen se contrajeron, su respiración se había vuelto agitada, su cuerpo se sacudía de espasmos; la fuerte tensión que ejercía su mandíbula conseguiría partir alguno de sus dientes...

—¡No! ¡No, no, no! —Angie se irguió en el colchón gritando como una loca desesperada—. ¡Ay, Dios Santo! ¡Mathilda, Marlenne...! —las lágrimas

volvieron a inundar sus ojos, dejándole las mejillas empapadas—, ¡Anette! — Recordaba todos los nombres de la pesadilla, ¡todos!

Angie, temblorosa, encendió la lamparita de la mesilla de noche. Se llevó la mano al pecho y sintió los latidos de su corazón: se encontraban demasiados acelerados. ¡Demonios! parecía que se había desbocado una manada de caballos salvajes en su interior. Cerró los párpados, por un momento, para meditar y así calmarse. Después de lo que acababa de soñar le sería imposible hacerlo, pero debía intentarlo. Al cabo de dos minutos los abrió; ya podía respirar mejor, su pulso estaba más pausado, la tensión en su cuerpo había descendido, pero los nombres de esas mujeres... estaban sellados en su mente, como si se lo hubieran marcado a hierro. Esta vez, en esa pesadilla, había visto con más claridad las facciones de la gente, el entorno, y también había oído la conversación entera. La desesperación de aquellos rostros femeninos fue horrenda, el dolor que conllevaban sus corazones lo presintió ella igual que si hubiera estado allí. Otra visión demasiado fuerte para ser una simple pesadilla.

Agachó la cabeza y ojeó un objeto transparente, junto a ella, reposando en el colchón: Angie se quedó de piedra al verlo. ¿Qué diantres hacía allí? Su péndulo de cuarzo blanco yacía sobre las sábanas brillando, gracias a la luz de la lámpara. ¡Joder! empezó a recordarlo todo, rememorando lo sucedido. Después de que Trez se fuera, ella se sintió culpable por haberlo llevado a la cama; él le propuso algo más que una conversación entre amigos. La pasión y el ardor que él le demostró, cuando le hizo el amor, fue intensa, sublime y, sin embargo, ella no sintió lo mismo. Trez se marchó por su culpa y la frustración le aumentó a un nivel insospechable. Posteriormente quiso calmar su desilusión y aprovechó el momento para sacar nuevamente su talismán de piedra. Angie acarició su artilugio miles de veces para recobrar un poco la sensatez y para que también la condujera a tomar una clara decisión. Y mientras que buscaba una explicación, se quedó dormida, dedujo al fin, entendiéndolo todo. Ojeó el péndulo con admiración.

—Ahora lo comprendo, eres tú, mi pequeño mineral —le dijo al péndulo—. Me has conducido a un portal del pasado —lo cogió con dos dedos. Quería probar realmente qué era lo que había pasado en la pesadilla—. Muéstrame que significa todo esto. Necesito aclararlo de una vez para siempre —murmuró con decisión; mientras, se colocó la almohada detrás de su espalda, para conseguir una mejor posición y así realizar las preguntas. Luego, levantó el brazo, cogió la cadena de donde pendía el mineral y lo dejó

suspendido en el aire—. Péndulo, ¿me aclararás el sueño? —Le preguntó expectante.

El colgante comenzó a moverse de inmediato, respondiendo a la pregunta. Afirmó la respuesta bamboleándose de norte a sur. Angie se mordió el labio, triunfante.

—Gracias, péndulo, detente —le instó. Respiró profundamente para concentrarse y esperó a que el mineral se detuviera—. Péndulo, las mujeres que han aparecido en la pesadilla, ¿están relacionadas conmigo? ¿son familiares antepasados míos?

La fuerza que adquirió el péndulo sorprendió a Angie. Se agitó desorbitadamente y aclaró su pregunta con decisión; volvió a confirmar la pregunta con un "sí".

—Dios mío, son de mi familia, no puede ser, es increíble... —susurró, tragándose la saliva con lentitud—. Mis antepasados, hechiceros, curanderos, como lo soy yo... —Angie se sintió conmovida, nostálgica. Sin embargo, aún le inquietaba aquel hallazgo. Sus antecesoros seguramente iban a morir, serían torturados por unos hijos de puta, solo había que ver la pesadilla para confirmarlo. ¡No, malditos bastardos! ¡No las matéis! Pero, entonces... ¿Llegaría ella a existir, ahora en el presente? Angie estaba metida en un enredo mental que le urgía salir de él como fuera. Inhaló varias veces el aire limpio para apaciguar el nudo que se le había formado en el estómago y en sus entrañas. *Son familiares, jóvenes mujeres inocentes.* Angie sabía que en la Edad Media mataban a personas por el simple hecho de no hablar, o de no asistir a una horca. Una despreciable época inquisitoria. Existían las aldeas o comunidades *paganas*, como así las llamaban los hombres de Dios, dadas que no practicaban la fe católica. Pero lo que ella no lograba entender era la asquerosa mafia que se movía por aquel entonces, una mafia que hasta ahora sigue viva, pero que en aquella época apenas podían luchar contra ella, debido a la escasa cultura y el poco conocimiento de la gente. La lucha por el poder que mantenían aquellos mentirosos hacía doblegar a seres humanos que no le hacían el daño a nadie. Hijos de Puta, repitió para sí.

Angie maldijo miles de veces antes de seguir preguntándole al péndulo. Ya tenía demasiado claro que la habían invocado. Intentaban contactar con ella de alguna manera u otra, era la segunda vez que soñaba con algo horrible relacionado con las "brujas". Entrecerró los ojos y se dispuso a seguir con su cometido. ¡Tendrán respuestas mías!

—Péndulo —volvió a preguntar—, ¿hay alguna forma de contactar con mis antepasados?

El colgante empezó a girar en el mismo sentido que las agujas de un reloj; el ritmo se incrementó demasiado rápido hasta marcar nuevamente la afirmación, oscilando de norte a sur.

Angie agradeció la respuesta y continuó.

—Péndulo... ¿Puedo invocar a las almas de Mathilda, Anette y Marlenne? —esos nombres le dolían hasta la saciedad. Sin embargo, el nombre de Alfred parecía no dolerle tanto como sus antepasados. Angie tenía que reconocer que ese hombre le dejó huella en la pesadilla, aparentemente parecía “su esposo” en aquella época. Su olor, su complexión, sus palabras... ahora podía recordarlo todo mejor. Angie llegó a la conclusión de que aquel enigma estaba descifrándose poco a poco.

El mineral se detuvo por un instante, parecía estar pensando la pregunta. Luego, como si tuviera vida, comenzó un vaivén hasta señalar su respuesta. Esta quedó sorprendida, las indicaciones eran totalmente contradictorias: la respuesta fue inversa. Marcó un "no".

¿Y ahora qué? Pensó intentando buscar otra pregunta para sacarla de su incertidumbre.

Dormid, dormid esta noche y mañana lo entenderéis.

A Angie se le aceleró el corazón y abrió los ojos de par en par, jadeó asustada.

—¿Quién es?! —su cabeza se movió frenéticamente. Ojeó todo el entorno de su habitación y buscó esa voz—. ¿Quién está ahí?! —volvió a repetir, agarrando con fuerza el péndulo y levantándose de la cama. Estaba a punto de darle un colapso por el pánico cuando escuchó nuevamente el susurro: los nervios se apoderaron de ella.

—*Tranquilizaos Angie, no temáis, soy de vuestra familia. Dormid, pronto estaréis con nosotros* —escuchó de nuevo el dulce susurro.

Y entonces... lo comprendió todo. Su cuerpo se relajó de inmediato, la tensión de sus músculos se disipó, hasta el pánico que había sentido se esfumó enseguida. Esa dulce voz era de... *Mathilda*, reconoció, quedándose dormida.

* * *

Después de haber descubierto el enigma decidió confiar en su sexto sentido. Se recostó de nuevo en la cama y esperaba los acontecimientos, si es que sucedían, claro. Aquello parecía una auténtica locura, no tenía explicación para el mundo humano, si su padre se la hubiera pedido, o incluso Linda, que ella sí que sabía en los agujeros dónde su trabajo solía ahondar, seguramente

se hubiera quedado muda. Angie sonrió ante tal pensamiento. Conocía a su padre lo bastante bien como para hacer alguna tontería de las suyas, incluso podría armarse de agua bendita para expulsar a un ejército de demonios, si hiciera falta con tal de que su niña saliera inmune a ello. Angie era el principal motivo de la vida de Gerard y, si le sucediera algo, no sabría lo que su padre sería capaz de hacer. Angie suspiró y dejó de pensar en su familia. Lo que acababa de ocurrir solo podía pasarle a una persona que estuviera en contacto con el más allá... o tal vez solo a ella. La cuestión era que todo había ocurrido de verdad, real como la vida misma.

Miró el reloj que le regaló su amiga hacía un par de semanas por su día; el pequeño despertador, con forma de búho, marcaba las dos en punto. Angie pensó en Linda, seguramente llevaría ya más de dos horas durmiendo junto a Campanilla: su querido chihuahua, dedujo acomodándose las almohadas. Por un momento se paró a pensar en todo. ¿Por qué le estaba sucediendo aquello? No dejaba de recordar a la gente que quería, de recordar los hábitos de cada uno. Parecía que su mundo iba a cambiar, que se marcharía para siempre, que nunca más volvería a ver el rostro de su padre y la curiosa cara de su amiga. Borró esos pensamientos de la cabeza y se centró en el pasado y en los supuestos acontecimientos, unas circunstancias extremadamente esotéricas e inexplicables.

—Mathilda, Anette, Marlenne... Mathilda, Anette, Marlenne, Mathilda, Anette, Marlenne... —empezó a susurrar en voz baja. Dedicó más de diez minutos en proclamar esos nombres hasta que cayó en el plácido y dulce sueño.

* * *

—Madre... ¿Creéis que conseguirá despertarse? Parece que no respira.

—Sí, mi amor, la poción que realizamos anoche contenía mucho laurel, potentilla y estramonio. Sabéis que esas plantas son protectoras innatas, sin embargo, producen sueño. Le ayudaran, ya lo veréis. Además, ¿no lo veis? respira mejor que cualquiera de nosotras —le contestó Mathilda, recogiendo los restos del conjuro y guardándolos en una pequeña alforja de piel de cordero.

—Madre, madre, está moviéndose —le indicó Anette, nerviosa y excitada.

Mathilda dejó la alforja sobre la mesa, caminó lentamente hasta el lecho donde se encontraba la joven que habían invocado. Observó el perfecto y delicado rostro de la muchacha. No había indicios de agresión, pena, dolor, ni oscuras mortificaciones bajo sus párpados. Continuó contemplando su figura;

repasó la extravagante vestimenta: los tejidos de aquella época eran muy diferentes a la suya y, por cierto, más ofensivos, pensó al ver los atuendos ajustados al cuerpo.

La muchacha comenzó a mover los brazos. Mathilda y Anette la miraron con curiosidad. Las manos de la chica agarraron las sábanas y tiraron de ellas como si estuviera retorciéndole la cabeza a algún pollo. Anette sonriendo sin apartar la vista de la refugiada, pero entonces, su madre le indicó que ojeara, detenidamente, los dedos de la moza. Anette obedeció y, al instante, abrió la boca para hablar. Mathilda le hizo señas.

—Sí, no hay duda de que es ella —le confirmó Mathilda a su hija.

El auténtico legado de la joven se hallaba bien marcado; en la punta de uno de sus dedos había una pequeña marca en forma de “M”, la marca de las fuerzas divinas.

—Madre, es Angie —afirmó Anette, sorprendida y tapándose la boca—. Lo has conseguido...

—Lo hemos conseguido, mi amor. Hemos hecho un buen trabajo. Estoy muy orgullosa de vos —Mathilda parecía complacida por el esfuerzo que ambas habían realizado, su hija y ella, al convocar a una persona del futuro. Nunca habían conseguido llegar hasta aquel portal, sus intentos por conseguir contactar con hechiceras del futuro siempre habían fracasado. Pero, con insistencia y perseverancia, consiguieron vencer aquel desafío. La última vez que hicieron el conjuro de la descendencia se rompió por causas que ni ella misma conocía. Sin embargo, ahora, después de haber añadido las plantas de la protección, un ingrediente nuevo y haber usado una mayor concentración, habían obtenido el éxito en su labor: su descendiente había viajado en el tiempo, a través de agujeros tubulares en el universo, de entre las brillantes estrellas que alumbraban cada noche, siguiendo una senda mágica... hasta llegar a ellas, a otra época, a otro lugar. Un ritual maravilloso y sobre todo un milagro de la diosa Diana.

* * *

Las imágenes eran turbias y muy distantes; no podía ver con claridad lo que la rodeaba. Millones de luces distorsionaban su visión, brotándole un tremendo dolor de cabeza. Sus ojos parpadeaban incesantemente, ante tanto fulgor. Sentía su rostro tenso y frío, demasiado para la estación en la que se encontraba... ¿Qué le estaba sucediendo?

Angie no entendía si estaba de nuevo en un sueño; Volaba, sí, estaba volando, sentía la agilidad y la maestría de un pájaro, la libertad de un

polluelo en pleno vuelo; una auténtica gozada. Percibía el frío aire rozando su piel, pero no le incomodaba. Imprevistamente, su “yo interior”, le indicó que no volaba por el cielo: se hallaba en otro lugar, en un espacio más abierto, más misterioso. “¡Dios mío, parece el universo!”, gritó interiormente. Angie no poseía nada, ninguna protección, ni un equipo adecuado para respirar oxígeno, nada, absolutamente nada. Sin embargo, podía respirar aire limpio, oxígeno como el del planeta. Sus pulmones se llenaban con brío.

Las luces comenzaron a brillar con más intensidad, ahora apareció un leve dolor de cabeza, que empezó a intensificarse “¿Realmente estoy en el espacio? ¿Sigo en el sueño? ¿Estoy sola?”. Millones de preguntas la colapsaron. ¿Hacia dónde la llevaba su subconsciente? No lo sabía, pero lo que sí conocía era su mente, que la estaba conduciendo a algún lugar predestinado.

Angie soltó un fuerte gemido. A continuación se asustó.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde... dónde...? —susurraba con los ojos entrecerrados; no podía ver nada. Sus manos apretaban y retorcían algo áspero, seco.

Mathilda se sentó en el jergón junto a ella, cogiéndole la mano y acariciándosela. Anette no se movió de la silla; su mirada estaba fija en Angie, la nueva “prima”. A Anette le costaba creer que Angie estuviera en su hogar, un milagro concedido por la diosa Diana y por su madre.

—Angie, ¿podéis oírme? —la dulce voz de Mathilda penetró en su oído como el maravilloso canto de una sirena.

Angie abrió más los ojos, sus párpados se negaban a levantarse del todo, pero la fuerza de voluntad pudo más que ellos. Su primer contacto visual fue un antiguo techo de madera y paja con largos maderos de roble que formaban el esqueleto de un tejado. La techumbre estaba cubierta y apilada con alfombras de paja, enredadas entre troncos de madera. Angie giró la cabeza y observó, ahora con más nitidez, el sitio donde se hallaba... ¡Dios bendito! *¿Hacia dónde me ha llevado la mente?*

Un agradable olor a incienso inundó sus fosas nasales. El estupendo aroma despertó sus sentidos: *es una mezcla de varias plantas*, dedujo de inmediato. Siguió escudriñando el sitio, centrándose en un par de siluetas que la contemplaban con detenimiento. Angie parpadeó varias veces.

—¿Me veis? —volvió a repetir Mathilda, ahora más preocupada.

¡Es ella! ¡Es ella!, le dictó la conciencia a la joven del futuro.

Había dos mujeres que no dejaban de mirarla. Iban ataviadas con largos vestidos de diferentes colores, sus largas mangas cubrían los brazos hasta casi llegar a los dedos, portaban ajustados corpiños iguales que los que usaban las mujeres de la Edad Media. Los largos cabellos, de una de ellas, concretamente la más joven, lucían recogidos en varias trenzas. La otra mujer parecía más mayor, los tenía atesorados, con broches, formándole un moño. Esta última, de aproximadamente mediana edad, sonreía con ternura sin dejar de observarla. *Es ella, es ella.* Angie dejó que su instinto le informara. Rápidamente se le encogió el corazón.

—¿Angie? —La dulce voz de esa mujer volvió a sorprenderla... ¡Oh, por todos los santos... sí, era Mathilda!

Anette se levantó rápidamente y se acercó hasta la susodicha.

—¿Angie? ¿Podéis oírme? —preguntó esta nerviosa.

¡Anette! ¡Esa es Anette!

Angie se movió en la cama y contestó:

—Sí, puedo oíros y puedo veros —contestó confusa. Al momento, una sonrisa brotó de sus labios al conocer aquellas maravillosas voces. *Son mis antepasados.* Por un momento se paró a pensar en otra cuestión antes de seguir hablando. ¿Dónde se encontraba? ¿En la Edad Media? ¿En el siglo XVII o el siglo XIII? ¿En Estrasburgo u otra ciudad? ¿O tal vez un pueblo? Lo que había frente a ella y a su alrededor no era precisamente del siglo XXI, más bien de varios siglos atrás, pero, ¿en cuál? En ese instante, se llevó una mano a las sienes y se las masajeó. Le dolían a rabiar.

—Tomad, lo necesitaréis —Mathilda le entregó un pequeño vaso de madera con algún líquido caliente.

—¿Qué es? —preguntó esta oliendo el brebaje, porque *sabía* que era un brebaje.

—Oh, es solo un poco de infusión de plantas. Es para calmar los dolores de cabeza —indicó Mathilda, ayudándola a incorporarse. De repente, Angie casi se cae nuevamente al jergón. Su cabeza parecía darle más vueltas que un tiovivo. El techo apareció en el suelo y viceversa...

—Estáis muy fatigada, veréis como os relajáis con la infusión. Vamos, tomadla —le incitó a que la bebiera para que no volviese a marearse.

—Madre, mirad, ¡es pura magia! nuestra Angie ha viajado gracias a vuestro don. —Anette estaba impresionada y exaltada. Aún le costaba asimilar que aquella joven muchacha, tan hermosa y de piel muy blanca, era descendiente de su familia, y ahora se encontrara allí, en su cama, acostada y esperando respuestas que ni ella misma sabría cómo dárselas.

Angie se tomó la infusión, que por cierto estaba riquísima. Seguramente habría utilizado hierbaluisa y hierba Mora, dedujo. Esas plantas eran típicas para curar males pasajeros y la utilizaban en la antigüedad para suavizar y sedar los dolores en todo el cuerpo, incluida la mente.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —Angie necesitaba saber dónde estaba, cómo había llegado, en qué época se encontraba, por qué se había despertado en pleno sueño, quienes eran “exactamente” ellas... bueno, eso sí lo intuía, pero quería corroborarlo por sus propias bocas. La cabeza de Angie ya no tenía el espacio suficiente para almacenar las cientos de preguntas que la aplastaban.

—Querida, soy Mathilda y esta es mi hija Anette. —Angie sonrió y miró a la otra joven.

—Hola, bienvenida —contestó la más jovencuela, nerviosa e ilusionada.

—Hola... Anette.

—Somos vuestra familia antepasada. Sabemos que poseéis el don de la clarividencia, al igual que nosotras y hemos conseguido... invocaros —le dijo Mathilda con humildad—. Angie, es difícil que entendáis este viaje, que tengáis miedo, incertidumbre, desconfianzas... pero debéis saber que jamás os haré daño, os lo prometo por mi hija pequeña, que es testigo de ello —llevó la mano hasta su corazón y se lo tocó vehemente—. Estáis en el año mil cuatrocientos ochenta y siete, según las pesquisas del mensajero de la aldea —se detuvo unos instantes antes de seguir. Su preocupación la estaba consumiendo por dentro. No conocía a Angie y dudaba que la comprendiera. Rezó para que aceptara el resto de la información que debía proporcionarle—. El motivo por el cual estáis aquí es porque tenemos graves problemas... y solo con vuestra ayuda, podríamos salir para adelante. El destino nos ha ofrecido una oportunidad para seguir viviendo, cielo. Y lo hemos aprovechado.

A Angie se le abrieron los ojos de par en par. La inquietud se implantó en su pecho. ¿Ayudarla? ¿Joder, esto era increíblemente insólito! ¿Iba ella a salvar a su familia? ¿Esa era la causa de haber viajado al pasado? ¿O era otra? ¿Habría más sorpresas?

—¿Qué yo... puedo ayudaros? —Angie enarcó una ceja, alucinando con la contestación de Mathilda.

Tenía que reconocer que ella ya no estaba en el siglo XXI, eso era indiscutible dado el pellizco que se dio para comprobarlo. Angie acababa de despertarse de un sueño, o quizás de una pesadilla que le había conducido al pasado, con gente aparentemente humilde, vestidas con ropajes más antiguos

que el descubrimiento del carbón y, para más énfasis, ella misma tenía que ayudarles. ¡Ah! y se le quedaba atrás un apunte: aquellas dos mujeres eran de su sangre. Angie resopló como una burra. ¿Acaso era una salvadora? ¿Un ángel justiciero bajado del cielo? ¡No! ¡Si solo era una víctima de un desafortunado sueño!

—Vamos a ver... —se incorporó e intentó levantarse. Mathilda retrocedió asustada, agarrando la mano de su hija—. ¿Cómo sabéis que yo soy la única que puedo ayudaros? Hay cientos de descendientes de esta familia, seguramente mi bisabuela, tatarabuela o incluso mí tata-tatarabuela, tuviera unos poderes que os hubiera servido más que los míos. ¿Pero, qué estoy diciendo? ¡Mierda!

Anette se acercó a Angie y cogió su mano para tranquilizarla.

—Sois la única —susurró Anette contemplando su rostro.

Angie se quedó absolutamente pasmada. Aquellos ojazos, tan azules como el mismo cielo, aclamaban que comprendiera la situación. La mirada de la joven reflejaba sinceridad, un hecho que hacía bastante tiempo que no contemplaba. Y eso la desarmó por completo. Ella misma se reflejaba en Anette, en su franca expresión, en todos los sentimientos que la embargaban precisamente allí, en aquel extraño lugar repleto de cachivaches antiguos y casi sin muebles. Angie tragó saliva. No pudo seguir negando lo inevitable. Si la habían invocado sería por algo demasiado importante, dedujo al instante, y ese algo tendría que ser infernal, porque si ella era la única descendiente que podría ayudarles, poseería algún tipo de conocimiento oculto o ignorado por sí misma.

—Creed, por favor. No pretendemos deshacer vuestra vida. Solo necesitamos vuestra experiencia, vuestra vivencia del mundo oculto, y también lo que nos podáis proporcionar sobre el futuro del que habéis venido —pidió Mathilda con la voz tan afligida como su alma—. Comprendo que debe ser doloroso despertar en un lugar distinto, opuesto al que pertenecéis, pero también es triste... —se detuvo unos instantes y se sorbió la nariz—, presagiar lo que nos sucederá dentro de un año, si no cambiamos el destino de nuestra familia.

A Angie se le encogió de nuevo el corazón. El dolor de cabeza se acentuó, junto con un excesivo malestar en el estómago. Su cerebro emprendió una rápida recepción de imágenes; parecía un televisor en pleno *zapping*. Era un ir y venir de recuerdos, sueños, vivencias pasadas, fantasías reales, visiones..., hasta que, de repente, llegó a ella la pesadilla que tuvo hacía un par de días: el incendio.

—¡Ay, Dios! —Angie se quedó sin respiración—. La pesadilla... —murmuró a media voz. Elevó su vista hasta la mujer más madura—. ¿Es lo que sucederá? ¿Arderá la aldea, el muro, el torreón...? —se puso muy alterada.

—Calmaos. Ahora que estáis aquí puede ser que no suceda —la tranquilizó Mathilda—. ¿Entendéis ahora el motivo por el cual os he invocado? Sois la clave, la llave que nos abrirá un nuevo destino, un mejor destino. Ahora sabéis lo que sucederá dentro de un año si no actuamos de una manera u otra. Debemos detenerlo. ¿Nos ayudaréis a detener la muerte de nuestra generación, Angie? Seréis uno de los pilares de nuestro hogar familiar... no quiero ser testigo del desastre que nos espera, cielo. Mis hijas serán víctimas de un injusto juicio, serán arrastradas por unos... —se tragó un nudo en la garganta que le ahogaba.

—No sigáis, Mathilda —le cortó Angie—. Lo sé. Serán víctimas de la maldita Santa Inquisición —sentenció esta, sin saber cómo diantre había lo había soltado.

Mathilda y su hija se miraron. El dolor se reflejaba en aquellos demacrados rostros. Angie cerró los párpados unos segundos, necesitaba quitarse el dolor de cabeza como fuera.

—Os cuidaremos, prima —la contestación de Anette la hizo sentirse acogida y querida; la joven le cogió nuevamente la mano y se la apretó con cariño—, ya lo veréis.

Angie contempló a “su prima”, como la había nombrado. Realmente lo sería, aunque con unos siglos de diferencia, claro, pensó enseguida.

—Somos vuestra sangre, cariño, y os queremos como si hubierais vivido con nosotros desde que nacisteis —Mathilda se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla; Anette hizo lo mismo—. No olvidéis que la unión de nuestros antepasados, es la que nos protege. —Y con esa frase, su tía la cogió de la otra mano y la guio hasta el exterior de la cabaña—. Venid, debéis conocer al resto de la familia.

Las parteras que son brujas infligen los mayores males a los niños, matándolos u ofreciéndolos a los Demonios.

No deben tampoco ser pasados por alto los males causados a los niños por las comadronas que son brujas, porque hacen morir a alguno y a otros los convierten en ofrendas sacrílegas a los demonios.

***MALLEUS MALEFICARUM (1486 Año del Señor)
El Martillo de las Brujas (FACSIMIL Traducido pag. 305)***

CAPÍTULO 4

Las docenas de antorchas que colgaban de las paredes del claustro, alumbraban el largo pasillo que conducía hasta el gran salón. Allí se efectuaría la congregación de caballeros cristianos de todo el país. Una asamblea donde proclamarían las nuevas leyes del Santísimo para reducir la religión *pagana*, que en esos momentos, disfrutaba de miles de fieles. Ya se habían fijado los estatutos, manuales y códigos para restringir dicha religión, pero aún quedaba pulir y aprobar varios aspectos relacionados con la insubordinación, rebelión y resistencia hacia el catolicismo; necesitaban ser justos con el mundo y llevar el reinado de Dios y de su santidad Inocencio VIII, bien respetado.

Las gigantescas puertas del salón se abrieron, de par en par, para dar acceso a tres caballeros de la Orden. El chirriar de sus armaduras resonó en el lugar semejando a pequeños graznidos de urracas. El silencio flotaba en el ambiente como pájaro de mal agüero; las llamas que crepitaban en la chimenea aumentaron de tamaño, debido a la corriente de aire que se filtró por las puertas. Había llegado la hora de jurar el voto de dichas leyes, la promesa de luchar contra fuerzas enemigas, de defender la palabra de Dios y de morir por salvar la dignidad de la fe cristiana.

Los tres soldados reverenciaron al Regente y se sentaron en los últimos sillones vacantes.

—Que comience la reunión —dictó el Regente, sentándose en un trono de madera; desde allí podía ver a todos los integrantes y presidir la asamblea. La mirada del susodicho, tan fría y letal, le hacía parecer una serpiente de cascabel; el Regente escudriñaba cada rostro, cada gesto e incluso la forma de sentarse de cada soldado. Su disciplina era innata, perfecta y, su grupo de caballeros, mantenía esa conducta al punto.

Uno de sus discípulos se acercó a él y lo reverenció; luego anduvo hasta el centro del salón, observado por cientos de ojos desconfiados, y desenrolló un pergamino repleto de escrituras.

—Señores... —el joven comenzó a hablar—. Hemos recibido órdenes de nuestra santidad el Papa. Ha decretado una serie de estatutos que debemos cumplir —se dirigió al Regente y pidió permiso para seguir. Su líder asintió—. Nuestra fe en Dios es grande, afín a nuestra fuerza, y gracias a ello hay que acatar dichas órdenes. Acabaremos con las fuerzas malignas que están seduciendo a nuestros fieles.

De repente, en la sala se escuchó un ligero murmullo. Rudolf se irguió de su trono de inmediato.

—¡¡Silencio!! —sentenció furiosamente. Su voz, tan altiva y dirigente, consiguió acallar el sonido de la discordia—. Proseguid, Humberto —exigió, volviéndose a sentar. El discípulo asintió.

—Comenzaré leyendo la orden fundamental —indicó el joven monje, extendiendo el pergamino—. Su Santidad ordena que se ejecute, a todo aquel hijo de Dios, que crea a las brujas, en los demonios y en la brujería; cualquier debilidad que el hombre tenga a testimonios de un hereje también será ejecutado por menospreciar la ley de nuestro Santo Padre —Humberto se detuvo un momento y desenrolló un poco el pergamino para seguir leyendo. Ojeó algunos rostros de los soldados. La tensión que había en el salón se podía cortar con unas tijeras. Miradas recelosas, repugnantes, devotas, hostiles..., no dejaban de observarlo. Lo que había allí en la sala era un grupo de hombres capaces de devorar al mismo demonio, locos por exterminar la triste peste pagana que assolaba Alemania. Humberto respiró profundamente para suavizar su situación, volviendo a su designación—. Segunda orden: Su Santidad ordena la primera caza de brujas en este país a manos de nuestro Regente Rudolf, asesorado por dos de sus más fieles inquisidores dominicos..., el hermano Heinrich Kramer y el hermano Jacob Sprenger. Estos hombres de Dios llegaran a nuestra fortaleza en el plazo de tres días —siguió desenrollando el pergamino—. Tercera orden: Su Santidad exige máxima prudencia a la hora de acabar con el alma de una bruja. Ellas son portadoras de maleficios y sortilegios que despojarían la vida de un hijo de Dios. Y cuarta y última orden: Su Santidad solicita un juramento, de cada caballero de esta sala, lacrado por el sello del Regente, en el cual dictamine la intervención, ya sea necesaria, para destruir comunidades paganas opuestas al cristianismo.

En ese instante, uno de los soldados se irguió de su sillón; agachó su cabeza y reverenció a Rudolf.

—Mi señor —solicitó hablar. El líder indicó a Humberto que se detuviera por unos minutos.

—Hablad pues, Alfred de Moncraf —le propuso este atentamente. Su intensa mirada se fijó en el caballero.

—Sabemos que las leyes que ha dictaminado nuestro Santo Padre son ciertamente estudiadas y elegidas por él y por todos los obispos. También entendemos que la religión pagana está creciendo y con ella comunidades enteras, pueblos e incluso pequeñas ciudades —la voz de Alfred comenzó a cambiar de tono. Lo que diría a continuación, trastocaría al Regente y a muchos de sus compañeros. Algo que no podía guardar y que como fiel, debía liberarlo. Había visto mucha sangre derramada por injusticias, demasiadas luchas y guerras por salvaguardar la ley del más poderoso, miles de muertes a manos de seres como él, por elogiar su religión. Y ahora que las nuevas órdenes de Su Santidad estaban decretadas para cumplirlas, él debía expresar lo que su instinto le sugería—, pero hay algo con lo que no estoy de acuerdo.

El murmullo afloró nuevamente; los integrantes de la Orden Sagrada se inquietaron. La tensión volvió a brotar.

—¡¡Silencio!! —gritó de nuevo Rudolf, acallando a todos sus hombres; el respeto era primordial. Se levantó de su sillón y anduvo hasta el centro de la sala. Humberto se hizo a un lado—. Explicadnos, Alfred, su desacuerdo —exigió encrespado; entrelazó sus manos detrás de su espalda.

Alfred ojeó a sus compañeros y luego al Regente.

—Una comunidad pagana es una comunidad de fieles, igual que nuestra religión tiene a sus fervientes —prosiguió con su explicación—. El enfrentamiento, entre ambas religiones, es una lucha muy poderosa. Por supuesto, mi fe hacia Jesucristo es intocable y mataría a cualquiera que deshonre el nombre de Dios, sin embargo, no dejo de preguntarme lo siguiente: ¿acaso Dios hizo desaparecer a niños y a mujeres, de este mundo, por no practicar su fe?

La sala emitió varios gruñidos.

—¡Por supuesto que no! ¡Lo único que Dios hizo fue matar al demonio! —La espeluznante voz de Rudolf hizo eco en toda la sala—. ¡Y el demonio poseía las almas de esas mujeres y niños!

—¿Hablamos de una seguridad justificada, señor? ¡Por supuesto que no! Yo no he presenciado a ninguna mujer transformada en demonio, ni niños portadores de malos presagios y embrujados —Alfred comenzó a elevar sus palabras, si seguía discutiendo con el Regente, acabaría varios días en la celda de castigo, por sublevación.

Louis, uno de los compañeros de Alfred, se levantó. Su ira hacia el Regente era notable.

—Mi señor, ¿usted ha presenciado esa herejía física? —la pregunta trastocó a Rudolf.

Rudolf respiró profundamente. ¡Insensatos! Sus hombres estaban posicionándolo en un lugar inadecuado. ¡No podía permitir esa discordia! Aunque no era el momento de castigar al capitán de la Orden por una conversación.

—He sido testigo de almas poseídas por el diablo, de mujeres lascivas deambulando por los hogares en busca de la infidelidad de hombres casados —el brillo de maldad que destilaban sus ojos, enfurecieron a Alfred.

—¿Y no son mujeres hechas para el disfrute, prostitutas que buscan ganarse la vida y apaciguar la fogosidad de los hombres infieles? —preguntó Adam, otro de los caballeros y hermano del capitán Alfred.

—¡No! ¡Son mujeres envenenadas por la ponzoña del Demonio!

Las voces de todos los caballeros fueron notables, muchos de ellos se levantaron a cuestionar el tema; estaban en desacuerdo con Rudolf. Otros siguieron sentados, ocultando sus opiniones, e incluso, afirmaban con un movimiento de cabeza lo que su líder les decía.

Alfred observó a todos los integrantes de la orden. Sabía la opinión de cada uno, a pesar de ser un cuerpo de más de treinta y cinco hombres.

—Su Santidad ha decidido esa ley y como fieles a él y a Dios, ¡se aprobará por todos nosotros! —sentenció Rudolf, entrecerrando los ojos. Su nariz se arrugó tanto por la ira que casi se le revienta una de sus venas interiores.

Alfred se quedó callado. No volvió a discutir nada más de su líder. Echó un último vistazo antes de agachar la cabeza y hacerle una venia. Adam, su hermano, y Louis, habían quedado desengañados ante la decisión.

—Además... —continuó el Regente con aire de prepotencia. Su necesidad porque el subordinado caballero acabara despejándose de sus dudas, le retorció las tripas—. Alfred de Moncraf, os tengo preparado una travesía para despejar vuestras dudas. ¡Partiréis mañana con dos de vuestros hombres hacia el norte! Allí se cuece mucho paganismo.

Alfred sintió como bullía su rabia por dentro. Aquel despreciable cerdo no debía llevar ese mandato tan importante. Rudolf podía ordenarle una expedición, una búsqueda, una guerra, matar a salvajes, criminales, ladrones..., pero no podía enviarlo para que volviera a liquidar a más mujeres y niños que "supuestamente" eran tocados por la mano del Diablo. Aquello era una orden mal fraguada.

Adam presintió la furia de su hermano. Lo miró y quedó perplejo. Alfred tenía las venas de su cuello tan engrosadas que delataban su estado de rabia.

—Quiero vuestra aprobación ¡ahora! —La cólera del Regente, por la insurrección del caballero, lo llevaría al desequilibrio. Jamás soportaría que un soldado se elevara sobre él y sobre su posición, jamás. Aunque ahora, aquel estúpido tendría que soportar una cruzada cargada de enemigos paganos donde, la hoguera y la decapitación, serían sus más fieles aliados.

—Sí, señor.

* * *

El conjunto de cabañas, chozas y hogares de piedra formaba una pequeña aldea, adosada de misterio para Angie; sus techumbres, iguales que el hogar donde acaba de despertarse, estaban contruidos de paja y madera. Qué distintas eran aquellas edificaciones, pensó enseguida. Se notaba que no había avance en la construcción de casas. Las fachadas estaban cimentadas de piedra y madera, sus puertas hechas de tronco y caña, las lumbreras ovaladas y con muy poca visibilidad..., pero todo aquello tenía un encanto especial. Angie parecía haberse despertado en una aldea de cuento de hadas, en un lugar apartado de la sociedad humana. Sus ojos eran testigos de ello. Y en aquel momento podía atestiguar su realismo, tan real como que ella existía y respiraba. Paradojas de la vida: su presente y futuro estaba en el pasado.

Angie miró a varias mujeres tender la ropa mojada en largas cuerdas, atadas entre árbol y árbol. Siguió escudriñando y absorbiendo lo que nunca podría imaginarse: contemplar una época seis siglos atrás. Continuó observando el humilde entorno: había corrales repletos de gallinas, gansos y algún que otro cerdo, calderos humeantes e hirviendo gracias al carbón; carros hechos de madera, con enormes ruedas cruzaban la aldea cargados de paja y lana... *Es increíble*, se dijo así misma. De repente, cayó en la cuenta de algo. Agachó la cabeza y miró su ropa. Se llevó la mano a la boca y se la tapó enseguida. ¡Joder!, estaba en pijama. Con la rapidez de una gacela echó un vistazo a su alrededor y vio a Mathilda y a Anette detrás de ella. Angie se tocó los pantalones del pijama, incómoda.

—No os preocupéis, cielo, luciréis la ropa de vuestra nueva comunidad —le indicó Mathilda, acariciándole el brazo—. Venid, os presentaré a Nils, mi esposo y vuestro... tío. Acaba de llegar.

Anette salió corriendo en busca de su padre.

Angie observó a un hombre desmontar del caballo. De presencia corpulenta, con una altura vertiginosa y de cabello oscuro, era la viva estampa

de su ¡bisabuelo!, pero más joven. La expresión de Nils al verla, la embaucó. ¡Dios Santo, si era auténtico Holbein!, pensó enseguida. Él caminó hasta su esposa y le cogió la mano cariñosamente, luego Anette llegó hasta él y le dio un beso en la mejilla; los gestos tiernos de Nils llegaron hasta el corazón de Angie, recordándole a su padre.

—Hola, padre —saludó Anette con una sonrisita nerviosa.

—Hola, mi amor. ¿Qué tal se encuentra la más bella dama de este lugar? —el sonido de su voz grave acaparó la atención de Angie; la generosidad de Nils se podía oír hasta en su alma.

—Oh, padre, ¡me enrojeces! —contestó Anette alegremente; Nils soltó una carcajada.

—¡No miento! Sois la flor más hermosa de la aldea y de mi corazón —musitó este.

—¿Sabéis quién nos acompaña? —le susurró la jovencita al oído.

—Bella flor, ¿me dejáis que lo averigüe?

—Nils... ya está aquí. Ha llegado —le informó su esposa acariciando la palma de su mano. Su sonrisa lo cautivó.

Los tres se quedaron mirando a Angie, la contemplaron con fervor y humildad. Y ella no supo dónde meterse, si debajo de la tierra, bajo algún caldero de los que había por allí o dentro del horno de leña. *¡Qué vergüenza!* ¿Estaban observando su vestimenta? *¡Oh, por Dios!* ¡Llevaba aún puesto el pijama de ositos!, gritó interiormente.

Nils fue el primero en acercarse, sus dos mujeres lo escoltaron.

—Hola, joven dama, soy Nils de Brant, vuestro tío en esta... época —manifestó, solicitando su mano. Angie no dudó y, como una chiquilla de quince años, se la entregó sumisa. Nils le dio un beso en el dorso de la mano —. Bienvenida a nuestro hogar, Angie de Brant.

Angie necesitó repetirse varias veces que no estaba en su mundo, que no habitaba en el siglo XXI para poder hablar a su antojo. No debía cotorrear con el mismo lenguaje de su época; seguramente los insultos que solía mencionar cuando se cabreaba o tenía algún problema con alguien, acabarían con ella y su vida. E incluso la despellejarían viva si se le ocurriera maldecir a alguien. Tenía que medir muy bien las palabras antes de soltarlas por su boquita. Sin embargo, aunque soltara su repertorio de *tacos* no lo entenderían. ¡Angie, no estás en tu siglo! ¡Contrólate! *Sí, sí debo adaptarme a este sitio y sus costumbres.* Y también a ese protocolario lenguaje.

Saludó a Nils con la misma educación que podría tener una chica en ese siglo. Su “tío” iba ataviado con unas calzas de color chocolate; el jubón que

envolvía su tronco estaba compuesto de piel de algún animal y tejido en su interior con lana; botas hechas de cuero lo cubrían hasta las rodillas, algunos artilugios cortantes colgaban de su cinturón... Angie no dejaba de observar la indumentaria de aquel hombre. Nunca creyó que vería ropa del siglo xv tan de cerca, ella misma había visitado museos y exposiciones referentes a los estilos de vidas sociales de varios tiempos, sin embargo, una cosa era verlos a través de una vitrina en un museo y otra descubrir cómo eran en la vida real y poder tocar los tejidos.

—Hola, tío Nils —respondió ella, intentando guardar su pudor.

—Me gustaría que conocierais a todos los integrantes de la familia. Veo que Mathilda nos ha proporcionado un regalo maravilloso. Vuestra llegada. Sois especial, Angie, muy especial —en ese momento, Nils contempló a Mathilda y le sonrió. Su esposa lo había conseguido, su cabezonería por traer a esa muchacha hasta ellos fue innata, y por fin lo había logrado.

—Cariño, creo que nuestra sobrina necesita vestirse antes de seguir conociendo a más personas —le insinuó él, guiñándole un ojo a su nueva invitada. Presentía el pudor de la joven ante su ropaje.

—Mathilda, ¿tenéis más hijos? —le preguntó Angie, sabiendo que Marlenne aún no había aparecido.

—Oh, prima, pues claro que sí —Anette contestó divertida; sus ojos brillaban con fulgor. Su nueva prima intuía que tenía más hermanos.

—Mi amor, tengo dos hijos más —le contestó Mathilda—, Marlenne, mi hija mayor y Alger, el único varón.

Angie enarcó una ceja, recordando la invocación a sus antepasados. No presintió nada acerca de Alger, otro hijo de Mathilda y Nils. Aunque tampoco presintió nada de Nils y sin embargo era su “tío”.

—Alger no está con nosotros a menudo. Su trabajo le obliga a salir de estas tierras. Él es cazador y solo regresa una vez, cada quince días, con pieles para venderlas en el mercado. Cualquiera día ese trabajo le traerá algún disgusto —dijo su padre con sensatez. No le gustaba la vida que llevaba su hijo. Preferiría que se uniera a él en el campo.

Angie notó un deje de preocupación en la voz de su tío.

—¡Nils! ¡Nils! —Varios hombres lo proclamaron en la distancia.

Todos se sorprendieron.

—Si me disculpáis un momento... —contestó él, alejándose de su familia.

—Será mejor que os vistamos. Nils necesita aclarar algunos detalles de la siembra, con su cuadrilla; se reunirá con nosotros más tarde.

—Tía... —Angie no supo cómo había pronunciado aquel cariñoso nombre, pero se sentía bien, integrada, feliz por llamar a Mathilda “tía”. Siguió con lo que iba a decir—, por favor, no me tratéis con tanto respeto. Soy simplemente una más, como vosotras —pidió, mirando a las dos.

—Mi amor —Mathilda le sonrió—, como deseáis.

—¿Tío Nils a qué se dedica, quiero decir, dónde trabaja? Antes, oí decir que debía hablar con su cuadrilla... —preguntó ella impaciente. Necesitaba ir aclarando todas las dudas y preguntas que había en su cabeza, y sobre todo empezar a descubrir las circunstancias a las que aquella familia se enfrentaría.

—Trabaja como agricultor. Es el encargado de la siembra y la recolección —le indicó—. Sus hombres son los que cultivan el trigo y la cebada para la nobleza y, como tal, debe vigilar los cultivos como si fueran sus propios hijos.

Angie asintió. Volvió a otear todo lo que la rodeaba antes de entrar en la cabaña para vestirse. Pensó en Linda y en la cara de asombro que pondría al ver semejante mundo, hasta ella misma le costaba aún creerlo. Pero, ¿y si aquello era un sueño más largo de lo normal? ¿Y si al entrar en el hogar de Mathilda todo desapareciera? *Por favor, no quiero salir de este sueño*, rezó. Le gustaba estar allí. Respiró profundamente el aire de aquel lugar por si acaso no volvía a salir de ese hogar una vez entrara.

—Angie, es real. —le susurró Anette, entrando con ella en la cabaña—. Recuerda, la magia... existe —y con esas palabras Angie sintió una auténtica paz en su interior.

* * *

El día fue maravilloso. Mathilda y Anette estuvieron conversando con ella e informándole de vida habitual de la aldea y muchas otras cosas. Angie absorbía con emoción todo lo que le contaban. Ambas mujeres de Brant sacaron algunos vestidos que tenían confeccionados y guardados en un baúl de madera. Las anchas mangas del vestido, la camisola que lo cubría, el corpiño que lo ajustaba y la larga falda que cubría el cuerpo de Angie eran del mismo color que sus ojos. Los senos le rebosarían de un momento a otro, debido al prieto corpiño; lazos de diferentes colores se entrelazaban en pequeños orificios de su corpiño, formando una estrecha pero esbelta figura. Angie alucinaba. ¡Qué preciosidad! Aquella maravillosa prenda acabaría con ella y con su respiración, sin embargo, también la estaba conquistando. Ya se acostumbraría. Jamás pensó que un vestido como aquel pudiera seducir a un hombre. Para ella una buena minifalda, un jersey ajustado, unos short tan cortos que rozaran su trasero y un escote de vértigo, se trajinaría al primer tío

que se le acercara. Y era cierto. Ella misma lo había comprobado millones de veces... Angie se amonestó por pensar insensateces. Allí no había minifalda, ni short y mucho menos jersey de colores, no obstante, ese atuendo tenía su propio encanto. Simplemente, si los tíos observaran el bamboleo de sus pechos cuando caminara, babearían por tocarlos, pensó sonriendo.

—Oh, ¡en qué pensáis! —la risita nerviosa de Anette, consiguió que Angie soltara una carcajada.

—Si supierais como nos vestimos en mi época, ¡os avergonzaríais! —y comenzó a reírse nuevamente. *Casi desnuda*, pensó. Pronunció las palabras con el mismo respeto que ellas.

—¡Decidlo! —la divertida Anette consiguió que Angie le contara la estafalaria moda de su época; una moda que hacía romper los pilares del raciocinio.

Angie se subió la larga falda hasta los muslos. Anette se tapó la boca para no soltar un grito.

—¿Veis esto? —Angie enseñó la blanca piel de sus muslos y se las tocó para que Anette ojeara la depilación—. Así vamos las mujeres de depiladas, sin vello alguno. Luego, nos colocamos unos vestidos por aquí —le indicó más arriba del muslo—, y provocamos a los hombres. Los volvemos locos de atar —sonrió explayada—. El vello que también crece en esta zona —su dedo siguió ascendiendo deteniéndose antes de llegar a las braguitas—, también nos lo quitamos, es más sugerente a la hora de conquistar a un guaperas —se frotó la piel con su mano y luego la deslizó por todo el muslo.

—¡Prima! Nosotros también lo hacemos, pero de otra forma —le contestó, levantándose su falda. Le enseñó las piernas igualmente sin vello.

—Joder, lo siento. Creí que no se depilabais... —Angie se quedó cortada.

—Nosotros usamos... —Anette giró la cabeza y cogió una piedra de tamaño pequeño, de un color gris apagado—, el *Arstulj*; nos duele bastante cuando nos pasamos horas rozándolo por la piel, pero al acabar, nos juntamos unos ungüentos hechos a bases de plantas y así calmamos y aliviemos la piel enrojecida.

—Pues, la verdad es que ese método debe ser muy doloroso. Se parece a la cera que usamos para extraer los vellos en mi época... Bueno, realmente, esa piedra tiene que ser peor —hizo un mohín.

—Sí, duele, pero nos acostumbramos a ella. Es lo único que tenemos.

—¿Habéis terminado? —Mathilda las llamó desde el saloncito.

—Oh, sí, madre, enseguida vamos —le indicó Anette, recogiendo el resto de la ropa y guardándola en el baúl. Se irguió y observó a Angie—. Estáis

hermosa. Mi vestido os sienta muy bien. Espero que Alger no regrese pronto... —y soltó una carcajada—. No os dejaría ni un momento a solas. ¿Sabéis? En la comunidad, las chicas lo llaman... Alger, el conquistador.

Angie enarcó una ceja “conquistador”, sonaba a “¿tentador?” Ah, por supuesto que sería todo un pícaro, pensó mientras observaba a su prima parlotear bellos adjetivos que describían al hermano. Por un momento quiso ilusionarse por ese tal Alger, ¿y si resultaba que el hombre con el que había soñado era Alger en vez de Alfred? Los dos empezaban por la misma vocal... *No es Alger*, le contestó su conciencia. ¡Vaya! tenía a una amiguita dentro de su cabeza que no la dejaba fantasear, se dijo así misma. Aunque ahora que conjeturaba, Alfred dijo en la pesadilla que tenía que irse con sus hombres, sí, como si perteneciera a un grupo de soldados. *No*, pensó, definitivamente el hermano de Anette no sería aquel misterioso hombre. Desterró sus suposiciones y volvió a recordar la conversación que estaba teniendo con su prima... ¡Ah, sí! ahora recordaba. Estaban hablando de lo conquistador que era su hermano. Angie se colocó mejor su corpiño. El vestido, a pesar de que era largo hasta los tobillos, tenía su encanto. Por la parte delantera del escote bien le sobresalían parte de sus pechos, como si llevara puesto un sujetador Wonder Bra, realzándolos. Suerte que unos de los lazos del corpiño fruncían con fuerza la línea que dividía el escote de la tela. Angie esperaba que nadie se diera cuenta, que ningún baboso se le acercara y quisiera ojear de cerca sus protuberancias y, ese Alger... mejor esperaría a conocerlo, antes de opinar.

Salió de la cabaña, junto a su tía y su prima. Nils aún no había regresado; llevaba el resto del día fuera hablando con sus hombres. Las tres mujeres bordearon algunos hogares y se introdujeron en una pequeña senda que las conducía hacia una casa de construida en piedra. Allí se suponía que estaba la joven que faltaba por conocer, Marlenne.

—Cariño, ahí es dónde mi hija mayor vivirá con su prometido, es su futuro hogar —la voz de Mathilda se apagó, eso trastocó a Angie.

—¿Qué sucede, tía? —le preguntó intranquila.

—Oh, prima, madre siente nostalgia cada vez que contempla el nuevo hogar de Marlenne —le aclaró—. Mi hermana se desposará con su prometido dentro de muy poco, y se marchará del hogar de la familia de Brant.

A Angie se le encogió el corazón; una extraña añoranza flotó dentro de ella, echando de menos algo que ni siquiera entendía. Sin embargo, se dio cuenta rápidamente. Su familia. Sí, su querida madre, la mujer que le dio la vida y que ya no existía en el mundo de los vivos, no estaba a su lado. Cuanto daría ella por verla y tocarle las manos, de peinarla y maquillarla durante

horas; de que asistiera a su futura boda, si es que algún día se casaba... Respiró con profundidad para calmar los nervios que volvían a atizarle dentro de sí. Cada vez que recordaba a su madre, se le formaba un nudo en la garganta y en el corazón.

—Hemos llegado —indicó Mathilda más elocuente.

La puerta de la entrada se abrió sin más, no le dio tiempo de llamar. Una mujer guapísima salió de la casa y se dirigió a Mathilda. Su cabello rizado, largo y rojizo, embellecía aún más su hermoso rostro. El poder que destilaba su presencia era abrumador. “Es Marlenne”, pensó Angie enseguida, contemplando como la joven abrazaba a su tía.

—Hola, Marlenne —se aventuró a decir Angie.

Marlenne desvió la mirada y posó sus ojos verdes sobre ella. Sonrió complacida. Cuidadosamente se aproximó a ella, la observó con detenimiento y no esperó más tiempo para abrazarla. La acogió y la atrajo hacía sí.

Angie sentía las emociones y las inquietudes de su otra prima; transmitía un aura carismáticamente increíble, una fuerza que exudaba su alma que podría tumbar a más de un hombre que quisiera hacerle daño. Esa mujer era fuego, pura energía para combatir cualquier mal.

—Teníamos muchas esperanzas de que llegarais a Hanon y sobre todo a nuestro hogar. Y por fin nuestra madre lo logró —Marlenne miró a Mathilda sonriendo; se le iluminó el rostro—, lo habéis conseguido, ya está con nosotros.

—Parece que sí —corroboró Angie, emocionada.

—Por favor, pasad a mi futuro hogar. Estoy acabando de colocar algunos muebles y enseres —les invitó Marlenne, cogiendo la mano de Angie.

La cabaña de piedra era increíblemente acogedora. La chimenea era el principal inmueble que daba la bienvenida al hogar; su calor inundaba la estancia y aportaba a la vivienda el auténtico concepto de “hogar”. Junto a la chimenea, se hallaban pequeñas ollas y algunos enseres de cocina, colgados y alineados, para uso doméstico. Sillones de madera, pequeños muebles de almacenamiento, una banca forrada de tela acolchada, dos mesas de diferentes tamaños y alguna que otra decoración rústica, formaban el mobiliario del hogar de Marlenne. Lo necesario y justo que usaban en aquella época para el comienzo de una pareja de recién casados, pensó Angie otra vez con esa extraña nostalgia... *¿Qué coño me está pasando?* Sentía envidia sana.

—Sentaros, os prepararé una infusión —indicó Marlenne.

Todas se sentaron en el cálido saloncito. Estaban ilusionadas. Anette no dejaba de mirar a Angie y atusarse un rizo rubio que caía por su frente.

Mathilda seguía sin creerse aquel milagro, pensaba en las hierbas místicas que habían conseguido aquel milagro... En ese instante, llamaron a la puerta.

Marlenne se sobresaltó.

—Iré a abrir —comentó Marlenne caminando hacia la puerta. La abrió cuidadosamente—. ¡Padre! Por favor, entrad —le dijo sorprendida.

Nils entró inquieto. Traía el ánimo arrastrado por el suelo y sus oscuras ojeras aparecieron de inmediato. Los labios apretados y las facciones duras, igual que el frío acero, denotaron su estado.

Mathilda se levantó asustada, jadeó al verlo así.

—Mi amor, ¿qué ocurre? —preguntó enseguida; el corazón empezó a martillearle incesantemente.

Nils miró a Angie y le sonrió con debilidad, una sonrisa obligada y comprometida. Él no pretendía dar la noticia dada la felicidad del momento por haber conseguido que Angie llegara a sus vidas, sin embargo, era inevitable. No necesitaba asustar más a la reciente huésped; acababa de llegar de un siglo que, posiblemente, el miedo solo existiría si se buscaba... conjeturó, apretando la mandíbula. Pero la situación lo requería.

—No debería preocuparos, pero ha ocurrido...

—¡Nils, por todos los dioses! ¡Aclaradlo de una vez! —expresó su esposa, alarmada.

Marlenne terminó de servir las infusiones y se sentó al lado de su prima. Anette hizo lo mismo y cogió la mano de Angie.

Nils le dio un casto beso a su esposa y la incitó a que se sentara de nuevo. Iba a hablar, lo había decidido, aunque su nueva protegida estuviera delante; la cruda realidad era inevitable y Angie debía conocerlo.

—Acaban de llegar noticias de Koblenz. Hanh ha traído estas noticias. Dice que los soldados han empezado por las primeras comarcas del norte.

De repente, los ojos de Mathilda se enturbiaron de lágrimas. Su pecho se oprimió de dolor, la garganta se le atascó con su propia saliva; esas circunstancias las había presentado muchas veces, demasiadas, manifestándose en forma de imágenes tortuosas. *¡No, por favor... no!*

Anette se levantó. Anduvo hasta la lumbre y se quedó allí inmóvil, quieta, observando el exterior a través de unos finos cristales. Su desolación sobrecogía. Angie estaba a punto de perder la cordura si no le explicaban qué coño pasaba. Marlenne la miró y le dijo:

—Este es uno de los motivos por el cual os hemos invocado, prima —le contestó. El iris de uno de sus ojos comenzó a brillar, como si tuviera algo especial dentro de este—. Los soldados cristianos han empezado con la

cacería de brujas, arrasando varias comarcas que practican nuestra religión —sentenció—. Prima, como podéis observar no somos cristianos, nos debemos a la madre naturaleza, solo a ella, que es la que nos proporciona el amor, la paz y la vida.

Angie se irguió lentamente. Parecía que alguien le había dado una paliza. Su ira hacia lo innombrable acabó de un plumazo con su reciente felicidad. Solo llevaba un día en Hanon y ya estaba sintiendo el fatalismo de los choques entre religiones. El mundo, ya fuera antepasado, presente o futuro, era una auténtica anarquía.

—Es la Santa Inquisición... ¿Verdad? —las frías palabras de Angie causaron escalofríos en las mujeres de la familia.

—Parece que sí. Ese es el nombre con el que lo han bautizado: soldados inquisidores preparados para aniquilar a los que no practiquen la fe de su Dios. —sentenció Nils, mirando a su mujer.

Mathilda rompió a llorar desconsolada. Era demasiado, no podía seguir escuchando lamentos de almas recién muertas a manos de hombres que solo creían en su Dios y en su poder, destruyendo familias y aldeas por pura inconciencia.

—Necesitamos vuestra sabiduría, sobrina, sois la única que podría proporcionarnos ayuda e información. Si no hacemos algo sucederá lo que más me temo... —insinuó Nils.

—Prima, somos brujas ante la vista y oído de los hombres que oran a ese Dios y que quieren imponer el cristianismo a la fuerza —Marlenne se mantuvo inerte mientras hablaba—. Nosotros solo ayudamos, gracias y mediante la Diosa Madre de la naturaleza. Supongo que ya lo sabréis. Con dichos conocimientos no mortificamos a nadie, al revés, curamos y mantenemos nuestras costumbres desde antaño... y eso molesta y atormenta al pueblo cristiano. O quizás a esos hombres que quieren exterminarnos. Creen que somos novias de Lucifer y que logramos atraer a personas débiles, incultas, analfabetas... para nuestro placer y propósito, como el de sacrificarlas. ¡Y no somos así! Solo bendecimos a nuestra diosa Madre por habernos dado la vida y la felicidad.

—Tranquilizaos, mi amor —apuntó Nils sin dejar de escudriñar a su esposa. Lo preocupaba.

Angie se irguió del sillón y se dirigió a la familia.

—¿Sabéis una cosa? —preguntó Angie con un diferente tono de voz. Hasta ella misma se cuestionaba su reacción. La furia salió de su cuerpo como un puñado de serpientes a punto de morder a cualquiera que se les cruzara en

el camino—. Ustedes jugáis con una ventaja —dispuso en su deshonesto lenguaje—, me tenéis a vuestro lado, obtenéis un libro de Historia dentro de mí cabeza, disponéis de fórmulas nuevas para alejar a personas ingratas, de maleficios y sortilegios del siglo de dónde vengo, de muchas más peculiaridades que usamos las “brujas” en mi mundo y que destruye a la gente que hace el mal. Y os aseguro que intentaré ayudaros en todo lo que necesitéis. Esa perra Inquisidora no aplastará a mi familia.

Nils abrazó a su sobrina con fuerza. La esperanza que todos anhelaban acababa de concedérsela su diosa. Mathilda se levantó y también la abrazó. Sus dos primas hicieron lo mismo. Un hermoso vínculo familiar nació en aquel momento; necesitaban la unión plena de la familia para proteger el aquelarre de su estirpe.

Angie se apartó y preguntó a Mathilda:

—¿Los acontecimientos que soñé fueron ciertos? ¿La macabra tortura de la mujer y el incendio?

—No, mi amor, aún no ha sucedido. Pero hay algo que deberíais saber —le contestó, acariciándole el cabello—. El destino es muy sabio. Vuestros sueños son las realidades que pasarán o que han pasado, y no solo es lo que sucederá, si no lo que puede sucederos.

Angie se quedó de piedra. El cerebro entabló una marcha buscando algo o a alguien. Los engranajes de su mente cogieron una fuerza increíble. Evocó la otra pesadilla donde aparecía su tía y sus primas pateaban contra los malditos soldados que querían llevárselas; luego, recordó el fuego en la aldea, la gente corriendo y sollozando... ¡*Oh, por Dios!*, gritó así misma. Ya había dado con el siguiente recuerdo... “Alfred”, susurró vagamente y con el pulso acelerado. Ese nombre se le apareció como por arte de magia. Ángeles divinos, ¡ahora lo comprendía! Alfred sería el hombre que estaría a su lado...

—Tuve un sueño —comenzó a decir ella preocupada—, en el cuál aparecía una enorme muralla, gente desalentada corriendo y llorando, fuego, mucho fuego; una humareda sofocante y... también aparecía un hombre a mi lado, vestido con ropa metálica y preocupado por mí...

—Lo sabemos —esclareció Marlenne—. Es vuestra designación. Ese hombre será vuestro... esposo, Angie. Nos ayudará a librarnos del calvario que nos espera —apostó su prima. En ese momento, sacó un saquito, color rojo, de su bolsillo—. ¿Veis esto? Gracias a estas piedras pudimos advertirlo: son las runas sagradas. Por eso os reclamamos. Alfred es el caballero de vuestro destino y el del nuestro —sacó las runas y las expuso—. La clave está en vuestra sabiduría y en la de ese hombre.

Angie ahora podía ver con más claridad el destino. Las misteriosas runas de la sabiduría se esparcieron sobre la mesa; eran hermosas, hechas de madera y grabadas a mano por ellos mismos. Las que ella poseía en su trabajo eran de mineral, compradas en un mercadillo esotérico y sus símbolos lucían pintados de un color oscuro y muy apagado. Pero aquellas eran divinas.

—Ese sueño que tuvisteis ocurrirá en esta época —le indicó Nils con sinceridad—. Os enamoraréis de ese hombre, servidor cristiano y con unas leyes distintas a las nuestras. Un soldado que será nuestro enemigo, sobrina. Sin embargo, este será testigo de algo importante, muy importante.

Angie abrió los ojos de par en par ¡No podía ser, no podía ser! Ella jamás traicionaría a los suyos, jamás, pensó frenéticamente. Imposible. El tío que quisiera casarse con ella o se enamorara de su persona sería un hombre que respetara su condición, su don y su vida.

—Tío, el hombre que consiga enamorarme, y perdonad mi mal lenguaje, me está costando un poco adaptarme al vuestro —le indicó incómodamente—, tendrá que tragar con mi forma de pensar y con la vida que elegí, si no... que se busque a otra que le caliente el lecho.

Anette comenzó a reír y Mathilda le dio un codazo por sus modales. Su prima se calmó, no obstante, en su interior seguía distraída por el comentario de Angie.

—Angie, gracias a vos podemos apaciguar un poco nuestros miedos.

—Oh, menos mal que Angie tiene fuerza para tumbar a los desarmados que no practiquen nuestra fe —sugirió Marlenne, cogiendo la taza de infusión y tomando un sorbo; necesitaba calmar el ambiente.

—Mi amor —Mathilda recuperó un poco el equilibrio y la calma; ya había dejado de llorar y se encontraba mejor—, a partir de ahora, todo lo que necesitéis saber de nuestras costumbres, nuestra forma de vida, nos lo comunicáis —cogió también la taza y bebió de ella; su estado anímico se relajó.

Nils observó toda la escena.

—Debo marcharme, tengo que ir a hablar con la cuadrilla —comentó, colocándose bien el jubón—. Recordad... Os quiero y espero que nuestro amor y nuestro espíritu consigan combatir el mal. Lo lograremos —y dicho esto se despidió dándole un beso a su esposa en los labios para calmar el tormento que acababa de exponer.

* * *

—¡Mi alma se niega a ello! —las oscuras palabras de Alfred consiguieron que su hermano detuviera el caballo.

—¿Queréis enfrentaros a Rudolf? —le sugirió interponiendo su caballo delante del de su hermano.

Alfred se detuvo.

—Caballeros, será mejor que continuemos, podríais dejar las charlas para cuando acampemos —pidió Louis, adelantándolos—. Pronto tendremos a la luna encima de nuestras cabezas y si no nos apresuramos... dormiremos esperando a que algún salvaje nos ataque.

Adam negó con la cabeza. Era imposible conseguir que su hermano se diera cuenta de lo inútil que fueron sus palabras en la reunión. A pesar de todo, sabía que Alfred tenía razón, y él, apoyaba su decisión, pero la realidad era muy distinta. Ellos habían jurado lealtad ante el Santa Padre, lealtad ante su religión y, las leyes que se estipulaban, debían cumplirlas.

—Sé lo que pensáis, Adam, hemos hecho un juramento ante Dios —dictó duramente Alfred, reanudando la marcha. Su caballo movió la cabeza en señal de aceptación—. Sin embargo, no pienso ahorcar ni quemar a nadie más que niegue practicar la fe católica. Hermano, esto es un contrasentido. Nos están manipulando; estamos infringiendo el quinto mandamiento que Dios esculpió en las tablas sagradas.

Alfred estaba totalmente convencido de su decisión. Sus múltiples batallas habían causado muchos estragos en su alma. Ya no soportaba más tiempo ser testigo directo de los cientos de mujeres sacrificadas por el simple hecho de renunciar y no practicar la fe de su Dios católico. ¿Acaso eran herejes como decían todos sus superiores? Esa pregunta reventó en su cerebro igual que si le hubieran pinchado con una fina aguja y explotara. Aún podía recordar a esa madre y a cuatro de sus hijas, en manos de sus propios compañeros; las desnudaron, la amordazaron y las violaron. Alfred maldijo en su interior. Respiró profundamente para tranquilizar la tensión que bullía dentro de su ser, cerró los ojos por un momento, sino... estallaría de cólera. Sus recuerdos lo aplastaron:

—*Hola... buen soldado, ¿qué os trae por este humilde poblado?*

—*Somos caballeros de la Orden Sagrada. Os pido que reunáis a vuestra gente en el centro del pueblo. Os leeré unos estatutos y una ley para mejorar vuestras vidas.* —*Le indicó Alfred a la anciana, bajándose de su caballo.*

—*Enseguida, caballero. Mientras, os traeré un poco de pan y vino para vos y vuestros hombres* —*las dulces palabras de la mujer penetraron en el alma de Alfred.*

La mujer se marchó en busca de lo prometido; poco a poco fueron reuniéndose los aldeanos en el centro del poblado. Los murmullos de las personas, al ver a un puñado de soldados acampados por los alrededores, se intensificaron. Alfred y su hermano estaban más que alertados por sus superiores, del ocultismo que practicaban en muchas aldeas y pueblos, y no debían bajar la guardia.

Varios hombres, tan altos como ellos, salieron de una cabaña y se dirigieron a Alfred.

—Buenos días, soldado —saludó uno de ellos. Su mirada desafiante, anunciaba su inseguridad—. ¿Qué os trae por nuestro humilde pueblo?

Adam se llevó la mano a su carcaj y sacó una flecha, la dejó preparada por si atacaban. Alfred se encontró de repente con todas las miradas puestas en su propia persona y en la Orden. Hizo una señal a su hermano, alzando la mano, para que se tranquilizara.

—Somos caballeros de la Orden Sagrada y venimos a anunciar la ley de Dios. Debe ser dictaminada para todo habitante que resida en este país. Es por orden del emperador y de nuestro Santo Padre.

En ese instante, la mujer que lo recibió a su llegada, apareció cargada de lo prometido: portaba una bandeja con pan recién horneado y dos jarras de vino.

—Caballeros... tomad en gratitud —le ofreció, sonriendo.

Algunos de sus hombres se adelantaron y tomaron la bebida, otros el pan caliente. Alfred no tomó nada, se disculpó y anduvo hasta su semental para sacar el pergamino que llevaba consigo.

—Nosotros somos gente humilde, soldado. No practicamos ninguna ley ajena a no ser que la vote el pueblo —comenzó a decir ese aldeano, que parecía ser el líder de todos ellos—. Tan solo nos acogemos a la gratitud de este humilde lugar, a la generosidad que la madre tierra nos proporciona cada año. Nuestras cosechas y la fertilidad de nuestras mujeres son lo más grande que existe en esta pequeña comarca. No queremos leyes de otros —instó—. Nosotros no le hacemos el mal a nadie —concretó.

Y a partir de entonces, todo cuanto este había hablado, empezó a deshacerse. Los soldados de la Orden no entendieron nada, absolutamente nada. Comenzaron con su justicia. Adam y él intentaron que recapacitaran, pero la insubordinación hacia los caballeros de la Orden, era lo peor que podrían hacerle, Y, aquel hombre, no supo valorar su honestidad, ni siquiera escuchar la ley de Dios y eso... se castigaba.

Alfred dejó de recordar aquel suceso tan escalofriante. Si su Señor supiera que el mundo no era tal y como sus hijos lo dictaban caería enfermo, pensó indignado.

—Si tenemos suerte y cabalgamos más rápido, podremos pernoctar en el próximo pueblo de nuestra ruta hacia Mecklemburgo. La noche nos pisa los talones —sugirió Louis, mirando al horizonte.

—De acuerdo —contestó Alfred, ojeando el descarado rostro de su hermano—. Será mejor que nos pongamos en marcha... ¡ya!

Y con esa orden, los tres jinetes arrearon sus caballos con fuerza y emprendieron la marcha a todo galope, atravesando pequeños bosques, riachuelos y tierras cargadas de arbustiva vegetación.

* * *

—Está a punto de ponerse el sol, deberíamos partir para casa, Angie —le sugirió Anette, terminando de recoger algunas hierbas que acababa de cercenar.

Angie estaba totalmente extasiada. La colina en la que se hallaba era un verdadero y auténtico vivero de plantas medicinales. Debajo de varios arbustos, como el de espino albar, se encontraba raíces de mandrágora, hojas de angélica, de belladona..., un puñado de plantas que eran muy comunes en rituales y que ella jamás las pudo tener tan frescas; habitualmente las compraba en las tiendas esotéricas. Angie utilizaba aquellas plantas cada vez que una de sus clientas necesitaba hacer algún conjuro o una clase de amarre.

Angie suspiró. Se sentía plena, viviendo entre todo lo que le gustaba; lo había anhelado mucho, ser miembro de una familia de hechiceras, de gente con poderes curativos, de mujeres que practicaban lo mismo que ella. Era maravilloso. Sin embargo, la preocupación que aún persistía dentro de sí, tenía nombre y apellidos: Gerard Holbein, su padre. Sí, su querido padre. Un hombre con un sentido de la responsabilidad innato. Siempre le aconsejaba y la ayudaba cada vez que lo necesitaba, a todas horas, por no decir segundos, y ahora se hallaba tan lejos... ¿Estaría buscándola? Si solo pudiera decirle que se encontraba bien...

—¿Habéis guardado aquellas de allí? —le preguntó Anette, cerrando la alforja repleta de plantas; Angie sacudió su cabeza.

—Lo siento, aún no las he recogido —le contestó llevándose a la nariz varias hojas de angélica.

—Pues será mejor que nos vayamos. Mañana podemos volver. Está a punto de ponerse el sol —le sugirió su prima, acercándose a ella.

De repente, Angie escuchó algo extraño. Sus instintos se encendieron igual que un sensor de infrarrojos. *Alguien se aproxima*, dedujo. Giró la cabeza y posó su vista en el horizonte. La poca luz que bañaba el lugar no dejaba ver claramente si se acercaban personas o animales.

—Lo he sentido también —le contestó Anette nerviosa—. ¡Vámonos!

Y sin dudar más, las dos mujeres partieron a toda prisa rumbo hacia la comunidad. Anette se alarmó, no sabía quién o quiénes eran los que se aproximaban, pero su mente era muy intuitiva. Le sugería que saliera de allí lo antes posible. Apretó fuertemente su alforja, para que no se derramase nada de lo que contenía, y con la otra mano agarró a su prima para que no se detuviera.

Todo lo contrario le ocurriría a Angie. No sabía por qué diantres no reaccionaba ante el peligro, su cuerpo no quería cooperar. Sin embargo, podía sentir varias presencias tristes, frustradas, atormentadas. Lo que se aproximaba no era maligno, no las dañarían. No entendía cómo Anette no lo percibía, dado su don; se hallaba intranquila.

—Anette... no creo que debamos correr —le murmuró Angie, cansada de correr—. Deteneos un momento.

Anette la miró sin dejar de caminar; ralentizó un poco el paso.

—¿No tenéis miedo? —los ojos de su prima estaban al borde del colapso—. Prima... si son los soldados cristianos debéis saber que no tienen compasión con nada ni nadie —le dijo acongojada.

—¿Estáis segura de que son esa clase de hombres? Mi instinto me dice lo contrario.

Inesperadamente, a Anette casi le da un síncope. Tres enormes caballos aparecieron de la nada, acercándose a ellas y rodeándolas. Ambas se detuvieron enseguida. Angie se quedó de piedra, el miedo apareció de improviso. No podía dejar de mover sus ojos, de un lado a otro, alterada. El corazón comenzó a latirle desenfrenadamente, la sangre recorría sus venas a tal velocidad que sentía su pulso en las sienes... Anette empezó a temblar y Angie cogió fuertemente la mano de esta para tranquilizarla, ¡iba a darle algo! Elevó la cabeza para ver quienes montaban esos enormes sementales y entonces su vista quedó nublada ante lo que captó; el tiempo pareció ralentizarse y todo cuanto la rodeaba.

Los párpados de Angie no dejaban de moverse para atestiguar aquella visión; el choque emocional que sintió casi le hace desfallecer. Necesitaba agua, agua para calmar su alarmante estado. Uno de los jinetes se detuvo a su lado, ella retrocedió un paso al escutarlo. La conmoción, ante aquella

revelación, le produjo graves estragos. *¡Por Dios, no me lo puedo creer! ¡es él!*

—Buenas noches, jóvenes damas —saludó el soldado, sin dejar de contemplar el bello rostro de la muchacha que no dejaba de ocultar con su cuerpo a la otra moza más joven. Los otros dos caballeros se quedaron callados—. ¿Quiénes sois?

Angie no sabía qué decir. Si hablaba, posiblemente tartamudeara, si se hacía la muda, la cogerían y la arrastrarían hasta que escupiera alguna palabra malsonante, pero, ¿cómo podía ella conversar, ocultando el nerviosismo y su atrevido lenguaje, con el hombre que había soñado y que la besaba tórridamente? *¡Tierra, trágame!* gritó a sí misma. Ella entendía que debía estudiar cada palabra antes de soltarla, aunque el miedo ya estaba haciéndole estragos, paralizando su cuerpo; le daba pánico pensar en lo que le harían con toda seguridad. Por un momento pensó en si decía su nombre u otro, de dónde provenía o de la época qué nació... *¡Puff!* tal vez la llevaran escoltada hasta la aldea, como si fuera una bruja, y después la quemaran junto a toda su familia... *¡Ah, me volveré loca de tantas reflexiones!* Angie se centró de nuevo en los tres caballeros; había algo que no encajaba en todo aquel escenario. *¡Su mente iba a reventar de tanto especular!* Pero, ¿cómo podía enamorarse de un soldado a la orden de la Iglesia? Imposible, no podía ser. Además, aquella época dictaba mucho de la suya, por no decir lo machistas que serían.

—¿No podéis hablar? —volvió a preguntar el soldado con sorna. Esta vez su voz sonó más dura—. ¿Sois muda?

Anette no dejaba de recorrer a los tres hombres con la mirada. Su cuerpo estaba totalmente entumecido por el miedo.

—Me llamo, Angie de Brant, mi señor —respondió ella decidida. Menos mal que no le tembló la voz. El destino estaba echado—. Esta es mi prima, Anette. Somos de Hanon, la aldea que reside allí mismo —consiguió decir señalando las casas que había colina abajo; no apartó la vista del tal Alfred—. Estábamos recogiendo algunas flores y plantas para nuestra casa, y ya nos íbamos antes que cayera la noche.

Alfred estudió la reacción de la muchacha. Elevó la ceja ante el comentario. *Hierbas..., vaya, vaya, posiblemente tenga que estudiar a estas mozas. No son cristianas, eso es evidente,* pensó enseguida. Pero este se quedó un poco extrañado por la reacción de la mujer más adulta. Su rostro no reflejaba, aparentemente, ningún signo de tristeza, dolor y miedo. Unas circunstancias misteriosas, dado la cruenta persecución de brujas que había

por el país. Volvió a fijarse en su cabello y en su piel; unos cabellos sedosos, largos y sin ningún tipo de suciedad; la piel de su rostro no tenía indicios de sufrimiento ni maltratados por el tiempo. *Interesante...* Alfred tenía que admitir que la muchacha era hermosa, más hermosa que cualquiera que hubiera visto antes. Él había tenido varios encuentros amorosos con jóvenes de distintas edades, de diferentes índoles, pero todas tenían algo que no le gustaba para llegar más profundo en su relación. Necesitó respirar varias veces para que el oxígeno entrara en sus pulmones y le aclarara el cerebro ante tales pensamientos. No podía explicar qué demonios estaba cavilando respecto a aquella preciosa mujer. ¡Dios! ¡Ahora se daba cuenta! ¿Acaso era un hechizo? Movi6 un poco el cuello para sentir el aire fresco y así refrescar su mente.

Adam percibió un extraño comportamiento en el capitán. Carraspeó varias veces para que Alfred reaccionara.

Alfred desmontó y se colocó bien el cinturón. A Angie por poco le da algo al ver semejante hombre acercarse a ella. Él era tal y como lo había soñado. Todo un monumento para colocarlo en las mejores portadas de las revistas, alto, moreno de piel, con pelo corto y con unos ojos del mismo color que el mar; exudaba esa extraña aura que había captado hacía unos minutos, un aura triste, atormentada pero también peligrosa. Sus brazos iban cubiertos con una impenetrable armadura que seguramente sería para protegerse de los enemigos; en su torso también portaba algo de metal, una especie de cota de malla que definía la anchura de su tronco. *¡Madre del amor hermoso, es perfecto!* pensó, igual que una insensata. Angie sabía que su situación no era precisamente muy conquistadora y mucho menos para pensar con las hormonas. ¡Debía recapacitar!

Anette apretó con fuerza la mano de su prima. Angie soltó una maldición en voz baja. Si seguía así le partiría la mano.

—Calmaos, Anette. —le susurró Angie, intentando tranquilizarla; ella ya se encontraba mejor, podía hablar sin tartamudear.

—Mi nombre es Alfred de Moncraf, me acompañan mis soldados, Adam y Louis —indicó el caballero acercándose a ella con un tono de voz más flexible.

Los otros dos jinetes también desmontaron. El corazón de Anette acabaría por reventarle si no salía de allí rápidamente. *¡Huye, huye!*

—Soy el capitán de una Orden y viajamos hacia Mecklemburgo para proclamar una ley que ha dictaminado nuestro... superior —comunicó este sin decir la verdad. No necesitaba despertar miedo en ellas. Tan solo iría

estudiando sus comportamientos. Se detuvo al lado de Angie y se maldijo en su interior. La joven era más hermosa aún que vista desde su montura.

Angie asintió, aunque realmente estaba a punto de echarse a correr; pero reflexionó. Le dio un codazo a Anette para que asintiera, como hizo ella. Su prima agachó la cabeza en aceptación y comenzó a orar en silencio.

—Entonces, ¿marcháis a vuestro hogar, muchachas? —preguntó Alfred, recogiendo varias hojas de una planta que acababa de caérsele a la mujer que lo tenía aturdido. Un dulce olor a eucalipto llegó hasta sus sentidos, enturbiándolos. Esa mujer olía a gloria, a frescura, a pastel..., Alfred estaba cayendo en alguna clase de embrujo, volvió a pensar. Repentinamente, endureció su semblante. *¡Estaba embrujándolo!*

—Gracias —le agradeció Angie al recogerle de sus manos, las hojas; se las llevó a la nariz para olerlas. Su intensa mirada se posó en los azulados ojos de aquel hombre, que no dejaba de observarla con detenimiento. *Alfred, eres tremendamente guapo.*

Adam se acercó a Anette, silenciosamente. Esta, al notar su presencia, pegó un salto, asustada.

—Joven, ¿puedo acompañarla hasta la aldea? La oscuridad quiere invadirnos —la dura voz de Adam, desorientó a Anette.

—No... nooo haceeee falta, mi seeñor... —las débiles palabras de ella, consiguieron que el soldado se sobrecogiera.

—Solo queremos escoltarlas hasta vuestro pueblo —indicó el capitán, ofreciéndole la mano a Angie—. Estos lugares parecen peligrosos al caer la noche.

Anette negó con la cabeza. *“No, no, prima, no afirméis esa mentira”*. Le hizo señas con los ojos, abriéndolos más de la cuenta.

—Es él —le susurró Angie, intentando que Anette confiara en el destino—. Confiemos, mi amor. La suerte está echada...

—Somos hombres de honor —Alfred intentó apaciguar un poco la tensión que habían causado a su llegada. La inquietud de la más joven, era estremecedora.

—Está bien, buen caballero —contestó Angie, asomando una débil sonrisa en sus labios. Alfred volvió a estar sujeto por algún lazo invisible. Era imposible negarse a acompañar a la atractiva mujer. *¡Es una bruja!*, le gritó su conciencia. Este volvió a contemplarla; no pudo confirmar dicha señal. Se deleitó visualmente del apretado y sobresaliente escote de la moza; su blanca piel prometía deliciosas escenas de amor bajo la luz de la luna; su largo

cabello oscuro le proporcionaba más hermosura a su rostro angelical, aquellos ojos tan enigmáticos...

—Capitán, será mejor que nos marchemos ya —le sugirió Louis, resoplando y subiéndose al caballo.

—Señoras... —Alfred salió de aquel ensimismamiento y le ofreció su mano a Angie para que montara en su equino. Esta, aún intentando asimilar las circunstancias, se dejó llevar por su instinto y le entregó la mano.

Los demonios infligen por medio de las brujas tantos males a sus vecinos inocentes, los cuales de una manera casi forzada se ven obligados a implorar el apoyo de las brujas e inmediatamente después se someten a sus consejos.

**MALLEUS MALEFICARUM (1486 Año del Señor)
El Martillo de las Brujas (FACSIMIL Traducido pag. 215)**

CAPÍTULO 5

—¿Estáis bien, mi señora?

—Oh, un poco incómoda —contestó Angie, mordiéndose la lengua—. No estoy acostumbrada a montar en caballo —le indicó. Si ella seguía de aquella manera, abierta de piernas sobre el lomo del equino, acabaría deformando su cuerpo y con un dolor de inglés que no se le quitaría ni en un mes. Pero en parte le reconfortaba estar al lado de aquel soldado, no sabía por qué demonios le agradaba, sin embargo, era verdad. Por un momento Angie se detuvo a pensar en todo lo que le estaba sucediendo. ¡Parecía una locura! Alfred, el caballero cristiano a la orden de la Iglesia y seguramente fiel a la Santa Inquisición, estaba sentado detrás de ella sobre el lomo del animal, y rozándola con su armadura metálica. ¡Qué exquisitez! No obstante, había algo que la tenía trastocada desde que se montó. El capitán exudaba más hormonas sexuales que todos los hombres que había visto juntos, y para empeorar su situación, su vestimenta, su espada, la bronceada tez de su rostro y su musculoso cuerpo, le hacía delirar.

La cabeza de Angie reventaría de un momento a otro de tanto cavilar. Ese caballero sería su futuro esposo, amante, marido..., ¡lo que fuera!, según su tía. Un hombre nacido seis siglos atrás, con unas leyes opuestas a las suyas, con cientos de batallas a su espalda. ¿De verdad tendría que aceptar ella ese destino? ¿Ser la mujer de un guerrero sanguinario? Su situación comenzaba a dificultarse, al igual que sus pensamientos.

Alfred tenía los ojos puestos en ella, Angie podía sentirlo, ya que su aliento rozaba su cuello, envolviéndola en una peligrosa y a la vez dulce neblina. Esta recapacitó. ¡Es un hombre que extermina el paganismo! Sin embargo, era innegable lo que ella empezaba a descubrir de él, era una atracción escrita por la mano de Dios o de los dioses paganos, daba igual. Sí, estaba escrito en su destino.

—Estáis temblando, muchacha. Será mejor que os cubráis con esto — Alfred se quitó la capa que lo envolvía y se la colocó a la joven sobre sus hombros—. No me gustaría que, por mi culpa, caigáis enferma —le instó con

dulzura. ¿Qué diantres había dicho? Desde que esa mujer se había cruzado en su camino dudaba de su forma de actuar. ¡*Es un hechizo!*

En ese instante, Angie giró la cabeza y miró la figura de su prima; el caballero que montaba con ella, le agarraba la cintura para que no se cayera. Anette miraba al soldado aterrorizada, con los ojos a punto de salirseles, desconfiados al cien por cien. Y Angie se sintió como una estúpida irresponsable. Su prima estaba criada en un seno muy fraternal, sin ningún tipo de comunicación con soldados, de personas que no tenían escrúpulos a la hora de matar, con gente agresiva..., sin experiencia en otro tipo de sociedad. Y claro, se encontraba asustada y atemorizada. Se maldijo en su interior. Angie, no entendía cómo es que Anette no presentía la deferencia de Alfred y de los demás. Ella también poseía el don; debía intuir algo como fuere. Estaba completamente segura. Esos hombres eran guerreros, pero no emisarios sedientos de sangre, esperando un descuido para matar... ¿No? ¡Vaya!, ¡otra vez estaba su conciencia ayudándola! No, no podía ser, los canallas se intuían desde lejos.

Angie sabía de antemano que en esa época habían comenzado las cacerías de brujas, y el peor sitio era Alemania. Aunque algunos países fueron también azotados con esta enfermedad eclesiástica, por lo menos para ella lo era. "Brujas", sí, así las llamaban, así las nombraba la Santa Inquisición. "Brujas", mujeres que dedicaban su tiempo a sanar, a investigar con hierbas y plantas para descubrir nuevos métodos de curación, a jugar y crear pócimas para los enamorados..., ¿y eso era herejía? ¡Y un cuerno! Angie debía andarse con cuidado y no desvelar en voz alta sus más sinceros pensamientos. Ya no se encontraba en Estrasburgo, ni en el siglo XXI, sino en la antigua Alemania del siglo XV. A partir de ahora, esta probaría en sus propias carnes lo que sería la degradación de la *wicca*: la religión pagana que practicaba sus antecesores. Eso la enfureció tanto, que su cuerpo recibió una sacudida en respuesta.

—Tranquilizaos, mi señora... —le susurró Alfred en el oído. Se acercó un poco más a ella y pegó su pecho, frío por el acero, contra la espalda de Angie. Ella se quedó sin respiración. Ese frío se convirtió en calor, en fuego, desmoronando su ideología—. Si volvéis a temblar de esa forma, Cuchiel... no os perdonaré —soltó burlonamente.

—¿Quién es... Cuchiel? —preguntó ella intrigada. Giró su cabeza para plantarle cara y entonces se quedó sin aliento. Alfred la examinaba de una forma escandalosamente sensual; sus gruesos labios estaban medio abiertos, a punto de contestar a la pregunta. El brillo que destilaban sus pupilas, casi la embargan en una aventura desvergonzada. ¡*Estúpida!*

Alfred no estaba dispuesto a contestarle hasta que no se deleitara de aquellos ojos tan hermosos. El rostro de aquella joven lo tenía apesadado, mudo.

—Mi señor, ¿quién es Cuchiel? —volvió a repetir, sonrojándose. Cerró los labios y dibujó una fina línea en su boca, enarcando una ceja.

Eso descontroló a Alfred y casi se le escapa una carcajada.

—Cuchiel... es mi caballo —le contestó, ocultando la sonrisa—, y no suele montarlo nadie más que yo.

Pues me temo que ha montado a la persona incorrecta, pensó ella mordiéndose el labio.

—Un nombre muy inusual.

—Es perfecto para el animal —le expuso, acariciándole las crines. El animal relinchó en respuesta.

Por un instante, el silencio invadió el lugar. Solo se escuchaba el trote de los caballos, el roce de la montura, y la respiración alterada de ella. Sí, era ella, la que respiraba como una yegua. Angie estaba viviendo una auténtica película Histórica. Lo único que hacía falta era al director gritando: ¡Acción! Había leído historias y novelas de amor, de aventuras, ficción, paranormales “por supuesto”, hasta el manual de la asquerosa Inquisición, que fue lo último que pudo leer antes de su llegada. Sin embargo, la rueda de su destino le estaba indicando algo más. Ella era el espectador en el tiempo, el testigo que daría fe de los acontecimientos.

—Capitán —la voz de Adam lo alertó.

—Sí, soldado —contestó este secamente. Las rudas palabras de Alfred, volvieron a producirle escalofríos a Angie.

—La muchacha se ha desmayado.

Angie rápidamente buscó la figura de su prima.

—¡Oh, no! —gritó, intentando bajar del caballo. Su corazón se aceleró velozmente.

—Esperad, joven... ¡Angie! —Él la agarró, antes de que se tirara del caballo. No sabía cómo diablos había pronunciado su nombre.

—¡Soltadme, soltadme! —exclamó ella, liberándose de los brazos de él.

—Mi soldado cuidará de ella, no os preocupéis. Llegaremos a vuestra aldea enseguida —contestó él con la voz impasible.

—¡Necesito tocar su pulso, es necesario! Por favor... —en ese instante, Cuchiel se detuvo.

—Parece ser, capitán, que vuestro caballo es más educado con la mujer que con vos —las puyas de Louis, consiguieron que Alfred se enfureciera y

desmontara.

Ella bajó tan rápido como sus pies se lo permitieron, sin dejar que él le ayudara. Corrió hasta donde descansaba la desfallecida Anette. Adam retrocedió un poco de su montura, para que la joven tuviera mejor acceso y tocara a su prima.

Angie cogió el brazo de Anette, levantó la manga del vestido y tocó el pulso de su muñeca; apenas veía en la oscuridad, no obstante, sentía los latidos de su prima a través de la piel.

El capitán ojeó, inquieto, los alrededores. Louis revisó el entorno trotando con su caballo, vigilando el silencioso paraje, mientras que la mujer auxiliaba a la otra.

El ocaso estaba en su etapa final; la noche no prometía nada bueno, *demasiado silencio*, pensó Louis con una mano en la espada y la otra agarrando las riendas.

Anette tenía el pulso estable, solo había sufrido un desmayo, debido a la exasperación y al miedo que había sentido ante la inesperada llegada de los soldados. Angie volvió a colocarle la manga del vestido en su sitio.

—¿Cómo está? —Angie se giró rápidamente. Alfred estaba pegado a ella, moviéndose continuamente y... ¿Qué demonios estaba haciendo? Era imposible distinguirlo en la oscuridad.

—De momento solo ha sido un desmayo —le respondió, intentando ver qué demonios estaba haciendo el capitán.

—Muy bien, mi señora, ahora debemos irnos rápidamente —la fría voz de Alfred, congeló el corazón de Angie.

Angie presentía el peligro, acechándolos; estaban expuestos a una amenaza invisible. ¿O eran ellos la amenaza? Estaba confundida.

—Sí, marchémonos ya hacia el pueblo —apuntó ella, acercándose a Cuchiel sin dejar de mirar hacia la oscuridad; colocó un pie en el estribo y se impulsó para montarlo.

Alfred la siguió. Le ayudó a montarse mejor; posteriormente él dio un salto y se posicionó detrás de Angie. Desenfundó su espada y la empuñó con fuerza. No le gustaba el entorno y menos sabiendo que los salvajes salían de noche a robar y a hacer de las suyas.

—¡Vámonos!

Y los tres caballos salieron a todo galope de aquel turbio y oscuro lugar.

* * *

Una docena de antorchas, empapada de grasa de animal, llameaban con intensidad en la entrada del pueblo; la gente iba acumulándose en el perímetro exterior que dividía el pueblo del bosque. La desesperación flotaba en aquella masa de cuerpos humanos a la espera de una señal que confirmara el regreso de las dos jóvenes de Brant. La familia de Anette esperaba alarmada; la noche había caído y aún no habían regresado de aquel largo quehacer.

Mathilda estaba a punto de coger un caballo y salir con su esposo en busca de su hija y de su protegida. No podía dejar de pensar en los peligros que acechaban la noche, y ellas estaban solas, sin su esposo, si más nadie que ellas mismas... Sus pensamientos la matarían si no hacía algo pronto. *Secuestros, engaños, violaciones o cualquier cosa que podrían hacerles*, pensó así misma. ¡Se volvería loca de tanto cavilar! *Diosa Madre, traédme las sanas y salvas*, imploró mirando al oscuro cielo.

—Mathilda, iré con Francis y Justin. No puedo soportar más esta angustia —le expuso Nils, haciéndole señas a su futuro yerno.

—¡No! Los dos no, debéis ir con más hombres. ¡Los salvajes ya habrán salido! —las lágrimas de su mujer aparecieron de improviso; Marlenne la abrazó enseguida.

—Madre, presiento que no están en manos de malhechores —las esperanzadoras palabras de su hija, la alentaron.

—¿Lo habéis visto? Marlenne, hija, necesito saber si podéis afirmarlo — Mathilda estaba al borde de la desesperación. Si su hija y su sobrina acababan en manos de algún soldado fiel a la Iglesia...

—¡Escuchad! —gritó Francis, empuñando una daga y acercándose a su prometida—. Mi amor, sitúate detrás de mí —dictaminó apretando la mandíbula. Se preparó para lo que se avecinaba.

Nils sacó una afilada guadaña. Estaba dispuesto a luchar y matar a quien se atreviera a mancillar o pedir algún rescate por su hija y su protegida. A su esposa se le abrieron los ojos cuando vio a Nils portando aquella arma, listo para una pelea.

El sonido de fuertes cascos de caballos fue incrementándose. Los jinetes estaban cerca, muy cerca. La densa oscuridad era impenetrable, no podía verse a más de veinte pasos a la redonda. De repente, se divisaron tres enormes sementales, galopando a toda velocidad. Marlenne y su madre se taparon la boca para no gritar, los hombres se prepararon con las antorchas y las armas por si había más jinetes ocultos tras la espesa oscuridad... entonces, los caballos se detuvieron antes de llegar al muro humano que protegía la entrada al pueblo.

—¡Mi señor, son gente de mi familia! —gritó Angie desesperada—. ¡Por favor, no le hagáis daño!

El capitán agarró las riendas de Cuchiel para que se detuviera. Sus hombres hicieron lo mismo. Anette seguía desmayada sobre el lomo del caballo; Adam la agarraba con posesión.

—¿Podremos entrar? —espetó Alfred con el semblante hostil ante tal espectáculo. El fulgor letal que destilaban sus ojos, lucía como las mismas antorchas que había a pocos metros de él.

—¡Sí, por supuesto! —Angie intentó bajarse, pero él no la dejó. Ella giró la cabeza frunciendo el ceño. *¿Qué le pasaba a ese tío?*—. Pero... ¿Podría bajar y avisar a mi familia? —La paciencia era una virtud que Angie necesitaba en esos momentos. Estaba al borde de su aguante, si seguía así, cogería a Alfred y lo estrangularía si no la dejaba bajar de una puta vez del caballo. Su prima necesitaba reanimarse y ella debía tranquilizar a la comunidad.

Él no podía dejarla marchar. Su instinto le sugería que no lo hiciese, si no podría traicionarlo y así descubriría que Angie era una... *¡Pagana!* Apretó los dientes mientras la miraba duramente. Sin embargo, su cabeza se contradecía. ¿La deseaba? ¿Le atraía? Aunque fuera una... *¿Bruja?* ¿Qué maleficio le habría echado mientras galopaban juntos? ¡Maldita fuera! No lo sabía, pero lo que sí sabía era que desde que la observó, por primera vez, no pudo reprimir la sensación de estar cerca de ella, olerla, marcarla como si fuera un animal, de estar pegado a su cuerpo para transmitirle algo más que calor, de impregnarla con su propia esencia y poseerla para siempre. Alfred se maldijo de nuevo. Definitivamente esa bruja le habría lanzado un encantamiento. Su estricta y juiciosa educación, ante monjes y religiosos, era sublime, y sus ordenanzas a cerca del paganismo eran mortales.

—¡Capitán, dejadme! —Los nervios de Angie pudieron más que con su vocabulario y su respeto. Pero a ella le daba igual. Si no la soltaba por las buenas, la soltaría por las malas.

Alfred hizo señas a sus hombres para que bajaran las armas. Adam asintió, pero Louis no confiaba ni de su propia sombra.

—Hacedlo —le ordenó Alfred.

—Mi señor, todo el pueblo está levantado —le indicó este, ojeando a la multitud preparada para atacar.

—Recordad vuestra misión —dictaminó el capitán. De repente, Angie le dio un pellizco.

—¡¡Auuu!!

—Lo siento, mi señor, pero se lo merecéis, por cabezota. Espetó ella, saltando del caballo. Alfred la cogió por el brazo antes de que saliera corriendo.

—Espero, que vuestra familia, acoja nuestro cometido, muchacha... —las palabras de él, volvieron a ser tan duras como el acero de su espada.

—Sí, lo será, siempre y cuando me soltéis —y entonces él la liberó y ella salió corriendo hacia la entrada del pueblo.

* * *

—¡Tía, tía!

Mathilda localizó a Angie, a través de la oscura noche, corriendo hacia ellos. Su boca se ensanchó con una débil sonrisa, pero enseguida, la borró de su rostro al verla sin su hija... ¿Y Anette?

—¡Mi amor! —gritó su tía, caminando hacia ella desesperada. Nils la detuvo.

—Iré yo... —le propuso, marchando en busca de su protegida.

Marlenne no dejaba de buscar a Anette con la mirada. No encontraba a su hermana, no acompañaba a su prima. Por la misma Diosa, ¿*dónde estás?*

Angie llegó hasta su familia y abrazó a sus tíos. Marlenne se acercó rápidamente hasta ella.

—Tíos, tranquilizaos, estamos bien...

—Angie, ¿dónde está Anette? —La impaciencia de Mathilda no dejó que Angie terminara de hablar.

—Angie, por favor, contadnos, ¿estáis bien, y mi hija? —Nils tampoco la dejó terminar de hablar. La guadaña seguía en su mano, por si acaso.

—¡Callaos! —gritó Angie para que así se callasen y pudiera explicarse.

El silencio flotó rápidamente. En ese instante, se escuchó el relinchar de los caballos.

—Anette viene conmigo, está bien, solo necesitamos reanimarla. Se ha desmayado de tanta excitación...

—¿Qué habláis, Angie?! —Le preguntó su prima, cogiéndola por el brazo.

—Relajaos, Marlenne, solo ha sido un desmayo —contestó ella, volviendo a mirar a sus tíos—. Nos han rescatado tres caballeros... de una "Orden cristiana".

Todo el mundo se tapó la boca. Nils apretó la mandíbula para no coger y salir en busca de su hija que estaba en manos de unos asesinos. El miedo se apoderó de los aldeanos. A Mathilda casi le da un infarto...

—Tío, será mejor que os contengáis. Ellos no son como pensáis. Y, uno de los soldados es, es... Alfred, mi “supuesto” futuro esposo —desvió su mirada y dijo—: Tío Nils, creo que ha llegado mi destino.

Mathilda abrazó a Angie. Las lágrimas recorrieron nuevamente su rostro. Los dioses habían escuchado sus plegarias, habían oído sus rezos. Ese hombre sería el que los ayudaría a luchar contra el mal.

—Tía, será mejor que os tranquilicéis —le susurró ella, limpiándole las lágrimas con sus manos—. Estoy aquí y entre todos salvaremos nuestros destinos —y con esa frase, Nils cogió la mano de su sobrina y la besó.

—Será mejor que socorramos a Anette —expuso Nils, soltando la guadaña. Partió en busca de los caballeros. Su esposa salió tras él a toda prisa. Los demás aldeanos se quedaron murmurando y temerosos de aquellos hombres de Dios.

Marlenne le sonrió a su prometido, la tensión había disminuido. De momento, estaban a salvo. Francis, lo entendió todo. La nueva protegida había conocido al hombre que los conduciría por el camino de la salvación. Francis partió con Justin para unirse a Nils y a los demás; no obstante, la desconfianza aún estaba presente.

* * *

Nadie de la comunidad creyó que aquellos hombres fueran tan justos. Después de tanto tiempo luchando por defenderse de horribles torturas, saqueos y demás hostilidades, a manos de caballeros como ellos, no daban crédito de lo que veían; gestos tan benevolentes en aquellos señores, ejecutores de las leyes cristianas.

El capitán y sus hombres entraron en Hanon, agradeciendo la actitud de la aldea; le dedicaron una hospitalidad inusual. La familia de Brant ayudó y ofreció cobijo a los tres soldados, ofreciéndoles un lugar cálido para descansar y asearse. El cobertizo les proporcionaría el calor necesario para pasar la noche. Anette se recuperó gracias sus infusiones y al incienso quemado que su madre elaboró para que despertara de su desfallecimiento. Nils y Francis, acompañaron al capitán y a sus hombres hasta el cálido establo. Angie y Marlenne prepararon la cena para alimentar a tres bocas más. De momento, la inquietud de la aldea había disminuido. La aparición de los caballeros del clero, ayudando a una joven de su comunidad, consiguió restablecer la compostura entre todos. El problema vendría a la mañana siguiente, cuando el capitán proclamara la ley que le fue encomendada a todas aquellas personas que aún seguían en la sombra del paganismo.

* * *

—¿En qué pensáis, prima? —le preguntó Marlenne, mientras retiraba el pan del horno de leña y lo depositaba sobre un plato de barro. Su risita nerviosa, contagió a Angie.

—¿Y vos? —Ella lo sabía, pero dejó que su prima lo soltara antes. Quería ver el don que poseía y la reacción ante su conocimiento.

—¡Sé lo que vuestra cabeza está cavilando! —la risa de Marlenne resonó en la pequeña cocina de la cabaña.

—Shist, callaos, vuestra madre se dará cuenta —le susurró. Sin embargo, su mente solo podía pensar en aquel hombre, con su porte de guerrero, su mirada desafiante, su torso...—. No se lo diré, si es lo que buscáis.

Marlenne enarcó una ceja y entreabrió el labio superior.

—Está bien, pues utilizaré las runas —le contestó, volviendo a sacar más pan del horno. El olor de los bollitos recién horneados abrieron el apetito a Angie—. Delicioso... ¿No creéis? —dijo expectante.

Angie asintió, no obstante, siguió abstraída en la estrategia de su prima por esclarecer sus pensamientos.

—Marlenne, no os avergoncéis con lo que os diga, pero... —Angie sonrió lascivamente y se pasó su lengua por los labios—. Me gustaría que el capitán me dedicara un paseo por la colina.

Marlenne se tapó la boca, posteriormente ensanchó su boca con una sonrisa. Aún no estaba acostumbrada al lenguaje tan obsceno de su prima, o tal vez, fuera el tiempo que las separaba. La cuestión era que Angie no se avergonzaba de lo que salía por su boca. Y eso, le gustaba.

—¡Prima! Me estáis esclareciendo vuestros pensamientos —y siguió riéndose.

—Lo siento, no pude aguantarlo.

Marlenne sonreía de la burlona cara de Angie. Por un momento, se removió inquieta e impaciente. Necesitaba aclarar una pregunta que le rondaba por su mente. Se lanzó a preguntarla.

—No sé cómo preguntároslo... pero, en vuestra época, ¿practicáis mucho...? Ya sabéis. Lo siento Angie, pero es que me es difícil expresar mis palabras, mi libertad de expresión es casi nula. Me siento un poco cohibida —estaba demasiado avergonzada. Sin embargo, su curiosidad la mataría si no lo preguntaba.

—¿Sexo? —preguntó Angie, observando su reacción.

—Sí... —la timidez de su prima, consiguió que ella dejara de cortar zanahorias.

Angie se acercó a ella y le instó que se sentara en una pequeña banca de madera que había a su lado.

—Os contaré algo —Angie también se sentó. Respiró con profundidad y miró a su prima—. En mi época, la gente... —carraspeó antes de soltarlo—, fornicaba o hace el amor, o como lo llaméis en este sitio, muy a menudo y con quién le apetece. Es un tiempo donde, la libertad sexual, es normal. Hablar de la liviandad es algo cotidiano. Los besos, abrazos y algo más, es muy natural, día a día, y delante de la gente. Nuestro amor lo expresamos abiertamente, sin tapujos —Los ojos de Marlenne brillaban de entusiasmo.

—Angie, ¿cómo es posible que no castiguen a la gente por eso? Si eso ocurriera en las ciudades, delante de algún soldado o un sacerdote... por la Diosa Madre, no sé qué podría pasar.

—Supongo que tendría consecuencias desastrosas, ¿verdad?

—Cierto, prima, demasiado desastrosas como para pensarlo ahora mismo.

Angie le informó a Marlenne de algunos conocimientos básicos del siglo XXI. Su prima se empapaba de ciertas historias, como una chiquilla de diez años con demasiada curiosidad. De vez en cuando, se tapaba la boca al escuchar palabras obscenas que solían utilizar la gente de su siglo, y al poco tiempo asentía su significado. Su prima era muy inteligente, absorbía todo cuanto escuchaba, e incluso preguntaba lo que no lograba entender.

—Entonces, vos y Francis, ¿habéis tenido ya... un poco de intimidad? —Angie no quería ser grosera. El lenguaje que estaba utilizando era más suave que el de su lugar de procedencia.

Marlenne bajó la cabeza y se sonrojó. La vergüenza quería tragársela. No sabía si contarle sus pequeños escauceos con su prometido y las numerosas veces que se habían escapado juntos para sucumbir al placer del amor. Aunque su prima seguramente lo comprendería. Ella era una persona diferente. Sabía de lo que hablaba, venía de otra época donde el libertinaje de pareja era tan normal como beberse una infusión relajante.

—Sí —contestó tímidamente.

—Oh, no os preocupéis, si habéis hecho el amor con vuestro querido “Francis”, es normal. Eso es estimulante —Angie le besó la mejilla y cogió su mano—. Nunca os arrepintáis de ello. Al contrario, ¡el amor es salud! —y rompió a carcajadas. Marlenne se unió a su jolgorio; ambas tuvieron que beber un poco de agua para apaciguar aquella conversación tan encendida.

—Será mejor que acabemos de cortar los vegetales. El pan ya está listo, pero lo demás aún no. Pronto, los hombres llegarán para la cena y aún

estamos de charla. —Apremió Angie, levantándose y volviendo a su quehacer.

—Sí, tenéis razón —contestó Marlenne. Pero antes de volver a coger la espátula de madera, se volvió y le dijo—: Prima, mañana intentaremos averiguar la magia y el don que habéis heredado de nosotras. Mi madre y mi hermana os ayudaran.

—Estoy deseando. La llevo dentro de mi alma desde que tengo uso de razón y creo, que ahora, es el momento para sacar todo el potencial que tengo.

Marlenne se quedó pensativa por un instante y Angie lo percibió.

—¿Tenéis miedo al destino?

Angie se volvió y captó el rostro de Marlenne. Sus facciones se habían entristecido, al igual que su voz. Comprendió que la paz que habían tenido momentos antes ya no flotaba en el entorno, solo era un pequeño paréntesis, un atisbo de luz ante la amenaza de las tinieblas. El acecho de la muerte rondaba a Hanon, a sus habitantes y sobre todo a su familia.

—No puedo tenerlo, cielo. Si ahora flaqueara, viviendo esta realidad, ¿podría mi persona existir en el futuro?

Marlenne no supo qué decir. La melancolía la envolvió por completo. La designación de la Diosa había sido reescrita, en el momento que su prima pisó su hogar, y ya no había vuelta atrás. Angie tenía razón. “El flaqueo es para los cobardes”, pensó decidida.

—Os apoyaré en todo. Tenéis la palabra de una *cierva* —expresó.

Angie asintió su respuesta. Marlenne era una mujer muy sabia. Su fuerza y entereza expulsaba toda energía negativa que intentara penetrar en su corazón. Y ese don había sido heredado de la familia de Brant.

* * *

—Caballeros, mi esposa y mis hijas os prepararán una deliciosa cena. Recibid nuestros agradecimientos por vuestra benevolencia —las humildes palabras de Nils fueron bien aceptadas por los tres soldados—. Sus lechos ya están listos para el descanso. Mi esposa os ha preparado, una zona habitada al descanso, con una tina y varios jergones, para pasar la noche. Espero que os sintáis cómodos.

—Os lo agradezco, buen señor —contestó Alfred, ojeando a su hermano: le ocurría algo. No sabía qué diablos se le estaría pasando por la cabeza. Su forma de apretar la mandíbula lo delataba. Miraba fijamente a un punto, y eso... era extraño. Adam no era precisamente muy elocuente, ni tampoco le

gustaba alardear de sus victorias. Lo conocía tan bien como su propia vida. Sin embargo, la inquietud de su hermano lo preocupó.

Salieron del establo y se dirigieron al hogar de los Brant. Nils los encabezaba, conduciéndolos hasta su casa. El olor a pan recién horneado y a carne asada, llegó hasta los confines de sus sentidos. El estómago de Alfred rugió, como un león a punto de devorar a su presa. Intentó esforzarse por demostrar su modestia ante tal necesidad, ocultando ese ruido de tripas con un débil gruñido, pero no pudo disimularlo. El estómago volvió a clamar sus ansias por saciarse, por satisfacer esa necesidad hambruna. Alfred maldijo para sí. En esos momentos aparentaba ser un animal preparado para engullir a cualquier cosa que le pusieran delante de sus narices. Sin embargo, tales pensamientos desaparecieron cuando la puerta de la cabaña se abrió y una luz resplandeciente alumbró el acogedor salón.

—Pasad, sed bienvenidos a mi humilde hogar —Nils invitó a los caballeros a que entraran.

El capitán entró el primero, guiado por el aroma a carne que volvía a embriagar su olfato. Adam y Louis lo siguieron. Ambos soldados echaron un vistazo en el interior; ojearon los numerosos tapices que decoraban la cálida cabaña. En ellos se representaban dibujos de lunas y estrellas plasmando ricas escenas del universo, igualmente había una multitud orando y observando el cielo, sobre un manto de césped; grandes monolitos milenarios se alzaban en la oscura noche como si el universo los proclamara; extraños animales con ropajes bailaban a la luz de un radiante fuego.

—Sentaos, por favor. Pronto llenarán vuestros estómagos —instó Nils, sonriendo y echando más leña a la chimenea. A pesar de ser un mes cálido, las noches eran demasiado frías.

Alfred se despojó de sus armas, al igual que los demás caballeros. Su educación era primordial. Mientras hacía tal movimiento, sucedió que algo inesperado. Jesucristo le concedió el deseo que aplastaba su mente cada vez que lo recordaba: volver a ver a la hermosa muchacha del cabello oscuro.

A Alfred se le nubló la vista al presenciar tres mujeres entrando en el salón; salieron de un aposento contiguo. El pulso se le aceleró, igual que a un joven en plena adolescencia... *Es ella*, se dijo posando sus ojos en la cremosa piel de la joven que montó en su semental. La muchacha giró la cabeza y captó su atención. No hubo palabras para describir aquel momento. Inesperadamente, Alfred descubrió el lazo que lo unía a ella. Angie, era la más hermosa de las musas en la que podría inspirarse un pintor, la hechicera que lo había embrujado cuando se cruzó en su camino y que lo había llevado

hasta sus confines más sagrados para que no se olvidara de ella. Su ondulado cabello lucía suelto y arremolinado sobre el cuello. Una porción de sus hombros medios desnudos, lo incitaban a acariciarlos y a olerlos eternamente; el movimiento de su cuerpo, grácil, sensual y provocador, robó un buen pedazo de su cerebro, seduciéndolo hasta dejarlo completamente a su merced. Él jamás había sucumbido a los encantos de una bruja, de una pagana, de una... *Dios, líbrame del mal, pero haz que esa joven se acerque de nuevo hasta mí.* El juramento a su Dios era sagrado, pero esa obligación no tenía las palabras: “rechazo al prójimo”; no tenía la frase: “odiar a la mujer”; no poseía el mandato: “no amar y no ser correspondido”. No obstante, sí que exponía: exterminar a quien calumniara la palabra de Dios, a quien se revelara hacia la Iglesia, y por último la indicación de la nueva orden dictada por el Santísimo: “Quemar a los hijos de Satanás, brujas, brujos y herejes”.

Alfred apretó los puños al recordar aquello. Se clavó las uñas en la carne, sintiendo su rabia, su ira, por culpa de la nueva ley de su señor. No obstante, aquel no era momento de demostrar su agresividad, ni su letal compañía delante de esas humildes personas, sino agradecerles y complacer su vista y su estómago a la familia amable que ofrecían su hogar para descansar.

Angie sintió el vello de su nuca erizársele cuando vio al hombre que le trastocaría su destino. Alfred de Moncraf. La altura de aquel guerrero y su musculatura, la desorientaron de nuevo. Al poner los pies en el salón, los ojos de él se conectaron con los de ella. Ese tío soltaba más feromonas masculinas que los perfumes que ella vendía para rituales de atracción al sexo opuesto. Y eso, la carcomió. La excitó tanto que tuvo que entrecerrar la boca y de camino las piernas. *Por todos los dioses, ¡estoy totalmente enardecida!* Angie necesitaba sexo, ansiaba descargar la adrenalina acumulada en su interior. Ese hombre le proporcionaría el sustento que precisaba su cuerpo. Solo su presencia la embriagaba y le hacía perder la cordura. Diosa Diana, ¿por qué me habéis puesto en este camino? Sus ruegos no fueron respondidos.

—Prima... —Marlenne le dio un codazo. Sentía el calor de Angie manando por todos sus poros. No pudo reprimir más la risa y tuvo que darle un pequeño empujón para que se desembelesara del capitán.

Anette se mostró un poco más amable; aunque su desconfianza no la había abandonado. Temía por su familia, por Angie, por todos los habitantes de Hanon... Ayudó a su madre y colocó, sobre la mesa, algunos platos de barro repletos de queso y pan. Pero sus ojos no quisieron seguir ocultos tras sus mechones de cabellos, una corriente de aire despejó ese mechón de su rostro y entonces se encontró con la penetrante mirada del soldado que la trajo

hasta la comunidad. Sus claros ojos la escrutaban con ansiedad. Anette tragó su saliva por no atragantarse. Adam, la examinaba de una forma escandalosa, de una manera totalmente inmoral. ¡Ese hombre parecía el diablo en persona!, un auténtico sanguinario preparado para disfrutar de su poder. Los pensamientos de Anette se instalaron en su cabeza, haciéndola retroceder asustada.

—Oh, hija mía, estáis mejor... —Nils anduvo hasta ella y la abrazó.

—Padre —ella se enterró en los brazos de su querido padre. Necesitaba estar tan cerca de él, su protector...

Nils la separó y le dio un beso en la mejilla. Adam la observaba con detenimiento. Parecía una escena tan tierna, un gesto que él y su hermano jamás tuvieron.

—¿Y vuestra madre? —le preguntó Nils a su hija, mirando a las demás.

—Tía Mathilda viene enseguida, está acabando de cocinar el asado. — Contestó Angie, sonriendo y acercándose a la mesa para depositar los vasos y una jarra con vino.

Alfred se mordió los carrillos de su boca. Respiró profundamente el aroma que la hechicera desprendía. Ya no le importaba el delicioso olor del asado que se cocinaba, ni siquiera el del pan horneado, sino la fragancia corporal que envolvía a Angie.

—Mis señores —saludó ella, ofreciéndole al capitán su más complaciente sonrisa seductora.

Alfred apretó su entrepierna; su miembro se había puesto tan duro como la madera de roble, y todo gracias a la enigmática presencia de esa muchacha. Si seguía así, sonriéndole y provocándolo con la mirada, la sacaría de allí mismo, se la llevaría al establo, buscaría locamente un montículo de paja y hundiría su duro miembro dentro de aquel exuberante cuerpo. *No os confiéis. Es una bruja...*

—Joven —respondió este con voz ronca. Sus hombres, igualmente agradecieron el gesto.

En ese instante, Mathilda apareció con una enorme bandeja repleta de carne asada, troceada y humeante. Varios gruñidos de hambre aceptaron la invitación tan tentadora. El capitán ordenó a sus soldados el protocolo antes de tomar los alimentos. Los soldados agacharon la cabeza y rezaron una oración antes de comenzar con la deliciosa comida. Angie y sus primas, junto a sus tíos, se sentaron en el otro extremo de la mesa. La tensión flotó alrededor de la familia, justo cuando vieron a los hombres rezar. No obstante, esa tensión se rompió enseguida con el sonido de platos y cubiertos.

Todos cenaron y conversaron afablemente, dentro de lo que cabía. Alfred les explicó de dónde venían y a quienes servían. Dejó apartada sus experiencias en el campo de batalla, no quería sacarla a la luz. Aquella familia no precisaba saber que eran caballeros sanguinarios, hombres capaces de arrancar cabezas para proclamar sus leyes. Esa realidad le caló el alma de nuevo. Si toda su asquerosa vida fuera más sencilla...

Nils, resguardó sus creencias y conversó con los soldados de su trabajo. Le comentó que servía a la nobleza cultivándoles tierras y produciéndoles ganado. En más de una ocasión, la conversación se desvió y casi queda al descubierto su fe a la Madre Tierra. No obstante, esos tres caballeros, no parecían a simple vista poseer tanta maldad como... la acechante Inquisición. Aunque, las apariencias podrían jugarle una mala pasada. Por eso, no debía bajar la guardia. Ya había presenciado, más de una vez, soldados corroídos por el odio y la ira hacía personas humildes y decentes.

—Os he dejado un poco de pan por si deseáis llevároslo al establo —le indicó Mathilda, levantándose y recogiendo las fuentes de barro vacías.

Angie y sus primas hicieron lo mismo y ayudaron. La mirada de Angie no quería desviarse de la mesa que estaba limpiando, pero fue inevitable. Alfred, la estaba desnudando con sus ojos. Ella lo advirtió enseguida. Se atrevió a levantar sus párpados y dejarlos a merced de él. Inesperadamente, su sangre se le subió a la cabeza, abstrayéndola de cualquier circunstancia. El capitán le sonrió descaradamente. Sus expresivos ojos azules quisieron fundirse con los de ella; a Alfred lo envolvía un aura deseable, apasionado. A Angie la consumió el deseo de estar con él.

De repente, ella misma se sobresaltó. ¿Cómo podía sentir el poder que manaba Alfred y el interés que nacía sobre su persona? ¿Qué demonios le pasaba? Ella era clarividente. Podía ver el futuro hasta un cierto límite, realizaba rituales de magia blanca para ayudar a sus clientas, pero descubrir el aura de cada persona era demasiado para ella. Jamás se había encontrado con nadie que tuviera esa clase de poderes. Y, sin embargo, ese día, su prima le comentó algo acerca de su don. ¿Sería lo que acababa de presenciar? ¿Sentir el aura que envuelve al ser humano?

—Angie, ¿podrías ir un momento al granero y traer lana? —le instó Mathilda, sonriendo y guiñándole un ojo.

¿Qué extraño? ¿Por qué su tía sonreía? *Uff... esto no está pensado.* Mathilda es muy pícara y encerraba algo.

—Enseguida, tía —contestó ella, frunciendo el ceño.

Adam y Louis esperaron las órdenes del capitán antes de seguir a Nils. Alfred dio su consentimiento. Los caballeros se despidieron y partieron al establo. Sin embargo, el capitán, se quedó sentado previendo cada detalle, cada movimiento, cada gesto de Angie. La vio salir hacia el granero, que supuestamente estaba junto a la cuadra. Las demás mujeres terminaron de recoger lo que había sobrado de la mesa.

Sin pensárselo más, él salió por la puerta a buscar a aquella peligrosa hechicera y a hacerle unas cuantas preguntas.

*¡Yo soy la reina guerrera! La defensora de mi gente. Con
brazos fuertes doblo el arco, y empuño el hacha de la Luna.
Soy la que doma la yegua celestial y cabalgo los vientos del
tiempo.
Soy la guardiana de la llama sagrada; el fuego de todos los
inicios. Soy hermana de las estrellas y madre de la luna.
Dentro de mi vientre yace el destino de mi pueblo, porque yo
soy la creadora.*

LA REINA GUERRERA, Tara Buckland.

CAPÍTULO 6

—¿Dónde coño estará el dichoso algodón? —Angie tenía los nervios a flor de piel. Su tía le había mirado expectante, había buscado la ocasión perfecta para soltar su desesperante necesidad de algodón y mandarla a por este, y así Angie estaría sola ante el peligro. *Eres lista, tía*. Mathilda sabía muy bien a lo que ella se exponía. Su pícara sonrisita la delató. Estaba demasiado claro que querría que ella se encontrara con... él—. ¿Y la dichosa lana? ¡Maldita sea! —rebuscó por casi todos los rincones del granero y nada, no veía nada.

Examinó varias veces debajo de algunas viejas estanterías; Angie debía andarse con cuidado y no mover demasiado lo que había a su alrededor. Las múltiples herramientas que había por allí, acabarían degollando a cualquier persona que se atreviera a pisar sus tierras, pensó observando una guadaña y un par de hachas colgadas. Siguió indagando y descubrió utensilios de madera e hierro que parecían salidos de un museo; antiguas alforjas repletas de trigo yacían apiladas en un rincón y sobre una banqueta para mantenerlas libre de humedad y de posibles roedores; docenas de plantas, colgadas bocabajo se secaban para su utilización en infusiones y brebajes o como condimento en los guisos...

—¿Habéis encontrado la lana, muchacha?

Angie giró bruscamente la cabeza y se dio un golpe con una estantería, cayendo sobre un saco de trigo que había en el suelo; se esparció todo el grano

—¡Ashhhh! —el susto la sorprendió, golpeándose; quedó aturdida y postrada sobre los granos.

Alfred salió disparado como una flecha para auxiliarla. Ella intentó inclinarse, pero el golpe le había trastocado la cabeza.

—¿Os encontráis bien, Angie? —la oscura y seductora voz de él la hipnotizó.

A vuestro lado seguro que me repongo.

—Sí, creo que sí —le dijo, tocándose las sienas—. Auuuu...

—Esperad, no os mováis —le sugirió Alfred. Se rasgó de su manga, un trozo de la tela, y se dirigió a una tina con agua que había cerca; lo empapó y volvió hasta ella para colocársela sobre las sienes.

—El agua os aliviará el golpe.

Angie levantó la vista. Aquella mirada de preocupación, quemaba todas las partes de su cuerpo. Si seguía así, con ese interés de calmar su dolor... Angie no podía respirar limpiamente. Ese hombre la embriagaba con su delicioso aroma a... ¿Madera? ¡Madre mía! Aquel caballero sería suyo, estaría con ella, sería su amante..., ¿qué poseía Alfred que la volvía loca y la hacía olvidarse de todo? Se preguntó embobada, ojeando esos gruesos labios que prometían besos de pasión.

—¿Me permitís que os pregunte por vuestra familia? —le comentó ayudándola a levantarse. Le ofreció su mano.

Alfred necesitaba saber más de ella. Era demasiada la inquietud por conocer la procedencia de Angie que lo estaba mortificando. Su alma se retorció por saber si ella tendría esposo o prometido, si sería una *bruja* o una simple campesina.

—¿Qué queréis saber, buen caballero? —¡Mierda!, se gritó; se puso nerviosa. Aquel tío dudaría de ella. Con seguridad que comenzaría haciéndole preguntas acerca de sus padres, de su vida, de su trabajo... ¡Ains!

Él la condujo lentamente hasta un destartado sillón de madera que yacía cerca de algunos sacos con paja. Angie suspiró al sentarse. *Vaya, sí que se sentía verdaderamente mareada.*

—Sentaos —le recomendó, más bien era una orden—. ¿Tenéis padres, esposo...? —le preguntó, envuelto por una ansiosa y desesperante sensación por saber la respuesta.

A Angie se le encendieron los pilotos sensoriales de su cerebro ¡Alfred estaba desesperado por saber si ella pertenecía a otro hombre! Eso, en parte, la alegró. Por otro lado... ¿Y si él llegara a conocer su verdadera vida? ¿Su extraña existencia en aquel siglo? ¿Y todo aquello era una trampa para destapar su religión? ¿La cogería y la enviaría a la hoguera? Docenas de preguntas se acumularon en su cabeza. Angie necesitaba confiar en él. ¡Lo necesitaba! ¡Por todos los dioses! Alfred era el hombre de su destino. Él estaba consignado a ser su esposo. Cavilaciones y cavilaciones la llevarían a enloquecer. Debía lanzarse al abismo y rezar para que todo triunfase.

—Mi madre murió hace mucho tiempo. Tengo padre, él trabaja de... comerciante —mintió como una bellaca, sin embargo, era lo único que podía decir.

—¿Y en vuestra vida, hay alguien más? ¿Hermanos, esposo...? —Angie escuchó la voz del capitán con cierto aire de frialdad. Y eso la animó a desviar la conversación.

—Mi señor —se llevó una mano a las sienes y se quitó el trozo de tela empapada—, ¿es importante revelarle toda mi intimidad? —preguntó, pestañeando.

A Alfred le invadió una punzada de celos. Su intranquilidad aumentó a tal punto que ni él mismo sabía por qué sentía aquello.

—Sí, es un deber —exigió con voz impasible, pero sabía que estaba haciendo un gran esfuerzo por no demostrarle la ansiedad que sentía.

—¿Un deber? ¿De qué, si se puede saber, mi señor? —su carácter estaba cambiando, Alfred la estaba sacando de quicio. Momentos antes la estaba cortejando y ahora ponía a prueba su temperamento.

—Si estáis desposada, lo normal es que los esposos cuiden de sus mujeres, y no dejarlas pasear solas lejos del pueblo, a ciertas horas peligrosas.

¡Toma ya! El tío no se corta un pelo.

Angie sonrió. No pudo aguantarlo más; a Alfred le atraía su persona descaradamente, pensó.

—Soy una mujer adulta, capitán —ella siguió con la burlona conversación a la que él la estaba dirigiendo—. Lo único que podría ocurrir es perderme en la oscuridad.

—¡O que la atrapasen indeseables salvajes y la mancillaran para siempre! —le gritó malhumorado.

¡Por las canas de San Juan! Él estaba preocupado por ella, sin aún conocerla. Sin embargo, no le gustó la expresión tan grotesca y posesiva con la que la había contestado.

—Si me ocurriera algo, no creo que sea de vuestra incumbencia —expuso, mirándolo fijamente a los ojos. Se quedó un rato sin apartar la visión de él... y entonces, sus fuerzas y su temperamento flaquearon. Pasó lo que tenía que pasar. Angie deseaba besarlo, sentir esos labios sobre los suyos.

Alfred apretó los dientes, por no apretar el cuello de Angie. Esa mujer tenía la lengua tan áspera como la de un gato; no obstante, le gustaba la conversación. Él pretendía llevarla hasta un punto donde toda su bravuconería de muchacha insolente, se disipase. Este no estaba acostumbrado a tratar con esa clase de mujer que lo desafiaba en una simple conversación. Sin embargo, estaba descubriendo algo nuevo, un desafío interno; la conversación con Angie era muy interesante, más que las que pudiera tener con toda la Orden. Y ella seguiría revelando, sin darse cuenta, sus propios encantos.

Alfred se acercó a la muchacha. Su boca dibujó una sonrisa maliciosa. Angie percibió el aura de atracción que rodeaba al caballero. El capitán la deseaba, como ella a él; podía sentir su sed sexual, las ansias por besarla, por tocarla, por acariciarle el rostro. El insoportable calor que emanaba su cuerpo era pura dinamita.

Alfred cogió nuevamente su mano y la instó para que se levantara del sillón. Ella obedeció igual que una niña pequeña. Estaba demasiado abducida por la mirada de él. El musculoso cuerpo de Alfred la estaba enardecido, su torso se ceñía a través de la fina tela de su jubón, ya no tenía puesta la cota de malla y podía percibir los surcos de sus pectorales sobre la tela. Angie llegó a una conclusión. Ese hombre estaba hecho para el amor y la guerra.

Él contempló los hermosos rasgos de Angie. Parecía un bello ángel bajado del cielo, con su piel como el alabastro, sus ojos azules y almendrados y ese hoyuelo que tenía en su barbilla... *Es una brujilla endiablada, no os fieis de ella. Recordad que el demonio la reclama cada noche.* ¡Y un cuerno!, se gritó. ¿Cómo era posible que su propia gente creyera tal patraña inventada por la Inquisición? Alfred estaba muy cansado de las suposiciones, conjeturas y testimonios falsos que decían que los íncubos subían del infierno para fornicar con sus ciervas, las *brujas*. ¡Eran invenciones de los Inquisidores y de la gente que lo seguían por miedo a un juicio! Angie no sería esa clase de mujer, solo había que verla. Ya, con aquella hermosura, acallaba las monstruosidades que narraban sobre las hijas de Satanás.

Alfred cambió sus pensamientos y dejó que el tiempo lamiera sus cavilaciones. Alargó su mano y comenzó a acariciarle la mejilla; el tacto casi lo hace soltar una maldición; su piel era pura seda. Ella soltó un débil gemido ante el contacto con su piel. Alfred tomó eso como una aceptación para seguir acariciándola. Continuó deslizando su mano, con plena lentitud, hacia su esbelto cuello. A ella se le aceleró la respiración. El momento delicioso duró más de la cuenta; la aterciopelada piel de la joven y el olor a sándalo que desprendía, lo cautivó dejándolo prendido de su persona.

Angie se sentía excitada, caliente, ¡fogosa! Seguramente estaba loca por lo que percibía, pero era la verdad, no podía negarlo. Aquello era una locura en toda regla, una chifladura de una energúmena como ella que no tenía otra cosa que calentarse con un caballero cristiano opuesto a sus creencias. Sin embargo, no podía hacer nada. Lo sentía y punto. Si él seguía así, tocándola de esa manera, acariciándola con un tacto que ningún hombre lo había hecho antes... ¡Acabaría con un orgasmo instantáneo!, asumió enardecida. ¿Pero qué diantres estaba pensando?

Alfred presintió el deseo de la hermosa hechicera. Eso lo carcomió por dentro. Su sangre bulló, igual que una marmita de agua hirviendo; no entendía el control que estaba teniendo mientras la tocaba. ¿Estaba enfermo? ¿Seguía allí en el granero? ¿Era parte del encantamiento de la hechicera? Él jamás había sido así de tierno con ninguna chica, y sin embargo, ahora estaba agasajando a Angie igual que una delicada flor del norte. ¡Por todo el oro del mundo! ¿Qué poseía aquella hermosa joven? Alfred necesitaba de una vez probarla, saborearla, penetrarla, lamer cada centímetro de su sedosa piel, llevarla hasta el borde del placer y hacerla suya una y diez veces.

—Sois preciosa, muchacha —le susurró en su oído.

Miles de escalofríos recorrieron el cuerpo de Angie. Joder, Alfred la ponía a cien, y solo con unos simples roces y halagos.

De repente, este acercó su boca y besó los sugerentes labios de ella. Angie volvió a gemir, la boca del capitán aclamó su rendición. Su lengua empujó y despejó todo cuanto había por medio, despertando en hechicera unos deseos locos por abrazarlo.

Alfred saboreó el interior de aquella dulce boca. Recorrió, con su lengua, todo el contorno de los labios y se maravilló con el calor de su interior. *Sería suya, no la podía dejar que se marchara.* La envolvió con su enorme cuerpo y la abrazó. Deslizó sus manos lentamente por aquella fina espalda; las caricias lo excitaron más. Luego, él siguió su recorrido y palpó el prieto trasero de la joven. Angie soltó otro gemido de satisfacción. Y él de maravilló de ello. Ella levantaba su pasión como nadie nunca lo había hecho.

—Mi señor... —murmuró Angie tocándole la curtida espalda. Eso desenfrenó al capitán; estaba retenándose demasiado—. ¿Está permitido acariciar a una mujer sin saber nada de ella?

—No —y volvió a besarla.

—¿Y vuestros hombres si os vieran? ¿Qué pensarían de su capitán?

—Ellos se guardan su opinión, pequeña arpía —gruñó este mordisqueándole el labio inferior. En ese momento, Angie volvió a soltar un gemido. Ya no podía seguir hablando, estaba a punto de sufrir un orgasmo, ¡por Dios!

—Hacedme vuestra, no podéis seguir torturando mi persona —clamó locamente y sin pensarlo; subió sus pequeñas manos y tiró suavemente del cabello del capitán para lamerle el cuello y parte de la barbilla—. ¡Ahora! —exigió.

Y eso fue lo único que él necesitó para levantarla en brazos y buscar un lugar donde yacer con ella.

Angie sonrió lascivamente. Jamás se había encontrado en una situación tan morbosa, y mucho menos, en ese tiempo. Sus múltiples escauceos con chicos eran demasiado aburridos, “povos de talco”. Sí, eran así, ceñidos a un patrón. Pero Alfred era un guerrero, un hombre curtido en batallas, un caballero que prometía hacerla suya millones de veces, hasta saciarse plenamente. Y ahora necesita probar esa tesis.

El capitán la soltó y se puso a buscar como un loco un pequeño lugar donde satisfacer la tortura sexual que apretaba su miembro contra las calzas de una manera horrorosa; estaba muy duro, tanto que le dolía. Encontró una zona limpia en un rincón. Cogió uno de los sacos con algodón y vertió medio saco en el suelo. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¡Estaba actuando como un adolescente! Pero le daba igual. Se cercioró que no hubiera ninguna clase de roedores por allí, antes de ir a por ella. Se acercó a Angie y la cogió por la mano conduciéndola hasta el sitio, ella parecía estar preparada, ansiosa por sucumbir. Alfred estaba a punto de soltar un gruñido de satisfacción. La preciosa cara de la hechicera volvía a enloquecerlo; sus ojos, ahora medio abierto, prometían maravillas, pensó mientras se quitaba el pesado cinturón.

Angie observaba con expectación a Alfred. Él se quitaba toda la pesada ropa que se interponía entre su piel y la de ella. Aquella escena, tan sensual, la dejó sin aliento. El cuerpo casi desnudo del guerrero estaba a su merced; docenas de cicatrices atravesaban su perfecto torso indicándole que la guerra había hecho mella en su cuerpo; el fino y oscuro vello de su pecho ofrecía un recorrido escandalosamente seductor, atravesándole las abdominales y bajando por ellas hasta llegar a las profundidades del placer. ¡Dios mío! gritó al ver la dura verga del capitán. Imponente.

A Angie la embargó una ola de extraños deseos. Sus ojos, ahora estaban fijos en el soldado que la observaba con delicadeza. Pero Alfred, no solo era un fabuloso de cuerpo al que tocar y besar, un hombre que no solo la estaba poniendo a cien con un roce o una caricia, ese tío estaba entrando demasiado directo dentro de su corazón. Y eso era lo peor que le podía pasar. Respiró con suavidad y se preguntó si él se hallaba igual de ardiente que ella, porque Angie estaba a punto de hervir. Se lamió los labios y se preparó para lo que estaba por venir.

Ella comenzó a desvestirse y a quitarse aquel difícil vestido que su prima le había proporcionado. Tan solo se quedó con unas simples y suaves polainas que dejaban a la imaginación la escasa ropa interior que poseía.

A él se le cortó la respiración cuando alcanzo ver la belleza semidesnuda recostada en el algodón. Su mirada se intensificó al llegar al tejido

transparente de la fina tela que la cubría y al descubrir el monte de Venus... Alfred maldijo cuando su cabeza bajó lentamente y vislumbró la escasez de vello púbico de la mujer más preciosa del mundo. Eso lo mortificó más.

—¡Oh! Sois la joven más hermosa que he visto nunca —su voz apenas se oyó; tenía que ir asimilando aquella tortuosa escena.

Se puso de rodillas y se acercó a la ella, su mente le sugería que la besara, que acariciara todo cuanto le ofrecía, que la tocara en el sitio donde recibiría ese placer al que llamaban éxtasis. Angie lo había seducido con alguno de sus encantamientos, pensó mientras olía su cuello. *Hechicera, me estáis volviendo loco. Qué tortura tan agradable...* Al capitán, en aquellos instantes, no le importó nada, ni siquiera saber que ella podría ser una mujer pagana. La besó con ímpetu, con ansias de seguir probando la deliciosa miel que momentos antes lo había dejado más sediento. Ella sintió un dulce cosquilleo al saborear los labios de Alfred. Sus brazos no pudieron quedarse quietos, atraparon el cuerpo de él y lo atrajo hasta el de ella. Angie acariciaba y coqueteaba, con sus uñas, con su lengua, al capitán; se hallaba en una vorágine de emociones descontroladas. Mientras, él seguía besando cada centímetro de aquella piel de alabastro; Alfred soltó un gemido cuando sintió las uñas de ella arañando su espalda con suavidad. *¡Si, así princesa...!* Sentía el roce de la aterciopelada piel bajo la suya, retorciéndose de deleite. Este suspiró para relajar la tensión que estaba causándole estragos. Si Angie seguía acariciándole y arañándole la espalda y parte de los glúteos de esa forma, acabaría trastornado.

—Me estáis volviendo loco, mi señora —su voz gutural, avivó la lujuria de Angie.

—A partir de ahora, mi buen señor, me gustaría que me llamarais por mi nombre —sus hipnóticas palabras, causaron un efecto arrollador en el capitán—. Nunca lo olvidéis, caballero —y con esa última frase, él se abalanzó como un devorador salvaje hacia los contundentes y tentadores pechos de ella.

—¡Oh! —Angie suplicaba que la hiciera suya de una vez para siempre. No podía soportar como Alfred mordisqueaba suavemente sus duros pezones. Primero, los lamía con la punta de su lengua, los dejaba más duros y a continuación los mordía con delicioso tacto. Luego, le hacía verdaderas torturas placenteras.

Alfred sentía su sexo aumentar de tamaño de una forma descomunal. Su glande estaba demasiado tirante, necesitaba calmar la tensión acumulada por culpa de aquella hechicera, o mejor nombrarla por su nombre: Angie. La cuestión es que su delicada punta soltó una pequeña gota cremosa que resbaló por su grueso miembro hasta quedarse manchada la fina tela de las calzas; su

miembro no aguantaba más, Alfred se hallaba listo para unirse a ella y derramarse por todo su interior. Sin embargo, sabía que aún necesitaba darle más placer a Angie, su cuerpo se lo exigía, su mente también. Descendió su cabeza hasta el estómago de ella, lamiendo cada centímetro de su blanca piel y absorbiendo ese olor inconfundible que jamás olvidaría. Su lengua comenzó a hacer círculos por su abdomen, incrementándole ardor y más necesidad de evaporarse en una nube. No bastó con esa tortura que siguió bajando hasta toparse con esa tela que la cubría. Con una mano le arrancó una extraña minúscula vestimenta y entonces la dejó completamente desnuda. El monte de Venus se alzaba ante él, sin vello, blanco y tan suave como la piel de un bebé. ¡Aquella situación lo mataría! ¿Era ella realmente una bruja o tal vez un bello ángel? Se volvió a preguntar, extrañado por la belleza que destilaba.

Angie gemía entrecortadamente, sintiendo la caliente lengua de Alfred sobre su cuerpo. Estaba desesperada porque él lamiera su interior y le dedicara unos segundos para satisfacer aquel delicioso martirio.

—Oh, por favor, seguid, seguid más abajo... Os necesito, necesito calmarme —suplicaba ella continuamente.

Él sonrió ante el suplicio. *Por supuesto que lo calmaría*, se dijo descendiendo su lengua hasta el centro de su pasión. Alfred lamió ese pequeño botón vorazmente; a ella casi la hace desfallecer. Angie sabía al mejor dulce que pudiera existir, al supremo licor Francés del imperio, a pura ambrosía derretida.

—Divina —profirió el soldado.

La lengua del capitán saboreó los inflamados labios que conducían a la oscura entrada del deseo; las palpitantes punzadas de su miembro casi lo corroen, incitándolo a quitar su boca y sustituirla por su desesperada verga, y así sosegarla de una vez.

Angie siseaba de éxtasis. El camino hacia su gigantesco orgasmo se incrementaba con cada lengüetazo. Agarró el cabello de él y le dio un tirón descontroladamente, y eso volvió loco a Alfred. El caballero deslizó su lengua hasta introducirla dentro de su vagina. Angie se desencadenó, llegando al límite; alcanzó el placer de una forma bestial, transportándola a un maravilloso goce.

Al momento, él levantó la cara y contempló el rojizo rostro de ella, tan precioso como las flores en primavera; Angie respiraba con dificultad. Alfred oró en silencio para que ese instante se quedara siempre grabado en su memoria. La belleza de la hechicera era única.

—Venid, mi buen caballero —le indicó esta, relamiéndose los labios con lujuria; sus ojos exudaban pasión.

Él cumplió esa orden, aunque gruñó de una manera salvaje. Se colocó tumbado de lado para que ella tuviera mejor acceso a él, así se hallaba expuesto vigorosamente, con su descarada verga apuntándola y esperando a que la saciara. Y, por supuesto, Angie estaba dispuesta a cumplir con su cometido. Chuparía, relamería, saborearía aquel gran postre, lo tocaría de arriba abajo, lo acariciaría sin perdón. Bajó su cabeza sin apartar sus ojos de los de Alfred, mientras deslizaba su boca por toda la longitud de su miembro; se deleitó del sabor, incrementándole las ansias por devorarlo y tomarlo de una vez por la boca. Angie se fijó bien en el severo rostro del capitán; su perfecta nariz se abría incesantemente con nerviosismo, respirando con nerviosismo, sus cejas, gruesas y bien delineadas, estaban fruncidas ante el placer que estaba sintiendo. Él no pudo reprimirse y acarició sus largos cabellos, masajeándolos mientras Angie seguía en su sabrosa labor.

Alfred necesitaba tocarla, la atracción que sentía por ella era bestial, imposible de explicar. ¿Eran lazos del destino? ¿Habría querido Dios que se le cruzara una hechicera en su camino? Este se sentía cada vez más confundido. De repente, percibió un repentino cosquilleo en sus partes que casi le hacen desfallecer; los calientes labios de la muchacha se apoderaron de su virilidad; se introducían en el calor de la perfecta boca al ritmo de una música gloriosa... Cerró los ojos para disfrutar la deliciosa fricción.

Angie lamía y saboreaba el duro órgano del capitán. Era imposible metérselo por completo en su boca, pero ella intentó que todo lo que contuviera dentro de esta, gozara con sus caricias y lengüetazos. El miembro del caballero se movía incesante, acorralado por unos labios que lo hacían delirar, disfrutando de la lubricación que ella le proporcionaba..., hasta que él comenzó a respirar entrecortadamente y apartó a Angie de su degustación.

—Deteneos, muchacha —se apartó con rapidez de su boca—. Me vais a vaciar enseguida.

Angie soltó una carcajada, y él la miró sonriente y acalorado.

—Me parece que yaceremos de esta manera, Angie —y la cogió fuertemente y la colocó bocabajo, subiéndole el trasero—. Oh, ahora el mando lo tiene mi persona. Quiero sentirlos y hacerlos el amor de esta manera —Le confesó ardorosamente; su frente se hallaba perlada de sudor ante la maravillosa tensión. Sus manos acariciaron el trasero de la joven, recorriéndolo y masajeándolo. Ella gimió ante la succulenta provocación, pero

eso solo era un pequeño aperitivo de lo que le esperaba, pensó este sin dejar de manosearla.

Angie estaba desatada. Quería que él la penetrara de una vez y que la hiciera suya, que clavara su miembro hasta el fondo de su necesidad y se corriera en su interior. ¡Oh, sí!

El fuerte olor a sexo se expandió por el granero, el aroma de la excitación de la mujer estaba impregnado en su cuerpo, con ello el hechizo que lo estaba volviendo loco; embrujado hasta el delirio. Alfred, aspiró una buena bocanada de aire y no dudó ni un segundo más en embestir. Su miembro, latente y listo para ser saciado, penetró lentamente en esa cremosa guarida.

Angie clamó desesperada.

—¡Vamos... capitán! ¡Hacedme vuestra! —jadeó enloquecida y embriagada.

El miembro llegó hasta su cometido, luego, comenzó proporcionando fuertes embestidas para saciar aquel apetito tan voraz que ella le había despertado; sus movimientos se incrementaron con ferocidad. No obstante, antes de llegar a su deseosa liberación, quiso darle más éxtasis a la joven. Alargó su mano hasta el centro de su placer y comenzó a frotarlo de nuevo. Los labios deseosos y empapados de su vagina, respondieron con alegría.

—¡Ah, sí, capitán! —gritaba ella sin parar.

Las venas del cuello de Alfred se engrosaron, el pulso cogió un ritmo desenfrenado, su semilla bullía a punto de ser liberada..., y por fin llegó la sorprendente explosión de su ser. Alfred derramó su densa simiente por todo el interior de Angie y ella se unió a él de nuevo, librándose otro delicioso orgasmo en su interior.

* * *

—Bienvenidos a mi sagrada fortaleza, hermano Heinrich —Rudolf saludó a uno de sus invitados y, seguidamente, giró la cabeza para saludar al otro—, hermano Sprenger.

Los hermanos Heinrich y Sprenger, dos dominicos que el Santo Padre había enviado hasta Lahneck, saludaron. Unos monjes que iban destinados a enseñar y explicar el nuevo manual contra las brujas y su herejía.

Heinrich, un hombre bajo, de complexión regordeta y con ojos de lagarto, echó un vistazo al enorme salón donde se encontraban; su desconfianza se negaba a aceptar tanta amabilidad. Levantó la vista y observó los múltiples tapices mullidos que pendían de las paredes. Siguió escrutando la sala. Las antorchas que iluminaban la estancia, lucían con múltiples adornos que las

distinguían por su extravagancia. Sin embargo, sus ojillos de lagarto se fueron directos al caballero que aguardaba junto al Regente: un hombre, de oscura mirada, que no dejaba de escudriñarlo con cierto aire de frialdad.

—Una gran fortaleza, Rudolf el Magnus —las sarcásticas palabras del hermano Jacob Sprenger, alteraron el estado de Rudolf—. Espero, que la Orden Sagrada, posea los mejores caballeros de Europa, mi señor —apostilló este con la mirada fija en Rudolf.

Rudolf casi se atraganta con su lengua al escuchar a aquel ilícito sacerdote. ¿Estaba retándole en su propio terreno? ¿Acaso dudaba de su ejército? Eso lo enfureció.

—No solo posee los mejores caballeros de Europa —respondió a su pulla con altivez—, también dispone de unos hombres que tienen el valor suficiente de exterminar a cualquier persona que contradiga su voluntad.

El hermano Heinrich se echó a reír.

—Relajaos, eminencia, nunca hemos dudado de vuestros hombres —le contestó este, acercándose a él y besando su anillo. Pero su mirada, seguía fija en el soldado que no dejaba de estudiarlo—. Tan solo es nuestro deber, confirmarlo.

—Y el mío, defenderlo —le espetó Rudolf, haciéndole señas a uno de sus sirvientes para que acercaran sillones y una jarra de vino.

—Nuestra Santidad nos ha enviado para mostraros la nueva ley y un manual para que vuestros hombres lo lleven a cabo y cumplan con él —contestó Jacob Sprenger, sentándose sobre uno de los sillones que trajeron los sirvientes—. ¡Emisario! —llamó el sacerdote, golpeando sus manos fuertemente para que uno de sus acompañantes trajera su designio.

Las puertas del salón se abrieron y dejaron paso a un escudero, cargado con un pequeño cofre sobre sus manos. Heinrich sonrió, su magnífica obra de arte se hallaba dentro de aquel artilugio.

El hombre entregó el cofre al dominico e hizo una venia antes de marcharse. Rudolf frunció el ceño. No entendía tal misterio. Él mismo creyó que las leyes que se dictaron hacía días y que llegaron en pergaminos sellados y lacrados con el sello Papal, eran más que suficientes para proclamarlas, sin embargo... parecía que no. ¿Y qué tenía que ver él en aquel baúl?

El soldado que aguardaba junto a su señor tocó su espada. Estaba preparado para saltar sobre aquellos dos descarados dominicos. No sabía qué era lo que contendría esa valija, sin embargo, lo que sí estaba seguro es que su arma estaba dispuesta a desmembrar a quien se atreviera a desafiar al Regente.

—Relajaos, Lucan —sugirió Rudolf, levantándose. Se dirigió a donde estaban los monjes.

El hermano Sprenger abrió la pequeña arca de madera y sacó un grueso libro. Los ojos de Rudolf se empequeñecieron al ver semejante mercancía.

—Esta magnífica obra ha sido compilada y escrita por nosotros dos. Está aprobada por nuestra Santidad y por la Facultad de Colonia —dijo Heinrich, mintiendo como un bellaco. Sabía que el Papa sí estaba de acuerdo con el manuscrito, sin embargo, la facultad... no. Pero eso tenía solución, pensó sonriendo—. Este manual es el resultado de un profundo estudio de amenazas contra la Santa Iglesia y explica cómo se debe proceder en cada caso de herejía. En otras palabras: es un libro completo y en él, se dictan las leyes que habéis recibido de nuestra Santidad. Con él podremos combatir el mal y los demonios que asolan Europa.

—¿Estás hablando de la destrucción total de las brujas? —El oscuro y avaro rostro de Rudolf, se iluminó. Acababa de oír, por bocas de esos monjes, la total exterminación de la religión pagana... ¿Qué estaba insinuando? ¿Una ascensión hasta la corona? Pensó rápidamente.

—Sí... "*apparâtus rêu*" —sentenció Sprenger, con un gesto de codicia en sus ojos.

SILENCIO

A Rudolf se le abrieron los ojos de par en par. ¿Acaso había leído su mente? ¿O es que había pronunciado sus pensamientos en voz alta? se dijo así mismo al escuchar las palabras que el dominico dijo en latín. Aún podía oír el silencio y la respiración agitada de los presentes; las duras miradas de sus hombres hacia aquellas dos lenguas afiladas, eran amenazantes. Rudolf, por una vez en su vida, se encontraba confuso. Sus planes se habían desviado y habían cogido otro camino. Y todo por culpa de los nuevos insensatos que se alojaban en su fortaleza. Pero, ¿y si esos monjes conseguían lo que él siempre había soñado? ¡Por Dios, deseaba gobernar el ejército del Imperio! Rabiaba por dirigirlos. Él era un guerrero, campeón de batallas en invasiones, asedios, cruzadas... Un líder listo para ordenar a miles de hombres a su cargo. Rudolf estaba dispuesto a abandonar un tiempo, su honor y disciplina, con tal de alcanzar esa gran posición.

—Este es el gran *MALLEUS MALEFICARUM, noster dominus* —susurró el hermano Heinrich, sonriendo y ojeando a su otro confidente—. Lo hemos llamado "El martillo de las brujas", el manual para exterminar a cualquier persona pagana que ejecute las leyes de Satanás. Con él, lograremos

que nuestras legislaciones y conceptos de la religión cristiana, prevalezcan para siempre.

Jacob Sprenger se acercó a su compañero y tendió una mano hacia el manual.

Abrió la primera página; Rudolf contempló la inscripción que había en ella:

PARA GOLPEAR A LAS BRUJAS Y SUS HEREJÍAS CON PODEROSA MAZA.

MALLEUS MALEFICARUM

La primera ilustración que aparecía en el manual era el dibujo de dos mujeres brujas, de aspecto vulgar, riendo y depositando algunas clases de hierbas y encantamientos sobre un caldero incandescente. Y eso envenenó más al Regente.

Rudolf volvió a su asiento, sorprendido. Tenía que pensar, “debía pensar”. No esperaba que sus dos visitantes, por no decir *serpientes*, le propusieran una guerra abierta, interminable, dirigida expresamente al centro del paganismo. La Orden poseía hombres, caballeros entrenados para liquidar a toda persona que ofendiera a Dios y a su honor, pero no solo era eso. Allí, le estaban proponiendo otra hazaña más peligrosa, una amarga acción contra muchos pueblos y comunidades que, con seguridad, llegaría a oídos del emperador. Y todo sin el consentimiento del santo Padre y del emperador. Rudolf se frotó la cabeza. Había algo que sí le animaba a seguir y forjar una alianza. Sí, tal y como había pensado, una extraña alianza. Seguramente, si todo saliera como aquellas dos sagaces ratas vaticinaban, él alcanzaría una elevada posición hasta llegar a su propósito.

—Retiraos —ordenó a todos sus hombres—. Necesito hablar, a solas, con nuestros invitados. —Y, con una leve sonrisa maliciosa, incitó a los dos monjes que se acercaran hasta su sitio.

* * *

—Sois la mujer más hermosa que he visto nunca —la atractiva voz del caballero, llegó hasta el alma de Angie. Su musculoso cuerpo acaparaba, por completo, el de ella. El calor y la fuerza que emanaba su piel, volvían a enardecer ambas pasiones.

—Mi señor... —A Angie se le quedaron atascadas las palabras. No podía hablar, se hallaba totalmente extasiada de los besos que él estaba regalándole; embelesada por sus caricias, embriagada del placer que habían compartido.

¿Podía pensar ella por un momento en las circunstancias que se encontraba? No, deliberó, le era imposible, y mucho menos teniendo tan cerca a su futuro esposo.

Alfred recorrió con su mano todo el vientre de la hechicera. Era tan suave y delicado. Su mente no dejaba de pensar en esa muchacha. Lo había llevado al borde de la locura y ese hecho no era correcto por su parte. *La bruja ha conseguido enredarte, está enamorándose.* Se mordió la lengua por culpa de su maldita conciencia. Sabía que el camino del amor era peligroso, demasiado, y tener sentimientos hacia alguien, podría embaucarlo a una muerte segura. Alfred debía recapacitar, tenía que pensar en su designación, en su específico reglamento y no volver a sucumbir a los encantos de una preciosa joven como aquella.

—Me gustaría decir algo —la conciencia de Angie le hacía estragos. A pesar de estar flotando en una nube de terciopelo y haber echado el polvo más extraordinario del mundo, tenía alma, y como tal, su obligación sería sincerarse con él.

Alfred se recostó de lado y la contempló. ¡Por todos los diablos su miembro volvía a latir por ella! ¡*Comportaos!* Inspiró para relajar su dura virilidad.

—Soy todo oídos, mi *señora* —arrastró esta última palabra con una seductora voz, consiguiendo que ella se estremeciera.

—Me gusta que me llaméis por mi nombre, ¿recordáis? —le insistió. ¿Y ahora qué le diría? Se sentía como una auténtica embustera. *Ains, por todos los Santos.*

—Oh, sí, lo siento... Angie —dijo él, alargando la frase lascivamente. Se acercó de nuevo a ella.

Angie comenzó a reírse, por no llorar. Sus nervios se habían disparado. ¿Cómo coño le diría que era una bruja? Oh, sí, ¡ya está! Le soltaría la pederreta rápidamente para que no se diera cuenta y entonces, Alfred la cogería por los pelos y la llevaría, arrastrando, hasta el centro del pueblo y la expondría para que todos la observaran lo calentona que había sido, lo estúpida y canalla que era por haber revelado la identidad de su persona y la de su familia.

—¿Qué es lo que queríais decirme, Angie? Vuestra sonrisa me sugiere, que ocultáis algo —Le instó él, apartándole un mechón de su cabello que caía por el sonrosado rostro de la joven.

Eso la trastocó, pero siguió con su cometido.

—Mi señor, no soy como las mujeres que conocéis. Soy distinta.

¡Maldición! ¡Es una bruja! ¡Una embustera! Los pensamientos de Alfred estaban dándole fuertes golpes en su cabeza.

—Sí, sois un bello ángel bajado del cielo, mi hermosa dama. Nadie se puede comparar con vuestra belleza... —le contestó él, rápidamente para quitarle fuelle al asunto. Sin embargo, se mantuvo expectante a su respuesta. Su tierna sonrisa se fue apagando.

—No, capitán, no me refiero a eso.

De repente, él se irguió. El brillo de sus ojos cambió de intensidad. El gesto que apareció en su rostro, descolocó el pulso de Angie, incrementándolo. Parecía que a Alfred le habían dado una patada en el trasero; las duras facciones, de su cara, aclararon su cambio repentino.

—¿Quiénes sois? —su voz se oscureció. Parecía, que lo había poseído un Ogro. Ya no era el Alfred de hacía un par de minutos, sino un frío y letal soldado. La desconfianza lo aplastó.

—Escuchad, no quiero que penséis mal, pero no puedo ocultaros mi procedencia —soltó a medias. Siguió a su pesar, sin embargo, ya no había vuelta atrás—. Vuestra formación en el ejército, la que habéis recibido de vuestro jefe o líder, acerca de las religiones que se encuentran en el país... — El miedo casi la invade, pero se tiró a la piscina, como hacía en más de una ocasión en su época. Aguantaría las consecuencias—. O en toda Europa, son incorrectas.

—¡No osáis a desafiarme, joven insolente! ¿Qué sabe una joven rebelde como vos de religiones? —A Alfred eso lo enfureció. Nadie se había atrevido a hablarle de esa forma, ni siquiera uno de sus soldados ¡Jamás! Y menos una... una... una *bruja*, le dictó su mente de nuevo. Necesitó respirar hondo para apaciguarse, si no acabaría largándose de allí. Si seguía en aquel estado le daría unos buenos azotes por haberlo traicionado. Este movió su cabeza y la miró entrecerrando los ojos. ¿Cómo se atrevía a hablarle así? Esa descarada muchacha tenía la lengua de una cobra, de una arpía que solo pretendía dañar y embaucar a la gente... Su cabeza estaba a punto del colapso. ¿Lo habría embrujado desde que lo vio en la colina hasta llevarlo a su terreno? ¡Esa mujer era una auténtica encantadora de hombres! su instinto se lo predecía. ¿Acaso no sabía lo que su ley dictaba contra esa clase de mujeres?

—¡Escuchad! No me miréis de esa forma. ¡No soy ningún demonio! —gritó ella al ver la fría mirada de él.

Alfred se levantó enseguida y comenzó a vestirse. Estaba entrando en un estado de furia que no podía controlar. Angie se estaba pasando con ese vocabulario y podría cogerla y llevarla a un juicio por sublevación.

—¿De dónde habéis sacado ese lenguaje, muchacha? —su amenazante voz había menguado. Sin embargo, la desconfianza seguía dentro de él.

—¿Ahora soy una *muchacha*? —espetó esta, enfadada. Rompió sus reglas de protocolo—. ¡Todos los tíos sois iguales, todos! Solo buscáis el placer y luego se hacéis los sordos.

Alfred se detuvo. Giró su cabeza y observó a la hermosa Angie furiosa y frustrada. ¡Qué serpiente más adorada! ¿Debía escucharla como insultaba de una extraña forma a los hombres? ¡No podía permitirlo! ¿Es que no se daba cuenta de que su comportamiento podría llevarla al infierno? Sí, a los confines del infierno de fuego, como su doctrina lo bautizaba, donde se quemaban a brujas y herejes. Alfred tragó saliva y cerró los párpados para recapacitar. La conversación se estaba saliendo de su sitio. Tenía que admitir que ella estaba intentando revelarle un secreto y él no la había escuchado. Se obligaría a oír aquella clase de confesión. Su mente la estaba juzgando sin saber ciertamente nada de ella... *Qué difícil situación*, pensó reflexionando.

El capitán suavizó sus facciones; estaba actuando como un auténtico imbécil, como un sucio soldado que solo había buscado la satisfacción en la preciosa muchacha. Se agachó y buscó un sitio para sentarse, junto a ella. Angie ya se había puesto las bragas y parte del vestido, frenéticamente.

—Tranquilizaos, mujer —dijo él, cortante.

—¿Qué me tranquilice? ¿Eso es todo? ¿Habéis cambiado de opinión y ahora estáis más elocuente que hace unos segundos? —espetó esta muy enojada, a punto de darle un colapso de irritación.

—Me he dejado llevar por los instintos...

—¡Instintos de soldado! —escupió, encolerizada—. Y no, como los de un hombre que se digne a oír a una *mujer* —y clavó sus ojos en él. Si hubiera tenido un puñal, Angie no sabría que habría hecho.

—¡Se acabó! ¡Callaos!

Angie estaba dolida, demasiado. ¿Cómo podía llegar a entender que aquel cerdo sería su esposo? ¡Era un machista incomprensible, maniático, estúpido! No la dejaba que acabara de hablar, ¡la estaba silenciando! Cerró los ojos y contó hasta cinco, debía contar, si no... “Uno, dos, tres, cuatro... Cinco”. ¡Sí, lo había conseguido sin matar a nadie! Ahora se sentía más relajada, podía recapacitar más sobre aquel momento; debía entender la postura de Alfred como fuera, él había sido educado a su manera, entrenado duramente para esa clase de problemas; su mente distaba mucho de la suya, sobre todo de la sociedad en la que se envolvía Alemania. Su deber, como caballero inquisidor, era obedecer a su Orden y cumplir las leyes que le habían

impuesto, supuso esta reflexionando. Él estaba destinado a liquidar a los que se opusieran a practicar el cristianismo y, Angie, solo era una simple mujer *pagana*, enfrentándose a un soldado curtido en cientos de batallas y guerras. Ella era un débil pajarillo jugando con un águila real.

—Todo lo que os voy a contar, es la verdad. Nunca os mentiría —comenzó a decir Angie con el rostro serio. Ahora saldría a la luz su verdadera vida, su verdadero destino, el lugar de donde procedía—. Me gustaría que escuchéis todo cuanto salga de mi boca, y no digáis una sola palabra, hasta que termine, ¿prometido, capitán?

Alfred enarcó una ceja y apretó la mandíbula. Ya se veía venir el tema. Aceptó, de mala gana. Pero estaba dispuesto a oír todo lo que esa muchacha le plantearía. Seguramente su descaro y su grosera forma de hablar le jugarían una mala pasada y revelaría su secreto brujeril, pensó enseguida. Sin embargo, tenía que darle una oportunidad y escucharla, así él podría juzgar ese peliagudo tema con su propio testimonio. Sería todo un acontecimiento.

—Provengo de un lugar... lejano. Mi vida no pertenece a esta época, capitán. No soy la mujer que creéis. Alfred, no vivo en este siglo. He viajado, a través del tiempo, hasta este recóndito lugar, a este año tan injusto —soltó sin más. Lo largó tan rápido, que ni ella misma lo había pensado. Pero, le daba igual, él debía conocer su procedencia... ¡Por Dios! ¡Ese hombre sería su esposo! Y si quería quemarla, ¡pues que lo hiciera! La injusticia era cruel, muy cruel para las mujeres.

Alfred se echó a reír. Angie abrió los ojos como platos. ¿Acaso él se reía de haber sido sincera? ¡Rayos y truenos! ¡En esos momentos tenía ganas de lanzarle un conjuro y convertirlo en una cabra! Lástima de ella, que no sabía cómo, si no ese capullo estaría ahora mismo rumiando en vez de riendo. ¿Cómo podía hacerle esto?

—¿Me decís que habéis viajado en el tiempo? ¡Sois una desvergonzada! ¡Una serpiente que pretende hipnotizar mi persona! —La penetrante voz de Alfred, la volvió a trastocar.

—¡Sí! ¡No os estoy mintiendo! ¿Es que no veis... mi lenguaje? ¡No soy de este siglo!

—¿Sabéis lo que estáis diciendo? No me gustaría agarraros y zamarrearos como a una niña pequeña. Angie, desde que os cruzasteis en mi camino, entendí que erais una *hechicera*. Admitidlo, vamos, y dejad a un lado esas bobadas de niña —dedujo él, probando su suerte, por si ella no sabía qué contestar.

Angie abrió los ojos de par en par y se enrojeció. ¡Maldito cabrón! ¡No podía aguantar más! Angie estaba a punto del colapso, si seguía así la vena de su cuello reventaría de un momento a otro. La tensión era insoportable. Alfred había comprendido solo una parte de su vida, ¡y lo había expuesto, sin más!

—¿Lo admitís? ¿Sois una encantadora de serpientes, joven Angie?

—¡No! no lo soy. ¿Acaso me habéis visto convertirme en una de ellas mientras estábamos fornicando?

—No, pero seguramente es por el hechizo.

A Angie le echaba humo las orejas.

—No volveré a repetirlo, mi señor, y si lo que queréis es arrojarme al fuego, hacedlo, pero mi conciencia se halla muy tranquila. No soy una bruja, sino una hechicera que ayuda a la gente humilde. No soy de este siglo, y tampoco soy una mujer a la que puedan controlar. Ahora, pues, haced lo que vuestra conciencia dicte —*Ains... se acabó.*

Alfred cerró la boca y apretó los dientes. ¡*Maldición!* Comenzó a pensar y recapacitar en lo próximo que haría. ¿Qué diablos esperaba encontrarse? ¿Una mujer decente que hubiera sucumbido con él sin más? No, no, no. Angie no era solo una simple mujer, ¿qué era? ¿Sería verdad la patraña que había dicho? ¿Estaría hablando en serio después de todo? Alfred estaba a punto de saltar sobre ella y cogerla, y, y, y... ¡No sabía qué hacer! Tenía un problema y grave. Esa jovencuela estaba trastocándolo por completo, lo había llevado hasta el borde de su autocontrol, pero también lo tenía encandilado por su belleza, por su carisma, por su peculiar carácter. Alfred llegó a una conclusión: aquella mujer era toda una guerrera. La repasó con su mirada y volvió a quedarse prendido de su cuerpo y rostro. ¿Qué debía hacer?, se preguntó frenético. Acababa de hacer el amor con una muchacha que incumplía las reglas del cristianismo, incumplía la ley de Dios, incumplía sus propias normas... ¡Malditos decretos! Alfred acabaría loco; la manipulación que había tenido su mente era arrolladora.

—Mi señor, las mujeres que son “hechiceras”, no son *brujas*, como suelen nombrarlas los hombres de Dios —apostilló ella, seriamente. Siguió con su cometido, esperando que él no la interrumpiera, si no... flaquearía—. Provengo del futuro, exactamente del siglo XXI —a Alfred le cambió el rostro. Su incertidumbre fue testigo en su propia cara—. Os puedo contar millones de cosas; guerras que están a punto de producirse por las malditas religiones, negociaciones reales, engaños y traiciones de nobles... y así me podría llevar días y días contando todo lo que sé. Comprendo que pensaréis que estoy descerebrada, que puedo estar contagiada de alguna enfermedad, que quizás

delire, sin embargo, todo lo que os he contado es verdad, jamás mentiría a nadie. Os doy mi palabra —su voz no se volvió a alterar, al contrario, ahora era ella misma, sin tapujos, sin miedos, sin cohibiciones; sentía cada palabra que expresaba, cada frase que dictaba. Angie acababa de dejar su destino en manos de Alfred, y rezó para que la comprendiera.

—Continuad, por favor —fue lo único que él pronunció.

Angie se tomó eso como un sí y prosiguió. Este apretó los puños; parecía luchar en contra de sus pensamientos, de su ideología.

—En mi época trabajo ayudando a las personas, proporcionándole información gracias a otros medios comunicativos. En mi mundo se le llama, pitonisa. Es un don que heredé de mis antepasados y, le puedo asegurar que este trabajo está muy bien visto. Se gana dinero aconsejando al gentío. De eso se trata, mi señor, solo de eso. Jamás haría daño a nadie; ni yo ni nadie de mi familia engañarían a personas que buscan consuelo, buscan una solución a sus problemas, reclaman un poco de atención para sus hijos, que pretendan salvarse de algún mal que les enferma... Y, eso mismo ocurre en esta época, pero nadie nos cree, Alfred —ahora se le cambió el rostro, oscureciéndose—. Los hombres de Dios no entienden que podamos aliviar a los enfermos con nuestros rezos, ungüentos, pócimas, hasta con distintas formas de comunicarnos, a través de unos dones que “nuestros Dioses”, nos han regalado. Capitán, los familiares con la que estoy conviviendo son mis... antepasados —las palabras de Angie, perturbaron más al soldado.

Alfred no podía creer lo que esa joven estaba contándole. Maldijo en silencio por no coger una soga y amarrarla de los pies a la cabeza. ¿Cómo podía admitir aquello, cómo? Si ahora mismo en vez de él estuviera el Regente oyendo aquella historia de magia, Angie no volvería a ver el sol en su vida. ¡Por todos los Santos! ¿Debía creerla? ¿Sería verdad el cuento que le estaba narrando? ¡Maldición! Jamás se había encontrado en tal situación. Él era capitán de una orden Sagrada, un pequeño ejército destinado a cumplir órdenes de su superior, del Santo Padre, de los Inquisidores... para que el Cristianismo se expandiera. Sin embargo, en esos momentos, su persona dudaba de todo lo que le rodeaba; una realidad aplastante para su designio, y ahora para su vida.

—¿Sabéis qué ocurrirá con el destino de Alemania? —preguntó él, tanteándola. Su muestra de interés podría llevarlo por el mal camino.

—Morirán mujeres ahorcadas y quemadas por culpa de vuestras creencias, por culpa de crueles hombres que no saben aceptar su propia vida. Destruirán comunidades de familias enteras, que no le hacen el mal a nadie,

morirán niños pequeños, cualquier persona que se oponga a orar dicha religión y no acepte esas leyes..., y así, podría mencionaros miles de sucesos —a Angie le embargó la ira, y para más irritación, lo que estaba por venir. Recordó lo que leyó antes de encaminarse hacia ese siglo: unos malditos monjes difundirían la terrorífica obra llamada MALLEUS MALEFICARUM, un letal códice para exterminar a toda mujer que se le ocurriera mirar a un monje a la cara. Angie respiró profundamente, volvió a contar para apaciguar dicho estado. Sabía que, a partir de entonces, no habría vuelta atrás. El destino de su familia pendía de un hilo y ella debía cambiarlo o quizás reforzarlo.

Alfred conocía perfectamente lo que ella explicaba. Sus propios compañeros habían matado a personas indefensas que se oponían a las creencias de Dios; él mismo lo había hecho, se había manchado sus manos con sangre inocente, con sangre humilde, y esa crueldad la llevaría grabada en su cabeza para siempre. Un pecado imperdonable. Una parte de su persona exigía que cambiara y siguiera escuchándola; demandaba que fuera un hombre de honor y defendiera a su Dios, pero también le pedía que respetara las creencias de otras religiones.

—Si decidiera creer, ¿cómo probaríais vuestras premoniciones? ¿Me daríais vuestra palabra de que curáis a enfermos con ungüentos y pócimas? —le preguntó este con sorna, sin dejar de observarla. *Es demasiado tentadora.*

¡Ains...! Alfred creía que sus palabras solo eran premoniciones, que no eran ciertamente justificadas, pero claro, esa reacción era satisfactoria para ella; debía probarlo, tenía que conseguir que él creyera lo que sucedería en los siguientes meses. Angie entendía que cualquier persona no sucumbiría a su inesperada historia y ni a su proveniencia del futuro. Ella no era de esa época, no era una mujer atada a una religión, no obstante, practicaba la *wicca*.

—Puedo hacer que me creáis, pero antes... necesito una promesa donde os comprometáis a no leer en público vuestro designio.

—¿Una promesa atada a una mujer? Los caballeros no hacen tales cosas —Alfred se puso rígido como una piedra.

—Capitán, sé lo que contiene ese pergamino —lo provocó esta, dedicándole una intensa y dura mirada.

—¿Ese es vuestro don? ¿Saber lo que oculto? ¡Sois una arpía demasiado descarada! —las viles palabras consiguieron que Angie se abalanzara contra él.

—¡Hijo de puta! ¡Vos sí que sois un demonio! —Angie intentó golpearlo con todas sus fuerzas, pero fue imposible. El corpulento y musculoso cuerpo de Alfred era igual que un muro de piedra. ¿Por qué pensaba que ella era una

arpía? ¡Solo quería ser sincera con él! demostrarle su don, decirle la verdad, nada más. Ella pretendía que hiciera la promesa de no publicar su maldita ley en la comunidad hasta que él no se cerciorara de la verdad, de lo que era pasar unos días en compañía de su familia y de todas las personas que habitaban la aldea.

A Alfred lo embargó la irritación. Cogió a Angie, por las muñecas, y la inmovilizó. Ella comenzó a dar patadas, pero era una empresa inútil, él la tenía completamente retenida entre sus brazos.

—Shuuuu, callaos, sois una maldita rebelde —apostilló en su oído. Sus manos apretaban las muñecas como si se tratase de unas esposas de acero. Las piernas de Alfred apresaron las de ellas con fuerza.

Angie estaba acorralada por su futuro marido... ¡Y una mierda! ¡Él jamás lo sería! Alfred, no quería comprender nada, solo lo que le convenía.

—¡Soltadme, maldito soldado! No sois más que un títere —escupió, enfurecida.

—Si os soltara, ¿os comportaríais como una mujer decente?

—¡¿Acaso no lo soy?! —La rabia bullía dentro de ella. ¡Iba a explotar!—. Sois un arrogante, un machista, no deberíais subestimar a nadie —Angie escupió aquello con repugnancia.

Alfred comenzó a sonreír. *Vaya con la brujita, es toda una malcriada.* Sin embargo, le gustaba verla enfadada, lo volvía a enardecer, a desearla, a amarla... ¿Cuándo se calmaría? ¿No se daba cuenta de que él lo estaba asumiendo? Alfred no era el tipo de hombre que traicionaría a una mujer que lo estaba atrayendo. No obstante, tampoco consentiría que lo humillara. Tendría que enseñarle buenos modales a la hermosa rebelde. Angie era todo un tesoro en bruto.

La soltó sin decir una palabra. Angie le atestó una bofetada en la cara. El tiempo pareció detenerse por unos instantes. A Alfred se le oscureció algo más que la razón.

—Conmigo no se juega a esta clase de estupideces —los ojos de ella, llameantes como el fuego, consiguieron que él la contemplara durante varios segundos. Angie podía oler la impotencia del capitán, la furia retenida a causa de la bofetada, su irritante estado pendiendo de un hilo..., pero, de repente, sucedió lo que tenía que suceder.

Angie abrió los ojos como platos, parpadeó varias veces para cerciorarse que no era una visión; se tambaleó y casi cae al suelo. Alfred la cogió enseguida. Esta observó, alrededor del capitán, una esplendorosa luz de varios colores. La silueta de Alfred estaba completamente irradiada por dicha luz.

Distintas tonalidades de colores amarillos, dorados y rojos, bordeaban el cuerpo del hombre que la estaba seduciendo, igual que una luciérnaga. Angie se tapó la boca ante tal circunstancia. Esos colores significaban mucho. Jadeó de nuevo, cuando esa clase de “aura”, se intensificó... ¡Su prima tenía razón! Estaba desarrollando su nuevo don. Una lágrima empezó a resbalar por su mejilla.

Los colores que rodeaban al capitán, simbolizaban la energía que desprendía su persona, la mayor de todas; el amarillo: la fuerza, el trabajo, el empeño, la sabiduría; el rojo la pasión, el amor, la pujanza y la fortaleza de un hombre, y el dorado... el éxito y el poder.

Los demonios pueden ocupar la cabeza u otras partes del cuerpo de los hombres y que pueden desplazar las imágenes mentales de un lugar a otro. Pero ¿pueden los demonios, a demanda de las brujas, llegar a tomar posesión total de los hombres?

**MALLEUS MALEFICARUM (1486 Año del Señor)
El Martillo de las Brujas (FACSIMIL Traducido)**

CAPÍTULO 7

—¿Qué demonio os sucede? ¡Angie! ¡Responded, maldita sea! —Alfred la cogió por los codos y la zamarreó. Su furia era palpable, pero se sentía impotente debido al cambio que se había producido en la hechicera.

A Angie la había cautivado la penetrante y brillante luz, que Alfred desprendía. Un acontecimiento extraño. El soldado, inquieto y desesperado, buscaba frenético lo que ella estaba contemplando sin pestañear, pero no veía nada, no había nada. Sin embargo, Angie seguía en sumida en una especie de trance.

—¡Muchacha! volved en sí, vamos.

—Alfred... —susurró al fin, prendida de un halo que rodeaba al capitán—. Acabo de hallar mi destino, mi don, lo que intuía desde pequeña.

El caballero enarcó una ceja ante aquella respuesta. Hacía un momento Angie estaba frenética, rebelde, y ahora todo lo contrario. ¿Qué había encontrado que él no lograba percibir? su rostro había palidecido, agotado. Con anterioridad, su hermosa hechicera se había lanzado contra él, con un humor de perros y a punto de darle un colapso por la rabia, se había atrevido a pegarle una bofetada a un soldado y, sin embargo, ahora se hallaba totalmente abstraída y cautivada por algo... etéreo. Si Alfred hubiera actuado tal y como dictan sus leyes ante la actuación de la bruja, Angie no hubiera vuelto a ver a su familia. *Jamás volveré a matar a mujeres y a niños. ¡Jamás!*

Alfred necesitaba una aclaración de inmediato. Sus dudas acerca de ella, se incrementaban cada vez más. Pero, ¿qué demonios había hecho el destino con su vida para estar tan embelesado por aquella belleza? ¡Por todos los Santos! Necesitaba a esa mujer como agua en el desierto, entre ellos dos tendría que existir alguna clase de vínculo que los unía; un lazo invisible que los ataba el uno al otro, y tarde o temprano tendría que... *siempre*. No quería pensarlo. Un pequeño resquemor apareció en su pecho debido a ello.

—Mi señor, he visto la energía que desprendéis —las palabras de ella fueron precisas y sinceras—. Dadme vuestra mano, por favor, y disculpad mi atrevimiento de antes, no volverá a pasar —le pidió con sinceridad y a media

voz. Angie se sentía triste consigo misma, ya que acababa de cometer una estupidez. Pero necesitaba que él la perdonara.

Él no respondió, la observó con el gesto serio, sin un ápice de sentimiento. Las manos de ella capturaron una mano de él. Los dedos de Angie rozaron la enorme palma de Alfred, con la misma suavidad de una pluma; trazó un par de círculos pequeños. Él bajó su cabeza y, de repente, se le cortó la respiración: sintió un hormigueo recorrerle la piel, desde su palma hasta los pies. Mientras, ella seguía haciéndole más círculos con sus dedos sobre la palma. Angie pretendía sentir la increíble energía de él a través de su piel.

—¿Sentís la energía fluir por aquí? —le instó ella, levantando la cabeza y mirándolo.

Alfred no supo qué contestar. Esa mujer era puro fuego, a pesar de ser una... No, no quería pensarlo otra vez. Su estado anímico había cambiado y empezaba a comprenderla.

—Sí.

—El cosquilleo que sentís, es parte de vuestra fuerza, soldado. Si la canalizáis bien es la que os conducirá al éxito —los ojos de Angie, refulgieron de entusiasmo. Le era imposible creer que Alfred estuviera escuchándola, a pesar de todo lo que había sucedido momentos antes. *Es un hombre de honor*, pensó enseguida.

—No sé qué significa todo esto. Jamás me he encontrado en una situación como esta —Alfred se apartó rápidamente de ella y le dio la espalda—. ¿Sabéis lo que esto significa, Angie? —contestó con la voz fría igual que el hielo. Se llevó una mano hasta las sienes, masajeándola. Estaba confundido—. Todo este asunto va en contra de mis creencias.

Angie se acercó a su espalda y lo tocó débilmente: sentía su confusión, como si ella estuviera dentro de su alma. Acababa de provocar a un caballero de una Orden sagrada ¡Era una estúpida, una rebelde! Incluso, ¡lo había desafiado en su propio juicio! Y para empeorar la situación subestimó su legado. Y eso era algo terrible para sus creencias. Solo había una solución para esas cosas y era... la muerte.

—Lo siento mucho, mi mente ha ganado la batalla contra mi corazón. Deberíamos regresar —le indicó ella, bajando su mano. La tristeza la invadió.

Él se giró, ojeó uno de los sacos que había detrás de Angie. Anduvo hasta estos y cogió algo.

—Tomad, joven hechicera, ¿es esto lo que necesitáis? —Le preguntó, entregándole un puñado de algodón. Su boca dibujó una media sonrisa conciliadora.

¿Aceptaba Alfred su vida?

* * *

El fuerte canto de un gallo anunciaba la mañana; pequeños destellos de luz se colaban por la lumbre, anunciaron el alba. El delicioso olor a pan horneado y a infusiones aromáticas consiguieron que Angie abriera los párpados de inmediato, junto a su apetito matinal. El estómago le gruñó ante tal deliciosa sensación olorosa.

A pesar de haber tenido la copiosa cena, que hizo la pasada noche, y también conseguir alimentar su apetito sexual, Angie continuaba hambrienta de ambas cosas. Precisaba degustar lo que, seguramente, su tía estaría cocinando; solo con pensarlo se le hacía la boca agua. No obstante, también se le hacía agua los pensamientos de anoche: el encuentro con el capitán.

Por un momento, recordó el fabuloso y apasionado encuentro que tuvo por la noche. Sería imposible olvidar la sensación de las manos de Alfred sobre su piel, las caricias y besos que le impregnaron de pasión, la forma en la cual la había poseído..., parecía como si él la conociera desde siempre y también conociera su cuerpo. Angie jamás había experimentado esa clase de conexión con los tíos que pasaron por su cama; ni siquiera con el espectacular Trez. Alfred era un hombre poderoso, hecho para matar, un soldado habituado al campo de batallas, un caballero destinado a defender su verdad..., y a ella le atraía como si fuera un imán. ¿Acaso no se daba cuenta ella que si se acercaba más podría empeorar el destino y cambiar el rumbo de todas las cosas? ¿O quizás las mejoraría? Preguntas y más preguntas siguieron revoloteando en su cabeza. Sin embargo, tenía un problema que debía solventarlo lo antes posible; ambos ya había tenido una discusión bastante acalorada, por cierto. Y debía solucionarla. ¡Había sido una estúpida con su insolencia!

Angie suspiró y dejó que su mente se relajara; se estiró en la cama igual que un gato. Había dormido poco, pero lo suficiente para levantarse descansada.

—¿Qué ocurrió anoche, prima? —la voz de Anette la sacó de la ensoñación.

—Oh, sí, dínoslo, hermosa hechicera... —las susurrantes risitas de ambas hermanas consiguieron arrancarle una sonrisa a Angie, olvidándose de todo. Se irguió en el jergón y ojeó, aún adormilada, a sus dos chismosas primas; se hallaban sentadas juntas en la cama. Angie desvió sus ojos y captó una bolsita de color rojo sobre las mantas.

—¿Qué habéis estado haciendo pequeñas entrometidas? ¿Y por qué me habéis llamado *hechicera*? —preguntó Angie, levantándose y caminando hasta llegar a ellas; frunció el ceño—, echaros a un lado y dejadme un sitio.

—Prima... a veces las personas sueñan y hablan en voz alta —las juguetonas palabras de Marlenne consiguieron que esta le lanzara un pequeño cojín de pluma—. ¡Angie! No os enfadéis.

—¿Ah, no? ¿Y qué hacen esas runas a vuestro lado?

—Solo hemos preguntado, nada más —le contestó su otra prima, haciéndole un hueco en el jergón—. Sentaos aquí en este lado, estamos consultando.

—¿Qué es lo que os dicen? —preguntó ella, acomodándose; Marlenne seguramente ya lo sabría. Sería extremadamente buena con su don, solo había que ver su forma de mirar a las personas.

—Lo habéis hecho, sí, sí —las traviesas palabras de Anette, consiguieron que Angie la empujara y bromeara con ella. Esta comenzó a hacerle cosquillas.

—¡Prima! Sabéis que no deberíais haberlo hecho, aún es pronto, no conocéis nada de su persona —las risas de Anette, contagiaron a Angie y a Marlenne.

—¡Basta, no puedo más! —le sugirió Angie, saltando de la cama sin dejar de reír—. Si seguís así, ¡me haré pis encima!

Las dos hermanas se tiraron en el colchón, muertas de risa.

—Debajo de la cama hay un orinal —le recomendó Marlenne, señalando con el dedo.

—¡Oh!, gracias, mi amor —y siguió riendo.

Angie estaba viviendo unos momentos realmente felices. En aquel lugar se respiraba inocencia, pureza, algo que en el siglo XXI dudaba que aún lo hubiera. Se sentía muy unida, acogida y querida por sus antepasados. Ella no tenía hermanas. Cuando era pequeña, si quería jugar con alguien siempre llamaba a sus vecinas, y la mayoría de las veces ni siquiera se asomaban por la ventana. Siempre le gustaba guardar secretos, pero nunca podía contárselos a nadie y se quedaban guardados en el baúl de su corazón. Hasta que conoció a Linda. Desde entonces, esta le apoyó en sus necesidades. Sin embargo, había anhelado la unión de hermanos. Su madre murió cuando ella aún era una niña y su padre tuvo que esforzarse más en el trabajo para sacarla adelante... Angie volvió al presente y se centró en las dos miradas inocentes que le sonreían.

—¿Puedo tocarlas? —le indicó Angie a su prima mayor, sentándose nuevamente.

—Claro que sí.

Anette cogió la mano de ella y cerró los ojos. Canalizó las energías de su prima a través de sus sentidos, y entonces se quedó extrañada.

—¿Estáis bien? —le preguntó, abriendo los ojos rápidamente.

—Sí, cielo, estoy bien —objetó.

Anette miró a su hermana.

—Chicas, ¿qué os pasa? —preguntó ella intrigada.

—¿Habéis estado mucho tiempo añorando esto, verdad? —las palabras de Anette consiguieron que ella dejara de sonreír. Aguardó unos momentos en silencio.

—Nunca tuve una hermana —respondió Angie.

Ambas primas se abalanzaron contra ella para abrazarla. Ella sintió un nudo en la garganta que atenazaba con romperle el alma. El maravilloso contacto familiar era enternecedor. Quería llorar, necesitaba soltar la alegría que le embargaba en esos momentos. Aspiró una bocanada de aire y la soltó despacio, emitiendo un suspiro. Menos mal que las lágrimas se quedaron sin salir. Gracias a Dios.

—Bueno, ¿me las prestáis? Me gustaría sentir el tacto de estas hermosas runas en mis manos —pidió, cogiendo la bolsita roja.

—Son todas vuestras. Vamos, sorprendednos —le instó Marlenne.

Angie hacía bastante tiempo que no usaba las runas célticas. En su consulta las utilizaba poco, pero algunas veces, gracias a sus consejos e insinuaciones, la habían sacado de más de un apuro. Le gustaba tocarlas porque siempre le susurraban algo, intuían alguna clase de peligro, e incluso una vez le advirtieron del engaño que su padre sufrió en su trabajo.

Angie introdujo la mano con suavidad en la bolsita y las rozó con los dedos. Sintió un estremecimiento recorrerle la piel: la esperaban. Sí, esperaban que las tocara, era una necesidad imperiosa. Luego, las volcó todas sobre la manta, ansiosa.

Las runas que Angie utilizaba en su trabajo, estaban fabricadas de piedras naturales, concretamente eran de cuarzo rosa. En ellas se hallaban tallados los preciosos símbolos célticos. Sin embargo, aquellas eran hechas a mano, de madera de avellano y con las insignias rasgadas por un utensilio. Hermosas.

—Marlenne, son preciosas —Angie miraba expectante los perfectos signos grabados en ellas. Las acarició una por una y luego las colocó bocabajo.

—Las fabriqué hace dos años de una gran rama de avellano que trajo mi hermano de una de sus cruzadas de caza.

—Oh, es verdad, Marlenne, y también nos regaló aquellos dos horribles... ¡ojos de vaca! —espetó Anette asqueada.

Angie hizo un mohín y sonrió.

Marlenne volvió a reírse. Su hermano, a veces, era un auténtico diablo, pero lo adoraba.

Angie cerró los ojos y comenzó a remover las runas. Las dos hermanas se unieron, moviéndolas. Juntaron sus manos y las revolvieron. Decenas de dedos movían los pequeños trozos de madera labrado. Angie se sentía maravillada dentro de sí, tenía la misma sensación que cuando tocaba sus cartas. A continuación, las tres detuvieron el movimiento y cada una recogió tres runas. Ojearon los símbolos que le habían tocado interpretar a cada una.

—Empezad con las vuestras, Anette —le dijo su hermana, acariciando sus tres runas.

Anette las colocó bocarriba y al echarle un vistazo, se quedó estupefacta. Frunció el ceño y entrecerró los ojos. *¡No puede ser!*, pensó enseguida.

—No, imposible... —susurró.

—Haber, Anette, ¿qué sucede? —la sonrisa de Angie se disolvió; agachó la cabeza y ojeó los símbolos que le había tocado a su prima.

Marlenne no dijo nada. Ya estaba intuyendo algo.

—Cariño, ¡os vais a enamorar! —murmuró Angie, cogiendo su mano y sonriéndole débilmente—, ¿qué es lo que os preocupa?

—¿No sabéis qué significa las dos runas que le preceden, prima? —le instó Marlenne con la voz aturdida.

—Sí, si lo sé. La primera de ellas es el símbolo *Inguz*, el nuevo comienzo; una nueva relación que pronto saldrá a la luz. Luego, *Eihwaz*, la fuerza para canalizar esa relación.

—Y también significa la previsión. Una reacción extraña puede desencadenar un desastre, Angie, debido a ese nuevo amor —le interrumpió Marlenne—. Esta runa le aconseja a mi hermana que evite conflictos, aunque también sugiere que mantenga fuerza suficiente para lograrlo; ella debe decidir lo que su instinto le susurra —concluyó.

—¿Y qué me podéis decir de la última, Angie? —A Anette le temblaron las palabras y algo más. La frente se le perló de sudor, los nervios afloraron inmediatamente.

Angie tragó saliva. El camino por el cual su prima mayor la conducía era totalmente cierto. Una senda que florecería, de un momento a otro, pero se

marchitaría si no se actuaba practicando los consejos que *Odín* imponía.

—*Uruz*, es la runa de la masculinidad —empezó a decir Angie—. Como tal, yo resolvería que el hombre que se acercara a Anette, requerirá una atención especial, tiene algo de especial. Tanto él como ella, darán un cambio bestial en sus vidas, y así su amor prevalecerá —indicó esta con una sonrisa débil.

Anette respiró profundamente. Su mente se hallaba sumida en el significado de la última runa; un destino que vendría de inmediato. No sabía quién podría ser el candidato para cortejarla y enamorarse de ella. En el pueblo conocía a jóvenes bien avenidos, con bastantes cualidades que embelesarían a cualquier muchacha, pero las runas le advertían de un peligro, en medio de una pasión; de un misterio, en medio de un laberinto amoroso. En definitiva: de un problema. En ese instante, Anette se llevó la mano a su boca, tapándosela. No quería pensarlo, rechazaba la idea que su cerebro buscaba. No, no, no. Sin embargo, la imagen del apuesto rostro salió inevitablemente, el hombre que no deseaba volver a ver. *Imposible, jamás*, se dijo. Sin embargo, fue irremediable. El oscuro y silencioso caballero, de mirada penetrante y aspecto serio, apareció como si fuera un haz de luz en su cerebro, iluminándola.

—Sé lo que estáis pensando. Mi intuición no me fallará, ya veréis. Capté esa señal desde que lo vi observándoos mientras cenábamos —especificó su hermana, recogiendo las runas que le habían propuesto el futuro.

—¿Es el hermano de Alfred, verdad? —preguntó Angie, cogiendo la mano de su prima. Esta esperaba la respuesta, intranquila—. Miradme, por favor, ¿sentisteis, dentro del corazón, algo diferente cuando lo visteis por primera vez?

Anette levantó la cabeza y se le escurrieron un par de lágrimas de sus ojos, cayendo sobre su regazo. Ya no podía ocultarlo.

—Sentí ansiedad en mi pecho. Parecía que la desconfianza hacía estragos en mi alma. No sé muy bien describir lo que me ocurrió en aquel preciso momento, pero el miedo se apoderó de mí, creándome inseguridades hacia ese... Caballero. Por esa razón os dije que nos marcháramos rápidamente de aquel lugar. Pero, no puedo olvidar su rostro —declaró su prima con la voz angustiada.

—Anette, ese soldado no es el tipo de hombre que la mente os dicta, cariño. Si él quisiera haceros daño ya lo hubiera hecho —le dijo con palabras conciliadoras.

—Angie, no subestiméis a la gente. En vuestra época, posiblemente seáis confiada con las personas que os rodean, pero aquí debemos desconfiar. En estos momentos no podemos dejarnos llevar por unos soldados que vienen por motivos de poder y menos que les sirvan a la Iglesia. Tenemos una guerra oculta, prima, un hecho que solo se manifiesta en lugares humildes y, precisamente, debemos salvaguardarnos de cualquier persona ajena a nuestras creencias —le aconsejó Marlenne, recogiendo mechones de sus cabellos y haciéndose una trenza.

Anette se limpió las lágrimas.

—Dejemos que *Odín*, nos ayude —pronunció Anette cambiando su rostro, sonrió para no seguir con la aprensión que volvía a renacer dentro de ella—. Hermana, ¿qué futuro os espera?

La calma emergió en el ambiente.

—Pues ha salido *Othila*, en primer lugar y al revés, luego *Hagalaz* y por último... —Marlenne abrió los ojos—, *Odín* —jadeó.

Angie entrecerró los ojos. ¡Mierda! El futuro de Marlenne no estaba aún definido como el de su hermana. ¿Qué le estaba por venir a su prima? Madre Tierra, ayudadla.

—En mi época lo interpretaría como que vuestra alma es pura, limpia, igual que la de un profeta —le dijo Angie examinando a Marlenne—, sabéis muy bien qué significa.

—Sí, lo sé —y también sabía que la runa de *Odín* le sugería que confiara en su destino, aunque no estuviera muy claro, pensó.

—Hermana, vuestro don despertará con más fuerza.

—Sí, Anette, pero será para augurar... desgracias —sentenció, apretando la mandíbula. Se removió inquieta sobre el jergón; su pulso se aceleró.

—Angie, ha llegado el turno de vuestro designio —le instó Anette, observando cómo su prima le daba la vuelta a las runas. Se quedó sorprendida y soltó en voz alta:

—¡Oh! —soltó pasmada. ¿Acaso estaba actuando mal enamorándose de un caballero? Miró fijamente los símbolos. Luego, levantó su cabeza y observó los rostros de preocupación de las dos hermanas.

—*Algiz*, *Perth* y *Teiwaz*, las runas de la confianza en sí mismo —comentó Angie, tragando saliva y tocándolas—, creo que estas señoritas, me sugieren algo demasiado importante. Me parece que debo asumir mi destino y enfrentarme a un peligro que aún no sabemos cuál es —promulgó—. Me temo que esta experiencia me servirá para mucho —propuso agarrando las manos de sus primas—. A partir de ahora, deberíamos prepararnos para unos

difíciles acontecimientos, en los que pondré todo mi corazón y mi cabeza por ayudarlos.

—¿Qué es? —preguntó Marlenne, frunciendo el ceño.

—La Santa Inquisición, cariño. La perra que viene a por nosotras.

* * *

Alfred comenzó a colocarse la armadura. Desde que los pequeños rayos del alba se reflejaron por los agujeros de la madera del establo, su físico pedía a gritos movimiento, ejercicio; estaba nervioso, necesitaba una buena pelea para descargar adrenalina. La cabeza le estallaría, de un momento a otro, si no dejaba de pensar en la peligrosa hechicera. ¿Qué encantamiento le había lanzado que no dejaba de cavilar el lugar para tener un próximo encuentro con ella? Sus ideas aumentaban; la cabeza rebuscaba sin parar el sitio donde la vería, donde volvería a tener apasionados encuentros, dónde fornicarían, si ella lo quería estar con él... Alfred apretó la mandíbula. ¡Maldito fuera!, se estaba enamorando igual que un burro. Tocó su arma para borrar las provocaciones que Angie le proporcionó la noche anterior sobre el algodón esparcido...

—¡Auu!

Un intenso dolor, en la mano, recobró su estado elocuente. Se hizo un pequeño corte en el pulgar al intentar enfundar la espada en la vaina.

—¿Tenemos a un capitán o quizás a un hombre que no deja de pensar en alguien? —las palabras de Louis hizo que Alfred girara su cabeza, enfurecido.

—¡Un capitán! soldado —respondió este ásperamente.

—Jajaja... Vamos, señor, sabemos que anoche tuvisteis un escarceo con esa hermosa joven. La que posee unos ojos que derretirían a cualquier hombre.

Alfred se movió tan rápido como un leopardo y desenvainó su espada, apuntando a su compañero al cuello. La sangre se le subió a la cabeza junto a los celos. ¿Celos?

—¡Si volvéis a hablar de ella, juro por Dios, que os rebanaré el pescuezo! —bramó con las venas de su cuello a punto de reventarle. Paralizó a Louis con su fría y letal mirada.

—Relajaos, hermano. No creo que Louis quisiera robaros lo que ya no se puede —le sugirió Adam, detrás de él.

Alfred ocultó la ira que se había apoderado de él sin darse cuenta. Se retiró bruscamente. ¿Qué le había pasado? ¡Por todos los demonios! Casi atraviesa a uno de sus hombres por una simple declaración. Apretó el puño y

se tragó su propio ego. Sabía que, en ese instante, los celos se habían cruzado en su camino. Y todo por la pequeña arpía, que lo había encantado.

—Lo siento, mi señor, no volverá a ocurrir —se disculpó Louis, bajando la cabeza y haciendo una venia.

—No, Louis, la culpa ha sido mía. Me he dejado llevar por...

En ese momento, Adam carraspeó.

—Por los celos, capitán, celos de esa mujer —le espetó su hermano.

A Alfred se le oscureció el rostro nuevamente. Debía calmarse y relajar los músculos; estaba tan tenso, que pronto acabaría degollando a alguien si no se controlaba. Se lo exigió, volviendo a enfundar su arma.

Adam lo miró extrañado. Algo había cambiado en Alfred, se dijo a sí mismo, sin quitarle la vista de encima. No podía creer que un simple esgarce, con una joven, lo hubiera hecho enloquecer de esa forma. Su hermano era un guerrero, y ante eso no había nada que se le interpusiera en su camino, ni siquiera su propia sangre. Pero no, no podía ser lo que le estaba sucediendo. El motivo por el repentino cambio hacia esa mujer tendría un motivo.

—Terminad de vestiros rápido. El alba está a punto de acabarse —comentó Alfred lavándose la cara en una pequeña jofaina llena de agua clara. Se limpió con un trozo de tela blanca, que había a su lado, y caminó hasta plantarse delante de sus dos hombres—. Me gustaría hablar con ustedes antes de salir de este lugar —su voz cambió por completo. La inseguridad brotó en el establo. Adam sintió una punzada fina en su pecho, Louis entrecerró los ojos; esperaron confusos.

—¿Qué ocurre, capitán? —le instó Louis, levantándose del sitio donde había descansado y acercándose a él.

Adam no podía pensar, no dominaba lo que su vista y su oído intentaban susurrarle. Parecía que se avecinaba el desastre, en dónde sus creencias se machacarían de un momento a otro.

—La hermosa mujer que anoche estuvo... —carraspeó varias veces antes de seguir—, quiero decir, Angie, la muchacha que nos encontramos en la colina junto a su prima, es una mujer que no practica nuestra religión. Es... *pagana*.

Adam cerró los ojos. No quería escuchar nada más, eso era lo que auguraba.

—¿Cómo decís, mi señor? —la tensión de Louis se cortaba con la espada.

Adam quedó en silencio. Su cerebro removía visiones, conversaciones con esa familia, sin embargo, había algo más que cambiaría su vida, al igual que

ya le había cambiado a su hermano.

—Necesito un juramento antes de seguir hablando —ordenó Alfred antes de contarle más sobre Angie y su entorno familiar.

Louis maldijo en voz baja; Adam siguió sumido en sus propias cavilaciones. Louis no respondió, solo asintió con su cabeza; sus facciones se endurecieron.

—Lo he tomado como un sí —dijo el capitán—. Quiero que escuchéis atentamente. Estamos en el hogar de una familia de... *paganos*, y toda la comunidad, posiblemente, también lo sea. Así que procurad que el demonio no os provoque —volvió a insistir.

—¡Querréis decir los brujos y brujas que hay aquí! —espetó Louis asqueado. Sus ojos refulgían de ira.

—¡Silencio! —bramó este—, aún no he acabado. Cuando termine, necesitare vuestra opinión —concretó el capitán, fundiendo al soldado con su mirada.

—Seguid, hermano —indicó Adam, terminando de colocarse el cinturón y cerrando las hebillas de la armadura.

—No sabemos nada de sus creencias. Estamos en un lugar completamente sumido por esa religión —la voz de Alfred se mantuvo firme en todo momento—. Conocemos nuestro deber. Juramos defender y proclamar la ley de Dios y de la Iglesia. Sin embargo, anoche... comprobé algo que me dejó intrigado —comentó recordando a Angie sentir su propia energía mediante la palma de su mano; como su piel y sus manos lo acariciaban, su boca lo besaba, sus dedos lo agasajaban..., carraspeó varias veces antes de seguir. Debía concentrarse y conseguir la confianza de sus hombres—. Angie, es una hechicera —elevó la mano indicando silencio, para que ninguno de los dos soldados respondiese antes de que acabara—, me demostró lo que su “don”, como ella lo nombra, puede llegar a hacer. Angie y su familia son diferentes. Creo, y me juego mi mano izquierda, que el Regente y los monjes inquisidores nos han envenenado con sus mentiras —Alfred incrementó el tono de su voz—. ¿Acaso estabais de acuerdo cuando se produjo la última masacre donde, aquellos aldeanos, nos ofrecieron un poco de *humildad*? ¡Fuimos unos cobardes! Aún no lo he podido olvidar. Los soldados luchan para un líder, para un rey, para preservar nuestras creencias si quieren desterrarlas, para defender nuestro país de las garras enemigas, pero no matamos por matar, a los que tienen una opinión opuesta a nosotros. ¿Queréis volver a hacerlo? —sus ojos brillaron intensamente, como la pasada noche con Angie. Sin embargo, esta vez no era de pasión, sino de furia.

—No, señor, no quiero volver a hacerlo, pero hay mucho en juego — Louis no podía creer lo que el capitán explicaba. ¿Sería verdad toda la patraña que le había contado esa pagana? Jamás se encontró en una situación así, y menos con la distinta actitud de su superior. Sus pensamientos lo estaban conduciendo hasta un gran problema, un enorme problema. Y, ya sabía de lo que se trataba—. Esto es totalmente una guerra contra nosotros mismos, capitán. Una lucha contra nuestros principios y sabemos que no hay salida, perderemos.

—Lo sé, Louis, pero el honor está antes que cualquier cosa. Mi alma me impide volver a masacrar a un pueblo, como tantos otros que solo cree en sus Dioses.

Adam caminó hasta su hermano; tocó su hombro para sentir su calor. Su enorme altura, al igual que la de él, lo hacía peligrosamente letal. En su mirada se apreciaba la sinceridad, el afecto a su hermano, pero también portaba una de las armas con las que siempre contaba: la fortaleza. Alfred sintió el fervor de Adam. Él, era todo lo que le quedaba en el mundo, su único hermano, su única familia.

—Nunca dudéis de vuestro honor, mi señor —le dijo Adam juiciosamente—. El mío es vuestro, hermano. Os acompañaré en todas las decisiones que toméis.

—Gracias, soldado.

Louis se masajó las sienes. Las órdenes debían cumplirse, aunque fueran contradictorias.

—Capitán, el mío... también es vuestro —Louis se agachó en forma de reverencia, asintiendo. La decisión había sido tomada y él no se quedaría atrás con la conciencia martilleándole sin cesar.

—Gracias. Ahora, me gustaría seguir con la conversación y terminar de contaros lo que Angie me anunció.

* * *

La repugnante mirada de Jacob era como la de un cerdo en su última hora de vida. Aquel hombrecillo, bajito, gordo y pérfido, intentaba convencer a Rudolf en enviar a uno de sus soldados hacia Mecklemburgo. Aquel dominico sabía muy bien que, en esa ciudad y todos los poblados que la rodeaban, estaban contaminados de “herejes y brujas”. Ya se lo confirmaron los espías que enviaron desde Roma, y ahora, él necesitaba saber exactamente cuántos hijos de Satanás tendrían que exterminar. Si conseguía saberlo sería un gran triunfo para obtener un escalón más alto en la Iglesia. Él mismo lo remitiría al

Santísimo, mediante un emisario y al mismo emperador si fuera necesario, pensó retorcidamente.

Jacob rezó un par de oraciones para despejar su cavilada mente.

—Me gusta la idea, pero aún es pronto —comentaba Rudolf, bebiendo un trago de vino—. Hace pocos días que el capitán y sus hombres salieron hacia Mecklemburgo. Deberíamos esperar.

—Mi señor, ¿habéis podido echarle un vistazo a las primeras hojas del Malleus? —preguntó este con sorna. Desvió la conversación para llevarlo a su terreno. Sus ojos se movían locamente por todos lados por si había alguien vigilándolo—. En él hay opiniones de nuestro pueblo católico. El hermano Heinrich y mi persona, hemos recopilado conceptos, testimonios de la gente, y todas coinciden en lo mismo, hablan sobre esa herejía. Antes de escribir esas *realidades*, lo pensamos, pero al final creímos que sería lo mejor. Informar al mundo del mal que nos rodea —decretó.

—¿Y eso es accesible, hermano? —la oscura mirada de Rudolf estaba fija en aquel frívolo dominico. Aunque, no confiara en él, la conversación que encauzaba esa serpiente, le gustaba.

—Mucho, mi señor —la engatusada lengua de Jacob, consiguió que el Regente sonriera.

—Está bien, está bien. Mañana enviaré a uno de mis soldados a esa ciudad —le instó este, volviéndose a llevar la copa de vino a la boca. Se bebió todo el contenido de ella y se echó más.

El espinado dominico sonrió interiormente; acababa de ganar su primera trama política. Sabía que el Regente, a pesar de ser más disciplinado que el mismo capitán del ejército del emperador, le gustaba asediar más de un lugar. Y pronto, muy pronto, él y su hermano Heirinch lograrían estar, por un tiempo, a las órdenes del mismo emperador. Una vez lograra ese acercamiento, el siguiente paso sería... dominar absolutamente el Imperio Romano Germánico.

—Gracias, *su majestad* —y con una amplia sonrisa, de oreja a oreja, dejó esas palabras en el aire, para que el hombre que lo observaba entendiera su pretensión.

* * *

—Buenos días, caballeros, ¿cómo habéis pasado la noche? Espero que hayáis descansado —expuso Nils, saludando al capitán y a sus hombres—. Por favor, sentaos, mi esposa os traerá té caliente y unos panecillos recién horneados —concretó—. Os aseguro que esa bebida revive a un muerto —y

soltó una carcajada al ver a Mathilda con una bandeja en sus manos repleta de tortas, panecillos y una tetera. Anduvo hasta ella y besó su mejilla. Mathilda se sonrojó; colocó la bandeja sobre la mesa.

—Gracias —respondió Alfred indicándoles a sus hombres que se sentaran.

—Buenos días, señores —saludó Mathilda.

Louis se quedó mirando aquellos succulentos panecillos; no podía quitar la vista ni el olfato de ellos. El aroma de las deliciosas tortas y el del pan bañaban su paladar con solo olerlas. Se removió inquieto en su asiento, ansiaba hincarle el diente.

Adam, sin embargo, no podía dejar de pensar en la larga conversación que había tenido con su hermano, momentos antes. Alfred estaba trastocando las órdenes de Rudolf y ahora proliferaban las suyas. No entendía cómo es que, siendo un capitán, un caballero de una Orden sagrada y destinado a un cargo, podía reflexionar y escuchar a unos *paganos*. Sí, la palabra *pagano* sonaba tan mal como los mismos nombres de los engendros del diablo, pero desde que se crio entre monjes no había otro nombre por lo que llamar a aquella gente.

Adam ojeó el cálido salón. Su mente se concentró en otro hecho, en otra persona. Una persona que lo atraía desde que la vio. No obstante, ahora no la veía por ningún lado, parecía habérsela tragado la tierra. Esa jovencita, de cabellos tan rubios como el sol, lo tenía en un vilo. Adam, maldijo interiormente. No entendía por qué diablos pensaba en volver a contemplar a la joven muchacha de mirada inquieta.

En ese instante, se escuchó un fuerte crujido de la puerta contigua al salón. Alfred tensó la mandíbula, Adam se impacientó y Louis siguió degustando, con sus ojos, los deliciosos panecillos delante de sus narices.

—Buenos días, caballeros. Mi señor... —la dulce y aterciopelada voz de la joven que yació con él la noche pasada, apareció por esa puerta acompañada de sus primas. La risita nerviosa de Anette, al salir junto a Angie, desapareció por completo; se encontró al soldado, de ojos exasperantes, examinándola sin parpadear. Se le formó un nudo en su estómago que casi la hace retorcerse. *Es él.*

Angie sintió el rubor recorrerle las mejillas al ver a Alfred sentado, mirándola igual que un depredador esperando a que ella hiciera un movimiento extraño para saltar y devorarla, sin piedad. El capitán llevaba la misma indumentaria metálica; esa malla metálica le cubría parte del espectacular físico que ocultaba tras ella. Los músculos de su cuello parecían tensos, listos para un combate. Pero lo que más atrajo su atención fue la

incipiente barba del día anterior, lo hacían ser un hombre rudo, y eso le gustaba. *Oh, por todo el oro del mundo, lo deseo de nuevo.* Si tan solo comprendiera él la religión de sus antepasados...

—Buenos días, sobrina —su tío Nils se adelantó y le dio un beso en la frente. Alfred sintió un pellizco en las entrañas. *Es mía.*

—Hola, mis amores —Mathilda se acercó a las hijas y cogió sus manos, luego miró a Angie y le hizo señas con la mirada, en modo de advertencia. Ella lo captó de inmediato.

—Madre, enseguida os ayudo —indicó Marlenne, caminando hacia la cocina. Su hermana la siguió apresurándose.

Sin embargo, Angie permaneció en la estancia. Alfred la escrutaba con ansias de volver a tenerla bajo él, de proporcionarle placer y lamerle toda su espléndida piel. Su cuerpo se enardecía con su presencia, y eso era un verdadero problema. ¿Qué haría dentro de unos días cuando se fuera? ¡Maldición! No quería pensarlo. ¿Acaso él estaba cayendo en el enredo del amor? *No, no puede ser.* Intentaría pasar todo el tiempo que pudiera en compañía de aquella arpía de ojos almendrados y piel tan blanca como la luna.

—Mi señor, me gustaría invitaros a la festividad de nuestras cosechas —comentó Nils, sentándose en un viejo sillón de madera. Angie comenzó a servir el té caliente a los soldados. Alfred se mordió la lengua, por no morder la mano de aquella preciosidad—. Es una pequeña velada que hacemos todos los años en verano para agradecer... a Dios —carraspeó por no decir Dioses—, el buen año de nuestras cosechas.

—¡Oh, tío Nils!, eso sería estupendo que el capitán y sus hombres asistieran al acontecimiento —dijo ella sonriendo y observando la reacción de Alfred. *Decid que sí, por favor. Entenderéis nuestra forma de vida,* pensó esta enseguida.

Adam y Louis sintieron como la sangre les bullía dentro del cuerpo. No dijeron nada, esperaban ansioso la decisión del capitán. Sabían de antemano, que la conversación que tuvieron en la habitación, sobre la religión de aquellas personas fue exasperante y Alfred dejó bien claro que debían asistir y escuchar las creencias de Angie y de esa comunidad *pagana*. Más bien fue una orden en vez de una sugerencia.

—Mis respetos, señor de Brant —Alfred se levantó antes de hablar—. Hemos viajado desde Lahnek para un propósito. Nuestro Regente nos envió para proclamar las nuevas leyes de la Iglesia en Mecklemburgo y en sus pueblos de alrededor. Estamos agradecidos de vuestra hospitalidad y

humildad. —Ojeó la cara de la preciosa muchacha, que se le estaba oscureciendo; la de su tío comenzaba a tensársele y se le movían los músculos de la mandíbula junto a un tic nervioso en el ojo—, pero, como hemos sido tan bien acogidos en su hogar, postergamos la proclamación unos días, y así conoceremos vuestras *creencias*. Seremos testigos de vuestra fe.

Nils tragó saliva. La frente se le perló de sudor, su respiración se le agitó, el corazón palpitó a gran velocidad y el tic del ojo incrementó el movimiento... ¡Sabían que eran paganos! ¿Cómo lo habían averiguado? A Nils se le atascó las palabras en la garganta, no por enfrentarse a tres soldados, sino porque su familia estaba allí, indefensa.

—Tío, Nils, relajaos —le propuso Angie, acariciándole el brazo. Su mirada se posó en Alfred y él asintió, haciendo un gesto con la cabeza. Ella empezaba a confiar en él. No obstante, había tomado una decisión: le diría a su tío un hecho que lo descolocaría. Pero la verdad solo tenía un camino—. Estos caballeros saben lo que soy. Yo misma se lo expliqué al capitán.

Angie quedó sorprendida al verle la cara a Nils. En la expresión de su rostro se reflejaba el horror.

—Angie, por todos los dioses... ¡¿Qué hicisteis?! —su tío había cogido un color ceniciento. Su voz apenas se escuchó; casi se cae al suelo del susto.

—Hice lo correcto. Él no es como los demás soldados, no es lo que pensáis... ¡Sé a lo que nos enfrentaremos! y no estoy aquí de visita. ¡Es por un propósito! Tío —su afligida voz consiguió remover inquieto a Alfred—. ¿Acaso no debo ayudaros? Ahora mi vida tiene sentido, he sido enviada para salvaros —Angie no podía quedarse callada. Todo estaba saliendo a la luz. Su lengua arrojaba palabras que podrían llevarlas a la hoguera, o peor aún, lastimar a gente humilde como ellos. No obstante, guardar lo inevitable podría ser un error aún peor. Tarde o temprano, la Iglesia se enteraría y llegarían los ejércitos destinados para matar y quemar a cientos de personas iguales que si fueran simples pedazos de carnes. Angie suspiró antes de seguir; los ojos se le inundaron de lágrimas al pensarlo. ¿Qué había hecho?

Nils examinaba, desconcertado, a su sobrina y a los caballeros. ¿No se había dado cuenta ella que había caído en una trampa? ¡Aquello sería una herejía para ellos! ¿Qué haría en esos momentos? ¿Qué locura! ¡La cogerían y la arrastraría como a un perro!

Alfred caminó hasta Angie. Su dura mirada se suavizó al acercarse. Con el pulgar rozó su mejilla y limpió las lágrimas que caían por ella.

—No temáis, mi señora. Mis hombres son de confianza y queremos ser juiciosos con vuestra religión. Somos hombres de honor —dictaminó. Eso era

falso, nunca habían sido hombres de honor y todo por culpa de las órdenes de Rudolf y de su propia condición de ser capitán. Pero, a partir de ahora, lo serían. Lo juró en silencio. Contempló la delicada mirada de aquel ángel de belleza sublime. ¿Cómo podía arrastrar a esa mujer a un juicio?

Nils abrió los ojos de par en par. No podía creer lo que estaba escuchando, ¡no podía! Por poco se le cae la mandíbula. ¿Le estaban dando una oportunidad para creer en ellos? ¿Era una retorcida artimaña? Aquello debía ser una pesadilla, o no, no era eso, se dijo así mismo. Si hubiera sido una pesadilla ya se habría evaporado. La realidad sucedía delante de sus narices. “Angie”, pensó rápidamente. El destino había decidido que ella estuviera entre su familia. Su atormentado futuro comenzaba a cambiar. Nils dio las gracias interiormente a su mujer y a sus hijas. Sin ellas, su protegida no habría estado allí, en esos momentos.

—Caballeros... —Nils vocalizó un poco. Su desconcierto era notable—, gracias —fue lo único que dijo a media voz. Luego se levantó, intentando asimilar las consecuencias y caminó hacia la cocina en busca de su familia.

—Gracias —le susurró ella al capitán, manteniéndose a un cierto margen para no tirarse a sus brazos delante de los soldados y no ponerlo en evidencia.

—De nada, muchacha —él sonrió. Angie por poco se derrite al presenciar aquel hoyuelo que se le formó en la barbilla—. Creo que merecéis la oportunidad de tener un juez para ver de cerca vuestras creencias.

—Mi señor, estoy sorprendida —murmuró en voz baja para que los demás no se enteraran—. ¿Asistiréis al festejo? Por favor, aceptarlo... —los suplicantes ojos de Angie convencieron rápidamente al caballero.

—Sí, pero con una condición —la profunda voz la alertó.

—¿Cuál?

—Que paseéis conmigo a caballo por este entorno —sugirió con una chispa de lujuria.

—Cuando queráis —la sonrisa de ella consiguió que él cambiara de postura las piernas. Su erección era demasiado notable. Parecía que tenía un falo de madera entre las piernas.

Él asintió. Luego caminó hasta la mesa y cogió su vaso para beber un poco de té. Angie dio media vuelta, con el corazón latiéndole por horas y se adentró en la cocina.

El capitán giró la cabeza. Vio que Adam lo observaba y afirmaba con la cabeza su decisión. Luego comenzó a devorar los panecillos junto a Louis, que ya estaba dándose el atracón.

* * *

Angie acababa de ser sentenciada por un juicio de sentimientos. Eso avivó el deseo de estar con Alfred, de sentir los latidos de su corazón cuando acercaba el rostro a su pecho, de apreciar su enorme virilidad moverse con ímpetu dentro de su cuerpo, del placer que conllevaba hacer el amor con un hombre en guerras curtidas, de un soldado de múltiples experiencias, y que a ella la hacía sentirse la mujer más satisfecha del mundo. Escenas vividas la noche anterior aparecieron de repente en su memoria. *Madre, si estáis en el cielo y podéis verme, apoyadme en esta decisión*, proclamó para sí.

* * *

—No puedo creerlo... —Mathilda tenía los ojos a punto de salírseles. Habló en voz baja para que sus palabras no llegaran a oídos de esos hombres—. ¿Me estáis diciendo que quieren conocernos? ¿Qué quieren darnos una oportunidad? No me engaños, por favor...

—Sí, mujer, ¿cuándo os he mentado? —indicó Nils aún confuso.

—Padre, es muy peligroso. Podría ser una trampa —Anette se unió a su madre en esa incertidumbre.

—No sé... —dijo Marlenne, llevándose a la boca un panecillo caliente—, Angie sabe muy bien lo que hace. ¿Acaso no la invocamos para que nos ayudara? Debemos confiar en ella. Además, el capitán será su futuro esposo. Lo sabemos y ella también lo sabe. Ahora estamos en medio de una encrucijada, nuestro destino está en manos de esos caballeros —masticó el suave pan mientras troceaba, con una navaja, otro pedazo para llevárselo a la boca.

—Deberíamos confiar en nuestra protegida, Mathilda, aunque mis hombres estarán avisados; deben estar al tanto por si debemos huir —contestó Nils, inquieto. No obstante, creía en Angie—. Además, si esto fuera una maldita maquinación de esos hombres, las runas de Marlenne lo hubieran presagiado, e incluso Anette lo hubiera vaticinado con sus visiones —expuso—. De todas formas, son solo tres soldados... ¿Qué daño nos puede causar tres hombres contra más de cuarenta familias?

—Qué ignorante sois, Nils —le reprochó su mujer.

—No, Mathilda. Si vemos que ellos toman una decisión en contra de nuestras creencias, la comunidad se enfrentará a ellos. Somos cuarenta y cinco hombres, mi amor.

—No subestiméis el poder de los caballeros, Nils. Sabéis que somos un mísero grano de arroz en comparación con la comunidad Cristiana. Si ocurriera algo, vendría el ejército completo y arrasaría con todo Hanon.

Nils se acercó a su mujer y la abrazó. Sabía que contra la Iglesia no podían hacer nada. Pero lucharían, con todas sus fuerzas, por su vida y la de sus descendientes.

—Jamás os harán daño, mi amor —él acarició los cabellos de su esposa lentamente e introdujo su mano en ellos. Luego le elevó la cabeza y la miró—. Mientras yo permanezca junto a vos y a mis hijos, no sufriréis ningún daño. Ahora, lo primordial es hacer lo correcto —giró la cabeza y ojeó a sus hijas—. Angie nos ayudará.

—Sí, padre, el destino nos protegerá y nuestra prima también —concretó Marlenne asintiendo. Anette se acercó a su hermana y le dijo:

—Necesito confiar, hermana mía, y no puedo —sus palabras fueron salpicadas de aprensión.

—Confiaréis, Anette, confiaréis —contestó Angie, adentrándose en la cocina y acercándose a ella. Cogió la mano de su prima y la abrió, dejando la palma a su merced—. La confianza y el amor verdadero aún están ocultos dentro de vuestra alma —le dijo señalando una larga línea sobre su palma—, pero tiempo al tiempo. Vuestro destino está sellado, cariño. No temáis, la felicidad llamará a la puerta de vuestra vida.

CONFESIONES DE UNA SIRVIENTA QUE SUFRIÓ
JUICIO
EN BRISACH:

“Son las parteras las que causan mayores perjuicios a la fe”.

SE HA VISTO ADEMÁS CLARAMENTE POR LAS
CONFESIONES DE ALGUNAS OTRAS QUE HAN SIDO
DESPUÉS QUEMADAS.

MALLEUS MALEFICARUM (1486 Año del Señor)
El Martillo de las Brujas (FACSIMIL Traducido pag. 306)

CAPÍTULO 8

—Esta colina es una belleza, muchacha... igual que vos.

Angie sintió una fuerza vital dentro de sí. Las palabras de Alfred conseguían que olvidara el tortuoso futuro que le deparaba a su familia. Un futuro a manos de hombres que juraban lealtad a su Dios, pero con la intención de arrasar cualquier creencia que fuera distinta a la de ellos. Angie se removió inquieta sobre el caballo. Él la cogió por la cintura para sujetarla.

—Si no dejáis de moveros, Cuchiel notará que no queremos cabalgarlo y nos dejará caer —le murmuró Alfred en su oído. A ella le recorrió un pequeño y agradable escalofrío por la nuca. La cercanía del capitán contra su espalda, rozando su poderoso cuerpo, borraba cualquier preocupación que tuviera y la volvía sensible, a pesar de estar completamente ataviado con esa ruda cota de malla.

Alfred, comenzó a tocar las manos de ella, para suavizar su tensión. Las sensuales caricias que le proporcionó casi la derriten y la convierte en lava ardiente...

—No creí, que vuestros hombres, estuvieran tan dispuestos a obedecer la *juiciosa* orden de su capitán —le instó ella, ojeando el frondoso bosque que había delante de ellos. Los gigantescos árboles oscurecían el lugar. Pronto llegarían cabalgando y se adentrarían en la espesura.

—Las órdenes del capitán son inquebrantables, *hechicera* —susurró nuevamente. La voz de Alfred se enronqueció. Angie apreció el ardor en el caballero, el poder que emanaba por todos los recovecos de su armadura; este la había pegado más a su cuerpo.

—Mi señor... —ella intentó girarse sobre el caballo y así contemplar aquel rostro tan perfecto. Necesitaba mirarle a los ojos y canalizar sus sentimientos. Él la ayudó a darse la vuelta. Ambos cuerpos quedaron a tan solo tres pulgadas de unirse, de rozarse, de acariciarse. De pronto, algo trastocó a Angie. Su pulso se aceleró, como si hubiera corrido más de mil metros lisos, los nervios afloraron a tal punto que parecía estar en otro lugar, en otro sitio. Y entonces, sucedió. Lo vio de nuevo. El aura de Alfred brotó a

su alrededor con la intensidad del fuego, con los colores del sol y la pasión. Irradiaba sus sentimientos, lo que en esos momentos deseaba; la necesidad de amor lo embriagaba, segundo tras segundo.

Angie jadeó. Podía percibir las emociones de Alfred, todas. Era increíble que su don no lo hubiese desarrollado en su época. ¿Podría ser verdad que estuviera descubriéndolo allí, en aquel siglo? Parpadeando varias veces para cerciorarse de lo que estaba viendo. Su vista se había quedado prendida ante el espectáculo.

—¿Estáis bien, Angie? —A Alfred se le oscureció la mirada al verla.

Angie abrió los ojos de par en par cuando él le habló ¡La intensidad de su aura se incrementó!

—*Es increíble...* —Contestó ella con un acento diferente; rápidamente se dio cuenta y tapó su boca. ¿Qué es esto?

Alfred entrecerró los ojos. Cuchiel relinchó. Algo estaba pasándole a Angie, pensó este mientras se adentraba y pisaba las sombras del bosque.

—Mi señor, he vuelto a ver la energía que os rodea. Sois increíblemente poderoso. Puedo apreciarlo a través de vuestra aura, confirmarlo con mi corazón y atestiguarlo con mis ojos. Sois el hombre que aparecéis en mis sueños, sin lugar a dudas, desde hace semanas —concretó a media voz—. Jamás pensé que pudiera ver las cosas con demasiada claridad —dijo con la mirada fija en él, observando su reacción—. Ahora, comprendo el por qué estoy en este mundo. El destino ha querido que estemos juntos.

Él se quedó unos instantes digiriendo las palabras de la hechicera; luego, sonrió y la abrazó con posesión. Alfred estaba prendido, embrujado por una hechicera con la lengua demasiado larga. Pero no sabía cómo demonios necesitaba a esa mujer ávidamente. Angie era agua para un sediento, alimento para un desnutrido; ella ofrecía amor a un soldado opuesto a sus creencias, entregaba su humilde alma a un estúpido guerrero sanguinario que nunca se detuvo a pensar el daño que producía... ¡Maldito fuera! Alfred sintió su sangre bullir al recordar las leyes de la Orden y las del Santísimo.

Su Santidad Inocencio VIII, ordena que se ejecute a todo aquel hijo de Dios que crea a las brujas, a los demonios y a la brujería. Cualquier debilidad que el hombre tenga a dicha decisión, también será ejecutado por menospreciar la ley de Dios...

Alfred injurió en silencio. ¿Cómo podía creer que Angie practicara esas atrocidades? ¿Acaso ella era el puro reflejo de las imágenes que dibujaban en los libros donde describían al Demonio? ¡No! pensó indignado. Ella era hermosa, inteligente, hábil, de corazón puro..., no como las horrendas

mujeres que los monjes plasmaban en sus manuscritos. ¡La creaban a su merced!

—¿Qué pensáis? —le preguntó ella, separándose un poco de él y ojeando sus duros rasgos. Su corazón le dio un vuelco; Alfred pensaba algo que lo estaba trastocando.

—Me gustaría que conocierais un poco, con quien estáis paseando —comentó él, elevándole la cara y acariciando sus mejillas.

—Sois un caballero de una Orden sagrada. Sé cuál es vuestro destino, a lo que os habéis enfrentado y lo que estáis viviendo —le indicó ella, firmemente—. Los libros de historia han traspasado siglos, Alfred, y he sido una auténtica esponja mental para empaparme todo cuanto quería saber.

En ese momento, Cuchiel atravesó el umbral que separaba la claridad y se adentró en la oscuridad del bosque. Ambos amantes se vieron rodeados por un espeso follaje verde. La dificultad para que alguien pudiera verlos era palpable. El repique de los pequeños pájaros producían dulces melodías para Angie. El capitán y la hechicera se hallaban completamente apartados del mundo, ocultos en un lugar virgen, natural, inexplorable...

Ella abrió las aletas de su nariz y respiró el aroma de la naturaleza, la fragancia de los abundantes pinos que la rodeaban. Angie se sentía viva, tan viva como el espíritu del bosque. Podía percibir la energía de la Madre Naturaleza en su propio cuerpo, la vitalidad de esa tierra a su alrededor. Sin embargo, por mucho que quisiera despejarse, la cruda realidad volvía a hacerle estragos, dejando su mente con el recuerdo amargo de la sociedad en la que envolvía Hanon. Alfred, intentaba juzgar su propio destino, incumpliendo una rebelde orden de su superior, y ella, revelando sus creencias a unos soldados que podrían cogerla y quemarla por dicha revuelta.

—Entonces, ¿ya comprendéis a que me dedico? —preguntó él con sorna. Esperaba que ella supiese lo que era un ejército, como el que poseía. O poseyó.

—Sí —ella elevó una mano y tocó su hombro—, sé que habéis matado, y también habéis luchado por salvar el nombre de Dios —declaró.

—Angie, no solo es eso —le apartó un mechón de su cabello del rostro—, hay más circunstancias que no sabéis y que me llevaron a ser capitán de un ejército.

—Pues contádmelas —le sugirió.

Pero antes de que él le respondiera, ella se acercó y lo besó. Angie urgía sentir los gruesos labios del capitán sobre los de ella, apreciar el sabor de su boca y de su lengua. Alfred la recibió gustosamente. Eso lo enardecía,

apretándola más contra él. Ella sintió que él necesitaba su medicina, el jarabe para calmar su dolor, y ella se lo proporcionaría libremente.

Sus bocas se fusionaron con la misma pasión que la noche anterior. ¡Ella le pertenecía! gritó él para sus adentros. Era suya, nadie la tocaría mientras él estuviera a su lado. El instinto de posesión enloqueció a Alfred.

Ella se separó un poco; él protestó.

—¿Recordáis lo que os dije anoche, mientras sucumbíamos? —Las pecaminosas palabras de Angie, consiguieron que él no pudiera aguantar la tremenda erección que tenía en sus pantalones, era demasiado dolorosa. Necesitaba penetrarla hasta los confines más profundos de su cuerpo.

—No la recuerdo... —soltó él, sonriendo y enarcando una ceja.

Angie jadeó. ¡Joder! esas palabras salidas de su boca lo hacía más seductor y, el pequeño hoyuelo que se le formaba en la barbilla, la enloqueció.

—¿Seguro?

—No hay que ser tan necio, para intuir y entender vuestras palabras. ¿Queréis que os pronuncie las mías? —preguntó soltando una carcajada cargada de chispas.

—Probad —le incitó ella.

—Voy a haceros que gritéis mi nombre en voz alta, mientras os penetro, mientras os hago delirar de placer. Lloraréis implorando más, y más. Clamaréis que os vuelva a lamer todo vuestro cuerpo, vuestra boca.

—Oh —gimió ella anticipadamente.

Alfred sonrió con malicia. Angie sería suya dentro de poco.

—Me parece, que buscaremos un lugar donde pueda enseñaros esas lecciones —le instó él mientras la excitación lo corroía. Espoleó a Cuchiel para buscar un lugar donde exponerle, a su hechicera, la particular lección.

* * *

El semental se abría camino a través del espeso follaje; parecía estar conectado a los mismos pensamientos de su amo. La urgencia por buscar algún lugar donde perecer, con la mujer más hermosa del mundo, era brutal.

Alfred ojeó el entorno y luego a la hermosa hechicera. Ella se hallaba en silencio, abrazándolo y sintiendo los latidos de su corazón. De repente, Alfred vio un claro iluminado en el bosque. Cuchiel relinchó en respuesta. Él arreó las espuelas para llegar lo antes posible.

Descabalgaron en un claro, cerca del remanso de un lago. Las tranquilas aguas resplandecían con la débil luz del sol. Realmente parecía una exquisita foto de una postal, pensó Angie al presenciarlo.

—Oh, Alfred, este lugar es precioso. Solo llevo días con mi familia y me queda aún tanto que contemplar de este maravilloso sitio —la nostalgia inundó su corazón—. Es pura naturaleza. En mi época es difícil ver tanta vegetación concentrada, sin antes haberla explotado, como los parques o reservas forestales que abundan.

—Es el mismo planeta, hermosa —le instó él, bajándola del semental.

—Sí, pero la ciencia avanzará. Las grandes industrias seguirán abarcando terrenos y quedarán muy pocos lugares como este —le contestó. Plantó los pies en la tierra y anduvo hasta la orilla del lago; se remangó el vestido y se sentó sobre un extremo, dejando caer sus pies al agua. La sensación fresca de las aguas, rejuveneció la sangre de Angie. Era igual que una chispa vital enérgica. Acercó el rostro, a las cristalinas aguas, y se quedó presenciando el débil reflejo de su imagen. Quedó aturdida cuando ojeó lo hermosa que estaba. ¿Cómo diablo había cambiado tanto? ¿Esa era ella?, se preguntó tocándose las sonrosadas mejillas y la tersa piel de su cutis. Se extrañó bastante, porque sus pequitas se habían intensificado de color; ahora eran de un tono más intenso y, sin embargo, no llevaba puesto maquillaje, ni ninguna crema de las que usaba en su tiempo.

—Sois preciosa por naturaleza, pequeña hechicera. Jamás conocí a una muchacha como vos —la silueta de Alfred, reflejada en las aguas, hizo que ella girara la cabeza repentinamente.

—Oh, me siento tan diferente —Angie estaba acongojada de verse, de sentirse y hasta de su mismo vocabulario. ¿Acaso ese viaje, a través del tiempo y espacio, había cambiado su físico, su vida y ahora también su actitud?, la respuesta salió rápido de su cerebro: sí. Solo tenía que verse y palparse.

Él se sentó a su lado; sintió la melancolía de aquella mujer. Esperó, en silencio, que ella aclarara sus incertidumbres sobre el lugar en el que estaba, el que existía en ese momento, en las circunstancias que la rodeaban... Alfred no comprendía del todo su extrañó destino, su misterioso viaje, pero la escucharía y daría su opinión sobre lo que ella preguntara. La oportunidad de ser testigo de las vivencias de una familia de paganos marcaría un antes y un después en sus creencias, pensó este.

Angie respiró profundamente y sacó, de uno de los bolsillos interiores de su vestido, un pequeño saquito de tela color borgoña.

—Quiero conoceros mejor, ¿me lo permitís? —le preguntó ella.

—Sí. ¿Qué es eso? —le instó él con la cabeza, señalando el saquito.

—Son las runas de mi prima. Ella me las prestó antes de salir del pueblo.

—Umm, entonces, ¿podéis adivinar a través de esas runas, hechicera? ¿Me vais a lanzar algún conjuro de esos de los que conviertas a un hombre en cabra? —preguntó este burlonamente; se quitó la vaina donde portaba el arma, depositándola a su lado.

—Probaremos —le indicó sonriendo—, pero lo de convertirlos en cabra no me apasiona. Prefiero lo otro.

Angie desenredó el nudo del saquito y lo abrió, luego depositó despacio los pequeños trozos de madera labrada sobre la hierba; los removió y los tocó para sentir libremente su energía. Alfred ojeaba todos los movimientos que hacía, sus ágiles manos no dejaban de acariciar los pequeños fragmentos de madera tallada. Angie cerró los ojos y dejó su mente vacía, tan solo con el pensamiento de su caballero.

—Seleccionaré seis runas para adivinar el pasado, el presente y futuro que os espera, capitán —Angie abrió los ojos. En ellos se apreciaba el brillo que irradiaban, parecían hechizar a todo ser vivo que estuviera cerca. Su voz igualmente había cambiado. Tenía un acento distinto, profundo y trascendental.

Alfred asintió con la cabeza. Necesitaba una prueba de que Angie no era una bruja, tal y como habían jurado más de un... Se mordió la lengua para no soltar una blasfemia. Él no era un sicario de la fe, sino un siervo más para plantar justicia.

Angie cogió las seis runas tal y como le indicó a Alfred. Las colocó bocarriba, formando una cruz céltica. Él no dejaba de examinarla. Ella siguió con su cometido; aspiró una bocanada de aire limpio y lo soltó con lentitud. Observó los símbolos que habían salido a la luz y comenzó a leerlos. Primero empezó con la runa de la derecha, el pasado.

—Esta runa decreta el pasado, lo que hubo atrás y lo que os influye en el presente. Ha salido el símbolo *Jera*, que significa “cosecha”. Tal y como apunta, en el pasado habéis cosechado con esfuerzo el éxito y la perseverancia por conseguir el puesto en el que estáis, capitán —dijo firmemente. Luego continuó—. Ahora, vuestra designación ha sido trastocada por una decisión. Comprendo que vuestras inquietudes os aturden y creen una separación entre el antiguo y el nuevo pensamiento. Sé que habéis sufrido mucho, mi señor, pero eso ya ha pasado. Os ha costado y os costará mucho entenderlo; el sacrificio de vuestra educación será el que os ayudará a encontrar la paz interna.

A Alfred se le subió el pulso a la garganta. ¿Cómo podía saber Angie lo que realmente había sufrido?

—Es imposible que sepáis todo eso... —pronunció este un poco desconcertado. Sin embargo, quería conocer más a fondo a su hechicera—. Seguid, por favor.

Ella asintió.

—La runa del presente simboliza vuestra vida, tal y como ahora os encontráis, y también las dudas e incertidumbres que os corroe en estos momentos. Ha salido el símbolo *Mannaz*, pero al revés, que prácticamente es el carácter personal del consultante —Angie comenzó a pensar. Ese signo céltico al revés significaba una sola cosa...—. Esta runa dicta que, dentro de vuestra alma, hay una lucha interna por romper algunos hábitos.

Alfred la miró con intensidad.

—Es verdad —le contestó él rápidamente—. He conocido a una preciosa hechicera que me ha devuelto las ganas de seguir viviendo —y sonrió con debilidad.

A Angie se le agitó el corazón. ¿Cómo podía él decirle aquello? ¡Solo llevaban dos días conociéndose y ya se le declaraba! Angie suspiró. Las tonterías que estaba pensando debía borrarlas de la mente. Ella misma debía aplicarse el cuento, ¡también rabiaba por estar junto a él de nuevo! y, probablemente, se estaba enamorando; algo que en su época era absurdo. *Madre mía...*

—Os parecerá una bobada, pero... me siento a gusto cuando estáis a mi lado —le instó sonriendo.

Alfred se aproximó a ella y depositó un delicado beso en sus labios. Ella gimió ante tal contacto. Quería más, no podía soportar ese pequeño entremés para saciar su enorme apetito... ahora sexual.

—Seguid con vuestro don, por favor —le volvió a sugerir, acariciándole los dedos.

Ella tragó la saliva y continuó. ¿Cómo podía seguir ahora? ¡Tenía las piernas hechas gelatina!

—Tenemos un acontecimiento, en un futuro próximo, con la runa "*Dagaz*" —Angie respiró agitadamente y tapó su boca.

—¿Pasa algo? —preguntó él, oscureciendo el rostro.

—Oh, Dios mío, es sorprendente. No es nada malo, solo es que, el cambio que os espera en el futuro, será bestial, Alfred. Una transformación completa de vuestra vida y de vuestros principios. Mejoraréis en todos los aspectos y cambiaréis vuestra actitud. Mi señor, el destino que os espera será un continuo desafío, y todo para conseguir defender la verdad. —A ella se le nubló la vista. Sus ojos anunciaron la proximidad de las lágrimas. No quería

llorar, no pretendía estropear el maravilloso día que ambos estaban compartiendo, pero saber que él intentaría cambiar sus creencias, era milagroso.

—Ahora, muchacha, me habéis dejado con la boca abierta.

—Esperad, aún no he acabado —consiguió articular. Angie se tragó el nudo de satisfacción que le impedía pensar con claridad. Debía acabar con su lectura de runas, se impuso.

—Entonces, acabad, estoy ansioso.

—La cuarta runa indica la raíz y el origen de vuestro destino. Ha salido el símbolo "*Gebo*": el don, la asociación. La libertad es la palabra que define esta runa. La asociación que tuvisteis con vuestra designación, ahora debe ser liberada, porque vuestros pensamientos son contradictorios.

—Mi señora, no dejáis de sorprenderme. Jamás creí que mi futuro estuviera en manos de una runa, o mejor dicho de una... *hechicera*.

—No está en mis manos. Solo percibo vuestro destino fugazmente, nada más.

Él le instó para que acabara. Necesitaba urgentemente sentir y acariciar la piel de Angie bajo la suya. *Qué tormento, por Dios*. Lo tenía de nuevo bajo ese influjo suyo.

—Y por último nos quedan dos runas. *Inguz y Kano*: como rebasar los obstáculos y afrontar la vida en estos momentos. Comenzaréis un nuevo periodo de cambios que trastocarán vuestra forma de ver las cosas, capitán. Sin embargo, lo admitiréis con orgullo y satisfacción. Es un nuevo camino hacia la libertad y el amor —Angie fijó la mirada en su caballero. Él estaba completamente embobado, contemplándola—. Acabaré con el símbolo ya citado, *kano*. Crearéis y os rodearéis de un ejército de hombres libres que defenderán vuestra verdad. —Concluyó.

Alfred se quedó sin aliento. Su destino, supuestamente, había sido sellado por Angie. No hacía falta saber más sobre lo que pasaría. Ella había ahondado en su vida como si hubiera nacido y crecido a su lado. Aquella lectura runal, o como se le llamase, había sido todo un misterioso acontecimiento. Y podía atestiguar que el diablo no salió en ningún momento de las aguas del lago, ni de debajo de las piedras, ni del cuerpo de la muchacha, tal y como advertían sus superiores. Ella era pura, descarada en cierto modo, pero transparente en sus decisiones. Angie empezaba a transformar parte de su personalidad, parte de sus creencias; había entrado en su vida tan rápido que le era imposible pensar con claridad. Ya le era difícil sacarla de su mente, y el problema vendría cuando entrara en su... corazón. Él tenía que reconocer que nunca

demostró tener interés en una mujer más de dos semanas seguidas. Por culpa de su trabajo tal vez, o porque nunca quiso. En sus múltiples escarceos con cortesanías y mujeres liberales, ninguna consiguió despertar ese deseo, esa pasión que Angie conseguía avivar en su persona; unos sentimientos que ni él mismo sabía que existían. Su amor a la vida había sido enterrado en el momento que juró lealtad a su Dios, lealtad a hombres que renunciaban ser felices por adueñarse del mundo, y lealtad al Santo Padre. No obstante, ahora su designación sería diferente, lucharía por algo que desconocía, pero que intentaría que Angie lo acompañara, defender... la verdad.

* * *

—Espero que el capitán regrese pronto. No me gustan las miradas ajenas —instó Louis, caminando con Adam por la comunidad—. Sabemos que esa hechicera está cautivando a nuestro líder. Espero, que por su bien, todo lo que le contó a vuestro hermano, sea verdad.

—Louis, Alfred no es un niño y sabe muy bien por donde se desliza —eso esperaba, pensó Adam mirando a los aldeanos que lo escrutaban con recelo; los habitantes hacían sus quehaceres y saludaban atemorizados. La desconfianza flotaba en el entorno.

—No me agrada este estancamiento. Rudolf enviará al escuadrón de Williams si dentro de poco no tiene noticias de nosotros.

—Lo sé —las frías palabras de Adam, hicieron que Louis girara la cabeza y lo observara.

—¿Qué os pasa? —le preguntó su compañero al verlo tan distante.

Adam sintió como la ira lo dominaba.

—Espero que la llegada de esos dos monjes a Lanhek, no interfieran en los planes de Rudolf —pronunció, apretando los puños—, ya sabemos de sobra lo que son las guerras políticas y religiosas, y no quiero volver a masacrar pueblos por culpa de un par de locos. Nuestra misión es simple. Solo proclamar la Ley y punto, y nos marchamos del lugar.

—Eso deberías haberlo pensado antes, compañero. Juraste lealtad a Dios y la Santa Iglesia —le indicó Louis agarrándolo por el codo para que se detuviera.

—Sí, ¡y no matar a personas inocentes! —escupió Adam irascible, soltándose—. No volváis a hacer eso.

—No sois el compañero que conozco —Louis entrecerró los ojos—. Sois un soldado, Adam de Moncraf, y no un simple hombre.

—¿Un simple qué, Louis? —su oscura mirada se posó en su amigo.

Adam aspiró lentamente el aire de la mañana. Necesitaba relajar la maldita tensión. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Se estaba enfrentando a su compañero leal? Él era un soldado de Dios, un hombre preparado para la guerra, para matar y defender la palabra de la Iglesia. Sin embargo, su carácter estaba cambiando y su actitud también; igual que su hermano. ¿Por qué?, preguntó enseguida. Louis lo percibía con mucha facilidad, y él no se daba cuenta de ello. Pero, en ese momento, mientras discutía con su mente, la imagen de la inocente Anette apareció en su cabeza como por arte de magia. Adam apretó la mandíbula.

—Louis, tenéis razón. Soy un siervo de Dios y como tal, mi deber es sacrificar mi vida, si hiciera falta —reanudó la marcha y siguió la conversación con su compañero, ahora más elocuente. Louis lo miró extrañado—. No obstante, todo esto me está resultando una prueba contra mis principios. Me supera.

De repente, el sonido de risas de varias mujeres consiguió que ambos se volvieran a detener. Adam sintió que su corazón latía desenfadadamente, la tensión volvió a apoderarse de su cuerpo, sus ojos buscaban una imagen, solo una. Y la encontró. Ella estaba allí, riendo con las demás jóvenes.

—Esta comunidad posee muchachas preciosas —dijo su compañero, arrastrando las palabras sin dejar de contemplar a tres hermosas mujeres caminando y riendo por algún comentario—. Mirad, ¿no es esa muchacha la hija del agricultor?

Adam se mordió la lengua. *Sí, es ella*, y lucía una sonrisa que podría cautivar hasta el mismo emperador. Su blanca piel, expuesta ante miradas sátiras, destacaba su belleza. La pequeña y esbelta figura que lucía, hacía flaquear a cualquier hombre que posara sus malditos ojos en ella. Adam ocultó sus pensamientos para que Louis no se percatara de ello, pero por mucho que lo intentaba, era irremediable. Anette, a pesar de ser una mujer muy joven, despertaba en él algo primitivo; un instinto de protección hacia ella que ni él mismo conocía.

* * *

Anette portaba una vasija de barro y reía dichosamente con las otras dos jovencitas. Lucinda, una de ellas, les había contado la inexperiencia de su primer beso con su prometido. Eso le arrancó una carcajada y contagió a las demás. Decidieron ir juntas al lago para llenar los recipientes de agua. Pero, cuando Anette giró la cabeza y presenció la fija mirada del caballero hostil, en su persona, el rostro se le transformó, su aturdimiento era evidente.

—¿Qué os pasa? —le preguntó Lucinda al ver como Anette dejó de reír y se detenía.

—Anette... —le dijo su otra amiga.

Y entonces, sucedió.

Las manos acariciaban suavemente sus hombros, el escote, los turgentes pechos, recorriendo con las yemas de los dedos su delicada piel. Los vellos de su cuerpo respondieron al tacto, erizándose. El sabor de sus besos la estaba volviéndola loca de atar, su aliento seguía embriagándola cada vez más; aquel hombre viril la emborrachaba de placer. Miles de dulces sensaciones se adueñaron de ella, dejándola en un mar de éxtasis. Él le hacía el amor con una pasión arrolladora... Adam la miró mientras ella alcanzaba la gloria y gritaba su nombre.

Anette se tapó la boca para no gritar, la respiración se le cortó y las ganas de hablar. ¡Había tenido una visión de ese caballero, amándola! ¡No, no podía ser! ¡Imposible! Anette agachó la cabeza y respiró hondo. Sí, debía hacerlo, sus pulmones tenían que recoger aire limpio. Y entonces... lo supo enseguida. Esa desconfianza, ese muro de extraños sentimientos que se había creado en su cabeza sobre aquel hombre, había sido derribado de un bombazo, debido a la visión. Adam, un soldado de mirada triste, de rostro hostil, de cuerpo guerrero... sería alguien muy importante en su vida. La Madre Tierra había querido que él se cruzara en su camino. Y Anette sabía que las casualidades no existían.

Ella lo miró de reojo. El temor se disipó casi por completo. Él estaba de pie contemplándola, absorbiéndola con aquellos ojos infranqueables, ofreciéndole lealtad con su silencio y con esa persuasiva forma de mirarla. Adam la deseaba, pensó Anette enseguida. Entonces aceptó y comprendió que, ese hombre, a pesar de ser un enemigo para su pueblo, jamás le haría daño.

* * *

—Madre, tendríamos que esperar a Angie. Ella podría ayudarnos y tal vez añadiría alguna que otra hierba de más —le insistió Marlenne, depositando algunas hojas de laurel en el caldero.

—Mi amor, primero veremos si con esta pócima podemos acceder a los pensamientos de los soldados —le dijo Mathilda, removiendo lentamente el brebaje—. Necesito más dientes de león y unas gotas de sangre de murciélago —se recogió un mechón de sus cabellos que le impedía ver con claridad la poción.

—Esperad —Marlenne colocó, en una pequeña fuente, algunos trozos de carbón incandescente de la noche anterior. Luego vertió sobre estos una pizca de incienso que maceraron y prepararon antes de la llegada de su prima. Anduvo hasta una alforja, de piel de cordero, y cogió de ella los dientes de león que su madre requería—. ¿Cuántas vierto?

—Con cinco cogollos bastará —Mathilda respiró profundamente el aroma que desprendía lo que su hija estaba quemando antes de verter los cogollos—. ¿Eucalipto?

—Sí, es el más relajante para el ritual.

Mathilda asintió y arrojó los dientes de león al hirviente caldero seguido de las gotas de murciélago. El humo aumentó rápidamente, envolviendo la cocina en una dulzona neblina. Su hija aspiró aquel vapor blanquecino. Le encantaba la mezcla del incienso con ese brebaje, la conducían a un excitable estado.

Los ojos de su madre comenzaron a parpadear, el humo entraba en sus globos oculares y preparaba la visión que ella necesitaba y así averiguar su cometido.

—¡Oh, sí! ya lo siento, mi amor. Siento como el espíritu de la hierba recorre mi cuerpo —Mathilda había entrado en un estado de abducción. La vista se concentró en la oscura y bullida poción. Su sangre corría a gran velocidad por todas las venas, la mente se abría para recibir la cálida voz del espíritu... hasta que ocurrió. Sus ojos se convirtieron en dos blancas esferas brillantes.

Marlenne sonreía. También estaba concentrada en el ritual y esperando a que su madre consiguiera deducir los pensamientos de aquellos hombres.

—*La fuerza y la vitalidad del capitán son las bases más importantes de su legado. El amor está naciendo dentro de él y será el milagro que le conduzca hacia su felicidad* —la penetrante voz del espíritu, que poseía el cuerpo de Mathilda, habló clara y precisamente ante Marlenne—. *Son hombres de Dios, hombres que luchan por defender su juramento, pero no poseen la maldad y la perversidad del “Regente”. Ese despreciable hombre que les tiene las mentes corroídas, deberá ser retado*— y acto seguido, la neblina desapareció por completo. La mirada y los ojos de Mathilda volvieron a recobrar su color, fuerza y vitalidad.

No existe enfermedad alguna, ni siquiera la lepra o la epilepsia que no pueda ser causada por las brujas mediante la permisión de Dios.

**MALLEUS MALEFICARUM (1486 Año del Señor)
El Martillo de las Brujas (FACSIMIL Traducido)**

CAPÍTULO 9

—Ahora, ya sabéis a lo que me dedico.

—Sí, muchacha. Nunca creí que una jovencita como vos me tuviera tan entretenido... —contestó Alfred, sonriendo.

Ella ojeó el sensual hoyuelo que se le formaba a él en la barbilla, le era imposible apartar su mirada de aquel rostro que la tenía embelesada.

¡Alfred es demasiado atractivo! gritó interiormente.

El capitán se acercó más hacia ella. El corazón de Angie comenzó a latir con intensidad. El particular aroma que desprendía Alfred, conseguía remover sus instintos más primitivos. Él era el soldado con el que siempre soñaba, el hombre que haría que una mujer perdiera el sentido, que perdiera los papeles y hasta la cordura. Sin embargo, ese sueño lo tenía presente allí mismo, a su lado, esperando que ella le dijera lo que una mujer desea de un hombre.

Alfred le quitó de sus manos la bolsita que contenía las runas y la depositó a un lado; inclinó su cuerpo y atrapó a Angie bajo el suyo. Ella sintió, como sus venas, se derretían, sus piernas seguían de gelatina, su cuerpo igual que un flan; estaba completamente a merced del capitán. Él era pura hombría, destilaba virilidad por los cuatro costados; la volvía loca con solo mirar su semblante. Los dedos de Alfred recorrieron el contorno de su cuello con lentitud, bajando hasta el borde del corpiño. Introdujo la mano por su escote y ella dio un respingo de satisfacción.

Alfred acarició uno de los senos. La suave y aterciopelada piel de aquella turgente carne, lo arrastró a un sin fin de deliciosas propuestas sexuales. Con su pulgar rozó un prieto pezón, y lo pellizcó con suavidad extrema. Alfred se hallaba más que excitado, preparado para saciar aquel feroz apetito, listo para darse un buen atracón. Ella gimió cuando el capitán siguió torturando su seno. Alfred se la comía con los ojos mientras le daba placer. ¿Cómo podía aguantar su estado viendo a Angie retorcerse bajo su cuerpo? Contemplando su rostro, su boca, su piel... ¿Acaso no era humano?

—Amadme, capitán, amadme hasta la locura —murmuró ella con los párpados entrecerrados.

Eso consumió más al soldado. Alfred maldijo en su interior; su respiración se aceleró en menos que canta un gallo, el frenesí por entrar en aquel cuerpo de pecado casi lo devora. Pero él debía ser consciente de una cosa: Angie quería amor, deseaba pasión, anhelaba... placer. Y él, aunque nunca fue un buen amante, intentaría serlo, lograría que nunca lo olvidase; le proporcionaría todo lo que ella necesitaba, aunque su dominio sexual estuviera a punto de desmoronarse y explotar. Por un momento, Alfred se impuso aprender a ser afectuoso, a comprender los deseos de una mujer... como su hechicera. Y por todas las sagradas escrituras, lo haría aunque tuviera que luchar con el mismo demonio. Dejó su cabeza libre de problemas y siguió con aquel manjar. Con la otra mano rasgó el corpiño del vestido para que no entorpeciera su arduo trabajo, pero delicioso.

—Creo que esto tendréis de coserlo, mi señora. Lo siento. Ahora puedo tocaros mejor —musitó sonriendo e impaciente. Sus callosas manos empezaron a acariciar los prominentes senos, ahora más liberales. Luego, con sus dedos jugueteaba con los pezones, endureciéndolos cada vez que los agasajaba. Alfred estaba demasiado enardecido; debía relajarse y disfrutar con ella ese momento.

Angie sentía temblores por todo su cuerpo. Estaba hecha un flan, pero lista para que el capitán investigara todo cuanto había en ella, que hiciera con su persona lo que le gustara. Estaba dispuesta a entregarle parte de su corazón... y el deseo carnal las veces que se lo exigiera. Se impulsó y cogió la cabeza de él y lo atrajo hacia la suya, con atrevimiento. Sus labios chocaron como dos truenos en medio de una tormenta. La brutal conexión hizo jadear a ambos. Angie pedía a gritos sus besos, caricias más profundas, más desesperantes... todo, absolutamente todo lo que él pudiera darle con urgencia. Era tal la necesidad de poseerlo que no sabía cómo su instinto le exigía aquello.

—¡Os necesito! no podría soportar separarme de vuestra presencia...

Alfred cerró los ojos al oírlo. El mundo se le cayó a sus pies. Una batalla desgarradora, dentro de su alma, se abría paso a través de sus entrañas; sentía el nacimiento de un amor, de un ser especial. ¿Era pasión o tal vez amor lo que percibía? ¿Era placer o querer, lo que realmente lo tenía confundido? ¿Empezaba a amar a una mujer de otra época? ¡Se sentía desorientado! Necesitaba una respuesta, una frase que aclarara sus sentimientos. Pero claro, no podía tenerla, nadie se la daría. Él tenía que enfrentarse solo a un problema que nunca existió en su vida pasada, y que ahora, estaba allí mismo, debajo de él, aclamando su amor, devorando sus labios y acariciando su cuerpo. Y

Angie no era un problema, sino una realidad. Alfred llegó a una conclusión, ¿acaso no debía compartir sus emociones con la persona que estaba entregándole lo mismo? Sí, se dijo, la compartiría con sumo gusto, ya que ella había abierto su corazón a un soldado vil que nunca supo darle la oportunidad a una persona para defenderse y comprender su forma de vida, y Angie le había abierto los ojos referente a ese hecho, exponiendo su vida y la de su familia.

Alfred la miró fijamente. Jamás se separaría de ella, juró en silencio. Jamás. Y con ese juramento la besó con intensidad. Sus labios se apretaron a los suyos con pasión, con desespero. Era como si el mundo se acabara pronto, como si se acercara el apocalipsis y no volvieran a estar juntos. Él necesitaba unirse a ella, sentir la sensación de placer que recorría su cuerpo cuando la penetraba, recibir y oír los dulces gemidos cada vez que la embestía con vigor...

Angie saboreó el interior de su boca. Ambas lenguas chocaban y se entrelazaban, degustando la miel que los arrastraba hacia la locura. Él comenzó a mordisquearle el labio inferior. Ella sintió que su cuerpo exigía más de aquello, más mordiscos, más lametones, más chupetones...

Y él se lo dio. Alfred bajó su mano hasta esa grácil cintura, luego siguió hasta sus muslos y así hasta levantarle el vestido. Acarició las suaves piernas de su pícara hechicera. ¡Oh, Dios mío! ¡Angie se había convertido en una Diosa de la antigua Grecia! Subió lentamente la mano hasta la parte interna de los muslos y ahí se detuvo. Se irguió y la miró sin parpadear.

—Estáis empapada, mi señora, vuestra miel resbala por la piel —su voz enronquecida, consiguió que ella se relamiera los labios—. No puedo soportar más esta tortura.

—Pues tomadme, caballero, no esperéis más —le respondió Angie con una devastadora lujuria animal.

El capitán aspiró lentamente. Su mano volvió a ascender y se detuvo en los mojados pliegues del sexo de Angie. Eso lo derritió, pero siguió con su cometido. Introdujo uno de los dedos dentro de su intimidad, para acariciar el delicioso interior. Tocó, rozó y friccionó deliberadamente el botón del placer. Con la yema del dedo humedecida, la gratificaba con movimientos pecaminosos, subiendo y bajando su dedo, proporcionándole oleadas de éxtasis. Angie se arqueó y abrió las piernas para que él tuviera mayor acceso. Eso fue lo que desató el animal depredador que Alfred llevaba dentro. De repente, su dedo salió de la maravillosa cueva.

—¡No, no me dejéis así! —Angie arrastraba palabras lastimosas. Él no podía abandonarla, con el calor de su fogaje y el palpitar que tenía en su interior.

Pero Alfred no la escuchó. Bajó la cabeza y la colocó frente a su sexo.

—¡Oh...! —A Angie se le abrieron los ojos.

Él se acercó a sus partes íntimas y comenzó a deslizar su lengua por los empapados labios sexuales. Ella se arqueó más ante esa caricia, estaba al borde del orgasmo... ¡Y solo le había rozado con la lengua! Maldijo en silencio por la necesidad imperiosa de sentir nuevamente la lengua de Alfred. Y, como si él la hubiera escuchado, siguió deslizándola hasta dar con el pequeño y deseado brote. Angie jadeó cuando sintió la punta de la lengua dándole placer. ¡Oh, seguid! gritó para sí misma. Estaba en un estado inigualable, un momento delicioso, sublime. Sensaciones desconocidas la abrumaban, eran dulces estremecimientos que recorrían su cuerpo. Y eso la desorientó. Buscó algún significado para describir aquello, hasta que creyó de qué se trataba.

Angie estaba desafiando a su propia naturaleza... ¡Estaba recibiendo en sus carnes un orgasmo múltiple! Pequeños impactos de éxtasis colisionaban dentro de ella, continuamente, sin querer disiparse. ¡Era lo más asombroso que había recibido nunca! y Alfred era el responsable de ello. Angie apretó los dientes, le llegaba, venía, otra vez, y otra, y otra..., la efervescencia placentera aumentaba, a tal velocidad, que la llevó a la liberación de un fuerte y arrasador orgasmo, gritando y jadeando desenfrenadamente.

Alfred se detuvo. Levantó su cabeza y admiró su rostro; el pecho le subía y bajaba por la excitación, el rubor de sus mejillas había ascendido proporcionándole más hermosura a su belleza. Los labios de su hechicera, entreabiertos por la pasión, parecían frutas maduras recién cortadas, para saborearlas.

—Mi señora, sois lo más bello que hay en el mundo —murmuró a media voz.

Ella se irguió medio desnuda. Sus pechos bambolearon al compás de sus movimientos. La entrepierna de Alfred comenzó a sacudirse desesperada. Si no la penetraba en esos momentos acabaría reventando en sus propias piernas. Ella desvió su mirada y se centró en el miembro viril del capitán. ¡¡Su dureza rompería las calzas que llevaba!! Pero Angie sabía muy bien cómo ayudarlo a deshacerse de esa dureza. Lo montaría, introduciría aquel falo tan delicioso en su interior y cabalgaría como una desvergonzada hasta que él alcanzara los confines más sagrados del placer.

Angie se pegó al cuerpo de Alfred, y él no dejó de observarla en todo momento. *Estoy hechizado*, pensó este desesperado. Intentó levantarse para posicionarse mejor, pero inesperadamente, ella se sentó en su regazo y se levantó la falda. Él la atrajo hacia su pecho y comenzó a besarla de nuevo. Ella le desabrochó lentamente la pesada indumentaria, el jubón y todo lo que entorpecía en su cuerpo, quedando al descubierto la tersa y bronceada piel del caballero. *Por todos los Santos, es magnífico.*

—Me volvéis loca, quiero sentirlos dentro, Alfred —arrulló Angie.

Alfred ya no necesitó más palabras para coger su duro miembro e introducirlo dentro de la lúbrica y caliente gruta femenina. Cerró los ojos al sentir la resbalosa suavidad en su sexo. Volvió a morder el labio de Angie con frenesí. Ella respondió con un jadeo que lo enardeció más.

Angie comenzó a moverse lentamente. Lo montaba con suavidad, moviéndose con una delicadeza extrema, arriba y abajo, una y otra vez; las sensaciones eran asombrosas, maravillosas, si seguía así, ¡volvería a tener otro orgasmo! El grueso miembro de su amado se ajustaba perfectamente en su interior; el glande, cada vez que arremetía e introducía su cabeza dentro de su cuerpo, le producía deliciosas chispas que la llevarían hasta el borde de la locura.

Alfred apretó los dientes. Ya no aguantaba más. Cogió a Angie por la cintura y comenzó una salvaje lucha por hacerla suya. La levantó y la ajustó fuertemente a su miembro con una potencia que, ni él mismo, sabía de dónde había salido. Ahora, él sería dueño y señor de ella. Quería poseerla, dominarla, impregnarla con su simiente, hacerle el amor de diferentes formas y así satisfacerla y saciar su hambre eternamente, gozar de su cuerpo cada vez que se le entregara...

Los gritos jadeantes de Angie llegaron a sus oídos como cantos celestiales, y eso fue lo que desató su combustión. Alfred cogió fuertemente las caderas de su hechicera, embistiéndolas e introduciéndole su miembro una y cien veces sin parar. Su deseo estaba llegando, recorriendo el canal de la liberación, descargando gozosos torrentes de satisfacción..., hasta que el mundo se le detuvo por un momento, encontrando la paz sosegada que necesitaba. Alfred clamó en voz alta el nombre de Angie, inundó todo su dulce cuerpo con su semilla, abrazándola con pasión y desesperación.

* * *

Una oscura mirada se posó en dos almas pecadoras; había dos amantes liberados que sucumbían embrujados. Se movían lascivamente, refregándose

igual que si fueran las serpientes del diablo, como si la mujer fuera una bruja y lo hubiera hechizado al hombre para que la transportara al placer... Humberto escupió una maldición al ver quién era el soldado que estaba copulando de esa forma. ¡Era el capitán de la Orden! y había sido cautivado por la hija del demonio, pensó enseguida, entrecerrando los ojos. Anduvo silenciosamente hasta otro árbol para verlos mejor. ¡Oh, Dios bendito! ¡Ella estaba sentada sobre sus calzas! Al soldado se le abrieron más los ojos. ¿Qué mujer decente hacía eso? *Las brujas y hechiceras de Lucifer pueden ejercer un gran poder sobre el hombre*, susurró su mente. Y era cierto. Pero lo que no comprendía era como es que aquel caballero, el hombre más fiero y mordaz del mundo, al que todos obedecían fielmente, había caído en esa trampa.

Humberto sacó un trozo de tela y se limpió el sudor que le caía por la frente. Se detuvo por un momento. ¿Qué haría Rudolf cuando supiera que el capitán de su ejército había quebrantado una de las leyes de Dios? No necesitaba más tiempo para testiguar la burla de Alfred de Moncraf. Recogió todas sus pertenencias y salió de allí en busca de su caballo.

* * *

—¡Basta! Me hacéis cosquillas —soltó Angie, moviendo la cabeza para que él la dejara en paz.

—No puedo, hermosa, la tentación por seguir oliendo vuestro aroma es arrolladora —le dijo, volviéndole a besar el cuello.

—Me caeré de Cuchiél si no dejáis de tocarme —le insinuó ella, colocándose bien el vestido.

El caballo relinchó ante esa frase. Parecía que la había oído mencionar su nombre. Alfred la agarró por la cintura fuertemente.

—Ahora, será imposible que os caigáis, os tengo bien sujeta. *Sois... mía.*

Angie giró la cabeza para ver su apuesto rostro. Su cabello despeinado, por el tremendo revolcón, lo hacía más atrayente. Aún podía percibir el brillo que destilaban sus pupilas por la pasión que, momentos antes, habían experimentado. *Oh, Dioses del universo... no quiero despertarme de este sueño.* No quería volver a la realidad en la cual vivía, tampoco quería abandonar Hanon e irse de nuevo a su época... ¡No! se exigió. Pero sabía que su destino estaba en el aire.

—¿No tenéis miedo de lo que sucederá a partir de ahora?

Alfred bajó su mirada; apretó los dientes para aminorar su impulso.

—No, no lo tengo —su respuesta fue sincera y cargada de recelo—. Debo hablar con mis hombres y preparar un plan para cuando vuelva a Lanhek —su

voz se oscureció.

A Angie le surgió una idea rápidamente. Oh, debían hacerlo, mañana por la noche, en la fiesta de la cosecha.

—Alfred... he pensado en algo que os podría beneficiar —le sugirió dándose la vuelta torpemente en el caballo. Él le ayudó a colocarse bien.

—¿No os gusta cabalgar así, verdad? —le insinuó él tirando de las riendas del caballo y aminorando la marcha.

—No.

—Entonces, ¿qué habéis pensado para beneficiar lo imposible? —le preguntó cambiando de nuevo su semblante. Eso no le gustó a Angie. Momentos antes, él se desvivía por ella, y sin embargo, ahora se sentía extraña a su lado. Pero debía reconocer que no era por ella, si no por lo que le esperaba.

—Os podría ayudar, junto con mi familia. Si conseguimos preparar la energía suficiente, lograríamos saber qué es lo que sucederá cuando os enfrentéis a vuestro señor, y así sabréis a lo que os atenéis.

Alfred estudió por un momento las palabras de su hermosa Angie. ¿Podría ayudarlo? La incertidumbre volvió a revolotear su mente. Supuestamente él y sus dos hombres serían enviados a la horca por desobedecer la ley del Santísimo. Eso sin dudar. Pero no le importaba, él ya tenía sus principios bien claros de defender a gente inocente, a personas humanas que no albergaban el mal en sus dominios.

—Angie, no quiero que os ofrezcáis a esta locura. Os expondréis al peligro, y no estoy dispuesto a correr ese riesgo.

—Estaremos lejos del peligro.

—No, mi honor se opone a eso. No puedo perderos... *hechicera*, ahora que os he encontrado.

—Nunca me perderéis, Alfred de Moncraf —dictó ella a punto de salirse una débil lágrima.

Él se quedó en silencio, recapacitando. Debía pensar lo impensable. Ya había visto demasiadas muertes y no quería seguir viéndolas. Angie le ofrecía consejos, ayudas, y él era tan estúpido, con su retorcida hombría, que no quería aceptarlas.

—Muy bien, acepto vuestros consejos a cambio de una promesa.

—¿Promesa? —Ella aspiró una bocanada de aire, para calmar su entusiasmo.

—Os escucharé en todo momento, y os protegeré con mi vida, Angie. Sois muy importante para mí. Sin embargo, quiero una promesa de vuestros

labios...

—La tendréis.

—Esta es: si mi ejército llegara y se enfrentara a nosotros tres, no se os ocurra plantarle cara a ningún soldado. Salid huyendo hacía un refugio hasta que os pueda alcanzar —su voz se oscureció—. No es un juego, muchacha. Williams, el segundo al mando de la Orden, es un caballero sin escrúpulos. Es un buen estratega y seguramente vendrá a por todo ser viviente que encuentre en estos lugares y que no practique la fe de Dios.

—Oh, Alfred, es terrible. Qué injusta es la vida. Es triste que una mujer o un niño no pueda defenderse de un ser tan despiadado como ese.

—Sí. Es la justicia parcial —al capitán le entró una risa irónica—. ¿Sabéis? Williams desea verme muerto o ahorcado bajo las mazmorras de Lanhek —hizo una mueca burlona—. Pero, jamás le daré el gusto.

—¡Oh, Alfred! Si ese canalla estuviera en el siglo de donde provengo... no sabéis lo que una mujer puede ejercer sobre él —apostilló Angie con ira. Al momento, él le puso los dedos en su boca para que no hablara más de ese indeseable. Esta lo abrazó y le besó tiernamente en los labios. La realidad era demasiado cruda para ella. Cada segundo que pasaba en ese siglo veía la bestialidad que alimentaba a un puñado de locos. Angie jamás creyó que se encontraría en dichas circunstancias.

—Yo os lo he prometido. Alfred... ahora os toca a vos —le pidió ella.

—Decidme, pues, mi señora.

—Me gustaría que os olvidéis de los problemas por un par de días. Mañana se celebrará la ceremonia de la cosecha. Nunca he vivido este momento y me gustaría hacerlo con vuestra compañía. Solo la he disfrutado leyéndola en libros de Historia. De donde provengo ya no existen estas fiestas públicas para conmemorar la buena cosecha del año, y creo que es una oportunidad tanto para mí como para vos conocerla.

—¿Cómo es vuestra época? —Alfred sintió curiosidad por el ambiente que rodeaba a Angie. Un ramalazo de celos lo descolocó. ¿Tendría ella algún hombre aguardándola? pensó furtivamente. Su impulso por protegerla y aislarla de cualquier persona lo agitó, sintiendo algo más que sus instintos de protección.

—Vivo sola, en una casa que no es una cabaña de madera. Es como un gran hogar con muchos aposentos independientes. Y uno de ellos es mío — Angie no sabía cómo describirle su apartamento; siguió contándole—. Mi madre murió hace unos años. Mi padre es... —titubeó un poco antes de

buscar la palabra precisa para que lo entendiera—, líder de una “fortaleza” por así decirlo, donde la gente visita para descansar. Se llama “Hotel”.

—¿Cómo un hospedaje, una posada?

—Sí.

Alfred escuchaba atentamente todo lo que ella le contaba. Qué extraño era el lugar de donde ella provenía, ¿tanto cambiaría el planeta dentro de seis siglos como para que la gente viva tan independiente? ¿Y la mujer? ¿Qué papel desempeñaría tan importante en aquel siglo que los hombres las respetaban por igual?

—Me gusta viajar y descubrir lugares históricos, visitar viejas iglesias y antiguos castillos; cientos de rutas para indagar y descubrir más allá de lo inexplicable. Intento disfrutar al máximo de los misterios ocultos que guardan los siglos —le contó. Sin embargo, Angie sentía el estado de Alfred; se hallaba tenso y no era precisamente porque a ella le gustara indagar las arcaicas fortalezas...—. ¿Qué os pasa?

La mirada del soldado se quedó fija en la suya. El color de sus ojos brillaba igual que si el mismo sol estuviera dentro de ellos. La intensidad era abrumadora, irresistible.

—¿Hay otro hombre, mi señora?

Ah, es eso, se dijo ella, abriendo la boca. Son celos.

—No, no tengo compromiso con nadie. Pero, como ya os habéis percatado, no soy virgen —le soltó, esperando una respuesta. La mirada de Alfred se suavizó, y la respuesta que ella esperaba llegó inmediatamente con un apasionado beso.

* * *

—¡Oh, mi amor, habéis venido! —los gritos de Mathilda por la llegada de su hijo, consiguieron que algunas personas salieran de sus hogares para ver qué sucedía.

Mathilda no esperó a que su hijo se bajara del caballo. Salió corriendo hasta él. Su padre sonrió al ver a su primogénito descabargar, anudar las riendas del animal en un árbol y acercarse a su madre; soltó en el suelo un saco cargado con pieles y algún que otra cornamenta de animal. Una fortuna para los mercaderes y comerciantes de tejidos, pensó Nils ojeando dicha mercancía; se apresuró en ir a abrazar a su hijo. Ya habían pasado muchos días sin ver a Alger y temía por su vida. Normalmente, solía ausentarse siete u ocho días, con el grupo de caza, pero ya habían pasado más de quince días sin saber nada de él.

—¿Cómo estáis, madre?... Padre, ¿cómo os va la siembra? —preguntó Alger dándole un apretón cariñoso en el hombro a su padre. Nils se quedó de piedra al verle la cara.

—Estamos bien, hijo... pero, ¿y vos? —dijo Nils inquieto. Sus ojos no dejaban de observar el aspecto que traía su hijo.

—Bien, muy bien, padre —Alger asintió con la cabeza. Miró a su madre y volvió a darle un beso. Echaba tanto de menos el sabor de sus cocidos y caldos...

Mathilda abrió los ojos de par en par cuando pudo apreciar mejor a su varón... ¿Dónde estaba su admirable y guapo Alger? ¡Por la Madre Tierra! sintió una punzada de dolor dentro de su ser. *Algo está mal*, pensó rápidamente. Alger estaba más delgado; el rostro se hallaba pálido y demacrado, podía vislumbrar los huesos de su cara sobresalirle, las ojeras ocupan gran parte de sus pómulos...

—Mi amor, ¿qué os ha sucedido? —su intranquilidad afloró. ¿Dónde se había metido el fornido Alger, el musculoso hijo que volvía loca a las muchachas de la comunidad? ¿El joven que no dejaba de sonreír ya estuviera diluviando?—. Por favor... ¡¿qué ocurre?!

Alger intentó desviar la conversación. No tenía intención de hablarle a su madre de lo que le había sucedido, y menos delante de toda aquella gente. No montaría un espectáculo con su regreso.

—Cada vez es más difícil cazar, madre —contestó cogiéndola por el brazo y llevándola hacia el interior de la cabaña—, ¿habéis preparado el maravilloso caldo para fortalecer estos músculos? —le insinuó burlón para que ella no se preocupara. Aunque sabía que de nada le serviría. Su madre era hechicera y no podía ocultarle nada, absolutamente nada.

Mathilda ojeó a su esposo y le hizo señas con la cabeza. Nils entendió lo que le sugirió y la siguió. Los tres entraron en la cabaña. El silencio flotaba en el interior como pájaro de mal agüero. Alger tenía a sus progenitores esperando una respuesta, la verdad de todo. Tenía que reconocer que su estado era lamentable, por no decir nefasto.

—Cariño, cuéntanoslo todo —le insistió Mathilda, sentándose en un sillón. La presencia de su hijo la tranquilizaba, pero por otro lado, la había acongojado.

Nils anduvo hasta Alger. Tocó su hombro.

—¿Habéis luchado? ¿Os han atacado? —las palabras de Nils alertaron a su hijo.

Alger sintió la firme mano de su padre posada sobre su hombro. Eso le dio seguridad. Luego examinó la calidez del lugar, “su hogar”. Con la mirada recorrió la cándida luz que entraba por la ventana y que bañaba todo el saloncito. La chimenea aún permanecía encendida a pesar de tener escasos rescoldos de la pasada noche, las pequeñas trenzas de hierbas secas que Anette hacía todos los años por esas fechas, estaban igualmente colocadas en la pared, el delicioso aroma a eucalipto llenó sus fosas nasales transmitiéndole serenidad y paz... Alger estaba a salvo, por lo menos en ese momento.

—Caí en una trampa, junto a Ress —expresó con seriedad. Su sonrisa se esfumó de inmediato.

Mathilda se tapó la boca. Nils apretó los puños. ¡Su hijo había estado en peligro de muerte!

—¿Cómo? ¿Cómo pudiste caer en una trampa? Conoces el bosque mejor que nadie... —su madre se angustió.

—Fueron los soldados cristianos, consiguieron darnos caza. Fuimos los cazados, madre —sentenció con la voz oscurecida por un odio que nunca había sentido. Y todo por culpa de esos repugnantes hijos de perra—. Ress y yo nos ocultamos, tras unos arbustos, para atrapar a un gamo, mientras que los demás persiguieron a la manada —comenzó a redactar lo sucedido—, nosotros preparamos todo lo necesario para capturar a ese ejemplar y dar en el blanco. Sabéis que no nos gusta fallar y dejar al animal agonizando su muerte. —Mathilda se quitó la mano de la boca e intentó escuchar a su hijo.

Nils sintió su rabia bullir dentro de sí. La guerra contra esos canallas sería eterna, pensó. Si tan solo él tuviera un poco de respaldo, se enfrentaría al ejército cristiano y lucharía por la paz de su comunidad. Pero por lo visto, era imposible penetrar el muro de la discordia, la muralla que aquellos hombres habían alzado contra las aldeas que no practican su fe. Los hombres de Dios no escuchaban, no querían una alianza, se negaban a razonar con el pueblo. Querían ser dueños del mundo y practicar la ley del más poderoso.

—¿Cómo conseguisteis escapar? ¿También lo hizo Ress? —preguntó Nils seriamente.

Alger se sentó. Agachó la cabeza y se masajeó las sienes. Estaba cansado, muy cansado. Sus esfuerzos físicos, por conseguir escapar, lo tenían agotado. Menos mal que lo hizo, si no ahora mismo estaría muerto.

—Nos atraparon con unas extrañas redes. Luego nos ataron las manos y nos obligaron a caminar hasta un claro en el bosque. Allí nos exigieron que habláramos de nuestras familias, quienes éramos, de donde proveníamos, hacía donde marchábamos...

Mathilda se acercó a él y acarició su largo cabello. *Dioses, ayuda a mi hijo, lo necesita*, suplicó entristecida.

—Le indicamos quiénes éramos y para qué cazábamos —levantó la cabeza y miró al frente, con los ojos perdidos en su propia realidad—, pero de nada sirvió —aspiró una bocanada de aire y la soltó lentamente—. Comenzaron a golpearnos con palos, como si fuéramos perros, alimañas —a Mathilda le brotaron las lágrimas al escuchar el escalofriante relato de Alger —, menos mal que la muerte no estaba para nosotros en ese momento —escupió entrecerrando los ojos y maldiciendo en silencio—. Los soldados cesaron sus golpes cuando oyeron el sonido de un caballo acercarse. Pudimos respirar a pesar de tener la nariz totalmente... destrozada y parte de la cara. Un caballero del mismo ejército llegó hasta ellos y habló con los soldados que estaban al mando. Discutieron algo de unas leyes. Los asquerosos centinelas que estaban con nosotros también se acercaron a esa discusión... entonces aproveché e intenté frotar las cuerdas que ataban mis muñecas, por el tronco con todas mis fuerzas. Las cuerdas se aflojaron y pude soltarme. Ayudé rápidamente a Ressa. Los soldados asumidos en la conversación siguieron elevando sus voces hasta que de repente se callaron. Esa fue nuestra oportunidad. Salimos corriendo como gacelas de aquel lugar. Le conocíamos lo bastante bien como para escondernos. Los caballeros volvieron al lugar de sus torturas y se sorprendieron al ver el árbol donde estábamos, vacío, sin rehenes. Vociferaron una serie de órdenes para encontrarnos. Montaron sus caballos y salieron a buscarnos con las espadas en las manos... Tenían clara la intención de matarnos.

—Hijo... —Nils se dio cuenta de la maldad que aún persistía en Alemania, y seguramente en todo el mundo; de la malicia de unas cuantas de personas por poseer el poder absoluto de la nación. El destino debía cambiar, ¡debía cambiar, maldita sea! pensó. Las comunidades, los pueblos, la gente debía tener una oportunidad de vivir, era la esperanza de muchos, y no caer continuamente en guerras y guerras por salvaguardar la gloria del más fuerte. Pero ahora, Nils contaba con su protegida, con una joven que podría ayudarlos a evitar la condena de su familia y la de muchas. Angie les contaría el futuro, les narraría qué podría suceder en los meses venideros. Ella era su esperanza, la de todos.

—Nos ocultamos en un pantano que hay cerca de allí, madre. Sus caballos no pudieron entrar por el denso fango que lo cubría. Nos arrastramos hasta unas rocas y allí esperamos hasta que desaparecieron.

—Ahora, estáis a salvo, mi amor —le susurró Mathilda, llorando y cogiendo su mano.

—Por el momento, madre, por el momento —espetó este, levantándose y dirigiéndose a la ventana. Desde allí divisó la tranquilidad de la comunidad. La gente caminaba de un lado para otro, portaban calderos, preparaban la colada, limpiaban y arreglaban sus cabañas, elaboraban utensilios de hierro para los caballos..., nadie sabía lo que sucedía fuera de aquel lugar.

—Hijo, tenemos a alguien que nos ayudará. Es una joven descendiente de la línea de vuestra madre, se llama Angie, es nuestra protegida —le comentó Nils, ofreciéndole un poco de licor para calmar su amarga experiencia.

Alger levantó la vista.

—¿Angie? ¿La joven que queríais traer del futuro? ¿Dónde está?

—Sí. Pronto vendrá. Ha salido a pasear con... —Mathilda se detuvo un momento. ¿Cómo iba a decirle a su hijo que Angie estaba siendo cortejada por un caballero enemigo que sería su futuro esposo?

—Madre, ¿qué sucede? —ahora Alger enarcó una ceja, preguntando.

—Esta muchacha —comenzó a decir Nils, mientras su esposa recuperaba la voz—, no es de esta época, hijo, como sabéis. Tiene otra mentalidad distinta.

—Sí, es la joven que invocabais ¿verdad? al final lo habéis conseguido. Sois la mejor sacerdotisa de la comunidad, madre. Pero, ¿qué ocurre con ella? ¿Por qué os ha cambiado el rostro al mencionar su nombre? —la conversación de sus padres no le gustaba. *Hay algo que ocultan*, pensó levantándose del sillón—. He sido sincero contando mi experiencia, ahora os toca a vosotros —sugirió preocupado.

—Hace dos días —empezó a hablar su madre en voz baja—, llegaron a nuestra comunidad, tres soldados Cristianos.

—¿Qué?! —Alger saltó rápidamente.

—Por favor, quiero que escuchéis —le suplicó Mathilda.

Alger sintió una punzada o quizás una sacudida en su corazón, parecía como si un terremoto lo estuviera zarandeando levemente. Tragó la saliva para relajar la tensión que se acumulaba dentro de su alma, hasta que pudo asentir, para que ella continuara hablando.

—Esos caballeros no son lo que parecen, cielo, aunque comprendo que habéis vivido un horror a manos de soldados despreciables... Oh, seguro que no lo comprendéis... —Mathilda volvió a entristecerse. Su hijo primogénito había estado en las puertas de la muerte, y ella ahora no podía decirle que su

protegida y el capitán de una Orden sagrada estaban a punto de unirse. ¡Ayudadme, Diosa Madre!

—Continuad, madre —le sugirió este, apretando los dientes.

Mathilda asintió y siguió. Nils esperó a que ella terminara para indicarle a su hijo que debía entender lo que su protegida pretendía.

—Mi amor, Alfred es capitán de una Orden, está destinado a proclamar las leyes de su Dios. Pero, el destino y las circunstancias han querido que ese hombre se una a nuestra... Angie, a nosotros. Él se está enamorando de ella, hijo, y ahora tendremos la oportunidad de demostrarles a esos hombres quienes somos realmente. Mañana, en la fiesta de la cosecha, lo honraremos con nuestros rituales para que entiendan esta religión —Mathilda se llevó un trozo de tela a los ojos para limpiarse las lágrimas que caían por el rostro. Sentía impotencia ante lo que había sucedido y lo que estaba por suceder. Su clarividencia era una tortura, aunque a veces le servía para cambiar el rumbo de la vida. Su hijo había estado a punto de morir, ellos en medio de una encrucijada, Angie vinculada a sus problemas... ¿Qué había hecho?

—Cariño, saldremos de esta, ya lo veréis —las consoladoras palabras de Nils la ayudaron.

Alger se bebió de un trago el licor de su vaso. Su vida comenzaría de nuevo a partir de ahora, se dijo así mismo.

—Debemos ser conscientes de algo: la desconfianza es el primer punto, madre. Y esos caballeros no nos la darán —dijo con dureza—, por lo tanto, nosotros tampoco.

—No debemos comentar nada a nadie. Seguiremos con nuestros preparativos de para mañana. Pero antes, me gustaría que os dierais un baño. Me gustaría curaros las magulladuras que tenéis en la cara y seguro que también tenéis por todo el cuerpo —le suplicó su madre.

* * *

Él se acercaba, caminaba hasta ella, y el corazón de Anette palpitaba con descontrol. La majestuosa altura del caballero la asustaba, sin embargo, también le ofrecía una clase de protección que la aliviaba. Su cuerpo, firme y musculoso, se aproximaba a ella con la clara intención de cogerla y llevársela para siempre. Él exudaba fuerza, poder, decisión..., la absorbía con una simple mirada.

Anette pestañeó varias veces para aclarar la imagen que tenía delante de ella. Adam iba directamente hasta donde se encontraba. Sus amigas huyeron al ver el oscuro y decidido rostro de aquel soldado.

—¿Os puedo ayudar, joven? —sugirió Adam. Se detuvo a tan solo medio metro de su cuerpo. Ella se tragó la bola de oxígeno que se le había formado en la garganta. *Es imponente*, se dijo al presenciarlo.

—Sí —solo pronunció eso.

Adam cogió el recipiente de barro que portaba ella.

—¿Es para llenarlo de agua?

Anette sintió un nudo en su estómago, ¿o eran cosquillas?

—Sí, para el agua —respondió tímidamente. Un hecho que la sobresaltó.

Adam la miró confundido. Su boca dibujó una sonrisa al verle sus mejillas sonrojadas. Ella quedó sorprendida. Observó lo apuesto que era cuando relajaba su rostro. Él ojeó la calidez de la sonrisa de la muchacha, la tibieza de su mirada. Le produjo una sensación que jamás había tenido.

Anette parecía una boba contemplando al soldado. El color de sus ojos le era difícil de distinguir. ¿Los tenía grises?

En ese instante, Louis carraspeó; ambos giraron sus cabezas torpemente.

—Ahí viene el capitán —le dijo su compañero al llegar junto a él; señaló la silueta de un caballo.

Adam asintió.

—Enseguida me reúno con él. Ayudaré a esta bella joven —le contestó cambiado el tono de voz—. Mi señora —y acto seguido agarró con fuerzas el recipiente, le ofreció a ella su atención y partieron juntos hacia el lago. Ella aceptó un poco retraída.

Louis se quedó allí, esperando al capitán. Sonrió al ver como Adam intentaba cortejar a la prima de la hechicera, que seguro también tendría esa condición o ese don, como lo llamaban. ¿Qué tenían las mujeres que hacían delirar a cualquier hombre?, se preguntó acechando a otra muchacha que portaba un caldero repleto de ropa.

El demonio es más ardiente y celoso en tentar a los buenos que a los malos; aunque en la práctica tienta mucho más a los malos que a los buenos, porque estos se encuentran mucho más dispuestos a secundar la tentación diabólica.

**MALLEUS MALEFICARUM (1486 Año del Señor)
El Martillo de las Brujas (FACSIMIL Traducido pag. 216)**

CAPÍTULO 10

La noche de la fiesta de la cosecha.

La música que producían las flautas, junto al sonido de un tambor, envolvía el ambiente de la comunidad en una auténtica festividad. Miles de velas encendidas alumbraban mágicamente el centro de la aldea. La gente reía, bebía, bailaba..., al compás de la melodía; disfrutaban del buen año agrícola que la diosa Madre Tierra le había concedido.

Mathilda y su esposo esperaban impaciente la presencia de su hijo. Después de haber aliviado sus heridas y descansar todo un día sin salir de su aposento, Alger decidió esperar un poco más antes de asistir a la fiesta. Estaba demasiado exhausto por lo que había pasado, pensativo, debía reflexionar sobre el tema. Necesitaba recobrar fuerzas y cavilar alguna estrategia por si los soldados venían a por él. Un hecho presente en su mente que no dejaba de torturarlo. Por eso se había enclaustrado un día entero sin salir.

Mathilda no había vuelto a hablar con Angie desde la pasada mañana, ni siquiera le dijo que Alger había llegado después de una tormentosa huida. Ella quería que conociera más al capitán, que pasara más tiempo con él. No requería asustar más a su protegida, ya había tenido bastante desde que entró en su hogar.

Nils entabló una conversación con sus compañeros labradores. Pronto acabaría el verano y debían organizar la siguiente siembra. El noble de las tierras donde trabajaba, llegaría para atestiguar la nueva plantación de la temporada e informar al Conde, y Nils, era el responsable de ese mantenimiento.

Marlenne bailaba con su prometido Francis. Estaba eufórica, contenta por la llegada de su hermano, por la aparición de Angie y sobre todo por esa maravillosa noche. Sin embargo, a Francis parecía que esa felicidad no la compartía. No le gustaba la presencia de aquellos caballeros en la comunidad.

—¿Estáis segura de que aceptan nuestras creencias? —Preguntó este, moviéndose y sobrellevando a Marlenne al ritmo de la flauta.

—Oh, mi amor, no os preocupéis... —Le contestó ella jadeante, debido al ritmo musical. Su boca dibujó una sonrisa que cautivó a su prometido—, vamos, disfrutad de lo agradable que está la noche. Pronto llegará la hora y... ¡Proclamaremos al universo nuestros deseos para el próximo año! —gritó alegremente. Levantó los brazos y miró al cielo, riéndose.

La imagen de Marlenne gritando, riendo, bailando..., llegó hasta las miradas de los soldados. Louis, acababa de llegar junto con Adam. Habían salido a cabalgar por los alrededores de Hanon, para reunirse con el capitán y hablar del asunto en el que estaban envueltos. Y, al entrar de nuevo en la comunidad y dirigirse a la fiesta, se quedó admirando a la preciosa pelirroja que no dejaba de disfrutar de la dulce música. Sus cabellos, largos y rizados, caían por su espalda como si fueran hermosos tules de seda natural que usaban en oriente; su risueña cara proclamaba, por sí sola, lo dichosa que se sentía en esos momentos. Louis quedó apresado de esa imagen. Recorrió con su mirada el cuerpo de esa joven y se detuvo en el vaivén de sus caderas, que se movían escandalosamente sensual, refregando su trasero por el estúpido hombre que había a su lado.

—Hay muchachas verdaderamente hermosas —comentó Louis con la mirada fija en la pelirroja.

Adam no dijo nada. Su mente se hallaba sumida en la joven que había ayudado, esa misma mañana, a portar la vasija con agua. Recordó cómo a ella, se le había incendiado sus mejillas en el lago cuando él le propuso pasear, por la noche, alrededor de Hanon. Entonces, una tímida sonrisa había llegado hasta su alma, dejándolo abstraído; parecía tan frágil... Adam sintió la llamada de su obligación, intentando borrar los preciosos recuerdos. Debía recordad que era un caballero cristiano, un soldado con una misión irrevocable. Sin embargo, el hecho de que su hermano había desobedecido las leyes de su religión, ya era una amenaza contra ellos mismos. A partir de ahora se enfrentarían a algo descomunal, a la profunda ira del Regente, y que dañaría todos los pensamientos que lo habían turbado. Apretó los músculos de su boca. Si tan solo Rudolf pudiera reconocer la similitud de la gente, no estaría proclamando una continua guerra, dictaminó este para sí.

—¿Qué pensáis? —La voz de Alfred hizo que girara la cabeza.

—En nuestra conversación —le contestó Adam.

—¿Aún creéis que estoy manejando esto con desorden? —Le preguntó, examinando la expresión de Louis; este permanecía en silencio. Los rasgos serios de su hermano lo confirmaron—. Sigo al mando, pero si os sentís obligado a renunciar, os doy mi aprobación para marcharos.

—Sabéis a quién sirvo, hermano, hasta que mi corazón deje de latir seguiré con la misma opinión —le dijo Adam decisivamente—, y mataré a quién se atreva a desafiaros —sentenció—. Pero entenderéis, que no tenemos una estrategia firme para prepararnos.

Louis se acercó hasta el capitán.

—Podemos contar con los hombres de este lugar. Cómo habéis observado, hay bastantes y son fuertes —le instó Louis, aconsejándole.

—Lo he presenciado. Quiero reunirme con ellos mañana, al amanecer, y ver la virtud de cada uno. Nils me ayudará. Sabemos que Williams no dudará en llegar pronto con sus hombres. Ansía el poder de un capitán, y este es su momento para proclamarlo —sentenció Alfred—. Esta misma noche hablaré con el tío de Angie. Ese agricultor parece ser honesto y tenaz.

—De acuerdo, mi señor. Si me disculpáis y no tenéis más recomendaciones... iré a pasear y a disfrutar de esta encantadora velada —expuso Louis con una pícaro sonrisa, alejándose.

—¿Os puedo preguntar algo, hermano?

—Decidme —solicitó.

—¿Os habéis enamorado? Por favor, necesito que seáis sincero.

Alfred dudó antes de contestar. Qué extraño... Era la primera vez que su hermano le pregunta aquello. Alfred debía ser sincero con él. Angie había trastocado todas sus limitaciones hasta un punto indescriptible. Esa mujer era misteriosa, hábil, inteligente, hipnótica..., infinitas cualidades que jamás encontraría en ninguna otra, siendo la mujer más hermosa de la tierra... ¿Sería amor lo que ya estaba sintiendo? ¡Maldición! No lo sabía.

—No sé —soltó, ojeando su expresión.

Adam respiró intranquilo. Eso era un sí, viniendo de su hermano. Se temía lo peor, la suerte estaba echada. Ya le sería imposible retroceder de esa decisión. Ahora ellos disponían de dos caminos que escoger: el camino hacia la guerra o la huida eterna. Y él, sabía cuál elegiría su hermano, indudablemente.

—Entonces, ¿habéis atestiguado sus creencias, hermano? —Le preguntó, esperando una clara respuesta.

—Lo he visto, Adam, con mis propios ojos. Es una hechicera, pero jamás haría daño a nadie, jamás —dictó francamente—. Sabemos a lo que nos enfrentamos. Dios ha querido que esto ocurra. Lucharemos por nuestro honor y el de Dios, sin embargo, no por lo que ya sabemos. Estoy cansado de asediar pueblos enteros por conseguir el poder absoluto. Rudolf se ha ganado ser mi enemigo.

—Lo sé. Y la designación que Dios nos tenía preparado, la intuí desde que esa muchacha se cruzó en vuestra vida —le dijo Adam. Aquella frase penetró en el corazón de Alfred, como una flecha.

—¿Sabéis un hecho, hermano? He conocido la humildad. Un concepto ausente en nuestras vidas. Igualmente, he entendido que la vida no es solo matar y tener la gloria del más poderoso. Existen otros caminos que proporcionan beneficios, y esa joven me lo ha demostrado.

—Espero que Dios haya sido testigo de esa humildad, Alfred, y pueda ofrecerle a nuestros enemigos una oportunidad para salvar sus vidas.

* * *

La mente de Alger estallaría de un momento a otro. Tenía un terrible dolor de cabeza, sus ojos parecían que se le saldrían de inmediato, las magulladuras le dolían a rabiar, su nariz aún seguía hinchada, y lo peor... la estridente música de la fiesta ¡lo volvería loco! Alger estaba totalmente hecho un desastre. Después de haber descansado todo un día, se había levantado a pesar de tener el cuerpo dolorido. Se dispuso a lavarse y a relajar los molidos huesos. Se quitó la ropa y ojeó la tina que su madre le había preparado con agua caliente antes de marcharse. No dudó y metió los pies en la tibia agua; luego se introdujo con lentitud hasta quedarse por completo dentro.

—Gracias... —murmuró suavemente, sintiendo la calidez del agua mecerse por su cansado cuerpo.

De repente, la puerta se abrió a la velocidad de un rayo y Alger se quedó de piedra. Una hermosa mujer, de cabellos oscuros y piel tan blanca como la madre luna, entró sin llamar. Ella se sorprendió y gritó al verlo.

—¡Ah! ¡Lo siento... yo, yo...! —Angie gritó como una loca al ver a un tío desnudo dentro de un caldero. Envió una orden a su mente para que moviera sus piernas y le ayudaran a salir de la habitación apresuradamente, pero parecía una auténtica estúpida, idiota, mema. Se había quedado plantada allí, de pie y contemplando la maravillosa silueta de, de, de... ¿Quién era ese tipo?

Alger respiró al fin y se tapó sus partes íntimas con las manos. ¡Dioses del firmamento, que hermosa mujer! se dijo sin parpadear. Los largos cabellos le caían en cascada por el rostro, formándole perfectas ondulaciones, como la misma Diosa que tenía tallada su madre; su hipnótica mirada lo aturdió y lo transportó a imaginar escenas eróticas bajo la luz de la luna; sus dulces y preciosos rasgos le proporcionaron una tensión en... Alger intentó alcanzar un paño de algodón para salir de la tina y borrar lo que su cabeza le sugería.

—Oh, oh, yo no debería estar aquí, yo... lo siento... —Angie dio media vuelta e hizo amago de irse, pero Alger la detuvo, cogiéndola por el brazo.

—Esperad, esperad —clamó—, ¿quién sois? —le preguntó mientras se enredaba el paño por el contorno de la cintura.

Ella se volvió y lo miró con las mejillas ardiendo ¡Joder, ese tío era un cañón! Angie se amonestó con lo que estaba pensando. ¿Acaso no se estaba enamorando de Alfred? *Oh, sí... Alfred...* y con ese pensamiento consiguió hablar.

—Soy Angie... —*La otra bruja del futuro*, dijo así misma con sarcasmo. ¿Qué le podría decir? ¿Qué era la chica que había viajado en el tiempo? O quizás la nueva guía para conducirlos por el camino correcto... Suspiró. Seguramente ese hombre era el primogénito de sus tíos, dedujo al momento. No había más que verlo. Las facciones de su cara eran idénticas a las de Nils, pero con más vello en su barba; los ojos eran del mismo color que los de su tío; su mirada, que por cierto no dejaba de comérsela a ella, era humilde, igual que toda la familia de Brant—, la protegida de Nils y Mathilda —fue lo único que pudo contestar.

—Sed bienvenida, mi nombre es Alger, y soy su hijo —se presentó cortésmente.

—Hola, Alger, encantada de conoceros. Lo siento, pensé que la habitación estaba vacía... —dijo a media voz.

—Llegué ayer, y desde entonces sigo aquí. No he salido ni siquiera para ver a mis hermanas —le indicó él andando hasta un viejo arcón. Lo abrió y sacó algo de ropa.

—Ah... será mejor que me vaya, ya nos veremos, Alger —Angie salió, de una maldita vez, de la habitación y cerró la puerta tras su salida. Su corazón le latió a mil por horas. ¡Qué poca educación había tenido! Entrar sin llamar... se regañó.

—Angie, Angie, ¿dónde estabais? Hemos estado buscándoos para que conocieras a... —la llamó su tía entrando en la cabaña, pero en ese momento, su hijo salía vestido de la habitación—. Oh, mi amor, ¿os habéis conocido ya? —preguntó rápidamente.

—Sí, madre, acabamos de hacerlo —le instó, mirándola y sonriendo.

A Angie por poco se le cae la cara. *Sí, acabo de conocerlo, completamente desnudo*, se dijo para ella.

—Sí, tía —le respondió Angie.

—¡Pues vamos! Nils está esperándonos para la celebración. Anette acaba de llegar y ahora se está preparando para el ritual y Marlenne ya está bailando

con Francis en el centro del pentágulo —le exigió, riéndose. Mathilda ocultó la preocupación que sentía por su hijo.

—Enseguida voy —le contestó Angie; saliendo por la puerta sonriéndola a su primo. Qué descarada había sido.

La puerta se cerró y madre e hijo quedaron dentro.

—¿Cómo os encontráis, mi amor? —La preocupación salió a flote.

—Estoy mejor. El descanso me ha fortalecido —le dijo, tocándose las costillas con suavidad—. Gracias por el agua tibia —Alger sintió un extraño interés por la muchacha e intentó sondear a su madre—. Contestadme a una pregunta, madre, ¿esa mujer está comprometida ya? —sus ojos brillaban de entusiasmo por saber la respuesta. Angie era preciosa.

—Alger, nunca vais a aprender —le regañó Mathilda, frunciendo el entrecejo—. No podéis acercaros a Angie... y ya sabes de qué forma —sugirió.

—No me habéis respondido.

—Es nuestra protegida, cariño. Además, su destino está sellado. Será un caballero el que la despose.

—No entiendo por qué. ¿Es que ella lo quiere así o aún no lo sabe? —Alger levantó los párpados. Sus ojos se avivaron por la ansiedad.

—Ya se está enamorando, hijo. Y vos no vais a comprometer sus pensamientos —le contestó, mientras cogía algunos ramos de flores silvestres y los ataba con una soga.

Alger se mordió la lengua. Eso fue lo último que deseaba escuchar.

—Os aconsejo que no la seduzcáis. Su corazón late por el capitán que os comenté cuando llegasteis aquí. Mi amor —Mathilda se acercó a él y tocó su cara—, debéis ser amable con ella y con... esos caballeros. Nos ayudarán, creedme.

Alger aspiró una bocanada de aire para relajar la tensión.

—Está bien. No os preocupéis. Pero ahora necesito un trago —y acto seguido salió del hogar con el gesto serio.

Mathilda se tragó el dolor que crecía en su garganta. Sabía que su hijo se metería en algún problema. Lo conocía muy bien, Alger nunca se guardaba su ego. A pesar de ser un hombre joven, noble y trabajador, tenía un carácter muy peculiar con la gente, y eso le hacía cometer errores. Mathilda rezó:

¡Ayudad a mi hijo! Lo necesitará, suplicó en silencio. Porque intuía que Alger se metería en un conflicto bien gordo.

* * *

Los tres caballeros se sentaron en una banca de madera. Nils le llenó las copas con vino y se sentó junto a ellos. La gente bailaba y reía al compás de la música.

—Caballeros, ¿os apetece probar este manjar? —le indicó Nils, acercándole una bandeja repleta con carne asada—, es cordero. Es buena carne y muy sabrosa —le insistió.

Louis alargó una mano y cogió un trozo. Adam simplemente bebió un poco de vino.

—Gracias, señor, os estamos muy agradecidos por su hospitalidad —la voz del capitán era firme y seca.

Nils asintió sonriendo.

—Por cierto, hombre, debemos hablar con usted —le dijo Alfred.

A Nils le cambió el rostro. Observó al capitán y a sus dos hombres. Estaban muy tensos.

—Vos diréis, capitán.

—Seré preciso, Nils —comenzó a decir Alfred—. Hemos sido testigo de vuestras creencias, al menos mi persona. Sois gente sencilla, humilde y trabajadora. El amor flota alrededor de esta comunidad, no hay más que verlo —le señaló con el dedo a la gente que bailaba y reía. Nils permanecía en silencio—. Somos hombres de Dios y debemos seguir cumpliendo con nuestras obligaciones... Sin embargo, también sabemos que el honor es nuestro mayor designio y seguiremos cumpliendo con él. Ahora, Nils de Brant, tenemos un grave problema.

A Nils se le aceleró el pulso y el rostro le cambió por completo; casi se le cae de las manos el plato con carne.

—¿Qué problema, capitán? —le preguntó con rigidez.

—La vida de la comunidad está en peligro —sentenció con la mirada fija en Nils. Las aletas de su nariz se abrieron en respuesta.

Adam no dejó de escudriñar al padre de Anette. Esperaba que comprendiera el peligro que acechaba a Hanon. Ellos mismos eran soldados destinados a matar y a proclamar sus leyes y, dentro de poco, si no lo hacían ellos, lo harían otros.

—Necesito saber de cuantos hombres podríamos disponer para una contienda.

A Nils se le abrieron los ojos como platos. Por poco se le salen de las órbitas cuando escuchó a Alfred mencionar dicha palabra.

—Señor, ¿un enfrentamiento? ¡No estamos preparados para luchar contra soldados expertos y curtidos en batallas! —las palabras de Nils eran veraces.

—Ya hemos pensado en ello y le aseguro que he tomado una decisión al respecto. Nosotros instruiremos a vuestros hombres —apuntó el capitán.

—Pero... ¿Cómo? No tenemos espadas, simplemente herramientas del campo, tampoco poseemos veloces caballos, solo las bestias de carga...

—¡Deteneos! —le exigió Alfred con una dura mirada—. ¿Acaso no tenéis herrero? —espetó.

—Sí, hay uno, pero nunca ha forjado una espada afilada como la de un caballero.

—No hace falta que afile y forje espadas perfectas. Nos conformaríamos con buenas armas para proteger la comunidad.

Nils quedó sorprendido. Por la boca del capitán había salido la palabra *protección*. ¡Querían ayudarlos a defender Hanon! Realmente las plegarias de su mujer estaban cumpliéndose, al igual que la aparición de Angie. Pero el problema seguía hacia delante. Solo estaba retrasándolo, nada más. La contienda contra su comunidad se celebraría, tardara más o tardara menos. No obstante, Nils agradeció en silencio, el milagro que la diosa Madre le había concedido. Siguió escuchando atentamente el resto de la conversación. El capitán tenía preparada una estrategia, por si atacaban el pueblo. Solo le exigía que preparara a la gente por si tenían que resguardarse y sobrevivir a la ira de la Orden Sagrada y a tal enfrentamiento. Nils jamás creía que podría conseguir una alianza con hombres de Dios. Sin embargo, esos tres soldados eran creados con otra sangre: sangre honrada.

—Comenzaremos a instruir al alba —le sugirió Alfred.

—Como vos digáis, capitán. Reuniré a todos los hombres del pueblo y a sus hijos mayores. Esperaremos vuestras órdenes.

El capitán asintió. Luego, giró la cabeza buscando a la mujer que le había devuelto la sensatez. No la encontraba por ningún sitio. Se quedó allí, esperándola y bebiendo un poco de aquel vino tan dulce.

* * *

—¡Venid, deprisa! —le gritó Anette. Su cabecita se asomó por un pequeño resquicio de la ventana del hogar de Marlenne.

—¿Anette? ¿Qué sucede, cielo? ¿Por qué estáis ahí escondida? —contestó Angie, caminando hasta donde se encontraba. Su prima desapareció de la ventana y corrió hacia la puerta, abriéndola. Angie entró.

—Mi hermana nos ha dado permiso para vestirnos aquí —le dijo, intentando quitarle el vestido a su prima—, vamos, desnudaros, el agua os esperam daros prisa... la fiesta nos espera.

Angie comenzó a reírse.

—¡Anette!, ¿qué os pasa? Me hacéis cosquillas...

—Si no conseguimos apresurarnos, no podréis asistir el ritual —le insinuó, tocando el agua con la yema del dedo para saber si aún permanecía caliente—. Además, esta misma noche, vuestro don crecerá por completo y veréis el poder en todo su auge —los expectantes ojos de Anette, aceleraron la ansiedad de Angie por bañarse.

—Oh, Anette, será la primera vez que hago esto. No me lo puedo imaginar, y como miembro de vuestra comunidad. Explicadme un poco cómo será... —el entusiasmo de Angie avivó su impaciencia. Se desvistió rápidamente y se introdujo en la tina de agua caliente. Su prima comenzó a verter varias hojas de plantas en el agua—. ¿Qué son? —le preguntó enseguida.

—Hojas de beleño negro. Le dicen la hierba loca.

Angie cogió una de ellas y se la llevó hasta su nariz.

—Estas hiervas no son muy aromáticas —le indicó, haciendo un mohín.

—No, pero os proporcionarán lo que necesitáis... —una risa burlona alertó a Angie.

—¿Qué es lo que ocultáis, pequeña pícara? —le preguntó, entrecerrando los ojos.

Anette no pudo contener más las carcajadas.

—Lo siento, prima, es la tradición de nuestra comunidad y debemos hacerla tal y como la han hecho durante años las hechiceras —y entonces soltó la carcajada.

—¡Vamos, soltad por esa boca! —Exclamó Angie, cogiéndola por el brazo y tirando de ella—, si no me lo decís ahora, caeréis al caldero conmigo.

Anette no dejó de reír. Respiró profundamente para poder hablar y gesticular. Estaba eufórica.

—Ufff... esta planta, nos hace... volarrrrrrrrrr —y volvió a reír sin parar.

—¡Esperad, esperad! —Angie levantó la cabeza y olió algo en el ambiente. Sus fosas nasales reconocieron el olor rápidamente—. ¿Qué habéis quemado?

—Jajajaja... solo es un poco de hierba mora y canela. Prima, esto forma parte de la tradición, un auténtico afrodisíaco para nuestros sentidos —apuntó de nuevo. Anduvo hasta un pequeño recipiente y lo cogió—. Te untaré este unguento por el cuello. Es para alejar a los malos espíritus y embelesar al hombre que amáis —musitó felizmente.

Angie asintió. ¿Qué haría si no dejarse llevar por las sugerencias de su prima? Anette era una chica fabulosa, sincera y sobre todo inocente. La veía tan feliz... En ese momento, su cabeza entabló el maravilloso encuentro que tuvo con Alfred. Angie suspiró dichosa. ¿Conseguiría ese unguento atrapar al capitán para siempre? Se preguntó entusiasmada. Eso la descolocó enseguida. No, no quería forzar el destino. Angie convirtió su sonrisa en una simple línea recta. Su corazón se encogió con solo pensar en algo así, descolocándola. *Dios mío, pero no pertenezco a esta época.*

—Sé lo que pensáis y ahora no debéis preocuparos por nada. Tenéis que disfrutar de la fiesta. ¡Es vuestro momento, prima! Ya nos preocuparemos de combatir el mal con nuestras armas espirituales —le aconsejó Anette.

Angie la miró y le dedicó una sincera sonrisa. Menos mal que Anette no había presentido su miedo por abandonarlos a todos... Intentó cambiar los pensamientos para no amargarse en la fiesta. Su prima terminó de untarle el unguento y dejó que ella se introdujera más hondo en la tina. El agua caliente la transportó al bienestar y a la calma que necesitaba. Se dejó resbalar más hondo en la tina, sintiendo la tibieza por toda su piel. Las únicas partes de su cuerpo que se quedaron fuera del agua fueron sus senos y la cabeza. Angie sintió el fresco ambiente sobre los pechos, sus pezones respondieron al tacto, endureciéndose y aumentando de tamaño. En aquel instante, se sentía... ¿fogosa? ¿vivaz?, ansiaba tener a Alfred a su lado, acariciarlo, agasajarlo, sentir los latidos de su fuerte corazón... si él estuviera ahora mismo allí, sucumbiría con él sin pensárselo. Su sexo clamaba desesperado por liberarse, quería al caballero sobre ella, moviéndose con frenesí, que coqueteara con su cuerpo, que mordisqueara su trasero, rabiaba porque el capitán le lamiera y le dedicara algún que otro minuto... ¡Oh, no podía creer lo que estaba pensando!

—¿Sentís la fogosidad? —preguntó Anette vistiéndose y preparándose para la celebración—. Creo que ya está haciendo efecto —y comenzó a reír nuevamente.

—¡Pícaro! Estoy sintiendo un ardor dentro de mí... ¿Es por todo estos potingues? —Angie enarcó una ceja, riéndose e intentando asimilar aquello.

—Oh, prima, estimula las ganas de ser amada. Además, lo necesitáis para el ritual de vuestra clarividencia. Aunque... —Anette se detuvo antes de seguir. Cogió un poco de unguento y se lo refregó por su escote. Luego miró a Angie—, deberéis tener mucho cuidado con los mozos, esta poción despierta el placer a cualquier hombre que se acerque a vos.

Angie soltó una carcajada. Seguramente ese brebaje sería igual que el que ella usaba en sus sesiones de amor, "Corderito manso" o el famoso "miel de

amor".

—En mi época, suelo hacer un ritual también para el amor —comenzó a decir—. Mis clientas, quiero decir, la gente que acudía a mí para que les ayude a buscar al hombre de su vida, requieren de algún perfume para atraer al ser amado, o intentar que el hombre que les atraiga también le corresponda. Había veces que incluso ritualizábamos algunas velas y las quemábamos bajo la luz de la luna llena para aumentar la energía.

—Oh, ¿y lo conseguíais?

—Casi siempre.

Anette terminó de vestirse.

—Sois una hechicera, como nosotras.

—Por todos los dioses... —Angie se tapó la boca enseguida. Contempló sorprendida a Anette, su prima iba vestida como una hermosa hada. Llevaba puesto un vestido de tules blancos. El escote redondo y bajo, dejaba a la vista parte de sus senos. Largas mangas del mismo tejido, cubrían los brazos hasta las muñecas. La estrecha cintura realzaba totalmente la silueta de su prima—. Estáis preciosa, cariño. Esta noche conquistaréis a toda la comunidad de jovenzuelos. Y me parece, que esa hermosura, ya está vigilada por alguien... Hay un hombre que se derrite por vuestra alma —le insinuó Angie burlonamente.

A Anette le cambió la cara. Su sonrisa se convirtió en la de una auténtica princesa.

Angie percibió la emoción de su prima cuando la miró. ¡Por todo el oro del mundo! ¿Podría ser cierta sus suposiciones sobre Adam? ¿Sería él? Ahora podía atestiguar el extraño comportamiento de Anette cada vez que el hermano de Alfred se acercaba a ella; la timidez de sus palabras, cuando hablaba delante de este, la delataba.

—El amor que os depara el futuro, será eterno, cielo —le dijo Angie, levantándose de la tina. Esperó a que el agua terminara de resbalar por su piel para salir de ella. Anette le acercó un gran paño de tela para que se secase.

—Oh, Angie, tengo un malestar, en mi estómago, que no me deja comer. Y todo es por culpa de ese soldado que acompaña a vuestro capitán. —Declaró nostálgica.

—Os habéis enamorado, y contra eso no podéis hacer nada.

—Es lo que predijeron las runas... no hace falta que lo afirméis. Sé que han cumplido su designación y ahora, no hay vuelta atrás —le dijo, mirándola a los ojos.

—Os diré una cosa. Esta noche disfrutaremos de la celebración. Dejémonos llevar por esta maravillosa esencia que nos hemos untado y gocemos de lo que nuestra Diosa Madre nos ha concedido. Quiero disfrutar de la felicidad que me envuelve por completo y la que me estáis brindando — Angie quiso tranquilizar a su prima, al igual que ella lo había intentado antes. No era el momento para pensar en lo que estaba por venir.

—Tenéis razón —Anette anduvo rápidamente hasta un arcón de madera y sacó de él, algo que maravilló a Angie—. Tomad, es el regalo que hemos preparado para vuestra primera noche. Complacednos y llevadlo puesto —le dijo, ofreciéndole un hermoso vestido de colores vivos.

—¡Anette, es precioso! ¡Madre mía! —Angie se mordió el labio al contemplar el vestido. Soltó el paño que había utilizado para secarse y se quedó desnuda. Cogió nerviosa el vestido que su prima le ofrecía. Realmente era algo espectacular. Jamás había visto nada parecido, ni siquiera en las mejores boutiques de toda Francia...

—¿Os gusta?

—¡Por supuesto que sí! —gritó de alegría. Anette sonrió.

Angie comenzó a colocárselo. La suave textura de los tules, rozándose por su piel, la hacían sentirse como si estuviera flotando en el cielo. Angie lucía el mismo escote que su prima, un problema para miradas ajenas. Menos mal que un pequeño encaje sobre el borde del escote ocultaba sus encantos. La falda lisa, del mismo color que el precioso corpiño, creaba el perfil de una auténtica reina... ¡*Oh, es maravilloso!* expresó así misma.

—¿Habéis conocido a Alger? Llegó ayer y no quisimos molestarlo hasta que saliera de su aposento. Por lo visto, madre nos comentó que vino muy fatigado del viaje.

Angie levantó la cabeza.

—Sí, lo conocí antes de venir hasta aquí —le dijo riéndose y recordando la dichosa presentación—. Por cierto, vuestro hermano es muy atractivo.

Anette suspiró. Ya sabía que diría eso. Todas las jóvenes, de la comunidad, pensaban lo mismo.

—Sí, lo es. Pero no os fieis de él, le gusta coquetear con todas las muchachas. Supongo que irá a la fiesta y podré darle un saco de besos —apuntó—. Prima... no se os ocurra acercaros a él ahora que estáis embadurnada con ese unguento —sus ojos resplandecían exaltados—, si no vuestro capitán se verá envuelto en una buena pelea —y comenzó a sonreír.

Angie soltó una carcajada. Ya sabía por qué Anette había insinuado aquello.

* * *

—Mi señor, ha llegado.

—Hacedle pasar —ordenó Rudolf, soltando la pluma en el tintero. Enrolló lentamente el pergamino que estaba escribiendo y se irguió en su asiento.

Las puertas de su aposento se volvieron a abrir. Un soldado entró e hizo una venia.

—Podéis pasar —dispuso con el dedo.

El soldado entró y se acercó hasta el escritorio de su señor. Su rostro ocultaba la vergüenza de lo que había sido testigo.

—¿Y bien? —exigió el Regente, impaciente.

—Mi señor... —el caballero lo miró a los ojos y pensó en lo que le diría. No esperó más para soltar lo inevitable—. El capitán está *embruja*do —sentenció.

—¿Qué?! —bramó este levantándose del sillón y rodeando la mesa hasta llegar a su hombre.

—Sí, ha sido embaucado por una... *bruja* —dictó, apretando los labios al pronunciar dicha palabra—. Al salir de aquí, recorrí rápidamente el territorio y me dirigí hacia el norte. Pregunté en varios pueblos y aldeas por la visita del capitán y sus hombres. Solo un anciano me comunicó que lo había visto cabalgando en dirección Hanon, un pueblo cercano a Mecklemburgo. Seguí avanzando, apenas descansé, y cuál fue mi sorpresa que cuando me acerqué a un lago para que mi caballo bebiera un poco... —el soldado se detuvo un momento.

—¡Seguid! —gritó de nuevo Rudolf.

—Estaba el capitán... sucumbiendo con una hereje a orillas del lago —lanzó avergonzado por semejante empresa.

A Rudolf le subió la sangre a la cabeza. La piel de su cara de enardeció de ira. ¿Cómo se atrevía aquel desgraciado a desafiar la ley de Dios y la de sí mismo? Sus ojos se entrecerraron de odio. Necesitó respirar varias veces para apaciguar el estado en el que se encontraba. La sentencia de Alfred de Moncraf ya estaba escrita y la de sus hombres, también. Aquel miserable no interferiría en los planes que había trazado. Se cobraría su vida aunque tuviera que recorrer el mundo entero para darle caza.

—¡William! —rugió.

El caballero se retiró a un lado. La puerta del aposento se volvió a abrir para dejar paso a uno de sus más fieles caballeros.

—Mi señor —contestó este, reverenciándolo.

—Quiero que preparéis a vuestros mejores hombres para una emboscada. Dentro de poco partiremos hacia Hanon. Vuestro capitán ahora es un... proscrito. —Sentenció.

Williams sonrió por dentro. El puesto del nuevo capitán de la Orden era lo que más deseaba, y pronto, muy pronto, sería suyo.

—Os espero en el patio de armas antes del amanecer. Mañana... Alfred de Moncraf será sentenciado a muerte por violar las leyes del Santísimo —y acto seguido salió de su aposento enfurecido.

Williams sonrió perversamente. Humberto, el soldado de la misión, lo observó incrédulo.

—¿Por qué os reís, sir Williams? —le preguntó austeramente—. No me gustaría estar en el pellejo del capitán a pesar de haber incumplido las normas de la Iglesia. Mi deber ha sido informar al Regente, pero no con ello me agrada que Alfred muera.

Williams no respondió, simplemente siguió sonriendo y salió de allí con el pensamiento de ser el nuevo capitán.

* * *

Los pensamientos de la contienda se esfumaron de su cabeza cuando divisó a la joven más hermosa de la tierra. Sus profundos ojos podían embrujar a cualquier hombre que la mirara, que se acercara a pocos metros de su cuerpo, que incluso le dedicara una simple cortesía. Angie era la pasión personificada, el deseo de cualquier hombre por tenerla siempre a su lado. Era puro fuego, una mujer que levantaba excitación por donde pasara. Alfred sintió deseos de matar a cualquier hombre que osara poner los ojos en ella. La hechicera era... *suya*. Nadie podía acercarse a ella con malas intenciones. Angie era un hermoso ángel que había bajado del cielo para despojarlo de su armadura letal contra personas inocentes.

Se levantó de la banca donde se hallaba con sus hombres y se dispuso en ir a buscarla.

Angie se sentía ágil, igual que una pluma con aquel vestido. La suavidad de la tela la transportaba a un estado totalmente hipnótico. ¿O era la poción que le había untado Anette? No lo sabía, pero lo que sí percibía era el calor que sentía por dentro, el entusiasmo por demostrar su valía ante esa noche tan especial.

—Oh, por la diosa, estáis muy hermosa.

Angie giró la cabeza extrañada. ¿De quién era esa voz? Se preguntó confusa. Entonces... quedó sorprendida al ver de quien se trataba. Su primo

Alger le cogió la mano y la saludó cortésmente. Su intensa mirada recorrió todo su cuerpo con lascivia.

—Gracias, Alger —contestó ella, sonrojándose.

En ese instante la ira inundó a Alfred. No le dio tiempo de llegar hasta su hechicera y saludarla cuando un desequilibrado se había adelantado y la estaba... ¡Cortejando! Sus pasos se ciñeron en la tierra fuertemente, como si su cuerpo se hubiera convertido en un toro, hasta llegar a Angie.

—¿Os están molestando, mi señora? —espetó Alfred, cogiéndola por la cintura y acercándola a él.

Ella sintió la calidez de su hombre, emborrachándola. El olor varonil de Alfred le produjo escalofríos ardientes. Su guerrero...

—No, capitán, es mi primo Alger —contestó amablemente.

Alger miró con descaro al capitán. Levantó una ceja en respuesta.

—Señor —lo saludó, agachando la cabeza y haciéndole una venia, apretando la mandíbula por no apretarle el cuello. Su vista se volvió hacia Angie.

Alfred asintió. Luego atrajo más a la muchacha hacia él. *Era suya.*

—¿Podemos hablar en privado, muchacha? —le ordenó.

Angie sintió el deseo de besarlo allí mismo. Dios, ese tío la estaba mojando con tan solo darle órdenes.

—Es la fiesta de la comunidad y le debo a mi familia esta maravillosa noche —le musitó, sonriendo y dedicándole una mirada lasciva.

Alfred maldijo. Quería cogerla allí mismo y copularla como un animal en celo. Angie no se libraría de él esa noche, prometió. La frustración intentó que perdiera la cordura. No obstante, se la guardó para soltarla más tarde.

Alger sintió ganas de atravesar al capitán con sus flechas. Su prima necesitaba bailar, disfrutar de la maravillosa festividad de la cosecha, y no estar bajo las órdenes de un estúpido soldado cristiano. Se alejó de la pareja, pero sin dejar de contemplar a la hermosa joven. En cuanto estuviera sola volvería a hablar con ella. No sabía cómo, pero esa mujer lo atraía como un imán.

Varias cosas acerca de la manera que tienen las brujas de actuar.

En los hombres, en primer lugar, la forma que emplean: mediante maleficios para impedir la potencia genital y el acto venéreo para que la mujer no pueda concebir y para que el hombre no pueda ejercer su potencia.

**MALLEUS MALEFICARUM (1486 Año del Señor)
El Martillo de las Brujas (FACSIMIL Traducido pag. 251)**

CAPÍTULO 11

La intuición no le fallaba. Él estaba cerca, muy cerca, pensó nerviosa. Buscó por los alrededores al hombre que había despertado una extraña ilusión dentro de su alma, un vibrante cosquilleo que sentía en sus entrañas cada vez que posaba sus ojos en ella. Anette se detuvo cuando llegó al mirador de la comunidad. Allí solían ir las parejas a admirar la luna, a proclamar su amor en voz alta para nunca olvidar ese momento; a implorarle a la madre naturaleza que nunca abandonase a sus ciervos hijos. Y ella, necesitaba conocer el consejo de la diosa Madre. Miró a su alrededor una vez más por si esa presencia salía de algún escondite, pero nada, seguía sin aparecer. Entonces se cercioró de que nadie estuviera presente. La gente se hallaba lejos, aparentemente no había nadie en los alrededores del mirador; la música de las flautas apenas era audible, sin embargo, el delicioso olor del incienso lo percibía como si lo hubieran quemado delante de ella, tan suave y exquisito... Anette aspiró aquel aroma y, en ese instante, sus ojos se movieron de un lado para otro creyendo oír algo. ¿Habría alguien oculto y no quería que lo descubriese? La preocupación la embargó. Ahora ella no percibía la presencia de... de... Giró la cabeza volviendo a buscar la silueta que esperaba encontrar, y nada. No había rastro de nadie. El silencio sería el único testigo de lo que estaba a punto de hacer. Entonces, no esperó más tiempo. Levantó la cabeza y las manos al cielo e invocó a la diosa.

—*Que la luna alumbre mi camino. Yo, vuestra hija, os pido la sabiduría del *Lughnasadh* —aclamó con sus párpados cerrados.

De repente, el viento sacudió sus cabellos, elevándolos al cielo. Anette sintió la invocación de uno de los elementos.

—*Oh, bendito seáis...* —susurró ella, sintiendo como el viento mecía su melena—. *Gracias* —abrió los ojos al tiempo que conjuraba una de sus peticiones—. *Deseo ser correspondida, diosa Madre. Vuestra cierva, aguarda en su alma, a un hombre de corazón indómito, un joven de diferentes creencias. ¡Oh!, ¿cómo llegará hasta mí ser? Me siento extraña cuando estoy a su lado, emocionada cuando él me habla, dichosa cuando me mira.*

Repentinamente, una brillante luz se arremolinó alrededor de ella. El viento no dejó de mecer sus cabellos y alzándolos al cielo. La luz se hizo cada vez más intensa, más, más..., y, entonces, Anette sintió una increíble fuerza que comenzó a apoderarse de todo su cuerpo.

—*Hija mía, dejad que el destino siga su curso, él formará parte del vuestro* —musitó una voz que salía del fulgor. Luego, todo desapareció.

Anette jadeó. El vello de su nuca se le erizó, y no por lo que había escuchado, sino por el crujido de una rama al partirse. Inquieta, volvió su cabeza, quedándose de piedra. Una intensa mirada la despojó por completo de su concentración. Su corazón palpitó a mil por horas, su respiración se agitó, las manos le temblaban como si estuviera en pleno invierno..., cuando los decididos pasos de un hombre se acercaron hasta donde ella estaba.

Adam lo había visto todo, absolutamente todo, mientras se ocultaba tras uno de los enormes árboles. Anette era una hechicera, al igual que Angie. Su mente quedó vacía de pensamientos... ¿Cómo debía reaccionar ante semejante invocación o como esa gente le llamaba? No lo sabía, pero lo que sí sabía era que ella aguardaba el amor de un hombre, un hombre diferente a sus creencias, tal y como había susurrado. Y su corazón le dictaba que era... él.

Al llegar hasta ella, alargó una mano y tocó su hermoso rostro, acariciándolo. El tacto de aquella suave piel, lo hizo suspirar. Anette era tan inmaculada, tan distinta a cualquier mujer, tan inocente... Su perfecto cuerpo lucía un vestido que hacía quebrantar las leyes de la Iglesia. Podía ver a la perfección todas las curvas de aquel exuberante y joven físico. Adam apretó la mandíbula. Quería besarla por un momento. ¿Podría hacerlo o lo rechazaría?

El pulso de Anette había cogido el mismo ritmo que las galopadas de un caballo en plena persecución. La impenetrable mirada del caballero parecía quebrarse. Sintió la callosa mano de este sobre su cara, luego la deslizó sobre su cuello, acariciándolo con dulzura y dedicación. Anette quería que el tiempo se parase, que no siguiera el curso del amargo destino que le esperaba a toda su familia. Necesitaba detener, por unas horas, el cauce de aquel tiempo que transcurría hacia su designio. No quería que él quitase sus manos de su piel, que las caricias nunca cesaran; Adam le hacía perder la cordura. Y ella deseaba entregarle su alma para siempre.

Adam no se retuvo más tiempo. Acercó su boca y la besó tiernamente. Ella lo acogió con pasión. Anette elevó sus talones para sellar mejor el beso. El soldado gimió al sentir su deliciosa boca, su cálida bienvenida. Y entonces la abrazó hasta dejarla completamente pegada a él.

A partir de aquel momento, las leyes, las normas y las órdenes venidas de fuera, se extinguieron, ya no existía la diferencia entre religiones. Acababan de ser testigos de un nacimiento, de un nuevo amor a punto de comenzar su camino, que seguramente desencadenaría consecuencias hostiles. Pero eso daba igual. El embrión de algo maravilloso empieza a germinar desde lo más profundo de sus almas.

Anette se retiró lentamente. Él protestó por su alejamiento.

—¿Y ahora...?

Adam puso un dedo en su boca para que se callara.

—No penséis en ello, mi señora —le dijo con la voz enronquecida—. A partir de ahora, sois vos la que conducís mi vida. —Y entonces, la volvió a besar apasionadamente.

* * *

—¡Prima! —gritó Marlenne, corriendo hasta ella—. ¡Estáis muy hermosa! El vestido os queda perfecto —la sonrisa le llegaba de oreja a oreja. Ojeó el corpiño y la falda que habían creado para Angie, realzaba la belleza de su prima aún más. Ellas tres lo habían elaborado con toda la ilusión del mundo—. ¡Ah! ¿Os ha visto mi madre? —La felicidad de su prima era arrolladora.

Desde que Angie llegó a ese siglo nunca había visto reír así a Marlenne y menos hablar alocadamente de esa manera. A su llegada, creyó que era la hermana más explícita de la familia, pero lo visto... ¿Se habría untado aquel unguento? Se preguntó con burla. La miró detenidamente y no pudo contener más su risa.

—Gracias, Marlenne —le indicó, acercándose a ella y dándole un beso—. También estáis preciosa —la admiró cariñosamente—. Me temo que vuestro “Don Juan” estará babeando tooooda la noche por vos —le susurró en el oído.

Marlenne soltó una carcajada.

—Eso espero, Angie —le contestó en voz baja—. Pero, ¿dónde está vuestro capitán? Antes lo vi muy cerca de vos.

—Ah, sí —volvió a sonreír, pero esta vez sentía un cosquilleo en el estómago que no lo entendía—, está allí —señaló con la cabeza hacia la izquierda. Alfred estaba con una copa de vino en la mano y observándola detenidamente. Sus ojos estaban pegados a su... ¿Escote?

—¿Y cómo es que no está disfrutando con su futura prometida? —y soltó una carcajada.

—Prima, no adelantéis los acontecimientos. Por cierto, ¿os habéis untado algo en el cuello? —la pícara sonrisa de Angie, consiguió que Marlenne

suspirara.

—Sí, es la tradición —y volvió a soltar una carcajada.

—Ya lo suponía...

—Espero que Anette haya sido delicada al untároslo. Una vez se pasó refregándome unguento sobre mi cuello y... ¡Necesité tres días para quitarme aquel dichoso brebaje!

Angie reventaría de un momento a otro de risa.

—Esperad... ¡Hay más! —Su prima la cogió por el codo y le dijo al oído—. Todos los muchachos de la comunidad... —Elevó los labios y enseñó todos los dientes, a punto de soltar nuevamente una carcajada—, babearon durante un mes por mi persona.

—¡Joder! —contestó Angie a punto de desternillarse de risa—. ¡Marlenne! Deberíais de haberme invocado antes —y giró la cabeza para observar al capitán. Se quedó con la boca abierta. Dios, se estaba excitando de nuevo. ¡Alfred la miraba con ojos lascivos! Él se relamió los labios y enarcó una ceja ante aquel sugerente repaso. ¿Podría acabar el ritual con sus tíos antes de sucumbir con ese caballero, por Dios?, se preguntó nerviosa. Su mente le respondió enseguida: No.

—Prima, ¿qué significa esa palabra?

—¿Cuál?

—Joder.

—¿De verdad queréis saberlo? —Le preguntó Angie sin quitar la vista del caballero.

—Oh, sí, pero me temo que no es algo... muy bien visto, ¿no? —y siguió riéndose.

—Es una expresión que usamos, en mi época, cuando hay algo que sobresale de lo normal. Pero también puede significar otra cosa en distintas circunstancias... —*fornicar, prima, fornicar*. ¿Cómo se lo diría? ¡Ah!, ya sabía—. También puede significar: hacer el amor, en términos más puritanos.

—Entonces, Francis deberá conocer esa palabra esta noche... —y salió de allí eufórica, en busca de su prometido.

Angie se sintió dichosa por estar en aquel lugar. Nunca creyó que fuera tan bien aceptada entre la familia y los habitantes de Hanon. Ni siquiera pensaba en... regresar. Ese hecho la descolocó por un momento. *Mi padre, seguro que está buscándome*. Su rostro cambió de color y la sonrisa se le esfumó, dejando paso al desolado pensamiento de su querido Gerard. ¿La echaría de menos? ¿Y Linda? ¿Estaría llamándola continuamente? Angie levantó la cabeza y miró a la luna; estaba preciosa, en todo su esplendor. Se

calmó al verla, brillando y bañando con su luz, la noche. Se requirió, así misma, no volver a pensar en ello durante esa fabulosa velada. Sería un poco egoísta por su parte, pero ya tendría lugar de hacerlo una vez ayudara a su familia a defender la comunidad. Angie pretendía dejar sus uñas en aquel sitio, conjurar los hechizos que hiciera falta para alejar las malas energías que se acercaran a Hanon. Ella poseía la suficiente fuerza mental para convocar a la diosa Madre y preparar el círculo de protección por todo alrededor de la comunidad. Claro estaba, su tía y sus primas eran igualmente el apoyo que necesitaba. Esa noche aumentaría su don, percibiría claramente el aura de todas aquellas personas que se le acercaran y podría captar la maldad a muchos metros de distancia.

—Mi amor, estáis aquí —las enternecedoras palabras de Mathilda, consiguieron que bajara su mirada del cielo y se posara en el humilde rostro de su tía—, parecéis una diosa...

—Tía, por favor, me ruborizaréis.

—Es verdad —contestó Nils, acercándose a ella y dándole un beso en la frente—. Os parecéis a la diosa Madre.

—Ahora sí que me habéis ruborizado. —Las mejillas de Angie se incendiaron. ¿Cuándo había estado ella así? *Es el unguento*, pensó.

—Tomad, querida, necesito que bebáis un poco de esta infusión. Todas las mujeres de la comunidad lo hacen antes de empezar el ritual —le sugirió Mathilda, entregándole una copa con el líquido.

Angie cogió la copa y la olió ¡El aroma era exquisito!

—¿Qué es? —preguntó excitada, volvió a olfatearlo.

—Es mandrágora con miel. La miel dulcifica el amargo sabor de la raíz de esta planta.

—Para los hombres, ¿no hay un poco? —insinuó Nils, sonriendo.

—¡Oh!, no. Sabéis muy bien que no podéis beber esta infusión —la astuta voz de Mathilda hizo que Nils enarcara una ceja—. No pongáis ese gesto. Cuando todo acabe, os recompensaré... —y le dio un pequeño beso en la boca.

—Eso espero, mi señora —le insinuó él, marchándose.

Angie miró a su tía y después a su tío. *Vaya par de tortolitos*.

—¿Por qué no pueden los hombres beber esto? —le preguntó a Mathilda.

—Si lo ingieren entraran en la misma euforia que las mujeres, y os aseguro, que no os gustaría verlos perseguir durante toda la noche a las mujeres —y comenzó a reír.

—Eso quiere decir... ¿que estaremos en una especie de “trance fogoso”?

—Más o menos.

Angie se bebió el dulce líquido de un tirón. La mandrágora era una raíz que utilizaba mucho en sus rituales, pero no la ingería, si no la usaba para quemarla con otras hierbas. Pero ahora, ¿qué efecto tendría junto con el ungüento que Anette le había refregado? ¡Le daba miedo pensarlo!

—Mi amor, ¿estáis conociendo al capitán? —la pregunta sacó a Angie de su ensoñación. La cogió por sorpresa.

—Es un hombre... vigoroso —contestó, desviando la mirada y buscándolo. Ya lo encontró: seguía contemplándola sin pestañear. *Vaya tela.* Él se llevó la copa a la boca y bebió de un trago todo el vino. Luego, anduvo sin dejar de mirarla hasta la mesa donde se hallaba Louis y cogió la jarra; volvió a llenar su copa—. Es difícil que diga esto tía, pero en mi época no se encuentra fácilmente a un hombre de esta medida. Quiero decir, con estas cualidades —refirió.

Angie siguió ojeando a Alfred. *Por favor, está tan guapo...* Su cabello despeinado le hacía arrebatadoramente atractivo. Con la túnica oscura, su arma pendiendo de un cinturón y sin esa pesada cota de malla parecía un auténtico sex symbols. La incipiente barba de dos días la incitaba a mordisquearle la mandíbula, a rasgarle suavemente con las uñas los pómulos, besar los gruesos labios que la hacían delirar...

—Cariño, ¿habéis oído lo que os dije?

Angie giró la cabeza distraída.

—Oh, lo siento tía, ¿qué me habéis preguntado?

—¿Habéis estado con él, íntimamente? —susurró Mathilda intranquila.

Angie no dudó en contestarle.

—Me temo... que sí.

—Entonces, mi visión está confirmada. Ahora, empecemos con el ritual —y cogió a Angie de la mano y se fue en busca de sus hijas.

* * *

El abrasador beso la transportó hasta el mismo universo. Jamás había sentido algo tan turbador, sensual. Él había aplacado sus nervios, sus inseguridades. Adam estaba consiguiendo despertar el amor que aguardaba dentro de su alma, impaciente, y ella misma había descubierto la placentera sensación de abrazarlo y desearlo hasta la locura. El nacimiento de algo maravilloso crecía dentro de su corazón.

Adam no quería apartarse de la hermosa joven que lo abrazaba. Las pequeñas manos apretaban su espalda con exigencia, para no separarse de él.

Y eso lo estaba perturbando, porque lo único que deseaba ahora era seguir pegado a ella, unido para siempre a la preciosa Anette; su boca sabía a miel, a la dulce y maravillosa miel de las abejas; aquellos deseables labios le hacían delirar cada vez que los movía, buscando, saboreando, recreándose bien en esa deliciosa sensación...

—Muchacha... —su boca se deslizó por el contorno del fino cuello. Se detuvo a mitad del camino y olió algo que lo enardeció más. ¡Oh, por todos los Santos! ¡Anette era puro elixir!

—¡Anette, Anette!

La voz de su madre la sacó de aquel encantamiento. Adam se retiró rápidamente de ella. Parecía que había caído un rayo entre ellos dos. Anette se quedó absorta, sorprendida por la llamada de Mathilda. El ritual comenzaría de un momento a otro.

—Mi señor... gracias —fue lo único que salió de su boca. No pudo seguir hablando, la embargaba sensaciones inexplicables. Anette sonrió ruborizada y le ofreció un significativo beso al caballero; un sello para que nunca se olvidara de ella. Luego, sin decir ni una palabra más, salió de allí para reunirse con su madre.

Él sintió en sus propias carnes la tremenda ausencia de la joven. Dedicó un par de minutos para reaccionar de aquel suceso. Su vida se había sentenciado, juzgó enseguida. Sin embargo, ya había sido condenada desde que su hermano tomó aquella insubordinada decisión, y solo existía un camino para salvar su honor y el del capitán. Un cruel juicio que iba en su contra. Pero Adam sabía que tendría que luchar contra la Orden de Rudolf, un ejército al que había servido durante diez años y defendido por salvaguardar sus leyes. No obstante, el destino quería que tropezara con la gente de Hanon, con las mujeres de aquella comarca, y sobre todo... con Anette.

Se dispuso a ir a busca de Alfred. Necesitaba hablar con alguien, y que mejor que su hermano para ello; la persona perfecta para contarle lo que probablemente ocurriría si seguía en aquella comunidad y cerca de Anette.

* * *

Todos los hombres de Hanon se sentaron alrededor de una enorme fogata, en el centro de la comunidad. Las flautas disminuyeron el sonido y comenzaron a tocar la melodía de la medianoche, como solían hacerlo todos los años en esas fechas. Mathilda y su amiga Rose perfilaron en la tierra, con varas de almendro, una gran estrella de cinco puntas. Luego, hicieron un círculo gigantesco de sal alrededor de la estrella. Dentro de aquel círculo debía entrar

más de doce jóvenes. El sonido de las risitas de las muchachas, denotaron emociones ante lo que se avecinaba.

Alfred y sus hombres quedaron en silencio, esperando el acontecimiento. Sus inquietantes miradas no dejaban de observar el espectáculo. Los demás miembros de la comunidad, preocupados por la reacción que pudieran tener los soldados, admiraban expectantes a sus mujeres, pero sin quitarles ojos de encima a los hombres de Dios.

Marlenne encendió cinco pequeñas lámparas de aceite y las colocó por el mismo contorno de sal, alrededor del círculo. Su madre y Rose se mantuvieron en el centro de la estrella y comenzaron a invocar a los cuatro elementos de la naturaleza, elevando las manos al cielo. Las flautas siguieron al compás de las palabras de las dos mujeres. El olor a incienso se intensificó y las risas de las muchachas cesaron.

Angie no podía creer lo que estaba contemplando. Algo maravilloso, enigmático, increíble. Allí flotaba el auténtico espíritu de la Wicca, se dijo así misma. Podía percibir una fuerte energía pasearse por ella, que la acariciaba e incitaba a bailar, la sentía por todos los poros de su piel, e incluso satisfacía todas las inquietudes que poseía en esos momentos.

—*¡Hijas mías! Los dioses han bajado del universo y se encuentran entre nosotros* —gritó Mathilda con las manos elevadas al cielo y mirando a la luna—. *Debemos agradecerles su visita y también agradecerles este maravilloso año de cosecha* —inquirió, cerrando los ojos. Luego los abrió y bajó la cabeza. Sus ojos se posaron en Angie—. *Vuestras ciervas quieren honraros.*

Y, de repente, Anette y Marlenne cogieron, cada una, las manos de Angie. Las demás jóvenes hicieron lo mismo y empezaron a caminar hacia el círculo, cerrándolo, poco a poco. A Angie se le agitó la sangre y algo más. ¡Madre mía, estaba muy nerviosa! ¿Qué sucedería? Se preguntó atenta. Su expectación ante lo que pasaría la tenía en un vilo. Si su amiga Linda supiera dónde se encontraba y lo que iba a pasar, no se lo creería. Siguió caminando, con sus primas, hasta el círculo. Sus instintos parecían despertarse en cada paso que daba hacia la estrella. Era como si le avisaran de que ocurriría algo maravilloso, un hecho que jamás olvidaría y que siempre lo tendría guardado en su corazón. *Madre Tierra, dadme fuerzas para seguir disfrutando de esto,* se decía.

—*Entrad, ciervas mías* —sugirió Mathilda. Rose se acercó a cada muchacha y le entregó una corona de flores—, *y colocaros esta ofrenda.* — Cuando llegó hasta Angie le proporcionó otra clase de corona. Ella abrió los ojos de par en par. Rose sonrió y le colocó, sobre la cabeza, una hermosa

diadema hecha con hojas de laurel y pequeñas piedras de lapislázuli. Un regalo precioso. Angie quedó sorprendida. ¡Por favor! jamás había tenido una ofrenda tan especial...

Anette y su hermana sonrieron al ver el rostro a su prima. Rose acabó de repartir las coronas y empezó a sellar nuevamente un círculo, sin embargo, esta vez lo hizo imaginario con su dedo, quedando dentro de él todas las muchachas, incluida ella y Mathilda.

—*El círculo sagrado está sellado. Ahora... debemos sentir las caricias de los dioses, en especial de la diosa Madre. ¡Benedicidnos y acompañadnos en este rito sagrado, gran Madre!* —las jóvenes estaban asombradas.

Angie sintió un extraño calor penetrar por todo su cuerpo. La temperatura de dicho fenómeno aumentaba a pasos agigantados. Primero lo notó en los pies, luego en los tobillos, las piernas, el tronco..., hasta llegar a la cabeza. ¡Estaba completamente seducida por los dioses! ¿Cómo podía sucederle aquello? Parecía que alguien la estaba tocando, acariciando, palpando..., Angie tragó saliva. Giró la cabeza para mirar a todas las demás y se quedó de piedra. Sus rostros habían cambiado. Las mejillas de todas las chicas estaban incendiadas, tenían pícaras sonrisas y alguna que otra mirada aturdida, dejaban bien claro lo que estaban sintiendo. Lo mismo que ella.

—*Diosa, queremos brindaros un regalo especial. Es una nueva hija. Haced de ella una cierva más de nuestra comunidad* —dijo su tía. Angie sintió que todo su cuerpo se hacía agua. Sus sentidos le indicaron rápidamente que Mathilda se dirigiría a ella—, *acercaros... Angie de Brant* —le sugirió, sonriéndole.

Angie se tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Necesitó fuerzas para no desfallecer delante de doscientas miradas desconocidas. Sin pensarlo más, dio un paso al frente.

—*Más cerca... hija mía* —le insistió Mathilda.

Caminó hasta llegar al centro del círculo. Los expectantes ojos de su tía y la sonrisa que destilaba, consiguieron relajarla un poco. O eso creía. Esperó frente a ella sin dejar de pensar en lo que pasaría.

—*Diosa Madre, concededme el honor de abrir las puertas de este don* — y acto seguido Mathilda tocó, con el dedo índice, la frente de Angie, concretamente en el centro. Esta jadeó, sintiendo una enorme fuerza apoderarse de ella, la energía de su cuerpo subió como la espuma. ¡Oh, Oh! De repente, sucedió un acontecimiento que la dejó extasiada. Delante de sus narices ocurrió lo que tanto esperaba, ¡podía ver el aura que irradiaba su tía y cada persona que había allí presente! Algo maravilloso, espectacular; los colores

iban y venían de un lado y otro, distorsionando su campo de visión, aumentando y debilitando su intensidad... Angie respiró profundamente para calmarse y relajar la energía que se había acumulado dentro de ella, pero no podía. Sus vivencias estaban consiguiendo que se enamorara de aquello, de todo cuanto había a su alrededor, de la magia que flotaba en Hanon. ¿Cómo podía explicarle a Alfred lo que su cuerpo estaba sintiendo? No tenía palabras para hacerlo, solo hechos. Además, él era testigo de su dicha, juez de una fiesta inofensiva. Angie dedicó algunos minutos más en recrearse del hermoso ritual. Su visión había cambiado por completo, lo cual sería su don; veía los colores del aura que rodeaba a cada miembro de la comunidad, con mayor diferencia. El aura que rodeaba a su tía era preciosa, de tonalidades anaranjadas. Angie giró la cabeza y miró a Anette. Se tapó la boca ante lo que vieron sus ojos. ¡Su aura era del mismo color de las rosas en primavera!, con tonos pasteles y tonalidades suaves. Siguió barriendo con sus ojos hasta llegar a Marlenne; Angie necesitó calmarse. El color rojo intenso que rodeaba a su prima era espectacular: furioso y arrollador; la pasión de Marlenne refulgía con intensidad, desprendiendo fuertes ondas de energía.

—¡Hijas mías! —Mathilda requirió la atención de todas—. *La gran Madre ha concedido el don de nuestra nueva cierva. ¡Démosle las gracias!*

Todas las mujeres alzaron las manos al cielo y dieron las gracias.

—*Salve diosa, ya que sois la reina de todos, gracias por concedernos un año de buena cosecha y de regalarnos una hija más. ¡Vuestras ciervas os honra!* —y acto seguido Mathilda despidió a los dioses y a la diosa Madre, cerrando los ojos y abriendo el círculo de sal. Luego, Rose le ayudó a disolver el círculo imaginario con el dedo índice para que todas las mujeres salieran del espacio sagrado donde habían hecho el ritual.

Angie aún seguía extasiada con su don; veía luces alrededor de cada persona, pero había algo que también seguía dentro de ella y quería aliviarlo como fuera; se sentía muy excitada, fogosa, y eso debía calmarlo con urgencia.

Mathilda cogió su mano.

—A partir de ahora, mi amor, cada vez que sintáis aumentar vuestra energía en el cuerpo, lograréis ver el mal y el bien de cualquier persona que se acerque a vos. Es el don que os ha concedido la gran Madre y que lo tenéis guardado. Es un escudo que podréis usar para vuestro beneficio y el de la gente que os rodea. Este poder os aguardaba y lo llevabais en el alma.

—Oh, tía, he sentido algo maravilloso dentro de mí. Jamás experimenté algo parecido. Veo el aura de cada persona, su estado anímico, sus

emociones, sus alegrías..., todo.

Mathilda acarició su cara.

—En el ritual habéis sentido mucho y habéis sido testigo del verdadero espíritu de nuestra comunidad. Es lo único que podemos revivir cada año por haber logrado sacar una buena cosecha. Les damos las gracias a nuestros dioses y ellos nos ayudan a seguir nuestro camino. Nos proporcionan algo de placer para disfrutarlo —las humildes palabras de su tía lograron encoger el corazón de Angie—. Y estas reuniones son las únicas diversiones que tenemos para calmar nuestras fuertes ansias, a consecuencias de... ya sabéis de quién —se detuvo y no pronunció las palabras. Luego sonrió—. Creo que es el momento de pasarlo bien. Mañana nos cambiará el destino, ya lo veréis —le dio un beso en la mejilla y se fue en busca de su esposo.

* * *

Alfred estaba completamente absorto. Acababa de ver la “herejía” que tantas veces había escuchado por boca del Regente: *¡Proclaman su demoníaca religión!*, decía el bastardo de Rudolf, constantemente. ¿Acaso esa especie de ritual, como así lo llamaban, estaba sometido por los demonios? Alfred se dio cuenta de una cosa: Rudolf estaba enfermo, infectado por su propio poder, y también contagiaba a todo aquel que estuviera a su lado. Él y toda su Orden habían estado envenenados por su maldad. Si la religión pagana estaba oculta era por culpa de... no quería mencionarlo, pero guardarlo tampoco: por culpa de ellos mismos, por culpa de unos soldados destinados a hacerla desaparecer. Sin embargo, no solo existía esa cuestión. Había muertes, muchas muertes y sentencias injustas por creencias opuestas a la Iglesia Cristiana.

—Esto no lo ha presenciado el Regente, si lo hubiera hecho... —Louis se detuvo antes de seguir. Se mordió la lengua por no maldecir. Entrecerró los ojos y dijo—: Capitán, ahora me he dado cuenta del mal que nos han inculcado —agachó la cabeza y se tocó las sienes—. No hay perdón, no lo hay. He sido contagiado por una enfermedad religiosa —sentenció en voz baja y para sí mismo.

—El perdón está en vuestra alma, caballero, y no hay mejor compasión que la vuestra propia —las palabras del capitán, consiguieron que Louis asintiera. Tenía toda la razón.

—Os juré lealtad cuando ascendisteis al puesto, mi señor, y os sigo jurándola por el honor a vuestro corazón y a vuestra nobleza —expresó, levantando la cabeza.

Alfred sintió una enorme satisfacción al ver a su soldado recapacitar de aquella manera. Louis, a pesar de todo lo que estaba sucediendo, seguía ofreciéndole la misma obediencia.

—Gracias, Louis.

—Siempre estaremos a vuestro servicio, capitán —la voz de su hermano, consiguió calmar más su estado. Adam apoyó una mano en su hombro. Alfred giró la cabeza y vio las facciones del caballero. Su rostro se había endurecido, su mirada estaba ausente, distante. En su boca solo se apreciaba una simple línea recta que carecía de entusiasmo... Entonces, lo comprendió. A Adam le costaba asimilar aquello, él había sido entrenado desde muy pequeño en una abadía, al igual que Alfred, y las leyes del cristianismo habían sido su segunda madre.

—Gracias —fue lo único que pronunció.

—Capitán —una suave voz penetró en su cabeza, envolviéndolo en una deliciosa atracción. Alfred se giró y encontró a su expectante hechicera. Su boca dibujó una sonrisa al verla. Estaba tan hermosa... Este maldijo interiormente cuando se dio cuenta de que sus dos hombres estaban mirándola descaradamente.

—Me parece que debéis introducirlos en la fiesta, caballeros —ordenó este enfurecido.

Angie se acercó a él, tan solo los separaba un palmo de su cuerpo. Ella destilaba persuasión, lo atraía de una forma escandalosa. Alfred necesita respirar y ella era el aire que inflaría sus pulmones. ¿Qué tenía esa muchacha que lo hacía enardecer con solo admirarla? Su piel se puso de gallina cuando ella tocó su antebrazo. Él sintió las delicadas manos de ella, ascendiendo desde el codo hasta el hombro, con una sugerente y sensual caricia, tan delicada... esa mujer era pura pasión, pura vitalidad, una joven que traspasaba los límites de su autocontrol.

Angie necesitaba tocarlo, acariciarlo, manosearlo.... ¡Joder!, necesitaba que aquel cuerpo estuviera rozando el de ella, que sus besos la derritieran, que su lengua... Esta no aguantaba más tiempo sin poder estar a solas con el caballero que no dejaba de comérsela con la mirada. Por un momento pensó en coger a Alfred y tirarlo al suelo y posteriormente subirse a horcajadas sobre sus caderas y murmurarle al oído *ámame, siénteme, acaríciame*. ¡Por favor, estaba muy enardecida! Su mano se aventuró a fue a parar al musculoso cuello del capitán. *Dios mío... qué potencia. Vámonos a un lugar apartado*, se dijo interiormente.

—Mi señora, estáis acabando con mi paciencia... —gruñó él, elevando el labio superior—. Este juego es peligroso, hechicera.

—¿Creéis que podríamos disfrutar de esta maravillosa noche... a solas? —Angie ronroneó. Comenzó a dar vueltas alrededor del cuerpo de Alfred, sin dejar de rozarlo con el dedo índice. Luego, se puso de puntillas y le susurró al oído—: No puedo aguantar, mi señor, no puedo. Me volvéis loca cada vez que os tengo cerca. Mi cuerpo está ardiente y preparado para vos.

Alfred la agarró de la muñeca, deteniéndola.

—Os acabáis de quemar con fuego, Angie, y lo lamentaréis —y acto seguido la cogió y se la echó al hombro, como si fuera una frágil muñeca. Alfred jamás había hecho algo parecido, pero ella había conseguido borrar toda clase de protocolo que le habían enseñado. Nunca se juega con los deseos de un hombre y menos con los que él tenía en esos momentos.

Angie soltó una carcajada cuando él la alzó, la colocó sobre su hombro y salió con ella caminando hacia las afueras de la comunidad. ¿Qué había conseguido con esta insinuación?, se preguntó así misma. Quería que él comprendiera como estaba, como se sentía, y explicarle la experiencia tan maravillosa que había dejado aquel ritual en su cuerpo. Angie pensó que el capitán había comprendido los motivos de aquella fiesta. Aunque, temía pensar que él aún no hubiera tomado una decisión acerca de su gente... ¿Qué tormento le haría si no llegaba a comprenderla? No quería pensarlo.

Salieron de allí con más de una mirada puesta sobre sus cuerpos.

En ese momento, Alger tiró la copa de vino al suelo cuando vio lo que el capitán hizo. Se levantó del asiento, como un animal salvaje, y se dispuso a ir en busca de su prima.

—Deteneos, hijo mío —le contestó Nils, agarrándolo por la muñeca.

—Soltadme... ¿No veis que el malnacido ha raptado a Angie? —los ojos de Alger se le saldrían de un momento a otro por la ira.

—Ella ha ido en su busca, no os entrometáis en su destino, hijo.

—¿Y qué es lo que dice el destino? ¿Qué no me importe alguien de mi propia sangre? —las furiosas palabras se apoderaron de su paciencia.

Mathilda escuchó a su hijo discutir en voz alta con su esposo. Salió caminando rápidamente hasta llegar a ellos. No le gustaba el tono de voz de Alger.

—Os lo vuelvo a repetir, Angie está enamorada del capitán.

—¡Y un cuerno!

—¡Alger! —la voz de su madre lo acalló. Y este la miró con los ojos entrecerrados—. Angie está en buenas manos —le informó con el rostro serio

—, y por favor, comportaos. Es la fiesta del año. Sois mi hijo y no quiero que os mostréis así delante de todo el mundo.

—Después de todo lo que he pasado, de la amarga tortura... ¿Cómo diablos queréis que reaccione ante esa clase de hombre?

Mathilda se detuvo. Se dio cuenta de que Alger seguía atormentado. Y parte de lo que había dicho era verdad. Él había estado entre las garras de unos soldados despiadados y a punto de morir.

—Lo siento, sé que vuestro instinto no os abandona, pero confiad en mí, por favor —le sugirió su madre, agarrándole la mano.

Alger la miró. Los ojos de Mathilda reflejaban la pura misericordia, la esperanza se reflejaba en su maduro rostro. Ella era su luz, su guía casi siempre. Y ahora, no podía fallarle.

—Está bien —contestó.

Nils le dio un apretón en el hombro.

—Sois un buen hijo. Estoy orgulloso de vos, aunque a veces seáis un poco terco.

Alger no dijo nada. Asintió con la cabeza y salió de allí en busca de otra copa, sino... se arrepentiría de haber tomado esa decisión.

Mathilda se quedó allí de pie, con su esposo. Contempló la enigmática celebración. La gente bebía, gritaba, cantaba... Los niños jugueteaban por los alrededores con escobas, creyendo que eran caballos; las mujeres no dejaban de reír y seducir a los hombres emperifolladas con sus mejores vestidos, sus mágicos ungüentos; su hija bailaba al compás de las flautas con unas amigas y todas sonreían a muchachos que las admiraban embelesados, con ojos de corderitos mansos; Marlenne hablaba y besaba continuamente a Francis... Él estaba totalmente enamorado de ella. Mathilda suspiró profundamente. Pronto acabará todo. Pronto. Se dijo, ocultando su angustia.

Si alguno se plantea si el demonio prefiere herir a los hombres piadosos y a las criaturas por sí mismo o por medio de las brujas, se le puede contestar que no hay que comparar ambas posibilidades, ya que él prefiere infinitamente más herir por medio de las brujas.

**MALLEUS MALEFICARUM (1486 Año del Señor)
El Martillo de las Brujas (FACSIMIL Traducido pag. 267)**

CAPÍTULO 12

—¡Soltadme! —las carcajadas de Angie resonaron en el entorno—. ¡No puedo más! Vamos, bajadme de una vez —bajó el tono de voz y su boca se acercó al oído de Alfred—. ¿No queréis soltadme? ¡Ah!, pues entonces gritaré fuerte... o mejor, ¿sabéis lo que mi mente piensa? —Estaba eufórica, feliz.

El capitán se mordió la lengua. Si ella seguía así, no le daría tiempo de salir de la comunidad. La tiraría cerca de unos arbustos y la penetraría por detrás sin ningún reparo.

—Puesto que no decís nada, os lo diré —le instó—. Pienso agarraros de los cabellos y tirar de ellos hasta que os quedéis calvo... jajaja—. Oh, sí, si no me soltáis en el suelo —las risas inundaron el espacio donde estaban.

Alfred se detuvo y la bajó enseguida. Angie había conseguido traspasar los límites de su autocontrol. Y esas palabras consiguieron desatarlo. La necesitaba urgentemente bajo él y no podía aguantar más las lujuriosas puyas de su hechicera. La tiró al suelo y comenzó, como un loco, a besarla frenéticamente.

Angie se reía cada vez más. Entremetió sus dedos por los cabellos del capitán, cogiendo su cabeza y atrayéndola aún más hacia ella. Sus bocas parecían selladas con cera, unidas y calientes. Sus lenguas chocaban intensamente por satisfacerse, se deleitaban de su propia miel. Él parecía que la devoraría de un momento a otro. Estaba demasiado desatado, hasta dudaba de su fuerza. Bajó la cabeza, buscando la aterciopelada piel de aquel exuberante cuello y quedó aún más aturdido.

—Venid, venid... —Angie lo separó enseguida. Cogió a Alfred de la mano y tiró de él.

—¿A dónde diablos me lleváis? ¡Estáis consiguiendo que me transforme en un animal! —maldijo.

—A un lugar secreto, mi señor... —Angie jugueteó con las palabras.

Se levantaron y se dirigieron hacia una pequeña choza de madera en las afueras de la aldea. Allí solían guardar las herramientas del campo y leña seca. Pero Angie ya había estado en aquel sitio. Como de costumbre le

gustaba husmear y encontró aquel cobijo donde resguardarse en caso de algún desavenido problema.

Alfred la detuvo y la cogió en brazos.

—¿Ya habéis localizado mi secreto?

—Sí, muchacha, y me temo que tendréis que rezar para que salgáis viva esta noche —y acto seguido la llevó hasta esa choza, dio una patada a la puerta y entró con ella decisivamente.

Alfred no se paró a inspeccionar el lugar. Simplemente se fue, como si conociera el entorno, hacia un montículo de pieles secas de animales y la recostó sobre ellas. Angie gimió al sentir el suave tacto aterciopelado de las pieles.

—Oh... es demasiado tentador —le insinuó, abriéndose de piernas y levantándose la falda. El maravilloso vestido abrumó al capitán, la piernas de ella quedaron al descubierto. Angie recorrió, con las manos, sus muslos incitando al hombre que tenía delante a que las tocara.

Alfred la observó, hechizado. Angie se tocaba lascivamente. Sus dedos rozaban la cremosa piel para enardecerlo aún más, las piernas se abrían y cerraban continuamente, aturdiéndolo. Los dedos de ella siguieron una línea ascendente, hasta alcanzar el lugar prohibido de toda mujer. Luego, una de sus manos, se la llevó hasta su escote y comenzó a desatarse los lazos que mantenían sus senos en alza. Él maldijo en voz alta. De un momento a otro, su miembro viril traspasaría las calzas, la túnica y toda la ropa que contenía a su paso, si ella seguía atormentándolo de aquella manera. Sin embargo, le gustaba, adoraba a la brujilla traviesa provocándolo de una manera tan sensual y perturbadoramente.

—Quiero que sigáis dándoos placer para mí —murmuró él a media voz; se sentó a su lado para contemplarla.

—¿Queréis ver cómo me toco? —le preguntó Angie llevándose un dedo hacia la boca y chupándose. Eso carcomió el deseo de Alfred.

—Sí.

—Muy bien, pero con una condición, capitán.

—¿Cuál?

—Que os desvistáis ante mí y os sentéis nuevamente —ronroneó, chupándose el dedo con más energía.

Alfred jadeó al verla meterse y sacase el dedo de su boca. Los labios acariciaban lo que podría tener dentro de ella...

—Esto es solo el principio —murmuró esta, relamiéndose el dedo. Volvió a llevarse la mano al corpiño y lo desató, dejando libremente sus senos.

Él abrió los ojos de par en par al ver la deliciosa y blanca piel de su hechicera. Tragó saliva y respiró el aire que se negaba a entrar en sus pulmones. La excitación estaba causándole fuertes estragos. Sintió que su cuerpo ardía de deseos por penetrarla, pero se contuvo, por lo menos unos minutos más para ver a la espectacular Angie, dándose placer delante de sus narices.

Ella siguió con su “seducción”. En todo momento mantuvo su mirada en la de Alfred. Quería ver el rostro del capitán, el brillo de sus ojos parecía fundirse con el mismo sol. Él estaba ansioso por sucumbir con ella, anhelante por satisfacer el deseo que sentía entre sus piernas, listo para darle el placer que ambos necesitaban... Angie se frotó uno de sus pezones con la yema del dedo. Eso le encantó y volvió a hacerlo, pero esta vez le dedicó más atención, pellizcándolos. *Estoy muy excitada, demasiado caliente*, se dijo interiormente.

Alfred apretó la mandíbula. ¿Cómo podía razonar ante aquello? Se preguntó a punto de saltar sobre ella.

—Aún no, mi señor —musitó ella, levantando aún más la falda y dejando al descubierto su depilado sexo.

El capitán comenzó a sudar. Siseó al sentir que su verga soltaba algo más que un simple saludo. Una pequeña gota cremosa mojó un poco sus calzas, dejando esa frescura sobre la cabeza de su miembro.

Angie siguió con su incitación. Se acarició el monte de Venus. Rozó suavemente los labios interiores, coqueteando con ellos, jugando como una niña traviesa. Luego, ascendió lentamente un dedo hasta llegar a su centro del placer y una vez allí, empezó a frotarlo con delicadeza. *Madre mía, se correría de un momento a otro si no dejaba de tocarse y mirar a su hombre*.

Alfred no aguantó más ni un segundo. Se desabrochó su capa, se quitó con una rapidez asombrosa las botas y las calzas, y arrojó lejos la vaina con la espada, junto a la ropa restante. Saltó sobre ella igual que un loco y comenzó a devorar sus labios. Angie parecía que tenía sobre ella el antídoto para su sensual veneno. Aceptó el ataque del caballero con una delicia que ni ella misma lo entendía. La boca del capitán parecía no tener control. Lamía sus labios como si fuera ambrosía de los dioses, saboreándolos y dándoles pequeños mordiscos que la hacían delirar. Siguió con su temperamental lengua hasta capturar nuevamente la de ella. *Dios, que gustazo*.

Alfred estaba desatado. Su entrepierna pedía a gritos penetrar el cuerpo de Angie hasta dejarla completamente colmada. Sin embargo, antes necesitaba degustar el cuerpo de esa mujer y terminar lo que momentos antes empezó.

Bajó su mano hasta el sexo de su hechicera, mientras que con la otra acariciaba sus cabellos.

—¡Oh! ¡Seguid... no os detengáis! —Los ruegos de ella, consiguieron que Alfred buscara desesperadamente el botón que la haría estallar de placer. Y lo encontró.

—Sois tan hermosa... y estáis tan empapada... —le dijo cuando acarició su sexo.

Angie saltó frenética y agarró la mano de Alfred para que no dejara de tocarla. Él sonrió ante tal atrevimiento y siguió con una sensual danza sobre aquella dulce protuberancia. Ella comenzó a jadear. Él siguió un ritmo, incrementándolo cada vez más, más y más...

—Por favor, me mataréis de gusto... —clamó enardecida.

—Es lo que pretendo —Alfred bajó su cabeza hasta llegar a uno de sus pezones y comenzó a pegarle mordiscos. Angie sentía que desfallecería de placer de un momento a otro. Tendría el orgasmo más increíble de toda su vida. Pero aún no quería desfogarse, pretendía que él también estuviera como ella, a punto de caramelo. Deslizó una mano hasta el miembro viril y lo atrapó con desesperación. Alfred sintió como su cabeza daba vueltas y vueltas al apreciar los calientes labios del sexo de la mujer rozarse por su glande. Rápidamente quitó su dedo y al fin pudo sustituirlo por su verga.

—Dios... os quiero siempre a mi lado, Angie...

Angie abrió los ojos al escuchar lo que él dijo. Tragó rápidamente la saliva para que no se atascase en su garganta. Un escozor comenzó a producirse en sus ojos. No, no, no quería llorar, no quería... Cerró los párpados para dejar que aquellas palabras no penetraran la coraza que ya estaba un poco quebrada en su corazón, pero consiguió traspasarla directamente.

Alfred se detuvo y levantó la cabeza. Contempló las mejillas de la hermosa mujer que estaba bajo él. Ella hizo lo mismo. Miró las gruesas pestañas de Alfred, el rostro tan varonil, la pequeña y oscura barba incipiente que asomaba por toda la mandíbula, sus penetrantes ojos azules brillando de amor... y entonces Angie no pudo aguantar más lo que su corazón deseaba.

—Yo también deseo estar a vuestro lado, capitán.

Y ya no hubo vueltas atrás. Alfred se quedó unos minutos mirándola y acariciando su cara. Experimentó un deseo que jamás había experimentado antes, una pasión que arrollaría a cualquier ser humano que se interpusiera entre ellos dos, un amor que nacía a pesar de sus desavenencias. Angie ya estaba dentro de su alma y de su... corazón.

Alfred volvió a besarla. Su amor flotaba alrededor de ellos, igual que si fuera un aura que los aislara de cualquier mal que se acercara. Angie percibió los sentimientos de él y lo abrazó como nunca había abrazado a nadie. Lo quería, sí, lo quería aunque solo lo conociera de varios días. Él era el amor que nunca tuvo, el hombre que siempre deseó tener, el que ahora podía entender su vida... Un soldado que lucharía por el bien de la humanidad.

—Os deseo mucho, mi señora... —y entonces la penetró, besándola a la vez.

Angie sintió un placer infinito. La dureza de Alfred la transportó a un lugar desconocido. Él percibió la agitada respiración de su hechicera, la embistió lentamente apoderándose de sus labios. Cada vez que introducía su miembro, ella susurraba su nombre; eso lo carcomió hasta tal extremo que arremetió más rápido. Ella elevó las caderas y refregó su pequeño botón contra el pubis del capitán. Eso lo descontroló y no pudo aguantar más aquel tormento. Su orgasmo llegó tan rápido como un cañonazo. Angie se corrió, gritando el nombre del hombre al que quería. Alfred se mordió la lengua y no pudo aguantar más su delirio. Se unió a esa preciosa mujer con unas cuantas más de acometidas, transportándolo al mismo cielo que el de su hechicera.

* * *

—Habéis cambiado mi destino, princesa...

Angie giró la cabeza.

—¿Cuál es ahora?

—Estar a vuestro lado y protegeros —contestó él recogiendo un pequeño mechón de cabello detrás de la oreja. Se acercó a su boca y la besó. Ella gimió ante tal delicia.

—Creer que siempre estaremos juntos, es algo que no se puede predecir... —Angie sintió una punzada de dolor en el pecho. Sabía de sobra que ella no pertenecía a esa época, a ese mundo de soldados crueles que mataban por sus creencias, de caballeros sin escrúpulos que dictaban leyes horribles. Respiró profundamente antes de seguir hablando, si no acabaría enojada. Y ese momento no sería arruinado—, pero, quizás yo sí lo adivine...

Alfred sonrió. Cogió su mano y la entremezcló con la suya. No quería separarse jamás de ella. Angie sintió algo que casi la hace desmoronarse. Su corazón palpitaba a mil por horas; podía percibir esas mariposas en el estómago, como solían contar las chicas quinceañeras en su primera relación. Sí, hasta presentía que ese amor, el que florecía entre ellos, sería duradero. *Qué difícil es la vida*, pensó.

—Quiero saber qué pensáis —le insinuó él, irguiéndose.

—Es solo... nostalgia. Estoy viviendo uno de los momentos más felices de mi vida al lado de mis antepasados, y a vuestro lado. Jamás pensé en esta locura —Angie se llevó las manos a su cabeza y comenzó a frotarse las sienes. *Me estoy enamorando, bastante rápido*—. Parece increíble que esto me esté sucediendo a mí —dijo en voz baja.

Alfred la atrajo hasta él y la abrazó.

—Es real, Angie, tan real como que os estoy abrazando... ¿Veis? —le dio un beso en la frente—, ¿sentís esto? —le volvió a dar otro beso en la mejilla —, ¿y este otro? —le dio otro en la boca—. O tal vez... este —y la agarró por el cuello con dulzura y la inclinó para darle otro apasionado beso en el cuello.

Angie se dejó llevar como una niña pequeña.

—No es eso... —Le dijo ella, apartándolo.

Él se detuvo.

—Es...

—Contádmelo de una vez —le incitó Alfred.

Angie levantó la vista y no dudó más.

—No quiero... —carraspeó varias veces para tragarse el nudo que se le había formado en la garganta—, volver a mi época.

En ese momento, Alfred volvió a estrecharla entre sus brazos. Oh, Dios, él tampoco quería que volviera. ¿Qué haría si su hechicera desapareciera, ahora que había descubierto lo que era... amar?

—Sé que está mal lo que pienso, pero... ¡No puedo abandonar a mi familia, sabiendo que pronto llegará su fin! —contestó con el corazón en un puño. Luego, cogió el rostro de él y lo miró desesperada—, y menos a vos. Me habéis llegado al alma, Alfred, y no pienso abandonar al hombre que... quiero —y posó sus labios en los de él desesperadamente.

Él se sintió colmado, completo en casi todos los sentidos que tenía su vida. Angie ya era parte de su futuro, de un futuro que pronto comenzarían a trabajarlo, si no caían en manos de... su propia Orden. Eso hizo que Alfred soltara una retahíla de maldiciones.

—Vuestro corazón ha cambiado de ritmo —Angie tocó su desnudo pecho y lo acarició—. ¿Os preocupa el día de mañana? Supongo que sí. Alfred, me sucede igual. La preocupación siempre está patente en mi cabeza. Sin embargo, sé que hay algo que podemos hacer.

—Sí. Sois vos, mi dulce princesa, que alumbraréis con vuestra sabiduría y vuestros consejos a los hombres que protegen este sitio —le insinuó sin dejar de acariciar su piel.

—No —a Angie se le cambió el rostro. Su estado anímico aumentó a tal punto, que podía sentir su sangre recorrerle por todo el cuerpo—, son mis conocimientos los que nos servirán de ayuda. Sé lo que ocurrirá en pocos años. La política que entrará en vigor y los intereses de la Santa Inquisición por adueñarse de todo. ¡Qué condena tendrán las personas por los crueles intereses, Alfred!

—Chist... —él le puso un dedo en su boca, deteniendo su enojo. No quería que se enfureciera más, no deseaba verla irritada por unos indeseables —, debéis descansar —le aconsejó—. Mañana será un día muy complejo. Mis soldados y yo hemos preparado una buena estrategia y enseñaremos a manejar las armas a los hombres que deseen proteger esta comunidad —le indicó seriamente—, pero necesito que vuestra mente esté despierta, junto a la de vuestra familia. Precisaremos de vuestros misteriosos servicios. Tendréis que preparar más de un conjuro, de esos que hacéis, para deshacernos de algunas “bestias”.

—No dudéis, mi señor. Tengo pensado algo que los podría detener durante algún tiempo... —Angie sonrió. Sabía muy bien qué clase de hechizo podría detener a hombres de mentes sensibles, y así debilitarlos de energía por lo menos durante varias horas. Por un momento, Angie recordó cuando realizó ese tipo de conjuro a una de sus clientas. Rachel, la buscó desesperadamente para que le ayudara a deshacerse de un tipo que no dejaba de acosarla. Hicieron el ritual tan perfecto que ese cabrón se llevó una semana entera con diarrea líquida en el hospital. Angie tenía más conjuros guardados y almacenados en su mente para esa clase de mamones.

Alfred ojeó la luna llena a través de una pequeña ventana de madera. Estaba hermosa, como Angie. Ella contempló al capitán, desnudo, bañado por la luz de esa luna; él no dejaba de mirar el astro. Era el hombre perfecto, un verdadero caballero y guerrero. Podría ser el protagonista de las novelas históricas que ella había leído con tanto ardor; novelas donde él buscaba desesperadamente a la mujer de su vida, al amor que nunca tuvo. Angie suspiró, la realidad de esos libros estaba delante de sus narices, y ella seguramente sería una de esas mujeres que narraban las historias.

Alfred se giró y volvió a recostarse junto a Angie; la atrajo hacia su cuerpo. Se quedaría allí durante toda la noche, sintiendo calor de su piel, la suavidad de su cuerpo, la ternura que desprendía cuando la miraba..., esa noche ella sería suya. Mañana, posiblemente... cambiarían sus destinos.

* * *

—Estáis de muy mal humor. Comed algo —le sugirió Mathilda a su hijo.

—No tengo hambre.

—Debéis alimentaros, después de lo que habéis sufrido, tenéis que reponeros —le indicó Nils colocándose unos escaarpines.

—Buenos días, hermano mío —la voz de Anette consiguió que Alger cambiara su tosca cara y sonriera. Su pequeña hermana siempre lo conseguía.

—Hola, pequeñaja —se levantó y le dio un beso en la frente.

Anette depositó una bandeja de pan recién horneado sobre la mesa.

—¿Qué os ocurre, Alger? Parecéis que habéis visto al mismo diablo correr por la comunidad. Fijaos en la cara... estáis horrible —le indicó su hermana, frunciendo el ceño.

Alger se puso tenso. Apretó el puño con fuerza y se quedó callado. Nils comprendió, con claridad, lo que le estaba sucediendo a su hijo. La reunión con el capitán y sus hombres no le gustaba ni un pelo a Alger, pero debía comprender que estaban en un momento muy difícil. La Orden al que pertenecía Alfred de Moncraf mandaría a más caballeros para aniquilar a toda persona que no practicara la fe de ellos, la ley que debía promulgar. Los decretos de esa religión eran tan estrictos que, si tenían que quemar cientos de casas, familias, niños, jóvenes..., lo harían sin dudarlo. Eran imparables. A Nils le dolía demasiado todo lo que estaba sucediendo, aquella enfermedad religiosa estaba expandiéndose cada vez más y más por todo el país. Y era imparable. Injurio en silencio la inmoralidad de los inquisidores, la tiranía que crecía en aquella religión; todo lo que se cocía alrededor de la Iglesia era injusto, muy injusto. Aquella mala raíz debía ser extraída de la tierra de una vez para siempre.

—Mi amor... ¿Sabéis si Angie sigue en aquel lugar? —le susurró Mathilda a su hija en voz baja.

—Me parece que sí. Anoche la vi jugar con el capitán y se dirigieron hacia la cabaña de la leña —le musitó Anette, pegando un mordisco al pan.

Alger entrecerró los ojos al ver que las dos escondían algo que no querían que se enterase. ¿Sería por su incitante prima?

—Hablad en voz alta. ¿O acaso ocultáis algo?

—No creo que sea de vuestra incumbencia —Anette le sacó la lengua y sonrió.

—Anette... —su madre le reprendió. Ya no era una niña pequeña para burlarse de Alger, aunque seguía haciéndole el mismo gesto chistoso a su hermano.

—No os burléis, hermana, sé que estáis hablando de nuestra protegida — la voz de Alger se oscureció. ¿Dónde diablo estaría esa preciosidad? No la había visto por ningún sitio desde que la dejó a manos del cerdo del capitán.

Mathilda anduvo hasta la ventana y ojeó por el cristal la mañana tan esplendorosa que bañaba a Hanon. El sol iluminaba todo a su paso. Aún no había mucha gente andando por los alrededores. Los calderos de la noche anterior aún seguían humeantes, algunos perros buscaban los restos de comida de la fiesta, el humo oscuro que salía del taller del herrero se entremezclaba con la claridad del entorno... Mathilda observó la silueta de una joven caminando hacia su hogar. Su presencia le advirtió de que era conocida. Rápidamente supo de quién se trataba. Angie. Se acercaba sola, sin el capitán. Una dulce sonrisa embellecía su rostro. Vestía con la misma ropa de la noche anterior, su cabello lo llevaba revuelto y arremolinado sobre sus hombros. Mathilda notó algo diferente en ella, un hecho que la dejó inquieta.

—Es ella, ¿verdad? —le preguntó su hija aproximándose hasta donde estaba su madre—. Sí, es nuestra prima —reafirmó, dirigiéndose hacia la puerta para abrirla.

Alger apretó la mandíbula. Su prima había pasado la noche fuera, y seguramente, en compañía de ese, de ese... cerdo. Maldijo en su interior. ¿Por qué las mujeres hermosas se enamoraban de asnos? Esa pregunta siempre estaba en su cabeza cuando le atraía una preciosa joven, igual que Angie.

—¡Prima! —Anette la abrazó y la instó a entrar—. ¿Dónde habéis pasado la noche? Estábamos preocupados por ti, contadnos, vamos... ¿Y el capitán? —La avasalló con preguntas.

—Hija, será mejor que la dejéis. Tendrá hambre... —le sugirió Nils.

—Buenos días a todos —la voz de Angie parecía distorsionada. ¿Qué diantres le pasaba?

Su tía comenzó a sonreír, Anette igualmente, Nils la miró con ternura y a Alger casi se le cae la baba.

—¿Qué? —preguntó extrañada. ¿Qué les pasaban a todos? Se miró el vestido. Estaba bien colocado.

—Venid conmigo —Mathilda la cogió de la mano y se la llevó hasta la cocina. Anette le siguió.

Alger se quedó absorto al ver a esa mujer entrar por las puertas. ¿Qué olor desprendía que lo había enardecido? No podía moverse, no, no podía. Angie lo descolocó nada más entrar en la casa. Sus calzas estaban a punto de reventárseles por culpa de su entrepierna. ¡Se había puesto duro! Necesitaba urgentemente...

Nils comenzó a reírse.

—Le pasó lo mismo a tu madre cuando... —Nils carraspeó antes de terminar la frase—, nos unimos ritualmente. Las mujeres de nuestra familia desprenden un aroma muy peculiar —en ese momento recordó la primera vez que Mathilda y él estuvieron juntos. Un recuerdo tan especial que siempre lo atesoraba en su cabeza. Su mujer, tan preciosa como las lilas en primavera, vestida ceremonialmente la misma noche del Sabbat, le entregó su corazón y alma. Él, deseoso, apasionado, rabiando por abrazarla y hacerla suya...

Alger, sin ganas, se bebió de un trago la infusión que le había preparado su madre. Al instante, su excitación se esfumó.

—Padre, ¿qué hablasteis exactamente con el capitán?

Nils lo miró sorprendido. Su cara cambió por completo, despejándole de tan buenos momentos.

—Alfred nos contará la estrategia que tiene prevista para cuando lleguen los soldados. Igualmente quiere enseñarnos a usar las armas. Esto me recuerda que debo ir a buscar al herrero y a su hijo. Tienen que preparar el hierro —se levantó y se bebió de un trago la infusión—. Vamos Alger, cuando acabéis de comer algo reuniros en el centro de la comunidad. Estaremos todos allí —y acto seguido salió en busca de sus compañeros.

Alger se quedó pensativo. Se llevó a la boca uno de los bollitos calientes que su madre había cocinado, lo masticó con asco, partiéndolo con lentitud con las muelas... Recordó el horrible suceso con su compañero.

—*¡Vamos, engendro! ¿De dónde provenís?* —le escupió el soldado en la cara.

—*Seguramente sea hijo del mismo Satanás* —respondió otro de los soldados—. *¿No lo veis? Todos tienen la misma cara. Seguramente ha crecido en el útero ¡de una bruja!* —y todos los soldados comenzaron a reírse.

Alger le escupió en la cara al mismo soldado que le había escupido. Era lo único que podía hacer después de haberlo atado. Y de repente, el inmundo soldado le atestó una paliza que lo dejó medio muerto.

—*¡Hijo del demonio! Ahora veréis lo que es bueno...*

—*¡Deteneos!* —gritó uno de sus compañeros.

—*¿Qué ocurre?* —le preguntó este, jadeante y preparado para seguir moliendo a palos al hombre que tenía medio muerto.

—*Humberto, ha llegado* —le sugirió. El soldado cambió su rostro. Miró con odio a Alger por una fracción de segundos y luego salió de allí en busca de su superior, maldiciendo.

Entonces la oportunidad de escapar fue el milagro que esperaba de sus dioses.

Todo estaba demasiado claro. La guerra entre diferentes religiones siempre existiría, pensó Alger terminándose la infusión. No podía culpar al capitán, aunque le transmitiera desprecio, odio. Hacía su trabajo, al igual que él cazaba para vivir. Sintió unas enormes ganas de estrangular al cabecilla que había creado las leyes de la muerte, las leyes que dictaban matar a quien ellos mismos quisieran. Todo aquel poder por conseguir la posición más alta... no acabaría bien, reflexionó este en silencio. Es lo que presentía. Totalmente enfurecido, Alger salió de allí maldiciendo, rumbo a la reunión.

Así, dice en el Éxodo: No dejarás con vida al mago y añade: Estos pueblos no habitarán en tu tierra, para que no te hagas pecar contra mí. De la misma forma que la buscona ha de ser muerta y no se ha de dejar vagabundear entre los hombres.

**MALLEUS MALEFICARUM (1486 Año del Señor)
El Martillo de las Brujas (FACSIMIL Traducido pag. 411)**

CAPÍTULO 13

—Me parece que conseguiremos nuestro objetivo. Rudolf acaba de partir con sus hombres hacia ese embrujado lugar.

—Aún no proclaméis victoria, hermano Jacob. Deben quemar por completo Mecklemburgo y sus pueblos de alrededores, si no... ¡Se rebelaran contra nosotros! Hay muchas brujas en ese territorio —le aconsejó el hermano Heirinch, terminando de escribir un pasaje en un manuscrito.

—Pienso, que esas estúpidas hijas de Satanás, no conseguirán destruir nuestros planes. Dios sabe que estamos haciendo bien las cosas.

—Oh, sí, por supuesto. No obstante, también tendríamos que pensar cómo nos desharemos del Regente, una vez consiga destruir a los herejes —levantó la cabeza y depositó la pluma en el tintero. Se frotó con un paño los dedos y caminó hasta la mesa. Cogió su copa de vino y bebió de ella.

—Tengo una idea —la voz de Jacob se volvió oscura. Heinrich lo miró con sorna.

—¿Qué es lo os está pasando por vuestra cabeza, hermano?

Jacob sonrió malvadamente. Su mente tramaba algo tan ensortijado, que su compañero le daría las gracias mientras viviera.

—Podríamos preparar una carta para el emperador y proponerle algo más que nuestros servicios.

—¿A qué os referís?

—Si por casualidad Rudolf no vuelve, después de su “cruzada”, esta fortaleza quedaría ausente de amo. No solo estaríamos hablando de acercarnos a la realeza, sino también de ser dueños y señores de un lugar... sagrado como este. ¿Me entendéis? —el brillo letal de su mirada, consiguió que Heirinch abriera los ojos de par en par.

—¿Y cómo sabéis que el Regente no volverá al castillo?

—Solo hace falta dictar otra carta a nuestro Santo Padre y narrarle que necesitamos una nueva Orden de caballeros a nuestro servicio, puesto que “hay demasiados paganos” que se han rebelado... ¿Me entendéis ahora? En Roma hay tres Órdenes al servicio de las conquistas.

—Ya comprendo —asintió con la cabeza. Luego se bebió el resto del vino, se limpió la boca con un paño pulcramente alisado y se dirigió de nuevo al atril. Quitó el manuscrito que estaba terminando y lo depositó dentro de un baúl de madera. Sacó de ese mismo cofre, el códice *Malleus Maleficarum* y lo colocó sobre el atril. Abrió la enorme obra y comenzó a pasar las páginas.

—Venid, acercaros —le instó Heirinch con el dedo.

Jacob caminó hasta su hermano.

—Leed —pidió, señalándole un fragmento—. Creo que con este texto nuestro Santísimo comprenderá todo lo que le digamos.

Jacob leyó en silencio lo que le señaló. Levantó la cabeza y sonrió. La fe cristiana podía mover montañas enteras y hasta “fortalezas”, si se lo proponían.

* * *

—Necesito una hoja de este tamaño. No me importa si está afilada. Solo quiero que tenga esta envergadura —le indicó Louis al herrero mientras le enseñaba su espada—. ¿Cuánto tiempo os llevará hacer diez unidades?

El hombre calculó mentalmente.

—Mi señor... me parece que todo el día. Mi hijo no ha podido reunirse conmigo y estoy solo. Tengo que fundir todo el metal y preparar el molde del arma.

—No os preocupéis, os ayudaré —le propuso el caballero, quitándose la armadura y colocándola a un lado.

—Pero, señor... usted...

—¿Acaso no creéis que pueda ayudaros? —preguntó seriamente Louis, entrecerrando los ojos.

—Oh, no, no pensaba deciros eso. Solo que no imaginé que usted sabría fusionar y torneear hierro...

—Fui entrenado para “todo” en caso de una espontánea guerra, hombre. Sin embargo, ahora no hay tiempo para discusiones. Pongámonos en marcha, inmediatamente, tenemos una reunión que debemos asistir todos los hombres —y acto seguido Louis comenzó a reunir todo el metal para fundirlo.

La multitud de varones protestaban por el estado en el que se encontraba, en esos momentos, Hanon. Unos debatían la innecesaria contienda, otros discutían por saber el argumento de lo que estaba a punto de pasar. Un auténtico caos. Nils llamó a uno de sus hombres. Necesitaba a Hahn para que

convenciera a su cuadrilla de que asistiera a la reunión, la suya ya estaba de su lado, pero el problema vendría después, cuando Hahn les hablara a todos ellos de la presencia de los tres caballeros cristianos proponiendo una estrategia.

—El capitán informará del estado en el que se encuentra la comunidad, pero sabéis que antes deberías comunicarle a tus hombres que tienen que escuchar lo que no quieren oír —soltó Nils muy preocupado por la reacción de su amigo—. Y conoces, de primera mano, lo que está sucediendo muy cerca de estas tierras. No me gustaría esperar a que lleguen unos desarmados con su “ley” y comiencen a desmoronar la aldea entera —le propuso.

—Ya han llegado, Nils —apostilló este austeramente.

—No son esa clase de hombres, amigo...

Por un instante, Hahn miró a su compañero fijamente.

—Está bien, pero no prometo nada. Iré a ver si por lo menos quieren escucharme. La idea de tener a tres sanguinarios entre nosotros no les hace mucha gracia. Es normal, y creo que les costará asimilarlo —le contestó con un tono de advertencia.

Nils asintió y dio media vuelta. Su cuadrilla de hombres lo esperaba.

—Buenos días —el saludo del capitán lo pilló por sorpresa.

—Capitán... —respondió Nils extrañado por la repentina aparición del soldado.

Nils saludó y ojeó al grupo de compañeros que había a su lado; comenzaron a gruñir. Negó e hizo un gesto con la cabeza para que se tranquilizaran. Había mucha tensión en aquel sitio, mucha.

—En estos momentos... —comenzó a decir Alfred—, la Orden que lidero está bajo la influencia de uno de mis soldados. Seguramente cabalgan hacia Mecklemburgo, y antes tendrán una pequeña parada aquí, en este pueblo, es el que está más cerca de su destino —la oscura voz de Alfred consiguió que más de uno se incomodara—, y quiero que preparéis cualquier arma que tengáis en vuestras casas. Louis está ayudando a elaborar nuevas espadas para combatir. No me importa si vuestras defensas son hoces, hachas, guadañas... lo que sea. Lo importante es tenerlas a mano para cualquier imprevisto.

—¿Y cómo queréis que combatamos si nunca lo hemos hecho? —contestó uno de los hombres que escuchaba al capitán.

—¿Preferís... —Alfred anduvo hasta ese aldeano y se plantó frente a él —, quedaros quieto, esperando que vuestra cabeza ruede por el suelo? ¿O

simplemente que os prendan fuego?

La ira se arremolinó en aquel hombre. Esa excitación era la que buscaba el capitán. Quería que la furia se reflejara en aquellos toscos rostros. Lo ideal para enfrentarse a su Orden. O eso... o la muerte.

—Mis hombres —comenzó a decir Alfred andando alrededor de ellos—, están entrenados para luchar, matar, asesinar a cualquier persona que se enfrente a ellos. Son guerreros. Los adiestré con mi propia experiencia en batallas sanguinarias, en lugares que ni ustedes mismos os imagináis... Y eso es lo que quiero que entendáis —se detuvo delante de Nils y lo miró—. Os pido que combatáis, como si hubieran cogido y maltratado a una de vuestras hijas, violado a vuestra mujeres o asesinado a uno de vuestros padres —espetó.

Adam tocó su arma al ver como miraban con odio y resentimiento a su hermano. No se podría fiar de ninguno de aquellos aldeanos. Pero Dios sabía que su hermano estaba consiguiendo su propósito. Despertar furia en aquellos hombres. Lo necesitarían para enfrentarse a Williams y a todos sus compañeros. Él sabía de sobra que ese estúpido intentaría ir directamente a por su hermano, y así ascender al puesto de capitán.

—Capitán, disponemos de varios arcos en nuestra aldea. Los jóvenes tienen muy buena puntería —comentó Nils retorciéndose las manos.

—Me gustaría saber quiénes son esos muchachos. Adam maneja bien el arco y podría darle algún consejo —le sugirió Alfred.

—¡Hahn! —aclamó Nils.

Su amigo caminó con el gesto serio hasta el grupo donde se hallaba Nils y sus hombres. Alfred se quedó observando el rostro de Hahn.

—Reúne a los más jóvenes y diles que traigan los arcos y flechas.

—Me parece que no están de acuerdo —le dijo Hahn, apretando los puños. Miró de reojo al capitán y le negó con la cabeza.

Alfred lo entendió. Se disculpó antes de dirigirse hacia el otro grupo de aldeanos. Sacó su espada y corrió hasta uno de aquellos hombres.

Al grupo se le descompuso las caras al observar al capitán gritar con la espada en alto y corriendo hasta ellos.

Nils y los demás se quedaron de piedra. Parecía que al caballero lo había poseído algún espíritu maligno. La rabia que destilaba y el poder que desprendía hicieron que más de uno se acongojara. Alfred era un depredador insaciable que iba a por todos ellos para liquidarlos.

Hahn intentó salir corriendo detrás del capitán para proteger a su hijo, que estaba en el grupo, pero Adam lo retuvo y lo agarró negándose.

—Será mejor que os quedéis aquí. No le hará daño a nadie —le sugirió al hombre. Sin embargo, Hahn estaba descompuesto cuando vio que Alfred elevaba la espada para hundirla en el pecho de su hijo...

Y entonces Alfred se detuvo a tan solo medio palmo del muchacho.

—¡Nooo! —gritó acobardado el joven, agachando la cabeza. Inesperadamente, Alger se cruzó delante de su amigo y le plantó cara al capitán.

A Nils por poco se le salen los ojos de las órbitas. “Su hijo”.

—Bajo mi cadáver —gruñó Alger.

Alfred se detuvo. La lúgubre mirada de Alger consiguió que el capitán sonriera. Ese hombre tenía agallas y fuerza para un enfrentamiento, pensó enseguida. Luego, miró a todos los aldeanos. Había miedo en sus rostros, aprensión en sus corazones, pánico a morir bajo la hoja de una espada. Entonces lo comprendió todo. Ese pueblo era humilde, fiel a sus creencias, respetuoso con el extranjero. Alfred no comprendía cómo es que había sido tan vil antes, tan bestia, tan miserable. Estaba ciego, ciego bajo las órdenes de un puñado de locos por dominar la Tierra. ¿Qué destino les depararía a todos? Posiblemente... ninguno.

Alger sintió ganas de ahorcar al malnacido del capitán. No podía consentir que enturbiara a toda la comunidad con sus desavenencias. Si tan solo tuviera una espada...

Alfred cogió una bocanada de aire y la soltó. Cerró los ojos unos momentos y pensó y pensó en todo lo que debía hacer. Y no dudó. Tenía mucho que dar, y ese tiempo lo aprovecharía al máximo. Pero aún tenía pendiente una batalla interna donde ese bravucón de Alger, tendría que vérselas con él a solas.

—¡Esto es lo que os harán cuando entren en Hanon si no acatáis sus órdenes! —vociferó Alfred, envainando su espada. Alger se alisó el pelo y se quedó al lado de su amigo, escuchando al cerdo del caballero—. ¿Queréis esperar esto? —volvió a decir—. ¡Hay otra opción! Luchar contra ellos para que vuestra comunidad viva y vuestros hijos y mujeres salgan hacia delante.

Nils y Hahn anduvieron hasta ellos con el corazón a punto de salirseles.

—Haremos todo lo que nos ordenéis, mi señor —le contestó Hahn, apretando la mandíbula. Miró a su hijo y el chico asintió aún con el miedo en sus ojos.

Alger no dejaba de escudriñar al estúpido. No le tenía miedo. Su aspecto era el mismo que el de los soldados que lo apresaron y casi lo matan. ¿Cómo podría obedecer a ese canalla? ¡No podía!, pero lo cierto era que estaba

ayudándolos, estaba aconsejándoles qué hacer cuando llegaran sus malditos caballeros. Alger sintió impotencia, rabia por todo, en especial por no saber cómo matar a esos hijos del mal. Solo habría una victoria cuando llegaran, en la cual ellos debían ser los ganadores.

Después de haber hecho aquella pequeña demostración agresiva, Alfred propuso lo que tenían que preparar. Ordenó hacer varias dianas para que los jóvenes aldeanos practicasen durante la mañana. Pronto atardecería y no sabía si su tropa llegaría a la comunidad al anochecer, al alba o al día siguiente. Lo que si estaba seguro es que lograrían su propósito.

Enseñó varias técnicas de ataque a los hombres y practicó con la espada junto a Nils y algunos más. El hijo de Nils sería un buen rival para dejarlo el último, pensó Alfred con ironía. Le demostraría que las hermosas mujeres, no solo son pedazos de carne para mirarlas y dedicarles sonrisas lascivas; una mujer no se seduce con unas estúpidas palabras bonitas...

Alfred siguió con su cometido, no quería que los pensamientos interfirieran en su empresa. Determinó que Nils estaba más que preparado para combatir. Era un buen contrincante, a pesar de que debía coger con mayor fuerza la espada. Francis, el prometido de su hija, prefirió practicar con una lanza en vez de una espada. Parecía más resuelto con ese tipo de defensa. Y eso le gustó. La lanza parecía un arma difícil de manejar, pero a la vez era el doble de mortal que una espada.

Louis y el herrero consiguieron terminar las espadas del calibre que necesitaban. Las enfriaron en calderos de agua y las dejaron que se secaran.

La mañana había pasado muy rápida y el capitán sentía la necesidad de volver a ver a su hechicera. Era un reclamo que exigía su corazón, su cuerpo. No la había visto desde la pasada noche. Ambos habían dormido en la cabaña, junto a esas deliciosas pieles que le ofrecieron calidez sobre ellos. Aunque Alfred no necesitaba calor. Angie le daba todo cuanto requería.

* * *

Desde la pequeña ventana, observaba cada movimiento, cada giro, cada salto que él ejercía. Sus músculos se tensaban cuando arremetía con la espada a su oponente. Su incipiente barba, de varios días, le oscurecía las hermosas facciones, los cabellos sueltos se le arremolinaban en su rostro quitándole la visibilidad para seguir atacando a su contrincante... Angie suspiró. Estaba enamorada hasta la médula de él. ¿Por qué el destino era tan complicado? Solo quería ser feliz y tener a un hombre con ella, y no a un soldado de una época que distaba mucho de la suya. Pero el destino del amor no podía

posponerlo. Alfred había llegado a su vida en el preciso momento que su familia antepasada flaqueaba, en un momento decisivo para aclarar la designación de ellos y para preparar un futuro más premonitorio... Angie miró de nuevo a través del fino cristal. *Oh, qué difícil es la vida.*

Los hombres practicaban con la espada y él los ayudaba, algunos con arcos y flechas, otros con lanzas, y su hermano Adam también ofrecía apoyo. Angie no quería regresar al siglo XXI, no, no quería. Tal y como le dijo a Alfred, no podía abandonar algo que siempre había soñado. Sin embargo, el destino era cruel, muy cruel. Su padre la echaría de menos, habría buscado hasta por debajo de las piedras para encontrarla. Seguramente la policía estaría indagando por su desaparición, Linda lloraría preocupada por su ausencia... todo se estaba yendo al traste. Todo.

A Angie se le cayó una lágrima de dolor, de injusticia. Cerró los ojos y dejó que sus emociones salieran a flote. Llevó una mano hasta el cristal y lo tocó con suavidad; abrió los párpados y volvió a observar al hombre que había cautivado su corazón. Alfred había conseguido dar con su verdad y le estaba dando la oportunidad de conocerla y demostrarle que su don era especial para su vida, tantas cosas que ningún hombre quería aceptar... Angie ya no pudo más y se derrumbó. Lloró y lloró hasta quedarse sin lágrimas. Ella no era así, nunca actuaba tan débilmente. Era una mujer independiente, libre, autónoma en muchos sentidos..., pero allí, su resistencia se había roto en mil pedazos. Estaba al límite de su autocontrol.

Aspiró y cogió fuerzas para seguir con su designación. Era lo único que podía hacer. Ahora, comprendía perfectamente la vida de sus antepasados. Morirían si no les ayudaba y, sin embargo, su padre siempre estaría ahí, “vivo”, y no amenazado por una constante guerra cristiana.

—Estamos listas para empezar —le susurró su tía acercándose a ella. Cuando Mathilda la miró quedó estupefacta. Angie tenía todo el rostro humedecido y rojizo de llorar—. Oh... no, por favor —la abrazó fuertemente. Su tía podía percibir los fuertes sentimientos que la estaban devorando por dentro, la inquietud de estar en aquel lugar sin saber si su destino se salvaría o no—. Mi amor, te convoqué para que nos ayudara, y me temo... que me equivoqué. Nunca debería de haber jugado con el libre albedrío —sintió quebrarse parte de su corazón.

—¡Oh, tía! Nunca me arrepentiría de haberos conocido. Sois una hermosa familia. Es por eso, ¡no quiero volver a mi época! ¿Comprendéis? Sufro por todo lo que me está sucediendo, por el amor que estoy sintiendo de todos ustedes... —las lágrimas de Angie se desbordaban de sus ojos. No podía dejar

de sollozar. Su alma se estaba limpiando por completo de la angustia, y esa era la mejor manera de purificarse.

Anette y Marlenne se quedaron en el umbral de la puerta. La imagen de Angie y su madre abrazándola, era perturbadora. Ellas jamás habían conocido a una mujer como su prima. Una joven con principios muy liberales y con un don que sabía canalizarlo adecuadamente. Pero había otras cosas que destacaba en Angie, su corazón y su alma. Ella destilaba cariño, amor, comprensión, ternura..., algo que necesitaban para unirse más.

Ambas hermanas se miraron; anduvieron hasta su prima y su madre y se unieron a esa nostalgia, abrazándose y sintiendo las emociones que las absorbían. El destino comenzaba a darle pequeños coletazos de incertidumbres, dudas por el albor que se avecinaba... No obstante, ellas eran hechiceras, mujeres preparadas para confiar en sus instintos, y bajo ese concepto harían lo que fuera para que todos salieran con vidas de aquel infierno que venía imparable.

Mathilda se separó, se limpió sus lágrimas, que caían igual que las de su sobrina, dada la emoción del momento:

—Tenemos que ser fuertes, muy fuertes. El destino ya ha sido sellado en el momento que nuestra protegida llegó a este hogar. Ahora... —apretó los puños y la miró—. Prepararemos los conjuros para defender Hanon.

—Sí, madre, pienso elaborar un hechizo que cualquier hombre que intente traer el mal a esta comunidad, será devorado por nuestros amigos los cuervos —declaró Marlenne, entrecerrando los ojos y recogiendo el cabello; se lo anudó tras la nuca.

Angie soltó una carcajada limpiándose las lágrimas. Empezaba a sentir alivio, paz, calma. ¿Qué tenía esas mujeres que le proporcionaban una alianza con su propia inestabilidad?

—Prima, además tengo pensado un regalito que les hará retorcerse como los ¡cerdos que son! —proclamó Anette, cogiéndole la mano para animarla.

—Si lo decís así... me temo que es cierto —contentó Angie volviéndose a limpiar las lágrimas reseca en su rostro.

—No se hable más, venid —dijo Mathilda con decisión.

Todas se dirigieron hacia la cocina. Marlenne cogió unas cuantas de alforjas que contenía hierbas aromáticas, luego cogió el saquito donde guardaba sus runas y empezó a abrirlo; quería ver el futuro más próximo que les esperaba.

Anette atrapó un recipiente transparente que contenía parte de algún extraño animal, con escamas y de un color verdoso apagado, pensó Angie

haciendo un mohín.

—Es la piel de una serpiente venenosa —contestó su prima colocando el recipiente sobre una mesa.

—Necesito que os coloquéis esto —indicó Mathilda entregándole, a cada una, una túnica de color verde con una capucha para taparse la cabeza. La textura de esa vestimenta dejó a Angie prendida.

—¿De qué está hecha? Es maravillosa, ¿es para elaborar conjuros? — Angie se extrañó. Nunca había usado nada de eso para los rituales que ella hacía.

—Sí, mi amor, el color verde de la túnica simboliza la esperanza, la virtud, el honor a las brujas —le comentó Mathilda, desvistiéndose y colocándose la suave túnica—. Con ella elaboraremos mejor nuestros hechizos, está ritualizada por los cuatro elementos y por la diosa Madre.

—Oh, no lo sabía —Angie se quedó retenida ante esa explicación. Estaba aprendiendo muchas cosas de su familia. Nunca había leído eso en ninguno de los múltiples libros de esoterismo, brujería y hechicería que tenía en sus estanterías. Siempre narraban lo básico, lo que todas las brujas del siglo XXI utilizaban, la típica túnica blanca para ejercer y practicar la Wicca. Sin embargo, aquello distaba mucho de su época...

Angie examinó la cocina. Estaba distinta a cómo se hallaba los demás días. Parecía que alguna presencia intangible la hubiera recorrido dejando tanta energía, que bien se podría colocar un dispositivo de radio —de su época— para que funcionase sin electricidad. Cada vez sentía más esa fuerza. Desvió la mirada y captó tres calderos que había sobre una gran piedra plana. Cada uno contenía agua y algún que otro ingrediente, pensó mientras los inspeccionaba. Se terminó de colocar la vestimenta y miró a Anette. Su rostro parecía tan despejado que no encontraba ningún indicio de cansancio, a pesar de haber pasado una noche muy ajetreada en la ceremonia de la cosecha. Era tan hermosa...

Siguió con su respectivo repaso por toda la cocina. Era muy curiosa. Había docenas de ramilletes de laurel colgados sobre su cabeza, algunas piedras y gemas de diferentes colores descansaban sobre un plato de barro, estramonio, belladona, potentilla, dulcamara..., hasta huesos y pequeños dientes de murciélagos. Angie estaba alucinada con todo aquello. *¡Vaya!, estoy en mi salsa; es mi pasión, mi dedicación... mi vida.*

—Comencemos... —Mathilda cogió uno de los calderos y lo colocó sobre el fuego. Vertió sal, unas gotas de aceite de color oscuro y unas hojas de laurel. Anette le acercó el recipiente que contenía la piel de serpiente y un

gran cucharón de madera. Su hermana sacó las runas y las dispuso sobre una mesa. Empezó a moverlas en reverso.

¿Y ella? ¿Qué diantres debía hacer? ¿Mirar cómo una estúpida a que ellas lo hicieran todo?

—Venid aquí —solicitó Mathilda. Angie frunció el ceño.

—¿Habéis leído mi mente?

—Mi amor, para eso hemos nacido —le instó su tía—. Venid, os necesito a mi lado. Ahora, el don que habéis recibido ayudará a esclarecer las turbias aguas del caldero.

Angie se acercó y cogió la mano de su tía. Esperó a que la oscura agua hirviera. Marlenne empezó a canturrear algo en lengua antigua, eran cánticos hermosos, divinos. Su angelical voz parecía haber salido de un coro góspel. El incienso aromatizaba la cocina al compás de esa melodía difundiéndose por todos los rincones de esta, dejando un penetrante aroma a menta. *¡Qué momento tan mágico!*, pensó Angie mientras volvía su mirada al caldero. Ya estaba listo, irradiaba calor y humo. Mathilda apartó, con un pincho de hierro, algunas brasas para que la bullición del contenido bajara de intensidad. Las aguas dejaron de hervir.

—A punto. Angie, asomaros al caldero con cuidado. Aspirad lentamente el vapor, contemplad la movilidad del agua y dejad la mente libre de toda preocupación.

Angie hizo lo que le ordenó. Respiró el humo que soltaba el caldero y abrió los ojos observando el pequeño movimiento de las extrañas aguas. Principalmente no veía nada, pero, poco a poco, una clara neblina apareció bajo la superficie, acelerándosele el corazón. Cuando esa clase de niebla se fue clarificando empezó a formar siluetas. *¡Por favor! ¡Estaba asistiendo al conjuro más maravilloso de su vida!* Y entonces pudo observar con más claridad la imagen de... ¿Burros? ¿Caballos... soldados? Angie tragó saliva. Parpadeó varias veces para vislumbrar mejor la imagen que aparecía bajo esas aguas. Y entonces se quedó acongojada. De la extraña niebla surgió una tropa de caballeros con vestiduras como las de... ¡Oh, eran los soldados de Alfred! Se tapó la boca sorprendida. Profundizó su visión y distinguió el aura de aquellos hombres.

—Joder... Hijos de perra —murmuró en voz alta, escudriñando la oscura aura que los rodeaba. Las tonalidades no tenían nada que ver con las que vio la noche anterior alrededor de los miembros de la comunidad. Esos colores que estaba ahora mismo observando eran de tonalidades oscuras, el negro era el que más predominaba, seguido de color gris ceniza.

—¿Veis algo, Angie? —Preguntó Mathilda secándole a su protegida el sudor que corría por su frente.

—Madre, son los hijos del mal —contestó rápidamente Marlenne, señalando dos runas, *Hagalaze Isa*.

—Tía... —comenzó a decir Angie sin dejar de contemplar el caldero. Su voz, fría y distante, consiguió que a Anette se le encogiera el corazón—, están en camino. Llevan en mente la intención de matar y quemar a todo el mundo que no se bautice en el nombre de Dios. Y hay más...

—¿Cuántos son, prima? —la débil voz de Anette parecía augurar la desgracia.

—Unos treinta... vienen a caballo y portando letales espadas —sentenció.

—Muy bien, querida, ahora retiraos del caldero —le exigió Mathilda dulcemente. Angie consiguió salir de ese trance, bebiendo un poco de agua que le había entregado Mathilda.

—*Madre de todos nosotros, concedednos el poder* —dijo Mathilda con un acento extraño.

Angie se sentó al lado de Marlenne. Su prima echaba las runas como un autómatas. Movía las piedras por pura intuición. Sus ágiles manos manipulaban las runas sagradas con una profesionalidad que ni ella misma lo hubiera hecho mejor en muchos años. Se detuvo enseguida al tocar una runa. Le dio la vuelta.

—Hay problemas, madre, y no puedo verlos. Lo único que puedo deciros es que serán nefastos —concluyó.

Mathilda requirió la presencia de Anette.

—Mi amor, traeros siete hojas de laurel, algunos clavos, los dientes de murciélago, el aceite de cicuta y sobre todo a nuestra protectora... la lechuza.

Anette corrió en busca de todos los ingredientes. Cuando los trajo, se dirigió al animal, que estaba posado sobre un largo tronco de madera y agarrado por una patita, y lo soltó; la lechuza voló hasta posarse en el hombro de Mathilda y comenzó a acicalarse las plumas. Esa ave era esencial para elaborar encantamientos contra el mal. La sabiduría de una lechuza contribuía mentalmente en la elaboración de un hechizo.

—Es preciosa, tía —le dijo Angie acercándose y acariciándola. El animal manifestó su agradecimiento frotando la cabecita por su mano—. Oh, parece que le gusto.

—Sí, ya os dije que sois especial, Angie, y Masla también lo ha captado —le contestó Anette.

Angie comenzó a trabajar su mente con precisión. Parecía que esa lechuza llamada Masla le había transmitido más fuerza. Intentó recordar los acontecimientos que pasarían en aquella época. Debía calmarse y buscar en su cerebro los conocimientos e informaciones sobre la Inquisición y sus leyes en el siglo xv. Por un momento evocó las veces que tuvo de estudiar los movimientos políticos, en la Edad Media, en el instituto. Y esa asignatura la aprobó con una nota bien alta. Ahora lo importante era sacar esa información y ayudar a sus antepasados a enfrentarse a esa horda de hijos de puta que querían gobernar Europa entera y parte del mundo. *Joder, piensa Angie, piensa de una maldita vez. Haz memoria de los libros que leías en la biblioteca acerca de la magia, la Alta Edad Media, los manuales inquisitorios...*, se decía tocándose las sienes. Mientras tanto, su tía movía un cucharón de madera mezclando todos los ingredientes. Anette ayudaba a verter, de vez en cuando, algunas gotas de aceite de cicuta. Marlenne seguía trabajando con sus runas... y ella, esperando que algo le encendiera la bombilla de la cabeza. Pero de pronto, llegó, pero ese algo llegó vacío.

—¡Por todos los ancestros! ¡Esto seguirá igual! ¡Maldita sea! —gritó ella angustiada.

Todas miraron rápidamente a Angie.

—Alemania está ahora bajo las órdenes del Sacro Imperio Germano. Dentro de algunos años el nuevo emperador que lidere Alemania será Maximiliano I. Y bueno, pues “este señor” seguirá muy comprometido con la Iglesia. El Santo Padre cogerá más poder y esto... empeorará —Angie sintió quebrarse. ¡No podía luchar contra la Historia!

—Mi amor, estáis con nosotros porque sois la visión de nuestro futuro, y sé que, en el momento que pisasteis nuestro hogar, el destino nos cambió a todos —la suave voz de su tía consiguió relajarla un poco—. La raíz del problema es muy difícil eliminarla, pero con tesón, amor y vitalidad, conseguiremos seguir unidos. Ya cambiasteis las circunstancias, Angie, no hay vuelta atrás. Es por eso —indicó con el dedo a Marlenne—, que mi hija no ve claro el futuro.

—Es verdad —le contestó Marlenne levantando una de sus runas. Angie ojeó de cuál runa se trataba. Era *Odín*, el símbolo de lo incognoscible.

Mathilda se levantó y llegó hasta su protegida. Le dio un beso en la frente.

—Venid de nuevo, os necesito para otro encantamiento.

*Nadie duda de que algunas brujas hagan cosas sorprendentes a
cerca de los órganos viriles; muchos lo han visto y muchos
también lo han oído decir.*

**MALLEUS MALEFICARUM (1486 Año del Señor)
El Martillo de las Brujas (FACSIMIL Traducido pag. 130)**

CAPÍTULO 14

Los hechizos ya estaban preparados para lanzarlos contra los enemigos. Primero tendrían que esperar, no fuera a cambiar la situación cuando esos cerdos llegaran al pueblo. Precisarían escuchar lo que dirían, si es que lo hacían, y luego ellos actuarían sin pensar en las consecuencias. Pero Alfred sabía muy bien que no sería así. Conocía demasiado bien a sus hombres, en especial a Williams. Ellos irían a por todas, a por todos.

Angie salió fuera de la casa. Necesitaba respirar un poco el aire de la tarde. Llevaban más de cinco horas preparando y haciendo rituales y encantamientos para lo que se auguraba. Su vida estaba completamente cambiada, su forma de actuar también. No se reconocía, ni siquiera entendía como su vocabulario había dado un giro de ciento ochenta grados. Ella pertenecía a ese mundo, ¡por todos los dioses!, estaba conectada a ese lugar desde hacía muchos años, y sin embargo, en realidad no era así. Angie admiró el atardecer. El sol aún alumbraba la maravillosa colina donde, días antes, conoció a Alfred. Desde allí se divisaba toda la comunidad, todo Hanon y viceversa. Los pequeños lagos que rodeaban aquellas tierras, eran de aguas puras, libres de contaminación y de cualquier manipulación, la naturaleza continuaba su ciclo de vida... El problema vendría con el paso del tiempo. El ser humano, progresando, cambiaría las cosas; la ciencia se haría notar, las grandes industrias invadirían aquel maravilloso lugar, y así, todo vendría con los siglos y siglos hasta su presente. Si su familia antepasada conociera lo que sería ese entorno dentro de seis siglos, se echarían las manos a la cabeza.

Angie se quedó mirando a los hombres que practicaban con el arco y la espada, estaban enfrascados en sus movimientos para no equivocarse; otros manejaban largas lanzas de metal con torpeza, pero seguían intentándolo una y otra vez hasta que esas maniobras fueran perfectas. Pero lo importante en ese pequeño campo no era ser el mejor y conseguir que una flecha diera en el blanco, lo esencial era ver a aquellos aldeanos, hombres agricultores y destinados a llevar una vida humilde, coger y alzar las espadas, moverlas, ayudar a otros a usarlas con brío, y sobre todo... mostrar entereza, fuerza y

valor para realizar dichas tareas. Angie giró la cabeza y se dispuso a buscar al capitán y sus hombres; no estaban por ningún lado. ¿Dónde se hallarían? Seguramente estarían preparando todo lo necesario para la contienda...

De repente, un grito terrorífico de una mujer la descontroló de sus pensamientos. Su mirada buscó desesperada por los alrededores el origen de dicho fenómeno. La gente salía de sus hogares buscando también ese alarido tan escalofriante; se arremolinaron en el centro de la comunidad igual que un hormiguero. Los hombres que momentos antes había visto practicar se dirigieron corriendo hacia el tumulto. Nadie sabía nada. Imprevistamente, como si el mundo se parase a sus pies, una joven moza apareció corriendo hacia la multitud, gritando y llorando de terror. A Angie por poco se le detiene el corazón cuando la observó. Necesitó tragar la saliva para no ahogarse, sus manos temblaron igual que si estuvieran portando bolas de nieve... ¡Madre mía! ¡No! La joven llegó chillando totalmente desnuda, ensangrentada y con la cabeza... ¡Afeitada!

Todo Hanon se quedó congelado. Los lamentos de las mujeres al verla fueron ensordecedores. Aquello parecía una pesadilla, una horrible pesadilla que traería consecuencias desastrosas. Angie estaba atrapada en su propio miedo. Jamás creyó que eso sucedería en la comunidad, jamás. Sin embargo, estaba ocurriendo. La Historia era palpable, parte de lo que iba a acontecer se hallaba plasmado en cientos de libros, escrito en vivencias antepasadas.

Dos mujeres recogieron a la joven y la metieron dentro de una cabaña. Los sollozos de las muchachas, cuando vieron aquel espectáculo, consiguieron despertar a Angie de su congoja. Esta oró en silencio para que el dolor y la tristeza que acababa de levantarse en la comunidad se disolvieran... aunque sería una difícil empresa. Cerró los párpados por un momento para deshacerse del temor, de aquel mal trago, pero no podía. Su cerebro acababa de grabar aquella espantosa imagen de la joven.

—¡Dioses divinos! —exclamó a sí misma, llevándose la mano a la boca—. ¿Por qué dejáis que vuestros hijos sufran?

De pronto, fuertes cascos de caballos la alertaron. El capitán apareció con sus dos hombres. Le seguían Nils, su hijo, y Hahn. Se dirigieron hacia la cabaña donde había entrado la muchacha. Angie, salió corriendo como una gacela hasta ellos. Alfred la vio y salto del animal para ir a abrazarla.

—¡Oh, Alfred! ¡Es horrible! —Angie sintió que se quebraba. Su voz estaba a punto de romperse—. ¡La han rasurado! Está sangrando... —le dijo sollozando y agarrándolo por su cintura—, y seguramente la han querido... violar —y enterró la cara en su cuello llorando.

Al capitán se le oscureció la mirada. Una fuerza letal lo poseyó por completo. Sus dientes se partirían de un momento a otro si no dejaba de apretar la mandíbula. *Williams*, fue lo único que pensó. Sí, era el malnacido que le gustaba alardear de sus triunfos de esa manera. Abrazó a Angie con fuerza para darle ánimo. Luego dirigió su mirada a los demás.

—¡Adam, Louis!, ya sabéis quién está por los alrededores, y parece que ha empezado "su fiesta" muy pronto —espetó a sus soldados—. ¡Preparad a los jóvenes que practicaron con el arco! ¡Llevad todo el armamento al centro del pueblo! ¡Nils! —clamó enfurecido.

—Capitán —contestó este.

—¡Quiero que vuestra cuadrilla de hombres recoja todas las armas que disponéis, incluidas las nuevas espadas! Y por Dios... ¡Qué se muevan rápido! —bramó.

Angie elevó su cabeza y se quedó de piedra. Alfred no dejaba de abrazarla pero sin dejar de dar órdenes a todo el mundo. Él bajó la mirada y dejó que sus pensamientos lo abandonaran. Angie lo contemplaba con un amor y una pasión aterradora. Ella estaba sufriendo por todo, y él no podía verle el rostro de esa manera.

—Angie, no os preocupéis, todo saldrá bien. Solo necesito que mostréis valor y coraje —le suplicó, acariciándole las mejillas. Le limpió las lágrimas que caían por su piel—. Os necesito, hechicera, no podría vivir sin vos. Pero ahora, debéis ir a preparar esos encantamientos de los que habláis. Y, bajo ningún concepto, salgáis del hogar de vuestros tíos. ¿Lo habéis entendido? Ahora, veamos qué demonios ha sucedido —se acercó a sus labios y le dio un corto beso. Luego la cogió de la mano y entró con ella en la cabaña donde estaba la desafortunada joven.

—¿Dónde está la muchacha? —preguntó fríamente el capitán al entrar con Angie la cabaña. Su insensible mirada escudriñó a las cuatro personas que había dentro.

—Señor, su madre está intentando aliviar su tormento... —le murmuró una anciana.

—¡Solo necesito saber a quién ha visto! —la cólera lo invadió.

—Alfred —le exigió Angie plantándose frente a él—, yo iré a hablar con ella.

El capitán vio el reflejo abatido de su hechicera y eso lo descontroló más.

—Está bien, pero no tardéis. Puede que el tiempo nos juegue una mala pasada —le sugirió.

Ella asintió. La anciana la guio hasta un pequeño aposento al fondo de la casa. Angie entró sin más y entonces... por poco se cae al suelo. La bilis le subió por la garganta quemándole el esófago, el corazón casi se le desboca al presenciar la imagen de la joven llorando, con la sangre seca sobre su piel y totalmente sin cabellos en la cabeza. Angie necesitó fuerzas para dar un paso hacia la muchacha. Maldijo por su estado de ánimo. Jamás había estado en semejante situación.

Entró y cerró la puerta. La moza la miró con ojos desorbitados. Su cabeza no dejaba de moverse como si buscara nuevamente el peligro.

—Shss... tranquilizaos, Susan... Chsss —su madre, desalentada, le acariciaba la espalda y le limpiaba lentamente con un paño humedecido, las heridas en su piel.

—¿Puedo hablar con ella? —le preguntó Angie a la madre. Pero antes de que su madre le contestara, Susan habló.

—Eeeeeeran mumumucchosss —comenzó a tartamudear—, se rerereían dede mí. Me cocogieron y... dijejeron que era uuuna brubruja —las lágrimas brotaron de nuevo de sus ojos. A Angie se le encogió el alma. Necesitaba fuerzas para seguir escuchando la horrible historia de Susan. Dio un paso más hasta ella—. Había doooss hombres queque nono reían. El más altototo ordenanaba a los dedemás. Sacacaron uunn cucuchillo y... —rompió a llorar. Su madre la abrazó con fuerza.

—Mi amor... se acabó. No volverán a haceros nada más —el cariño de su madre, consiguió que mitigara un poco el llanto de Susan, a pesar de que su madre tenía encogida las entrañas al verla así.

—No hace falta que sigáis. Debe ser muy duro. Solo necesito saber si oísteis algún nombre, algo que pueda identificar a los agresores —preguntó Angie afligida.

—Sí sí —le contestó esta, limpiándose las lágrimas—. Uno dedede ellos le ordenaron: WiWiWilliams, déjajajala ya. Mándadala hasta ese malmaldito lugar.

Angie escuchó lo que necesitaba. Le dio las gracias, besó su mano y salió de allí en busca de Alfred. Él estaba andando como un loco de un lado para otro y esperándola en estrecho saloncito. Su demonio interno no dejaba de torturarlo por la incertidumbre.

—Es un tal Williams —contestó ella al salir de la habitación.

A Alfred le embargó la ira. Su mente no se equivocaba. Williams, el maldito que buscaba su puesto. La cólera al fin consiguió apoderarse de él. Cogió a Angie por el brazo y la sacó de allí para dirigirla a la casa de sus tíos.

Mathilda y sus hijas estaban en el umbral de la puerta, asustadas y angustiadas por ella.

El tiempo pareció ralentizarse. Angie ojeó todo su entorno. La voz de Alfred se distorsionaba, como si le faltaran pilas. Los gritos de su tía llamándola se oían tan lejos que parecía que había más de un kilómetro de distancia. Y, de repente, su cabeza le avisó de algo. Cerró los párpados por un instante, por pura intuición, y luego los abrió. Angie se encontró rodeada de docenas de auras. Su don había hecho su aparición. Los dioses querían brindarle su magia oculta para que la usara y ayudara a su nueva comunidad.

* * *

La hora había llegado. El perdón ante Dios sería justificado por el bien que haría a continuación. Alfred creía en Dios, pero desde que conoció a Angie, se negó a seguir profesando la doctrina de la Iglesia. Su alma estaba manchada por muertes innecesarias, vidas inocentes destruidas por el asqueroso poder. Pero desde que esa muchacha se había cruzado en su vida, su juicio sobre el mundo eclesiástico había traspasado su límite. Alfred pudo atestiguar, con sus propios ojos, la manipulación que la Inquisición había hecho en las Santas Escrituras. Su Dios jamás permitiría que se derramase una gota de sangre por defender su religión, apostaba su cabeza. No obstante, el destino era demasiado sabio, y él estaba a tiempo para que su alma fuera liberada de ese horrible poder. Seguramente Dios lo perdonaría.

Adam llegó corriendo hasta él, cargado de flechas y con varios hombres a su lado. Llevaba colgado el carcaj en su espalda y una espada pendiendo de la vaina.

—¡Capitán, llegaron en poco tiempo! —la agitada y sombría voz de su hermano parecía haber salido del mismo infierno. Su mirada era incluso más terrorífica que la de él—. ¡Los han localizado cerca del lago, y creo que Rudolf... viene con ellos! —sentenció.

Alfred sintió que su cuerpo se despertaba aún más. Sonrió maliciosamente. al oír aquello. Cuantas veces había deseado tener un buen enfrentamiento con ese perro ególatra, ¡miles de veces! Y ahora, parecía que ese milagro se cumpliría. Volvió a sonreír e hizo un barrido visual por toda la comunidad.

—¿Dónde está Louis? —le preguntó a Adam.

—¡Aquí, señor! —gritó este portando algunas de las nuevas espadas que había preparado con el herrero. Comenzó a entregárselas a algunos hombres.

—¡Nils! —llamó el capitán.

Nils salió con su compañero de la cuadra.

—Lo siento, estaba preparando a los caballos, capitán.

—¡Necesito que empecéis a empapar de agua todas las cabañas y casas! ¡Rápido! Los enemigos están entrando por la zona del lago. ¡Quiero que las mujeres y niños salgan de sus hogares y se oculten en el refugio que habéis preparado! ¿Entendido? —aulló igual que un lobo ante tal petición.

Todos asintieron y corrieron para advertir tal orden. La gente salió de sus casas para dirigirse al citado refugio; un enorme lugar oculto bajo una cabaña de piedra que conectaba, mediante una vieja cueva, hasta uno de los lagos cercanos. El sitio perfecto para aislarlos del fuego, si por casualidad prendían la comunidad. Cosa que seguro lo harían, los conocía demasiado bien.

Alfred ayudó con rapidez a cargar cubos con agua. Vertieron y empaparon las casas, también humedecieron los alrededores de estas. Adam marchó con los jóvenes arqueros hasta las limitaciones de Hanon e hicieron una circunferencia humana a su alrededor. Se dispusieron a colocarse en línea contra los enemigos; prepararon varios calderos con fuego para impregnar las flechas y luego lanzarlas incendiadas.

Mathilda, junto a sus hijas y Angie, empezaron a recoger todos los brebajes que tenían preparados y los dispusieron en grandes alforjas de piel. A Anette parecía que le habían comido la lengua. Su voz desapareció en el momento que se enteró de lo sucedido con Susan, una de sus amigas. En ese momento deseaba poder machacar, con sus brebajes, a todo hijo de Satán que le hizo aquello a su pobre amiga.

Marlenne sacó de un lugar secreto varias dagas ritualizadas. Hacía varios días que las había preparado para defenderse contra los malditos canallas. El veneno de una serpiente mortal, refregado por el metal, era un buen aliado para neutralizar las constantes vitales de un maldito.

Angie se cargó con varios tarros de barro repletos de pócimas. Sus ojos seguían distinguiendo la fuerte energía que desprendía su familia. Las auras eran increíblemente enigmáticas. El color amarillo predominaba, en esos momentos, en todos ellos: exudaban energía vital, brío y firmeza por conseguir salir airosos de la maldad que se aproximaba al pueblo.

—Debemos irnos ya, tía. Alfred está como un loco preparándolo todo y no quiere que estemos caminando por el exterior. O lo hacemos ahora o no podremos defender Hanon —advirtió Angie a Mathilda.

—Está bien, querida, ¡vamos!

Sus primas asintieron igualmente. Salieron las cuatro de la cabaña; iban cargadas de brebajes y alforjas para arrojarlas alrededor de la comunidad.

—¿A dónde diablos os dirigís?! —la voz de un depredador salió de la nada.

Las cuatro miraron horrorizadas. El capitán parecía un monstruo a punto de devorar a una presa. Su cabello revuelto, la oscura mirada y el odio que destilaba, se notaban a más de dos millas de distancia.

—Alfred... ¡Por todos los dioses! ¡Debemos preparar el círculo! —los gritos desesperados de Angie consiguieron que él y varios hombres corrieran hasta las cuatro mujeres.

—¡Hahn! ¡Quedaros con vuestro hijo y con los demás! Iré con ellas —ordenó el capitán al hombre que estaba a su lado.

Mathilda buscó desesperadamente a Nils. No lo veía por ningún lado. Igualmente hizo Marlenne. Su prometido no estaba por ningún sitio.

—¡Vamos! —las frías palabras del caballero consiguieron inquietar aún más a las mujeres.

Angie buscó la mirada de Alfred. Y la encontró. El hermoso azul de sus ojos, estaba oscurecido; el brillo que destilaba cuando hacían el amor se había esfumado. Ni siquiera se apreciaba un atisbo de emoción en esa mirada, ni una simple esperanza para salir libres de aquel infierno... No, Alfred carecía de lo que ella esperaba. No podía culparlo, puesto que se aproximaba una lucha desgarradora por el maldito poder. El aura del caballero que la tenía enamorada resplandecía con fuertes matices azules y rojos. La fuerza y la sabiduría lo rodeaban por completo.

—¡Primero el contorno exterior! —gritó Mathilda. Alfred se posicionó junto a ellas, portando la espada en alto. Sus ojos parecían salirse de las órbitas. Estaban completamente en alerta.

Angie abrió varios tarros y los comenzó a verter por el suelo.

—¡*Elemento Tierra, yo os invoco!* —los gritos de su tía consiguieron inquietar más a todo el mundo.

Alfred se dirigió a darles instrucciones a los arqueros mientras las mujeres seguían su ritual.

Mathilda siguió invocando a todos los elementos de la naturaleza y por último a sus dioses, dándoles las gracias. Angie abrió el siguiente tarro y lo vertió en la tierra. El círculo comenzaba a cerrarse alrededor de la comunidad. Ya solo quedaban cinco cabañas para terminar de cerrar el lugar.

Anette se untó en la frente un ungüento de protección. Llamó a su prima para también untárselo. Las cuatro estaban protegidas contra la energía maligna que quería entrar en Hanon.

—¡Mi amor! —Francis apareció buscando a Marlenne. A ella se le cayó todo lo que llevaba en las manos y salió en su busca.

—¡Francis! —lo abrazó con fuerzas.

—¡Iros al refugio con las demás y llevaos a vuestra prima!

—¡Aún no podemos, debemos terminar el círculo! —las apremiantes palabras de Marlenne consiguieron encoger el corazón de su prometido.

—Os amo, Marlenne, y siempre os amaré —y con esa frase le dio un beso en la frente y salió corriendo en busca de un caballo para unirse a todos los hombres de la comunidad.

Marlenne cayó de rodillas al suelo. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas. El cuerpo comenzó a temblarle como si le indicará que el mal de aproximaba. *Francis, os amo con toda mi alma*, murmuró así misma.

Marlenne sabía que la gente de Hanon sufriría mucho, percibía algo horrible. Ya se lo habían avisado sus queridas runas sagradas. A partir de aquel momento, Hanon no volvería a ser el mismo pueblo, con miembros felices y sosegados que protegían y amaban a sus familias con un fervor innato. Ya nada sería igual.

—¡No, no, no! —Marlenne golpeaba con fuerza la tierra fangosa con sus propios puños—. ¡Maldita sea la hora en la que esos canallas eligieron ser los dueños del mundo! ¡Os maldigo!

Angie volvió la cabeza. Se quedó estupefacta. Marlenne había perdido la razón. Salió velozmente en su busca para ayudarla y levantarla de allí. Alfred se le adelantó y la cogió en brazos. Marlenne comenzó a patlear igual que una niña pequeña. Quería coger y estrangular a esos cerdos y desterrarlos de este mundo, pretendía fundirlos y hacerlos insignificantes trozos de pan para echárselos a los perros...

—¡¡Calmaos!! —Alfred intentó que se tranquilizara.

—¡Soltadme, caballero! ¡Por vuestra culpa vamos a morir! —Marlenne estaba desquiciada. Escupía palabras que ni siquiera ella sabía cómo salían de su boca. Sin embargo, no podía controlar la ira que había penetrado en su cuerpo. Era igual que un rayo caído directamente hacia su corazón.

—¡Prima! —Angie llegó hasta ella y le tapó la boca. Marlenne intentó sacudirse y librarse de la mano de Angie, pero no pudo—. ¡Callaos! —le gritó. Luego, quitó su mano de la boca.

Alfred la soltó inmediatamente cuando vio que dejaba de patlear y sacudirse. Angie la cogió por el brazo y la arrastró, con fuerza, hasta donde estaban las pociones y las demás cosas.

—¡No podéis perder ahora los nervios! ¿Habéis oído? ¡Os necesito! —la dura voz de Angie, consiguió que Marlenne rompiera en sollozos.

Alfred miró a su hermosa Angie. Estaba demostrando tesón, perseverancia, un carácter que nunca había visto en ninguna mujer. Era admirable contemplar la magia que aguardaba dentro y fuera de su alma. En ese instante, Angie le devolvió la mirada y asintió con su cabeza; el capitán entendió lo que le insinuó. Su prima ya estaba soltando la ira que se había apoderado de su cuerpo y que la había dejado descontrolada.

—Os quiero —le susurró él—. Ahora, iros y salvaos.

Angie sintió el amor de aquel hombre acariciarla, envolverla con el manto de su ser. Alfred... ya la amaba. Como ella a él. ¿Por qué se había enamorado de un hombre así en poco tiempo? Obra del destino. Él había penetrado en su corazón directamente, jamás podría olvidarlo. Angie oró para sí. Solo quería pedirles a la diosa Madre una simple plegaria, un pequeño deseo: que él la recordara siempre.

Alfred silbó a su caballo. Cuchiel pareció oír perfectamente la llamada de su amo. Se presentó galopando con rapidez. Alfred montó con una agilidad asombrosa y arreó el caballo. Elevó su espada y se dispuso a enfrentarse a lo que tanto había deseado.

Angie recuperó parte de las fuerzas que se le habían esfumado. Recapacitó de inmediato y cogió a su prima por el brazo.

—¡Mi amor! ¿Qué os ha pasado? —Mathilda llegó con Anette corriendo al ver que su hija no dejaba de llorar.

—Está conmocionada, tía, eso es todo —le dijo Angie limpiándole las lágrimas a Marlenne.

—Tomad —Anette le entregó, a su hermana, varias ramas de espino albar—. ¡Cogedlo y no lo soltéis! Ahora... ¡Vámonos! ¡Ya hemos terminado el círculo!

Mathilda ayudó a su hija y a su protegida a llevarse a la sufrida Marlenne.

Angie jamás creyó que Marlenne hubiera caído en la trampa de la debilidad, en perder los nervios en una situación como aquella. Desde que llegó al hogar de su familia, siempre dedujo que su prima mayor parecía más fuerte, con más vitalidad que su otra hermana. Sin embargo, en ese momento se había esfumado. Y ahora Anette estaba demostrando más paciencia y más sensatez en hacer las cosas.

* * *

La pequeña y fría legión esperaba frente a los engendros del demonio. Esos hombres, leales a él, vestidos para el combate y portando el emblema de la Santa Inquisición, aguardaban impacientes la presencia del capitán. La hora del juicio había llegado, el momento de participar en una guerra entre religiones se hallaba a menos de media milla. Un lugar dónde el ganador sería vitoreado y el perdedor masacrado. Rudolf jamás pensó que llegaría el instante en el cuál lucharía contra sus propios soldados, contra los que había entrenado y ayudado en las cruzadas. Y ahora, estaba dispuesto a matarlos.

* * *

El capitán aspiró una larga bocanada de aire. Estaba preparado para matar, dispuesto para ejecutar a quien posara la vista y la espada en cualquier persona inocente, y su decisión de enviar al infierno al hombre que ordenó mancillar el nombre de Dios estaba tomada. Y con la ira refulgiendo dentro de sí, no esperó más y desató su demonio personal.

* * *

Fuertes lamentos de hombres llegaron hasta las mujeres como terroríficos truenos. Las cuatro hechiceras quedaron petrificadas. Angie abrió la boca y rápidamente la cerró, tragando saliva. Sus ojos casi se le salen cuando vio semejante espectáculo.

—¡Oh, no! ¡no! —los gritos de Marlenne eran atronadores.

—¡Padre! ¡Alger! —Anette perdió el control. Igualmente gritó igual que su hermana.

Mathilda se quedó conmocionada. Entró en un estado de conmoción. Su visión se quedó perpleja ante lo que vieron sus sabios ojos. Delante de ella apareció una lucha ensangrentada entre caballeros y hombres de Hanon. Los caballos no dejaban de relinchar. El ruido del choque del metal de las espadas era ensordecedor. Los bramidos y berridos de todo el mundo inundaron la comunidad, trasladándola a una auténtica guerra.

* * *

Angie, como si fuera un autómatas, se agachó, arrastró con los dedos un poco de tierra y cogió un puñado. Parecía que sus movimientos eran ordenados por otra persona. Su mente ordenaba, pero su cuerpo reaccionaba de otra manera, parecía que alguien tiraba de ella igual que un títere. Y se alegró, porque necesitaba la fuerza suficiente para conjurar lo que hizo a continuación:

—*Diosa Madre, ¡vuestra nueva hija os pide ayuda!* —los gritos de Angie consiguieron despertar a su tía y a sus primas de aquel trance. Tiró el puñado de tierra al aire libre y se esparció por el suelo.

De repente, algo extraño sucedió. Los hechizos que habían conjurado y esparcidos alrededor del pueblo, comenzaron a funcionar. Una luz penetrante salió del círculo ritualizado, formando un anillo amarillo de protección. Los cabellos de Angie comenzaron a elevarse, los de Anette, Marlenne y Mathilda igualmente... ¡La diosa estaba con ellas! Todas alzaron las manos al cielo y gritaron:

—*¡Ahora! ¡Vuestras ciervas os honra!*

Y, en ese instante, los malditos caballeros que luchaban contra la comunidad, cayeron de sus caballos. La debilidad en esos hombres empezó a hacer efecto. Angie sonrió al ver el dominio de los conjuros. No obstante, esa sonrisa desapareció cuando observó a varios cabrones levantarse del suelo y dirigirse hasta donde ellas estaban. A Anette le invadió el pánico, su tía cogió algunas piedras del suelo para lanzarlas contra esos inmundos, pero de nada sirvió. Dos malditos soldados cogieron a Anette por el cabello y quisieron llevársela arrastrando.

—¡Ahh, Ah!

—¡Nooo! —Angie gritó frenética, se dirigió hasta ellos corriendo. Saltó sobre la espalda de uno y le clavó las uñas en los ojos. El cabrón chilló como un cerdo y entonces la cogió y la lanzó al suelo. Luego intentó pegarle un puñetazo, mientras se agarraba uno de los ojos con dolor, pero antes de levantar el puño y soltarlo sobre Angie, apareció el capitán. Saltó de Cuchiel descontrolado y se dirigió igual que un salvaje hacia el soldado. Le atestó un golpe mortal con el mango de la espada en la cabeza. El canalla cayó inmediatamente al suelo.

—¡Se llevan a Anette! —gritó Angie intentando incorporarse del suelo.

—¡Ahora veréis qué es lo que se le hace a una hija del diablo! —escupió el otro cerdo tirando con más fuerza de la cabeza de su pobre prima.

—¡Ah, ah, soltadme! —las lágrimas y el dolor casi la hacen desfallecer.

Pero Adam llegó tan rápido como Alfred. Lo poseyó algo que jamás lo hubiera creído. Parecía que la joven muchacha le pertenecía, era *suya*. La vida de Anette dependía de Adam. Y no dudó. Se lanzó, desde su caballo, y hundió su espada en el cuerpo del asqueroso soldado que tenía cogida a la hechicera por el cabello.

* * *

Nils prefirió luchar junto a su hijo Alger y Francis. Sin embargo, aquella empresa era demasiado para ellos. La fuerza de los soldados era superior a la de todos. Ellos eran hombres del campo, agricultores y trabajadores sin cierta preparación para una contienda. Y, ahora, allí estaban, luchando por seguir viviendo y continuar con vida junto a su familia.

—¡Detrás de vos, padre! —los gritos de Alger consiguieron que Nils agachara la cabeza, para luego, su hijo clavar una flecha al enemigo que quería llevarse la vida de su padre.

Alger estaba poseído por la furia, frenético por defender su comunidad. Quería vengarse de todos ellos por lo que le habían hecho a él, a Susan y a su compañero. Y ese momento era el perfecto. Sus flechas daban en el blanco, directo al corazón. Él sabía que era bueno en el manejo de ese arma. Sus partidas de cazas siempre habían sido innatas, y no había diferencia alguna entre un animal y un hombre. Volvió a coger un par de flechas de su carcaj y se dispuso a lanzarlas contra dos soldados que intentaban liquidar a su amigo, el hijo de Hahn. Una de las flechas dio de lleno en el muslo del contrincante y la otra en el estómago del otro soldado. Su amigo lo miró dándole las gracias y siguió arremetiendo como podía contra esos malditos.

Louis usó una de las nuevas espadas que había fraguado el herrero. Sus compañeros de la Orden estaban enfrentándose a él, y eso, era le causó tristeza. Amigos con los que había practicado y luchado en docenas de cruzadas, con los que había compartido comidas, risas, borracheras..., y ahora se oponían a él por una simple orden equivocada. Louis maldijo interiormente. Algo que jamás pensó. Inesperadamente su mente le preguntó sobre el malnacido que lo lideró durante años: ¿Dónde se escondería ese perro de Rudolf? No lo veía por ningún sitio, ni al maldito Williams. Con ese mal presentimiento cabalgó rápidamente en busca del capitán. Debía avisarle, no le gustaba nada la situación.

* * *

La perversa milicia, a pesar de tener debilitadas las fuerzas, seguía luchando hasta salvar su "honor", aunque fuera un honor manchado de injusticias. Consiguieron prender fuego con antorchas que traían preparadas, arrojándolas a las techumbres de las cabañas. Principalmente ese fuego no hizo apenas daño, gracias al agua que habían derramado los aldeanos, pero poco a poco, esa asquerosa insistencia en quemar la comunidad se incrementó y con ello más antorchas empapadas en alguna clase de aceite con fuego. La cuadra y el granero fueron los que primero ardieron. Algunos caballos salieron corriendo

del establo, menos mal que los animales estaban sueltos. Nils y los demás los habían soltado por lo mismo.

—¡Capitán, capitán! —las voces de Louis eran insistentes.

Alfred no oía nada, luchaba como una bestia, protegiendo a las mujeres. Adam permanecía a su lado en todo momento. Combatían contra los enemigos sin cesar. Sus propios hombres querían matarlos, cumplían la orden del más poderoso y ese mandato era inquebrantable.

—¡Ya no viviréis para volver a traicionarnos, capitán! —gritó uno de sus antiguos hombres, arremetiendo contra él y contra su corazón.

—¡No os he traicionado! ¡Sois vos el que os traicionáis! —contestó Alfred defendiéndose y atacándolo de nuevo—. ¡Os tienen lavado el cerebro! —y acto seguido le cortó el brazo al soldado. El oponente cayó al suelo, chillando y sangrando.

El capitán giró la cabeza y vio el terror reflejado en las mujeres. No podía guiarlas hasta el refugio, puesto que estaban rodeados y tampoco quería poner en peligro a las demás mujeres y niños, destapando dónde se hallaban.

—¡Al centro, al centro! —le gritó él a las mujeres. Las cuatro estaban asustadas y temblando.

Angie agarró rápidamente a Anette y tiró de ella hasta colocarse en el centro de la pequeña comunidad. Marlenne y su tía hicieron lo mismo; Angie sentía la tortura mental a la que estaban sometidas, el dolor de ver semejante infierno; sus silenciosos llantos las estaban desgarrando por dentro. Pero la vida debía continuar, debía ganar el bien y morir el mal. ¡Tenía que ser así!, gritó la hechicera para sí misma. Esta ojeó aquel desastre que había delante sus narices. Los cientos de auras que había a su alrededor definían el espectáculo; negras, malignas, demoníacas, grises, que iban incrementándose cada vez más y dejaban un ambiente espeluznante. Ya había muertos y desfallecidos a causa de la macabra lucha. Algunos aldeanos seguían defendiendo sus vidas con simples herramientas que usaban para trabajar, otros se defendían como podían, y si no tenían nada, con sus propios puños. La Historia era cruel, igual o más cruel que la de su propia época. Angie comprendió que la naturaleza tenía su curso, no se podía parar el mundo, no se podía detener el destino... No obstante, pretendería cambiar un poco el rumbo de las cosas. Su designación fue retroceder en el tiempo para ayudar a su familia, para enamorarse de un hombre que cambiaría la Historia en su descendencia, y debía tener esperanzas de ello.

Cogió la daga, que su prima mayor le entregó esa misma mañana, y se dispuso a prepararse por si alguno de esos perros se enfrentaba a ella. Anette

miró lo que Angie hizo. El arma que portaba era más poderosa que incluso las espadas de los caballeros. Una daga ritualizada con veneno para matar instantáneamente al enemigo.

—Madre... ¡Sacad la daga!

—¡Vamos, cogelas y luchar por si alguien os quiere atrapar! —gritó Angie elevando el arma y esperando a cualquier desarmado que se le ocurriera aparecer. Necesitaba creer en ella, creer en poder hacerlo.

Pero Alfred y Adam estaban protegiéndolas. Luchaban con más de seis soldados a la vez. Eran auténticos guerreros, caballeros feroces acostumbrados a una guerra.

—¡Mirad! —la voz de Mathilda se quebró.

Las tres jóvenes observaron el infierno que había a lo lejos y que iba incrementándose a pasos agigantados. Las llamas de la cuadra estaban devorando todo a su paso. La enorme humareda se extendió en el cielo, formando una escandalosa nube negra.

—¡Capitán! —Louis llegó hasta donde se hallaba Alfred. Sus anteriores voces fueron en vano. Ahora, sí podía oírlas. Bajó rápidamente del caballo y comenzó a luchar con otro de sus antiguos compañeros, abriéndose paso hasta su señor—. ¡Tenemos a los "carroñeros" desaparecidos! ¡Es una trampa! —el contrincante que luchaba con Louis saltó una carcajada sin dejar de arremeter contra él.

—¡Vais a morir todos, *ratas paganas*! ¡El infierno os condenará!

—¡El condenado seréis vos! —y entonces Louis hundió la espada en el pulmón del soldado.

—¡Ahhh! —gritó el inmundo, cayendo al suelo. Comenzó a escupir sangre por la boca.

El capitán ya se imaginaba que Williams tenía alguna que otra sorpresa guardada. Lo conocía lo bastante bien como para no pensarlo. Ese malnacido quería el poder de un superior, y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de ser el nuevo capitán de la Orden. Alfred escupió en el suelo y limpió la hoja de su espada. La sangre que había derramado era innecesaria, pero por salvar la vida de aquellas inocentes personas sería capaz de desencadenar el mismo infierno.

Cuando un niño ha nacido, si es que la propia madre no es una bruja, entonces la matrona conduce al niño fuera de la alcoba bajo pretexto de calentarlo, seguidamente, lo levanta en sus brazos y lo ofrece al príncipe de los demonios Lucifer y a los demás demonios.

**MALLEUS MALEFICARUM (1486 Año del Señor)
El Martillo de las Brujas (FACSIMIL Traducido pag. 307)**

CAPÍTULO 15

A Alger se le estaban acabando las flechas, ya solo le quedaban tres. Sin embargo, las ansias de seguir matando no le desaparecían. Pensó en las veces que lo torturaron cuando lo apresaron, los latigazos que le dieron hasta dejarlo medio muerto para que declarara que era pagano, recordar cómo se rieron de él, las humillaciones que se tragó... ¡Se acabaron!, gritó interiormente. Ahora, pagarían igual que le hicieron pagar a él y a su compañero.

—¡Moriréis todos! —y saltó sobre dos enemigos que arremetían contra su padre. Los hirió a ambos. La debilidad que demostraban los soldados le ayudó a ser el primero en atacar. Las mujeres habían hecho una gran hazaña. ¡Los hechizos resultaban! y la diosa Madre estaba con ellos. Pero de poco sirvió. Inesperadamente, una lluvia de flechas cayó sobre ellos, igual que un torrencial aguacero. ¡Había arqueros ocultos tras los matorrales! Y lo peor de todo es que él y su padre no tenían donde refugiarse.

—¡Cubriros! —los gritos de Nils eran alarmantes. Sus hombres se agacharon, esquivando las pequeñas lanzas mortíferas que iban hacia su objetivo. Intentaron correr y salir de aquel lugar, pero a muchos no le valió de nada. Algunos aldeanos cayeron heridos de muerte sobre la tierra; las flechas habían traspasado la carne a más de uno.

—¡¡Nooo!! —A Nils se le nubló la vista, se le nubló todo cuanto vio. ¡No, no podía ser!, cuando contempló una horrenda escena. Su hijo se hallaba tumbado en el suelo, agarrándose la pierna y sangrando. Un enorme charco de sangre cubría parte de su muslo izquierdo. Salió corriendo y gritando como un bárbaro. Llegó y hundió las rodillas en el suelo, al lado de Alger.

—¡Hijo, hijo mío! —los ojos de Nils parecían que se le saldrían de un momento a otro. Recorrió rápidamente el cuerpo de su hijo para ver con exactitud donde lo habían herido.

—¡Solo ha sido en el muslo! ¡Id en busca de Francis, también está herido! —le contentó Alger quitándose su cinturón para enrollarlo alrededor de la herida y así cortar la sangre.

Nils se desgarró su jubón y se le dio a su hijo para que taponara la herida, luego, una vez que su hijo se hizo el torniquete, agarró con todas sus ganas la flecha causante del dolor y tiró de ella para extraérsela.

—¡Ahh! —el desgarrador grito de Alger se oyó hasta en las profundidades del refugio.

—¡Ya está!

Alger respiró con dificultad, pero enseguida sintió un poco de alivio. De pronto, le dio un empujón a su progenitor para apartarlo de su lado. Uno de los soldados saltó sobre ellos y casi mata a su padre. Alger clavó la misma flecha que tenía en su pierna en los testículos del cerdo enemigo.

A Nils por poco le da algo al ver que su hijo le había salvado la vida.

—¡Iros ya y salvad a Francis! —le volvió a repetir.

—¡No os puedo dejar aquí, herido y expuesto a estos demonios!

—Aún tengo flechas, ahora... ¡Marchaos!

Nils no quería irse, no podía dejar a Alger herido a expensa que llegaran más soldados. Pero debía ir a ver al prometido de su hija. También estaba herido. Se irguió y buscó entre los hombres que aún quedaban con vida a Francis. Solo vio desolación, mucha desolación y una devastación jamás conocida. Amigos yacían muertos; algunos heridos, intentando arrastrarse y ocultarse para no morir en manos de enemigos; otros seguían luchando con los pocos soldados que aún permanecían con vida...

—Nils, Nils... —los balbuceos de una débil voz lo descontrolaron. Preparó una lanza que había cogido del suelo y llevaba consigo y miró por los alrededores buscando ese frágil susurro. Los nervios estaban destrozándolo por dentro, la lanza estaba preparada para ensartar al primer indeseable que se opusiera en su camino... ¿Dónde estaba esa persona que lo nombraba? ¿Dónde?

Y lo encontró nada más posó su mirada en un cuerpo ensangrentado.

—¡¡Francis!! —y salió corriendo hasta él—. Por favor, ¿qué os han hecho? —abrió la boca al ver semejante destrozo.

Francis comenzó a vomitar sangre. Sus ojos, aún lúcidos, pedían a gritos la salvación; él aclamaba vivir y seguir luchando por Hanon, sin embargo, ya era imposible, eso jamás sucedería. Sus manos y sus pies, yacían separados de su cuerpo, igual que simples piedras sueltas, como pequeños trozos de carne que servirían de aperitivos para los perros... Francis estaba a punto de reunirse con la diosa Madre, pero antes de morir, quería pedir un último deseo. Solo quería ver a su hermosa hechicera de cabellos rojos como el fuego, a la mujer que lo hizo feliz durante el tiempo que estuvo a su lado, que

lo enamoró con su sonrisa, con su mirada, con su cuerpo, y sobre todo con su precioso corazón. Su querida y prometida Marlenne... La amaría para siempre, aunque estuviera en la gloria con los dioses.

Nils no pudo hacer nada, estaba a punto de sufrir un desfallecimiento. Acababa de presenciar el peor momento de su vida. La muerte estaba a poco menos de un paso de Francis e iba a llevárselo de inmediato.

—Necesito... que me... pro... metáis algo —escupió débilmente el joven.

—Lo que me pidáis —le contestó Nils, inclinándole la cabeza para que hablara mejor. Se tragó un nudo que se le había formado en la garganta. El dolor y el horror se instalaron en su pecho... y entonces las lágrimas aparecieron en sus ojos. Francis era como un hijo más.

—Quiero... que... Marlenne... sea dichosa —y entonces sus ojos se quedaron fijos en el cielo, fijos en la enorme humareda negra que estaba sobre Hanon, y sobre todo fijos en la imagen de la mujer más hermosa de su vida diciéndole... Adiós.

* * *

—¡Nooo, ahgg, mi amor...! —los lamentos de Marlenne fueron escalofriantes. Su corazón parecía que se había partido por la mitad. El dolor era sobrecogedor; su cuerpo se estaba quebrando de sufrimiento—. ¡Os quiero, os quiero, no, no! —y cayó desmayada al suelo.

Angie gritó al ver a su prima mayor caer sobre su espalda. Soltó, con rapidez, la daga que portaba y comenzó a zarandearla.

—¡Marlenne, Marlenne!

El mundo parecía haberse detenido, la desdicha cayó en la familia como un rayo. Su madre y su hermana comenzaron a gritar desconsoladas. El capitán enseguida terminó de matar a un caballero, que no dejaba de atacarlo sin perdón, y buscó los gritos desesperados de las mujeres. Entonces vio a una de las muchachas en el suelo, desfallecida.

—¡Adam, encargaos del entorno! ¡Louis, terminad con esos dos hijos de perra! —caminó rápidamente hasta ellas, mirando por los alrededores. El maldito estaría muy cerca de allí...

—¿Qué ha pasado? ¿La han herido? —las letales palabras del capitán aterrorizaron aún más a Angie y a su familia.

Angie cogió el pulso de Marlenne y se lo tocó. Estaba lento, muy lento. Tocó su pecho y escuchó igualmente el corazón. Se quedó de piedra al sentir los latidos casi inaudibles, ya apenas se oían. Sin pensárselo más rasgó la tela

de su corpiño y descubrió su pecho. Los ojos de Mathilda casi se le salen de las órbitas. Anette comenzó a sollozar más fuerte, pero Angie iba a por todas.

Abrió la boca de su prima y le insufló aire para después darle los masajes cardiacos en el pecho.

—¡Vamos, vamos! ¡Una, dos...! —gritaba mientras presionaba sus manos haciendo el masaje—, ¡Marlenne, respirad, por todos los dioses! —y volvió a repetírselo varias veces.

Alfred no podía creer lo que esa mujer estaba haciendo. Besaba a su prima y luego le daba fuertes golpes con las manos en el pecho para que reaccionara.

—¡Angie! ¿Es necesario? —preguntó el capitán con la espada en alto preparado por si algún desalmado salía de detrás de una de las cabañas.

Angie no contestó. Las lágrimas caían por su rostro en silencio. Marlenne estaba desmayada y posiblemente más cerca del mundo celestial que el del terrenal. Sin embargo, debía seguir actuando de esa forma. Su necesidad por salvar a su prima, del umbral de la muerte, era arrolladora. Aunque le hiciera daño en el pecho, Marlenne viviría... ¡Su destino no era ese!

El viento contribuyó a que las llamas se extendieran fácilmente por Hanon. La cuadra quedó carbonizada, ya apenas se mantenía en pie. Los berridos de los animales, de los soldados luchando, de los hombres moribundos..., atraían la muerte. Angie cayó sollozando al lado de su prima y su tía. Mathilda no podía levantar la cabeza, no podía. Estaba sumida en una auténtica maldición. Anette cogía la mano de su hermana y la apretaba para que sintiera la tibieza de la suya, para que percibiera su presencia y así transmitirle el amor que le tenía... Angie se irguió y volvió a hacerle una última vez el boca a boca. ¡Dioses, ayudadme! Suplicó una vez más e hizo lo que su conciencia le sugería. Golpeó fuertemente el pecho con ambas manos juntas.

—¡Vamos!

De repente, Marlenne empezó a convulsionar. La tos y los espasmos en el cuerpo la avivaron. Rápidamente los rostros de Anette y su madre se volvieron hacia ella.

—¡Ah, mi hija!

—¡Hermana mía!

Angie elevó la cabeza de Marlenne con desesperación. Necesitaba que respirara mejor, que vomitara lo que hiciera falta. La vida estaba en su cuerpo, proporcionándole otra oportunidad, ofreciéndole un nuevo destino.

—¡Prima! Respirad hondo, vamos —le sugirió, incorporándola lentamente. Mathilda rompió a llorar.

Anette sintió disminuir la presión de su pecho. Echó un ojo alrededor de donde ellas estaban y abrió la boca ante tal imagen. Adam estaba herido en la espalda. Su armadura estaba en el suelo. Su torso desnudo sangraba debido a unos profundos cortes, el cabello lo llevaba empapado y suelto, y sus fuerzas parecían disminuir con cada embestida de su contrincante.

Anette la invadió nuevamente el miedo. Cerró los ojos y convocó interiormente a sus dioses.

Vuestra hija os suplica salvar la vida de ese caballero. Os estaré agradecida de por vida. Os ofreceré... mi fertilidad como regalo. ¡Por favor, os lo imploro! Pero salvad a ese hombre. Y miró al cielo esperando una señal.

—¡Alfred, detrás de vos! —gritó Louis corriendo hasta él. Pero no llegó a tiempo. El impúdico que se acercó por la espalda, lo hirió en el costado.

—¡Maldita serpiente! —escupió Alfred tambaleando y cayendo al suelo. Adam giró la cabeza al escuchar a su hermano y entonces ocurrió algo que lo dejó sin aliento.

—¡Nooo! —Angie se levantó de un salto y se enredó con la falda, cayendo al suelo. Volvió a levantarse y salió corriendo en busca de su amor. Su corazón se le saldría del pecho si no llegaba hasta él inmediatamente. ¡Lo habían herido!— ¡Alfred, mi amor! —y todo sucedió tan rápido que ni siquiera su instinto le ayudó a reaccionar. Un oscuro diablo apareció cabalgando por detrás y la cogió en medio de su carrera por llegar hasta el hombre que amaba, arrastrándola y montándola en un caballo.

* * *

Un enorme caballo color azabache salió cabalgando con rapidez de detrás de una cabaña y fue directamente hasta Angie.

—¡No, Angie! —su tía se dio cuenta enseguida y le gritó desesperada al ver a un oscuro soldado avanzar hacia ella frenéticamente. Pero su protegida estaba sumida en su propio desafío.

Una fuerte mano la agarró por los cabellos y tiró de ella, como si fuera un simple perro. Creyó que desfallecería al igual que su prima, que su cabeza reventaría por ese tremendo dolor que la estaba llevando hacia la locura. Sin embargo, no se desmayó, simplemente ese dolor fue sustituido por algo peor; por la fría hoja de una espada apoyada en su garganta. Sintió un pinchazo agudo en la zona donde rozaba ese arma y algo fresco resbaló lentamente por

su escote; eran gotas de algún líquido espeso... Una gota... otra... luego otra... Angie sintió que la oscuridad invadía sus sentidos, invadía su visión e invadía lo único que tenía en mente, el futuro con Alfred.

* * *

—¡Hija de Satanás! ¡Ahora arderéis en el infierno! —escupió Rudolf exaltado cuando hirió a la bruja en la garganta. Eso la tendría desfallecida mientras la llevara hasta el lugar que había preparado para ella. Rio con una maldad que hasta él mismo se sorprendió. Lo que estaba a punto de hacer sería glorificado por Dios, bendecido por el Santísimo y hasta por el mismo emperador. No podía dejar que las brujas se apoderaran del mundo. ¡Esa herejía sería exterminada! ¡Aunque tuviera que quemar Alemania entera!

Había visto con sus propios ojos, oculto tras una cabaña y con uno de sus hombres, la deslealtad del capitán, la traición de uno de sus mejores caballeros de la Orden por proteger a una hereje del diablo. Esa religión movía hasta las mismas piedras que pisaban... y eso él lo destruiría, juró maliciosamente.

Rudolf estaba poseído por el odio, la venganza, la ira. La única manera de calmar ese maldito impulso sería haciendo lo que debía hacer. Allí vería, claramente, el corazón de un guerrero consumido por Lucifer. Contemplaría el rostro del capitán apagarse como una vela, presenciaria el dolor que le causaría el ver a su endemoniada bruja quemarse en la hoguera, pero lo que más ansiaba era admirar el rostro de aquella puta gritar en plena agonía. Alfred de Moncraf llevaba durante años en el cuerpo de caballeros de élite y ahora..., se había rebelado contra su Orden por culpa de una corrupta pagana. ¡Sufriréis por ello!

Con ese pensamiento sus malévolas carcajadas resonaron en todo Hanon. Arreó el caballo con más ímpetu y salió de allí, cabalgando hasta la colina. Miró con asco a la bruja que tenía desmayada sobre el lomo de su caballo. Más le valía que viviera, se dijo, así tendría el gusto de mirarla a la cara mientras se quemaba en su propio juicio.

* * *

—Levantaos cerdo traidor... ¿Habéis disfrutado de los encantos de esa puta? ¡Qué delirio! ¿Verdad? —las hirientes palabras de Williams consiguieron que el capitán se incorporara y volviera a plantarse frente a este; la ira por matar a ese miserable lo corroía. Alfred se taponó la herida del costado y empuñó la espada con rapidez. Sus ojos refulgían con odio.

Adam y Louis quisieron ir en busca de Alfred, sin embargo, tres soldados lo desafiaron, interponiéndose en el camino. Adam ojeó a su hermano. Estaba frente a Williams, y herido, con la mano en el costado. La sangre no dejaba de chorrearle por la carne, traspasándole todo cuanto había a su paso.

—¡Pagarán! —le dijo a su compañero entrecerrando los ojos y levantando la espada—. ¡A por ellos! —y saltó sobre sus antiguos compañeros. Louis le siguió desafiándolos a todos. Pero cual fue la sorpresa, que detrás de esos tres soldados, un grupo de campesinos llegaba corriendo para ayudarlos.

—¡Nils, Nils! —Mathilda le dio un vuelco el corazón cuando observó a su esposo correr con los demás compañeros para ayudar a Adam y a Louis. Nils estaba totalmente hecho un desastre. Sus ropas hechas jirones y empapadas de sangre y cenizas. Pero eso a ella le dio igual, su amor estaba vivo, gracias a los dioses... ¿Y su hijo? ¿Dónde estaba?

—¿Alger? ¡Alger! —gritó descontrolada.

—Ma... dre... Madre... —los murmullos de Marlenne atrajeron su atención. Anette le dio la mano.

—No habéis —le suplicó su hermana.

—Hija...

—No os preocu... peis, Alger estará... bien —le indico su primogénita con la voz tan débil como su alma.

* * *

—Si volvéis a nombrarla... os cortaré la cabeza y la enterraré bajo esta tierra desnuda para que los gusanos se den un festín —la amenaza del capitán era ta letal como el veneno de una viuda negra. Sus duras facciones y el rostro oscurecido por la venganza, fueron las bases para desatar una cruel lucha.

—¡Capitán, la han cogido! ¡Ha sido Rudolf! —gritó su hermano sin dejar de combatir.

—¿Os ha comido la mente esa ramera *pagana*? Oh, que tierno...

Alfred sintió algo desgarrador dentro de sí, una calma letal nacía dentro de sus entrañas, espabilando todo cuanto tenía débil. Un coctel de resistencia para luchar por la mujer que le había hecho replantearse su vida. Angie estaba en peligro y a punto de morir, dedujo de inmediato. Debía ir a salvarla aunque fuera lo último que hiciera en su podrida vida. Escupió en el suelo y arremetió contra Williams. Su herida se abrió al levantar el brazo para atacar a su enemigo.

—¡¡Ahgg!! —gritó de dolor.

El contrincante comenzó a reírse, defendiéndose del ataque. Veía al capitán torpe debido al corte, pero también podía percibir el odio dentro de él, y no debía bajar la guardia. Esa debilidad se podría transformar, de un momento a otro, en potencia.

—¡No tenéis corazón! ¡Sois igual a ellos! ¿Queríais apoderaros de todo cuanto me ha costado luchar, verdad? ¿Ansiáis el puesto de capitán? —le preguntó Alfred mientras esquivaba el ataque de Williams. Sus ojos no dejaban de estudiar los movimientos del contrario. Si se descuidaba lo más mínimo, le costaría la muerte. Y no podía permitírselo. *Angie, Angie, Angie*. Alfred tenía que ir en busca de su hechicera, ¡estaba en manos de esa serpiente Inquisidora!

—Ya tengo lo que quería, *pagano* —Williams lo estaba entreteniendo; lo volvió a agredir de la misma forma que Alfred le había enseñado.

La herida estaba demasiado abierta; el dolor, en el lado izquierdo de su costado, era insoportable. La imagen de su oponente se distorsionaba, Alfred tropezó y cayó al suelo.

—¿Así queréis defender a vuestra puta? ¡Si estáis medio muerto!

Alfred se levantó como pudo y respiró con profundidad. Soltó una maldición cuando el costado le descargó un fuerte pinchazo, para recordarle que lo tenía abierto.

—¿Sabéis que pienso?

—No me agradaría saberlo... —se burló el enemigo con desdén.

—Pues os lo diré. ¡Arderéis en el infierno! —y le atestó una patada en los testículos que este cayó de bruces al barro.

La espada de Williams cayó al suelo. Con un giro inesperado, el capitán le pegó un puñetazo en la cara y le reventó la nariz. Alfred siguió aprovechando su momento y lo cogió por el cuello, apretando fuerte.

—El infierno se acerca, os está esperando con los brazos abiertos —y comenzó a ahogarlo. Alfred sintió el dolor apoderarse de él. Su costado estaba sangrando demasiado. Su debilidad iba a pasos agigantados... *No quiero volver a mi época, quiero estar a vuestro lado*. El recuerdo de las palabras de su hechicera lo volvió en sí. ¡Debía vivir para amarla! Y con ese empuje y el milagro del recuerdo, apretó más el cuello de ese canalla y gritó el nombre de su hechicera en voz alta.

A Williams se le iba la vida. Un fuerte crujido anunció el final de sus días. Alfred se quedó jadeante por el esfuerzo. Al instante soltó el asqueroso cuerpo de su enemigo. Arrastrándose, consiguió llegar hasta donde estaba la espada de este y la cogió. El dolor aumentaba cada vez más en su cuerpo y la

visión iba dificultándosele. Arrancó un trozo de tela de sus calzas y taponó como bien pudo la herida del costado, apretándosela con fuerza. Gritó, maldijo y jadeó ante la inmensa tortura. Pero su instinto consiguió el empuje que necesitaba. Se irguió y cojeando llegó hasta el caballo de Williams y se montó; arreó con rapidez y salió de allí cabalgando para ir a buscar a su amada.

* * *

El poder, el maldito y traicionero poder, era el causante de todo el daño en el mundo. Y luego estaba la maldad y el siniestro dominio. Un coctel en la Historia que duraría para toda la eternidad. La vida era una pura mierda, igual que si tuvieras un asqueroso e insignificante colgante de oro en el cuello, que si lo lucías mucho te mataban por conseguirlo y si no lo hacías te asesinaban para quitarte lo poco que tenías de valor. La tesis que Angie tejía en su mente era tan real como el dolor que le quemaba la garganta. Su cuerpo se sacudía con violencia con cada galopada que producía el caballo. El pestilente olor de vino llegó hasta su olfato, produciéndole unas horribles náuseas. Intentó abrir los ojos, pero le costaba. Lo que sí llegó hacer fue llevarse una mano a la garganta y palparse lo que tanto dolor le producía.

—Eso no es nada comparado con lo que os tengo preparado, ¡bruja! —las demoníacas palabras de ese ser, la aterrorizaron más.

Angie intentó tragar saliva, sin embargo, le costó tanto que casi se ahoga. Sus dedos rozaron un superficial corte en su garganta, que dolía como mil demonios. La pegajosa sangre ya estaba coagulando el corte. Angie quiso gritar, pero su voz había desaparecido. Quizás porque creía que estaba en el infierno o tal vez porque solo le quedaban minutos para llegar hasta allí... *No quiero morir, no quiero. Amo a un hombre, quiero estar a su lado.* Las lágrimas recorrieron la sucia piel de su rostro, surcando igual que un río. Su destino no era ese, no, no podía ser, lo había visto en las runas, lo había sentido siempre, la muerte no debería estar allí esperándola a que dejara de razonar...

Las galopadas se detuvieron y el canalla que le habló se bajó del caballo. La cogió por los cabellos y la desmontó del animal igual que a un simple perro. Angie gritó de dolor... ¡Iba a perder la conciencia! ¡La perdería!

—No, no os desfallezcáis de nuevo, quiero que permanezcáis lúcida para que pueda contemplaros con placer vuestro impúdico rostro mientras os quemáis... ¡Viva! —y comenzó a reírse malignamente. La tiró sobre la tierra y salió en busca de lo que tanto anhelaba.

Todo el que crea en la posibilidad de que una criatura pueda ser cambiada en mejor o peor, o ser cambiada en otra especie o semejanza, salvo por el Creador mismo, que lo ha hecho todo, este es un infiel y, sin duda alguna, peor que un pagano.

**MALLEUS MALEFICARUM (1486 Año del Señor)
El Martillo de las Brujas (FACSIMIL Traducido pag. 137)**

CAPÍTULO 16

Angie consiguió despegar los párpados. Sus ojos intentaron adaptarse al espectáculo que tenía delante de ella. Una visión que jamás olvidaría. A lo lejos, el humo negro cubría la comunidad entera. Todo cuanto empezaba a amar estaba desolado, tumbado, destruido. Y lo peor... no había ni un atisbo de vida que ella pudiera pedir ayuda, no había soldados por los alrededores de la colina, ni siquiera pájaros para ser testigos de su muerte. Angie giró torpemente la cabeza y se agarró otra vez la garganta. La sangre ya estaba cuajada, pero el miedo ante lo que vio la dejó paralizada.

—No, no puede ser, no... la pesadilla se hace realidad —dijo en voz baja y a punto de darle un ataque al corazón.

Frente a ella, varios troncos de madera se alzaban en el centro de una especie de círculo. En el suelo, bajo esos palos, montones de paja y pequeñas ramas secas formaban una auténtica pira preparada para, para, para... ¡No! A Angie le recorrió un sudor frío por todo el cuerpo, sus lágrimas se le agolparon de nuevo en los ojos y un dolor intenso oprimió su corazón. El viaje hasta esa época no le había servido de nada, de nada. La historia de sus antepasados no cambiaría, seguiría su curso. ¡No, no quería morir quemada!

La macabra risa del hijo puta la desorientó. Pudo observar como el desquiciado temblaba de satisfacción, reía del placer que le producía aquello. Angie negó con la cabeza todo lo que su visión se tragaba. ¡Ese perro había terminado de colocar la última yesca y estaba dispuesto a engancharla y quemarla!

—¡Sí! ¿Tenéis miedo? ¡Me gusta vuestro rostro aterrado! —y comenzó a reír. Pero entonces, el horror invadió aún más a Angie. Ese hijo de Satán la miró lascivamente. Con su asquerosa lengua se relamió los agrietados labios, queriéndose dar alguna clase de festín...

¡No, por favor!

Los penetrantes ojos de Rudolf estaban fijos en ella, dudaba si cogerla y violarla o colocarla directamente en la pira.

Angie cerró los ojos a su pesar. Si tenía que sufrir mientras la violaba y luego morir quemada, prefería morir antes.

—¡Abrid los ojos, bruja! —espetó Rudolf riéndose—. ¿Queréis morir con una sonrisa en vuestro bonito rostro? Os aseguro que jamás olvidaréis el momento...

Ella consiguió cambiar de posición su cuerpo y al hacerlo, vació su estómago, vomitando.

—Oh, la pobre bruja es delicada —soltó este caminando hasta ella y cogiéndola otra vez por los pelos; la arrastró hasta llevarla a la pira.

—¡Ah, ah! —las lágrimas y el sufrimiento estaban devorándola. Comenzó a patalear y a patalear, sacando las poquitas fuerzas que le quedaban. De repente, se soltó del hijo puta, arrancándose un mechón de cabellos.

Rudolf se quedó con el mechón en la mano. Angie se arrastró todo lo rápido que pudo, intentando huir de aquel infierno. Las rodillas le sangraban, las manos también, pero le daba igual. Debía escapar de allí ahora que disponía de algún milagro que sus dioses le habían proporcionado, un arranque de energía.

—¿A dónde creéis que vais, perra *pagana*? —la cogió por los pies y tiró de ella arrollándole la piel—. Habéis arruinado el plan que tenía, habéis embaucado a uno de los mejores soldados de la Orden, y lo peor de todo... ¡Habéis conseguido que mis hombres duden de Dios! ¡Pagaréis por ello! Arderéis con vuestro propio demonio —la risa malévola mezclada con furia, inundó los sentidos de ella.

* * *

Angie estaba a punto de desmayarse de nuevo. Ese último intento por escapar fue en vano. Se acabó. Ya no tenía fuerzas ni para abrir los ojos. La oscuridad quería invadirla. El cansancio pretendía llevársela, el dolor también. No podía resistirse a algo que no tenía solución. No obstante, su corazón se llevaría el recuerdo y la pasión de un hombre que la hizo cambiar, un caballero de honor que la condujo hasta el verdadero sentido de la vida; un soldado que lo entregó todo por ayudarla a ella y a su familia... Jamás olvidaría a Alfred, jamás. Aunque estuviera muerta y fuera un espíritu, su amor sería eterno hasta en la misma gloria.

Angie se abandonó a esos pensamientos. Su razonamiento fue disminuyendo junto al cansancio y al martirio. Lo último que hizo antes de entregarse a esa dulce llamada fue abrir uno de los párpados, a pesar del arduo trabajo que le costaba, y contemplar una turbia visión. Su retina conservó la

silueta de un caballo con un jinete avanzando hasta ella. Luego, la oscuridad la embargó por completo.

* * *

—¡No! ¡No! —los fuertes bramidos de Alfred cuando observó a su hechicera desfallecida, atada a un enorme y recto tronco de madera y rodeada de humo, fueron acongojantes. Saltó del caballo enloquecido ante tal visión, aulló de dolor cuando su herida le regaló otro latigazo y caminó cojo hasta ella. Ya no le importaba la tortura que tenía en su cuerpo, ni siquiera la sangre que empezó a manar de nuevo de la herida. La vida de Angie dependía de él en esos momentos.

De repente, el maldito Rudolf se le interpuso delante con la espada.

—¿Qué os ha hecho esta puta, capitán? —La maldad y la ira del Regente eran su más fiel apoyo en esos momentos. Siguió con su retahíla de insultos acercándose a él. Su risa sarcástica enloqueció aún más a Alfred.

Alfred estaba sintiendo algo distinto, un hecho que lo estaba trastocando. Venganza. Muerte. Resurrección. Fueron palabras que le susurró su mente antes de lanzarse a por él.

—¡Sois escoria! ¡No merecéis el perdón de Dios! —y arremetió contra Rudolf con la espada de Williams.

El Regente detuvo el ataque, giró la espada y atacó también. Alfred esquivó la acometida y embistió con su cuerpo, dejando caer a su oponente al suelo. Echó una mirada rápida a Angie. ¡Dios mío! el humo estaba incrementándose. ¿Estaría muerta? La desesperación arrancó de él el demonio que llevaba oculto.

—¡Morid, despreciable! —gritó volviendo a atacar a Rudolf; este igualmente lo esquivó.

—No sabéis el placer que me proporciona contemplar a esa puta quemarse...

—¡Moriréis por ello! —el capitán le atestó un puñetazo en la nariz con el mandoble de la espada y Rudolf cayó al suelo. Este no esperaba la imprevista reacción de Alfred. No le había dado tiempo esquivar a su oponente y se tragó el fuerte golpe. De su nariz comenzó a manar sangrar. Se la tocó y la furia se apoderó de él abalanzándose contra el capitán.

A Alfred se le estaba acabando la energía, luchaba contra un enemigo letal, a pesar de estar herido y débil. El malnacido lo había desafiado y le estaba arrebatando lo que nunca tuvo: una familia. Pero, si a su vida le quedaba poco tiempo y Dios debía cobrársela por las muertes que había

ocasionado, estaba dispuesto a entregarla. Sin embargo, antes debía llevarse con él al causante de todo aquello. Al canalla que engañó, con sus tesis y las leyes del Santísimo, a unos soldados destinados a proteger a Dios y su doctrina.

Rudolf estaba debilitándose, no sabía el porqué, pero su fuerza se esfumaba a pasos agigantados. ¿Qué le estaba pasando? Ya no podía arremeter, simplemente se defendía del ataque del capitán. Alfred estaba ganándole terreno, a pesar de estar gravemente herido... una extraña situación.

El olor a quemado inundó su olfato. Una quemazón en su estómago quería abrirse paso a través del esófago para arrojarlo fuera. Era la bilis que le subía por la garganta hasta... Angie abrió los ojos tan rápidos como sus párpados se lo permitieron y aspiró una gran cantidad de aire contaminado llenando sus pulmones. Al entrar ese oxígeno negro comenzó a toser imparablemente. El fuego hizo su aparición y lo primero que empezó a devorar fueron sus pies.

—¡Ah! ¡Ah! —gritó retorciéndose de dolor.

Alfred giró la cabeza y se quedó congelado. ¡Angie estaba viva! Pero en el momento que captó su cuerpo, le costó caro el movimiento. Rudolf lo hirió y clavó su espada en el hombro.

—¡Noooo! —chillaba horrorizada. Levantó la cabeza y sus ojos se quedaron fijos en la silueta de su amor. Alfred estaba luchando, envuelto en sangre, mucha sangre...— ¡Mi... amor...! ¡Oh, no, por favor! No me dejéis, no... —sus gritos apenas se oían. Angie vio claramente la espada del maldito atravesar el hombro de su caballero. Alfred cayó de rodillas.

—¡¡Diosa Madre, ayudadme!! —Angie sacó fuerzas y voz de donde no las tenía. Convocó a sus dioses aunque fuera lo último que hiciera— ¡Ahgg! —volvió a gritar ahora que sentía como el dolor subía por sus piernas.

A Alfred se le nublaron los sentidos cuando oyó los gritos desalentados de Angie. Iría a soltarla aunque fuera el último movimiento de su vida. Consiguió reunir fuerzas para ir a salvarla. Elevó la cabeza, mirando de reojo al Regente. Por sus ojos chorreaba la sangre de otra herida que se había ocasionado en la frente. El inmundo, apreció lo que Alfred estaba dispuesto a hacer. El miedo se apoderó de Rudolf. Dio un paso hacia atrás y dejó la espada clavada en el hombro del capitán.

—No, no puede ser... estáis herido de muerte... —susurraba el canalla, retrocediendo. Su rostro estaba desconcertado—. Esto es obra del demonio,

debéis morir, estáis desangrado...

Alfred apoyó su mano en el mango de la espada clavada en su hombro y la sacó de un tirón, soltando un alarido que se oyó en toda Alemania. La sangre comenzó a brotarle del hombro. El dolor lo destruiría de un momento a otro. Sin embargo, le daba igual, su destino ya estaba sellado, la muerte. Pero no a manos del Regente. Y con un solo movimiento, tan rápido como sus manos se lo permitieron, el mismo acero enemigo traspasó el corazón que había arrebatado cientos de vidas. El hombre que lo proclamó capitán de una Orden sagrada cayó derrotado al suelo que pretendió asediar.

El capitán se derrumbó en el suelo. Sus heridas le hacían estragos, junto con el sufrimiento. Con la energía que le quedaba, se arrastró lentamente por la tierra hasta llegar a la pira.

El fuego se avivó. Angie lloraba, gritaba, respiraba con dificultad... ya no sentía los pies, seguramente estarían carbonizados, pensó. De repente, miró hacia abajo y vio a Alfred levantando un brazo y apartando torpemente con su espada la yesca que no dejaba de arder, quemándose toda la mano. Intentó incorporarse, a pesar de estar casi a punto de morir, y se agarró el hombro para detener un poco la hemorragia. Volvió a golpear con la espada, pero esta vez dio en el madero donde ella estaba amarrada. Angie empezó a balancearse; el tronco se desmintió de la tierra y por fin se desgarró, cayendo a la tierra. Ella se dio un fuerte golpe en la frente. Alfred se arrastró de nuevo para ir hasta Angie y apartarla lejos del fuego. Una vez se alejaron de la pira, él la cogió por los brazos y la acercó hasta su cuerpo malherido.

—¡Mi amor, mi amor! —los reclamos del capitán fueron cantos celestiales para Angie. Ella creyó estar en el cielo.

Angie levantó su mano con lentitud y tocó el sangriento rostro del capitán; luego palpó los cabellos sucios y enmarañados de su amor, el labio inferior que tenía rajado y lleno de ceniza, acarició su piel cubierta por sangre... hasta que su mirada chocó con la de él. El brillo que destilaban aquellos ojos azules fue el testimonio de lo que dictaba su corazón justiciero.

El capitán apartó los cabellos que tapaban la preciosa cara de Angie. Estaba pálida, sus párpados hinchados dificultaban su visión. No obstante, la cautivadora y débil sonrisa que le ofreció, fue el milagro que necesitaba para vivir.

—Os quiero, muchacha —la abrazó como nunca había abrazado a nadie. Alfred dio las gracias a Dios por haber conseguido salvar a Angie. La satisfacción de ver a la mujer que amaba con vida le hizo olvidar el tremendo dolor que tenía su cuerpo. Ahora podía confirmar que su destino no estaba en

manos de un lunático despiadado, sino cerca de una mujer que le hizo cuestionarse los cimientos de su fe. Gracias a ella descubrió lo que era querer y ser querido.

Angie se irguió tosiendo.

—Alfred, os han hecho... una herida... de extrema gravedad —le susurró, llorando.

—No es nada, hechicera... —agachó la cabeza para que el aire penetrara mejor en sus pulmones; los músculos se le estaban aflojando, la debilidad por la pérdida de sangre lo estaba engullendo en una dulce neblina...

Angie estaba demasiado dolorida para andar, unas fuertes punzadas se implantaron en los talones, la angustia la estaba matando. Agachó la cabeza y miró sus pies de nuevo: se habían achicharrados. Se rasgó con torpeza la falda, quedándose media desnuda. Se quedó con las piernas desnudas, pero le daba igual. Se arrodilló junto al capitán, cogió la tela de su falda y la colocó, como pudo, alrededor del hombro herido para presionar el tajo. Él gruñó.

—Os recuperaréis... ya veréis —balbuceó ella, rompiendo nuevamente a llorar.

Él la atrajo con el otro brazo hasta su pecho. Ella sintió desmoronarse. Ambos estaban demasiado débiles, dolorosos para caminar y salir de aquel infierno, pero que una vez fue el sitio donde ambos se conocieron.

—No sé si saldré vivo de esto, pero me gustaría pedir os algo —la entrecortada voz de Alfred, atrapó el corazón de Angie—. No quiero irme de este mundo sin ser... vuestro esposo. ¿Aceptáis ser la señora de un estúpido caballero que no supo enfrentarse, en su momento, a un puñado de locos?

A Angie se le rompió el alma.

—¡Oh, Alfred! Os quiero —Angie elevó con lentitud la cabeza. Su boca no esperó a dar un sí. Simplemente la acercó a la de él y selló, en silencio, la aceptación que él esperaba. El capitán se apartó y se quejó de dolor.

—Pronto estaréis cabalgando con vuestra esposa, capitán.

Ambos amantes se sorprendieron ante aquellas palabras; miraron hacia arriba y Nils había llegado hasta ellos, junto a Adam. La devoción del soldado y de ese granjero fue lo último que recordó Alfred antes de que lo engullera su propia conciencia.

CAPÍTULO 17

—¡Angie! No os mováis. Si seguís así no terminaré de curaros —le indicó Anette, enfadada. Su prima no dejaba de elevar la cabeza y ojear por la ventana—. ¡Él aún no está recuperado!

—No os enojéis, cielo. Debéis entenderlo. Ella no lo ha vuelto a ver desde lo ocurrido.

—Lo siento —se disculpó Anette volviéndole a untar el ungüento en los pies.

—¿Él está solo? —la inquietud volvió a invadirla. Angie rabiaba por ir a ver al capitán, su exasperación por salir corriendo de allí y entrar en la pequeña choza que le habían destinado hasta que pudieran reconstruir un poco la comunidad, era arrebatadora. Pero el tremendo dolor que le producía las quemaduras en sus pies se lo prohibían.

—Louis y Adam no lo han dejado solo en ningún momento. No os desesperéis, dentro de poco, ya podréis andar. Os aseguro que vuestro capitán estará para entonces en perfecto estado —le sonrió Anette dándole un beso en la mejilla. Tapó el tarro de barro donde contenía la crema que sanaba las quemaduras y se dispuso a salir de la habitación.

—Esperad.

Anette se volvió.

—¿Sí?

—¿Cómo está... Marlenne? —preguntó Angie. La preocupación se reflejó rápidamente en los ojos de su hermana.

—Ella... —a Anette le invadió rápidamente la tristeza—, no quiere salir del aposento. Está muy afectada. Mi madre está intentando consolarla e incluso ha querido llevársela a dar un paseo por el lago, pero no quiere.

Angie no dijo nada más. Marlenne necesitaba estar un tiempo a solas. Después de lo sucedido con Francis, estaría destrozada. Y, por supuesto, los sentimientos aplastándole el corazón. Y, contra eso, no se podía luchar. El tiempo era el único remedio para curar las heridas del amor.

Anette se marchó a la cocina y ella se quedó en la cama esperando que las dichas quemaduras cicatrizaran de una vez. ¿Cómo podía acelerar el proceso de curación? Vaya, no podía aguantar más tiempo en aquel sitio. Menos mal que los potingues de su prima hacían maravillas, por no decir milagros. Cada vez que se lo untaba en los pies le refrescaba toda la piel y parte de las uñas.

Unos golpes sonaron en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Angie.

Alguien carraspeó varias veces antes de responder.

—Alger —contestó roncamente.

Ella se extrañó.

—Entrad —respondió.

Alger abrió con lentitud la puerta y se adentró en la habitación. Su cuerpo, aún magullado, se erguía con magnitud. Angie se quedó perpleja ante la demacrada cara de su primo, sus ojeras le cogían parte de los pómulos, y la pierna la traía completamente vendada y con una especie de refuerzo a todo lo largo.

—¿Cómo os encontráis? —le preguntó él deteniéndose a tan solo tres pies de donde permanecía recostada.

—Anette es una verdadera joya haciendo ungüentos para las quemaduras. Creo que dentro de poco, ya correré por Hanon y saltaré como una cabra —le dijo con una débil sonrisa—, pero, ¿y vuestra pierna?

—Oh, mejorará. No os preocupéis. Lo importante es vuestra salud... —Alger se detuvo un momento e hizo como si quisiera decirle algo que lo inquietaba.

—¿Os pasa algo? —le preguntó ella enarcando una ceja y esperando la reacción de él.

Alger la miró a los ojos. Su prima era muy bella. Su hermosura podía competir con la misma diosa Madre. Pero Alger debía ser realista, Angie pertenecía a otro hombre, su corazón pertenecía a un soldado que ayudó a Hanon a defenderse de los ataques de una Orden de malnacidos.

—Me gustaría... pediros vuestro perdón.

—¡Alger! ¿Por qué? No habéis hecho nada —Angie quedó sorprendida.

—Pensé que el capitán os obligaba a... —se detuvo un momento y respiró con profundidad antes de seguir—, haceros suya, sin vuestro consentimiento.

Angie se irguió más. Sostuvo su mirada en la de él.

—Él es el hombre al que amo, Alger. Nunca me ha obligado a nada —le confesó inmediatamente.

Él asintió. Esa respuesta seguramente era el perdón que necesitaba.

—Recuperaos, prima —y acto seguido anduvo hasta ella y le dio un pequeño beso en la mejilla—. Siempre estaremos a vuestro lado —entonces se despidió y salió del dormitorio.

* * *

Adam cabalgó hasta la cabaña donde se encontraba Angie y su familia. Ansiaba ver a la preciosa Anette y hablar con ella. Llevaba varios días pensando en ella, imaginando su esbelto cuerpo, recordando su hermosa cara, sus enigmáticos ojos que lo transportaban a algún lugar donde no existían la maldad ni el odio... ¡Rabiaba por volver a besarla! Pero había un problema, y era Nils, su padre. Parecía que su hija pequeña estaba en sus pensamientos últimamente y no la dejaba ni a sol ni a sombra.

El caballo se detuvo y se bajó tan rápido como sus pies se lo permitieron. En ese instante, Nils salió de su hogar acompañado de Alger.

—Buenos días, Adam, ¿cómo está el capitán? —saludó el hombre con voz apagada. Alger simplemente lo saludó agachando la cabeza.

—Ha mejorado. Aunque aún persisten los desvanecimientos. Espero que dentro de dos días esté como un roble —y sonrió por ese pensamiento.

Nils simplemente asintió. No tenía ganas de sonreír ni de proclamar la victoria de Hanon. Habían muerto amigos, familiares e incluso el prometido de su hija. Sus ánimos no se recuperarían nunca.

—¿Necesitáis algo para el capitán? —le preguntó acercándose a él.

Adam titubeó antes de hablar. No podía decirle que quería ver a su hija. Nils era su protector y seguramente no le gustaría ver a Anette coqueteando con él.

—Sí. Se ha acabado la infusión que prepara vuestra esposa. Alfred se aferra a ella como a un clavo ardiendo. Es la que alivia su dolor —le indicó moviendo la cabeza y ojeando la cabaña por si la preciosa joven se asomaba por la ventana o hacía su aparición en el umbral de la puerta.

Alger no dejó de escrutarlo. Ese soldado no solo venía por esa infusión, dedujo.

—Se lo comentaré cuando regrese. Ha ido con Anette por más plantas para sus pócimas y ungüentos —le indicó—, si me permitís, debo ir a reconstruir la cuadra. Creo que Hahn necesitará bastante ayuda.

—Tenéis nuestro apoyo para ayudaros, Nils —le ofreció Adam haciéndole una pequeña venia.

—Gracias, soldado —le contestó el hombre asombrado por su ofrecimiento—. Sería de gran ayuda unos hombros de más —y salió de allí acompañado de su hijo.

Los pensamientos de Adam por ver a Anette se esfumaron. Volvería a insistir al otro día. No podía soportar más tiempo sin verla.

—Mañana nos veremos joven muchacha. No os escaparéis de mí —se dijo así mismo. Montó en su caballo para volver a la pequeña cabaña de leña.

* * *

—¡Por todos los ancestros!, querida... relajaos —las suplicantes palabras de su tía no podían aplacar los nervios de Angie.

—Lo siento, lo siento, lo siento, ¿ha llegado ya? ¿Podéis verlo? —Angie intentaba asomar la cabeza por la ventanita de madera.

—No pienso deciros nada. Es el día de vuestra unión, prima, y él nos informó de que si dijéramos algo... ¡Nos cortarían la lengua! —le indicó Anette sonriéndole y guiñándole un ojo.

—Mi amor, sois la persona más importante para él, y queremos que este hermoso día lo disfrutéis mucho. Por lo que... ¡No sigáis moviándoos! —volvió a regañar su tía intentando entrelazarle unas delicadas flores en el cabello.

—Hacedle caso, si no os clavaré el alfiler en la cabeza —le insinuó Marlenne sentada en la cama. Su rostro, aún demacrado, reflejaba la tristeza en la que estaba asumida. El enlace sería un momento muy tenso para ella, pensó enseguida. Pero debía asumirlo, tenía que demostrarle a su prima que le deseaba lo mejor. Ese deseo le produjo una terrible punzada en el corazón. Respiró con dificultad para aplacarla. Y recapacitó. Angie no necesitaba a una mujer amargada a su lado, precisaba a una amiga, a una prima que le felicitara y le apoyara en ese día tan especial.

—No le hagáis caso, miente... —le dijo Anette mientras sacaba del baúl un atuendo enorme. Iba envuelto en un trozo de tela blanca.

A Angie se le abrieron los ojos. *Ay, dioses, no quiero pensarlo, ¿qué será? No puede ser...* se decía, volviendo a temblar.

—Oh, estoy muy nerviosa, prima, más que vos —la sonriente voz de Anette consiguió que al fin Marlenne sonriera.

Mathilda no dijo nada. Era una sorpresa muy especial y esperaba con toda su alma que Angie lo aceptara, porque si no lo hacía, sería una gran desilusión para su hija.

Marlenne se levantó y caminó hasta la sorpresa que tenía su hermana sobre las manos. Anette se la entregó y asintió con la cabeza. Angie no entendía el juego de ambas hermanas. Se quedó mirándolas con extrañeza. Su prima mayor se volvió y anduvo hasta ella. Mathilda terminó de arreglarle el cabello y se colocó a un lado.

A Angie le estallaría el corazón de un momento a otro si no le aclaraban de una vez, ¡que se traían entre manos! Esas cómplices miradas auguraban algo que se le escapaba.

—Me gustaría que aceptarais un regalo, querida Angie. Es algo muy importante para mí, y no podría soportar guardarlo más tiempo. Os quiero, y quiero que luzcáis el vestido de mi enlace en este día tan especial... Tomad es para vos —y entonces, Marlenne desenvolvió el tejido que cubría el regalo y se lo ofreció con mucha devoción.

A Angie se le detuvo la respiración por unos instantes. No sabía cómo reaccionar, si con alegría, tristeza, locura... Lo único que precisaba era fuerza para hablar, porque la voz se le había atascado en la garganta y las lágrimas estaban agolpándoseles en los ojos.

—Mi amor... ¿Qué os ocurre? —Mathilda se preocupó al verle el rostro.

Angie miró a su tía y las lágrimas no pudieron soportar más el tormento por salir, simplemente brotaron. Luego giró la cabeza para admirar a Marlenne y se arrodilló en el suelo, cogiendo su mano. Su prima se quedó atónita por lo que Angie hizo.

—Jamás creí que la vida me tuviera preparada una familia con una humildad que no merezco... —comenzó a decir torpemente—, a unas mujeres que han dedicado su tiempo en ayudarme, en enseñarme lo que es la humildad y el respeto en esta época, en mostrarme su forma de vivir el día a día... Habéis tenido mucha paciencia con una chica del siglo XXI que ni siquiera sabía lo que era la modestia. Me habéis brindado un amor que nunca tuve, el amor de hermanas. Una familia que la llevaré en el corazón mientras me lata en mi pecho. No sabéis lo agradecida que estoy por vuestro apoyo, también el de vuestro padre, que es como un padre para mí... —apenas le salían las palabras. No quería borrar la especie de maquillaje casero que Anette le había puesto. Luego sonrió a pesar de la pequeña feliz nostalgia que la invadía. Angie rezó en silencio y le dedicó un minuto a su padre Gerard. La quería tanto que le dolía en el alma no estar a su lado; él no estaría allí para verla unida a un soldado que la amaba. Aspiró una larga bocanada de aire para relajar esa emoción contenida. Luego, le dijo a Marlenne—: Estaré

encantada de lucir este hermoso vestido. Lo llevaré con el amor de todos ustedes.

Todas abrazaron a Angie. El afecto que las unía formaba un fuerte vínculo de energía, honor y amor. Se separaron y le entregaron el vestido.

—Traed esa preciosidad. Ya tengo ganas de ver la cara de Alfred cuando me vea lucir este encanto —dijo ahora más decidida, limpiándose las lágrimas. Comenzó a sonreír. Su tía y sus primas se miraron con satisfacción. Una vez puesto el vestido, la familia la contempló como si el mundo se hubiera detenido.

—¿Estoy guapa? ¿Me queda bien? ¿Seguro? —Angie comenzó a mirarse de arriba abajo. Se tocaba las mangas por si estaban en su sitio, se deslizaba los dedos para alisar la falda por si tenía muchas arrugas, se alzaba el escote...

—No hay mujer más hermosa que nuestra Angie, madre —comenzó a decir Marlenne agarrando la mano de su hermana.

—Es verdad, es la prometida más bella de todo el país —le contestó Anette recogiendo a su prima un mechón de cabello que se le había caído por la frente y colocándose en el recogido.

De repente, llamaron a la puerta. A Angie se le aceleró el corazón, el pulso, la sangre..., todo cuanto tenía dentro de sí.

—Ha llegado —la voz de Alger, desde el exterior, aumentó sus nervios.

—¿Estáis preparada? —le preguntó su tía y sus primas al unísono.

Angie solo asintió. *Diosa Madre, haced que el habla me vuelva*, pensó cerrando los ojos. Los abrió enseguida cuando sintió la mano de Marlenne sobre la de ella.

—Vámonos, vuestro caballero estará esperando a su preciosa hechicera — y su prima tiró de ella hacia el exterior.

* * *

En el centro de la comunidad, flores de múltiples colores daban un esplendoroso decorado al sombrío lugar. Ese día, el luto quedaría enterrado durante algunas horas. A un lado, se hallaban largas bancas de madera decoradas con varias guirnaldas de laurel. En el otro extremo había varias mesas fabricadas con largos tableros de madera, donde soportaban dos grandes venados, preparados y listos para ser asados.

El herrero había fabricado un enorme arco de hierro para que la unión de la pareja. Las jóvenes de la comunidad lo habían adornado con hojas de espino albar, muérdago seco y pequeñas flores blancas entrelazadas con

hiedra para realzar el día tan especial. Todo estaba listo para el compromiso. Ya había pasado más de dos semanas después de la horrible contienda y el tiempo parecía que estaba ayudando a borrar, en parte, las heridas del reciente y aplastante tormento.

—¿Necesitáis algo más, capitán? —le preguntó Louis intentando despistarlo para que apartara la vista de una vez de la cabaña de Nils. La cabeza de Alfred se le saldría del cuerpo de tanto estirarla para alcanzar a ver a la mujer que lo había enamorado. Sus pies no dejaban de moverse por la inquietud—. ¿Estáis preparado para vuestro enlace?

—Sí —contestó este a secas.

—Hermano mío... —Adam se acercó y se puso a su lado. Sintió la excitación de Alfred, y eso, le hizo sonreír—. Los nervios no son buenos aliados. Es un día para la alegría, para el disfrute. Alfred, sed feliz, por una vez —lo agarró por el hombro y lo abrazó.

Alfred se quedó paralizado. Adam jamás lo había abrazado así, jamás. Él siempre se mantenía a un margen de su persona, igual que un soldado, un amigo, un buen guerrero..., sin embargo, nunca como un hermano. O tal vez porque la situación jamás lo requirió.

Alfred le devolvió ese abrazo. Lo apretó fuertemente sintiendo sus cálidas palabras.

—Os quiero, aunque nunca os lo haya mencionado —le contestó Adam, apartándose.

—Gracias —le susurró.

El capitán echó un vistazo por última vez a la cabaña y miró al umbral de la puerta. Sus ojos se abrieron expectantes. Alger y Nils salían precedidos por las tres mujeres de la casa. Las risas y el murmullo que soltaban las jóvenes fueron bálsamos para su alma. Y por último, salió... *su hechicera*. ¿Era Angie la princesa que apareció mostrándose por aquella puerta? Contempló con devoción su cara y cuerpo. ¿Había alguna mujer más hermosa que ella en el mundo? Su vestido dorado refulgía a la luz del sol, como si fuera de oro; largos tules cubrían los hombros hasta los antebrazos y el escote lo llevaba realzado como una auténtica reina. Su cabello, medio recogido, estaba igualmente conjuntado con delicadas flores del mismo color, entremezclada en algunos rizos rebeldes que caían por su espalda... ¿Aguantaría él estar a su lado y no hacerla suya delante de todos? ¡Maldición! Estaba enamorado hasta el tuétano.

Angie caminó lentamente por una senda de pétalos de rosas que habían preparado para ella. El sueño de ser una princesa de cuentos de hadas se le

estaba cumpliendo. Algo que jamás creía que le sucediese a ella, pero ahora estaba allí mismo, delante de sus narices y con la familia a la que quería como suya. Solo faltaba la mujer y el hombre que le dio la vida. Su madre seguramente estaría con ella, su espíritu flotando alrededor. Y su padre... se hallaría en su corazón. Pero Angie no quería entristecerse por ello. Ya había pensado qué hacer con sus recuerdos a la mañana siguiente.

Ojeó al hombre que había penetrado en su alma de una manera bestial. Un caballero fiel a su conciencia, un hombre que ahora dictaba su ley. Angie suspiró ante los pensamientos. Él era y sería suyo. De nadie más. Alfred iba ataviado con un tipo de vestimenta distinta que cuando lo conoció. Sus músculos estaban pegados a esa vestidura que solían llevar en la comunidad, con calzas estrechas, camisas anchas y jubones de piel de cordero. Su atractivo rostro no dejaba de sonreírle, su penetrante mirada la estaba seduciendo... *Por favor, ¡lo amaba hasta la locura!*

* * *

Alfred esperaba su llegada, esperaba ansioso que sus labios sellaran el amor que se tenían; le dedicaría el resto de su vida a amarla, a adorarla como a la diosa de aquella comunidad. Su hechicera lo volvía loco de atar, era fuego, puro fuego a punto de entrar por sus venas y sellar su sangre para siempre.

Angie llegó caminando hasta el centro de Hanon. Y Alfred estaba a punto de saltar sobre ella. Todas las miradas estaban colocadas en su amor. Los miembros de la familia de Brant se sentaron a un lado, dedicándole en voz baja bonitas palabras para que no dudara y siguiera hacia delante; la apoyaban, la animaban para que fuera... feliz.

Adam fue el que presidió el enlace. Esperó a que Angie pisara el centro de aquel florido arco. Alfred estaba junto a su hermano, esperándola igualmente. Y entonces llegó la joven que había cambiado su vida.

Todo comenzó con las palabras de un caballero destinado a cumplir el mandato de su Dios y que al final terminó con un mensaje que hizo levantar a todos los habitantes de Hanon de sus asientos.

—El amor no tiene límites, no tiene rivales y sobre todo no tiene fronteras. Somos hijos de nuestra tierra, hijos de distintas creencias, pero unidas por lazos humanos, lazos que tienen sentimientos y razones. Y con ello quiero unir a un hombre y a una mujer para que su amor perdure siempre y que jamás se interpongan entre ellos el odio, la ira y la discordia. Como hermano de Alfred de Moncraf, os doy mi propia fe de este maravilloso

enlace entre Alfred de Moncraf y Angie de Brant, hija protegida de Nils y Mathilda de Brant.

Adam sacó un lazo de color rojo y un pañuelo blanco. Cogió las manos de ambos amantes y las unió entrelazándole el lazo y el pañuelo.

Angie sintió la tibieza de las manos de Alfred sobre su piel.

—*Os quiero, os amo tanto...* Alfred —le susurró en voz baja mientras que él la admiraba embelesado.

Angie le había devuelto la vida al capitán.

—Alfred de Moncraf... ¿Amáis a Angie de Brant?

—Sí, la amo y la deseo con toda mi alma.

Un murmullo de risas hizo que ella sonriera y se sonrojándose.

—Angie de Brant... ¿Amáis a Alfred de Moncraf?

—Sí, lo amo y lo amaré para siempre.

—Que el amor os una para toda la eternidad. Ahora, sellad vuestro enlace con un beso.

Y Alfred no tardó en cogerla entre sus brazos y besarla con una pasión arrolladora. Sus labios sellaron el enlace tal y como su hermano se lo exigía, pero con una posesión innata. Angie sintió enloquecer de amor, quería más de él, necesitaba más besos del hombre que la había cautivado, del caballero que la había embaucado hasta hacerla suya.

—Os quiero, pequeña hechicera. Seréis la mujer más feliz de la faz de la tierra. Lucharemos por abrirnos un futuro de gloria, tendremos hijos para amarlos y sentirnos dichosos de nuestro amor... —Alfred se puso de rodillas y cogió su mano. Ella estaba envuelta en un auténtico hechizo. Su rubor aumentó rápidamente. Él la contempló y le dedicó una dulce y atractiva sonrisa. Luego, dijo:

—Mi corazón y mi alma son vuestras. Amadme, Angie de Moncraf, como yo os amo.

EPÍLOGO

—Linda, Linda, mi amor... escúchame. Soy yo.

Linda se removía en la cama inquieta y sudorosa. Estaba en un sueño que parecía real o tal vez era una especie de trance de los que su amiga “Angie” le contaba tantas veces. Ese triste nombre se quedó sellado en su mente. Sin embargo, quiso volver a ese sueño para saber quién la estaba reclamando.

—Cariño, soy Angie. Es la única forma que tengo de comunicarme contigo. Escúchame...

—Angie, Angie, ¿eres tú? ¿Dónde te encuentras? Estás, estás ¡Ay, Dios mío! No, no puede ser... Mi amiga...

—Estoy bien, Linda. Sigo viva, sobre todo. ¿Recuerdas cuando estuvimos averiguando mi sueño con el péndulo? ¿Puedes recordarlo?

—Oh, sí, lo recuerdo perfectamente, desde entonces no he podido olvidarte. Ainss, mi amiga, cuanto te echo de menos. Pero, ¿cómo puedes hablarme? No lo entiendo, esto es un sueño, es mi sueño...

—He querido contactar contigo para darte un mensaje. Quiero decirte que he encontrado mi lugar para vivir, amiga mía.

—Angie... no, no puede ser, te queremos mucho. Tu padre está desquiciado buscándote. No sabes las vueltas que está dándole a la ciudad, al país, está como un loco. Ha salido hasta por los suburbios de Estrarburgo...

—Pues ahora sabrá que la búsqueda ha llegado a su fin. Cielo, dale este mensaje, te lo ruego. Dile que estoy con mi familia antepasada, que estoy “viva” y no muerta. Sé que tú lo entiendes, pero a él le costará entenderlo. Explícale lo que hicimos y lo que me llevó a hacerlo. Y, por favor, necesito que le digas... que lo quiero y que nunca me olvidaré de él.

—Dios mío, amiga, te echo de menos. Sois como una hermana... —las lágrimas comenzaron a derramárseles a Linda.

—No llores, mi amor. Tienes que aceptar mi decisión. Además... he encontrado al hombre de mi vida.

—Cariño, ¿eres feliz a su lado, respeta tus creencias? Por favor, todo parece tan efímero...

—Sí, soy feliz, y por eso he decidido quedarme. Linda, tengo que marcharme. Recuerda, llévale este mensaje a mi padre y explícaselo. Tarde o temprano... lo entenderá.

—¡Espera, espera, no te vayas aún! Una última pregunta...

—¿Cuál, Linda?

—¿Volveré a hablar contigo? —el corazón le latía a mil por horas. La frente se le perló de sudor—. ¿Angie, Angie? ¿Te has ido?

—No, estoy aún. Sí, Linda, volveré a ti, pero siempre a través de tus sueños. Te quiero, Lin, no lo olvides. Adiós.

—Adiós, mi amor, adiós. Yo también te quiero.

Bibliografía

- *Manual “MALLEUS MALEFICARUM”. El martillo de las brujas.* Facsímil de 1486. Editorial Maxtor. Edición del 2004.
- *Wicca “Raymond Buckland”.* Editorial Arkano Book, 2008.



María Jesús Estepa nació en Sevilla. Es profesora de escritura y coach.

Es autora de varias obras y colabora en varias empresas como directora creativa. Siempre ha destacado por su alta creatividad artística; autodidacta por naturaleza y proactiva innata, siempre quiere aprender más del mundo que la rodea y así tener un amplio abanico de experiencias propias.

Amar la literatura ha sido el detonante para desarrollar su carrera artística y literaria. María Jesús Estepa firma sus novelas bajo los seudónimos de Ariadna McCallen y Noah Goldwin.

Desde que publicó en el año 2010 su primera novela romántica de corte histórico, *El Misterio del Norte* se soltaron las riendas de su imaginación y comenzó a crear historias y relatos de fuerte contenido romántico, erótico e incluso fantástico. *La rebelión de las brujas* y *La danza de las brujas* son sus dos novelas publicadas en papel que han conmovido al género histórico paranormal, revolucionando así la brujería cortejada por el romanticismo, y todo ello salpicado de magia, amor y aventuras. Su penúltima historia publicada *Cuando sale el sol* en la antología *Be my Valentine*, ha seducido a los todos los lectores amantes del romanticismo. Y su última obra publicada *Amor, deseo y libertad*, es un verdadero ramo de versos.

Actualmente tiene publicado siete títulos, uno de ellos nominado a mejor novela del año de corte romántico-histórico en el año 2012 (*La danza de las brujas*), nominada en varias ocasiones en concursos literarios y ganadora del premio nacional Cartas de amor Villa de Mijas en el 2013.

Es madre de dos niños. Reside en la histórica localidad de Alcalá de Guadaíra, rodeada de un castillo medieval, puentes romanos, necrópolis neolíticas... que la inspiran en sus novelas. Es una enamorada del mundo celta. Sus pinturas al óleo, pastel y carboncilla, decoran las paredes de su hogar. Es una persona autodidacta y creativa, una bomba de relojería cuando se propone realizar algo.

Actualmente desarrolla talleres de escritura para aquellos que deseen escribir, con una metodología fácil y cómoda para el alumno.